

Club DEL MISTERIO

Len Deighton
ATRAPAR AL ESPÍA



Lectulandia

Andrei Bekuv es, por obligación, especialista en sistemas máser y, por devoción, un obseso de los contactos con seres extraterrestres. La KGB le permite sus chaladuras con los OVNIS a cambio de que profundice en los máser, pero la CIA le ofrece más extraplanetarios. Sin embargo, la CIA no está convencida de la conversión del tráfuga, en tanto que la KGB no se resigna a dejar a su hombre en manos del enemigo. En esa lucha, todas las armas están permitidas, sobre todo las que tienen como materia prima la carne humana, un producto sin apenas valor cuando se trata de contrincantes.

Lectulandia

Len Deighton

Atrapar al espía

Club del misterio - 63

ePub r1.0

Titivillus 24.06.2019

Título original: *Twinkle, twinkle little spy*
Len Deighton, 1982
Traducción: María Clotilde R. de Martini

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

ATRAPAR AL ESPÍA

Len Deighton

*«He amado a las estrellas con tanto cariño
que no puedo temerle a la noche».*
Epitafio en la tumba de un astrónomo desconocido.

1

—Huele el aire —me dijo el mayor Mann.

—No huelo nada —contesté.

—Es lo que quise decirte —dijo Mann. Se rascó y sonrió—. Genial, ¿no es cierto?

No hay mucho que oler cuando uno se ha internado mil millas en el Sahara argelino ni mucho que oler, ni mucho que hacer, ni mucho para comer.

A los viajeros que conocen las piscinas y el aire acondicionado de los hoteles artificiales a lo largo del límite Norte del Sahara, Adrar resulta una sorpresa. El hotel sólo tiene cortinas firmemente corridas para proteger del sol al turista, y los empleados se pelean a gritos para saber a quién le corresponde la siesta sobre el fresco piso de piedra del vestíbulo. Sólo los europeos permanecían despiertos todo el día, en particular cuatro australianos barbudos que jugaban a las cartas noche y día en el comedor de postigos cerrados. Esperaban el repuesto de la bomba de nafta del camión. Entre partidas sorbían una bebida sin alcohol dulce y tibia. No se servían bebidas alcohólicas y el fumar no era bien visto.

En el anochecer invernal las piedras y la arena del desierto aún irradiaban el calor del día.

No había luna, pero las estrellas eran tan brillantes que resultaba fácil distinguir nuestros vehículos cargados de provisiones y el sextante, y un cartel que decía «Giras Dempsey por el Desierto», estacionados en la enorme plaza principal de Adrar. Mann caminó alrededor de los vehículos para comprobar que las provisiones no habían sido saqueadas. No era probable porque estaban frente a un puesto de policía.

Mann se detuvo y se apoyó sobre el Land-Rover. Sacó un paquete de cigarrillos; le quedaban sólo cuatro.

—Mira esas estrellas —dijo.

—La Vía Láctea... nunca la he visto tan clara. Una aeronave que viajara a 160 000 kilómetros por hora tardaría 670 millones de años para atravesar la Vía Láctea —dije—. Ahí hay cien mil millones de estrellas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mann. Se puso un cigarrillo en la boca y lo apretó entre los dientes.

—Lo leí en el Atlas del Reader's Digest.

Mann asintió.

—Y sabes otra cosa... si las cosas siguen así, en unos pocos años habrá allí otro millón de estrellas... tantos satélites espías como para dejarnos a nosotros sin empleo.

—Brilla, brilla, pequeño espía —dije.

Mann me miró para ver si me estaba insubordinando.

—Volvamos adentro —dijo por fin. Decidió no encender el cigarrillo y lo guardó—. Te convido a una botella de limonada argelina. —Se rió. Mann parecía un pequeño gorila prolijamente vestido; la misma frente grave, los mismos ojos profundos y brazos largos... y el mismo sentido del humor.

El comedor era amplio, y aunque los grandes ventiladores ya no giraban, era el lugar más fresco en cientos de kilómetros a la redonda. Las paredes estaban pintadas de azul claro, y sobre el piso y las paredes había clavadas alfombras rayadas, burdamente tejidas.

Al caminar alguien sobre nuestras cabezas, el piso de madera sonó como tambores de la jungla. Se oyó el repentino rugido de una ducha y el inevitable y violento repiqueteo de las viejas cañerías. Nos servimos bebidas sin alcohol y dejamos el dinero en la caja.

—Ese inglés degenerado se ducha cada cinco minutos.

—Sí, más o menos cada cinco minutos —asentí. El mayor retirado Mickey Mann, del Cuerpo de Señaleros del Ejército de los Estados Unidos, experto de la CIA en electrónica rusa y mi jefe temporario, no había dado muestras de que le incomodara el calor del día a pesar de su corbata bien ajustada y sus pantalones largos. Me observó con cuidado, como hacía siempre que criticaba a mis compatriotas.

—No olvidemos que ese inglés degenerado —dije sin inmutarme—, tiene sesenta y un años, una placa de metal en el cráneo y una pierna llena de metralla alemana.

—Basta de violín gitano, querido... ¿quieres que me ponga a llorar?

—Tratas al viejo Dempsey como si fuera idiota. Me permito recordarte que estuvo cuatro años con los comandos del desierto. Que ha vivido en Argelia casi treinta años, habla árabe y todos los dialectos locales, y que si nos pasa algo serio en el desierto lo necesitaremos para manejar el sextante.

Mann se sentó a la mesa y se puso a jugar con la navaja del ejército suizo que había comprado en el kiosco de recuerdos del aeropuerto de Ginebra.

—Si esta noche sopla el viento de nuevo... —trató que la navaja se mantuviera de punta—, la arena cortará el camino al Sur. Y no necesito que su amigo Percy me lo diga.

—¿Aun para el Land-Rover?

—¿Viste ese camión de tres toneladas enterrado hasta los ejes? —Soltó la navaja que se mantuvo en perfecto equilibrio—. La arena que empantana a uno de tres toneladas de seis ruedas por lado, enterraría a un Land-Rover.

—Es que siguen acelerando —dije—, de esa manera uno se entierra.

—Has estado leyendo la sección «acampando-en-el-desierto» del manual del *boy scout* —dijo Mann. De nuevo tiró la navaja sobre la mesa y de nuevo quedó de punta en equilibrio—. Y de todos modos —agregó—, ¿cómo sabemos que el rusito será capaz de robar un camión con tracción en las cuatro ruedas? Puede que esté tratando de llegar en un Moskvich sedán, por lo que sabemos.

—¿Es estúpido?

—El intelecto del profesor Bekuv no goza de admiración universal —dijo Mann—. Mientras estuvo con la misión científica rusa en la UN escribió dos trabajos sobre hombrecitos en platos voladores y se ganó su fama de maniático.

—Los desertores maniáticos no obtienen la aprobación del departamento —dije.

—Es posible que la búsqueda de mensajes de hombrecitos en platos voladores lo llevara a su investigación sobre másers, y Bekuv es uno de los expertos mundiales en másers.

—Ni siquiera estoy seguro de saber qué es un máser —dije.

—Sin embargo has leído el informe técnico.

—Dos veces. Pero no como para entenderlo.

—Máser —dijo Mann—, es la sigla de las palabras inglesas para «microonda», «amplificación», «estimulación», «emisión», «radiación».

—¿Te importa si lo anoto?

—Escucha, zapallo. El máser convierte la radiación electromagnética de todo un campo de frecuencias diferentes en una radiación de microondas coherentes altamente amplificada.

—¿Tiene algo que ver con el láser?

—Bueno, un máser es un láser, pero un láser no es necesariamente un máser.

—¿Tiene algo que ver con el tipo que se mira en el espejo y dice: «Hermanos y hermanas no tengo ninguno»?

—Ahora empiezas a comprender —dijo Mann.

—Bien, alguien debe estar muy interesado en los másers, o no nos hubieran mandado acá a los dos para brindarle una recepción de alfombra roja a Bekuv.

—O muy interesado en los platos voladores —dijo Mann.

—Si este ruso es tan idiota, ¿quién pudo pensar que sería capaz de escaparse del campamento ruso, robar un vehículo en buen estado y llegar acá para encontrarse con nosotros?

—No me interpretes mal, compañero. Bekuv es astuto como un zorro. Quizá sea un obseso con los platos voladores, pero cuando estuvo en Nueva York con el equipo científico de la UN, le mandaba informes a la KGB. Ingresó en la Sociedad 1924, locos, quizá, pero entre sus miembros están algunos de los mejores científicos del mundo. Bekuv no se hacía rogar para leerles largos trabajos de científicos soviéticos sobre charlas a través del plasma galáctico, pero escuchaba muy atentamente cuando le hablaban del trabajo que realizaban con los radiotelescopios y sus transmisiones con ondas electromagnéticas. —El mayor Mann se pasó los dedos por el pelo fino que se agrisaba día a día desde que se le había terminado la tintura. Casi sin darse cuenta se echó el cabello sobre la calvicie incipiente de la coronilla—. El profesor Bekuv fue espía. No hay que olvidarlo nunca. Aunque uno lo disfrace de libre intercambio de saber científico, lo que hacía Bekuv era averiguar hábilmente mucho más que rumores sobre platos voladores.

Miré a Mann. Había visto a muchos hombres como él en todo el mundo, desde las Shetland hasta Alaska, y también por toda la Argelia comunista; americanos nómadas, de ropa limpia e hígado arruinado, la voz suave endurecida por una vida errabunda. Hubiera sido fácil aceptar que este hombre nervioso de cincuenta años era uno de los *condottieri* del petróleo... como rezaba su lindo pasaporte nuevo.

—¿Por qué cayó en desgracia Bekuv? —pregunté.

—¿Mandarlo a Mali, como parte de la ayuda soviética para los países africanos subdesarrollados... jefe delegado de un equipo de seis científicos soviéticos? —El mayor Mann sacó su petaca. Miró a su alrededor para asegurarse de que no lo miraban, y echó una porción de *whisky* en su bebida argelina, dulce y burbujeante—. Nadie lo sabe con seguridad. La última suposición es que los platos voladores de Bekuv comenzaron a molestar a la Academia Soviética, y lo mandaron acá por un tiempo para que se concentrara en las realidades políticas.

—Creía que la Academia Soviética estaba muy entusiasmada con los platos voladores —dije—. ¿Qué hay de ese gran radiotelescopio que han instalado en el Cáucaso Norte: el RATAN 600?

—Ahora revelas tu ignorancia abismal —dijo Mann—. Hay una enorme diferencia entre el respetable trabajo científico que busca indicios de inteligencias extraterrestres en el espacio profundo, y el pasatiempo decididamente humillante de buscar objetos voladores no identificados, o lo que la ciencia ficción llama ovnilogía.

—Es una suerte que me lo hayas dicho —dije rehusando la petaca que Mann me ofrecía—. De modo que a Bekuv lo hicieron rodar escaleras abajo hasta el programa de ayuda exterior y es por eso que decidió desertar. Bien, todo parece concordar perfectamente.

Mann tragó su bebida y sonrió tristemente al reconocer que en los círculos que frecuentábamos semejante veredicto pocas veces significaba un elogio.

—Así es —contestó.

—El último que llega a la ducha es un marica —dije. Al levantarme de la mesa noté que la navaja en realidad no se mantenía en equilibrio; Mann había clavado el pequeño destornillador en la madera.

2

La ruta Transahara es un camino que se dirige hacia el Sur, hacia el Atlántico, pasando por In-Salah y Tam. Pero nosotros seguíamos otro camino Transahara; la ruta menos conocida, que corre paralela a la otra, kilómetros al Oeste. Lleva a las partes menos conocidas del África. Lleva a Gao y a Bamako, la capital del enclave de Mali. Lleva a Tombuctú.

Cuando dejamos el hotel de Adrar eran las 4:15 de la mañana. Mann y Percy iban en el Land-Rover. Yo seguía en el ómnibus Volkswagen con Johnny, un chófer suplente de «Giras Dempsey por el Desierto».

Atravesamos la plaza del mercado en la penumbra de la noche del desierto. Hacía un frío del demonio, y los chóferes tenían chalinas y gorros de lana. Los grandes camiones que atraviesan el desierto en convoy, cargados con pescado seco y naranjas, estaban listos para partir. Uno de los chóferes saludó.

En el desierto los viajeros comparten la preocupación por la supervivencia; uno nunca sabe cuándo necesitará ayuda.

Doblamos hacia el Sur. Yo seguía las luces traseras del Land-Rover. El camino era de arena endurecida y podíamos mantener una buena velocidad dejando atrás las señales toscamente pintadas que indicaban el camino hacia aldeas lejanas. En algunos lugares la ruta estaba cubierta de arena suelta y yo frenaba cada vez que veía saltar las luces del *jeep*, pero todavía no se habían formado los lomos de burro que pueden partir un eje.

El cielo acerado se aclaró y brilló rojizo a lo largo del horizonte hasta que, como una lanceta térmica, el sol abrió en él un blanco agujero ardiente. El camino bordeaba los grandes mares de arena del Sahara. Hacia el Oeste el horizonte se movía como un océano agitado por una tempestad, pero hacia el Este la tierra era llana y monótona, gris y dura como cemento. A veces veíamos manadas de camellos apolillados, tratando de arrancar una brizna de espinillo o un bocado de algún matorral. La ruta hacia el Sur estaba marcada por pequeños túmulos de piedras. A menudo pasaba un árabe solitario montado sobre un pobre animal tan agobiado que los pies del jinete tocaban

casi el suelo. Una vez vimos una familia árabe que reordenaba la carga sobre las monturas de los tres camellos. No vimos ningún vehículo motorizado.

Hacia tres horas que habíamos salido de Adrar cuando llegamos al cabo del camino. El paso estaba bloqueado por seis bidones de petróleo abollados, un cartel descolorido por el sol indicaba que debíamos seguir las huellas de neumáticos por un desvío del camino.

El *jeep* salió de un salto del piso duro despidiendo arena cuando las ruedas patinaron al morder el suelo del desierto. Mis neumáticos blandos se afirmaron y luego siguieron despacio por la huella marcada. Seguí muy de cerca a los otros, manteniendo nuestros vehículos en fila para simplificar el problema del acople porque no había duda de que yo iba a ser el que se encajara. A ellos la tracción en las cuatro ruedas los sacaría siempre del arenal.

Cada cien metros aproximadamente, un viejo bidón de petróleo marcaba el desvío. Algunos se habían tumbado y habían rodado lejos de su posición original. Dos estaban casi enterrados en la arena suelta. Era más fácil seguir la huella de los neumáticos.

El Land-Rover se detuvo al cabo de unos ocho kilómetros. Mann bajó y se me acercó. Había aclarado totalmente y aun con los anteojos oscuros me encontré pestañeando por la reflexión de luz en la arena. Todavía era muy temprano, pero al detenernos sentí el calor del sol y olí la goma caliente, el combustible que se evaporaba y la loción que Mann se aplicaba después de afeitarse.

—¿A qué distancia estaba el último bidón? —preguntó Mann.

—A unos doscientos metros.

—Exacto, y no veo ningún otro adelante. Quédate aquí. Voy a echar una mirada.

—¿Y qué pasa con esas huellas de neumáticos? —pregunté.

—Famosas últimas palabras —dictaminó Mann—. Huellas como éstas te llevan al mar de arena y finalmente llegas al lugar en que doblan y vuelven al punto de partida.

—¿Por qué el sendero, entonces?

—Un campamento de buscadores de petróleo abandonado, o un basural para patrullas viales. —Dio un puntapié a una de las huellas de neumático.

—Estas huellas parecen recientes —comenté.

—Sí —dijo Mann. Dio un puntapié a una de las crestas de arena endurecida. Era como cemento—. Lo mismo que las huellas de tanques en el sur de Libia... y están desde Rommel.

Consulté mi reloj.

—Espero que el desvío esté señalado correctamente al sur del camino —dijo Mann—, o ese gato ruso pasará de largo mientras estamos encajados aquí en esta fábrica de relojes de arena.

Fue entonces que Percy Dempsey bajó del Land-Rover y se nos acercó renqueando. Presentaba un aspecto extraño con su sombrero blando, cárdigan, *shorts* largos y abolsados y polainas.

—¡Dios! —dijo Mann—. Aquí viene la señorita Marple.

—Este... compañero —dijo el viejo. Le resultaba difícil recordar los nombres. Quizá porque los cambiábamos tan a menudo—. Señor Anthony, ¿tiene dudas sobre el camino?

—Si —dije yo. Me llamaba Anthony: Frederick L. Anthony, turista.

Dempsey pestañeó. Tenía la cara suave de un bebé, como a veces son las caras de los viejos. Cuando se sacó los anteojos de sol sus ojos azules se llenaron de agua.

Mann dijo:

—No se ponga nerviosa, títa. Ya lo vamos a encontrar.

—Las señales de bidones de petróleo siguen por esta senda —dijo el viejo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Man.

—Las alcanzo a ver —contestó el viejo.

—¡Sí! —dijo Mann—. ¿Y por qué no las veo yo y tampoco las ve mi amigo?

—Mire con el binocular —aclaró el viejo con tono de disculpa.

—¿Por qué demonios no dijo que tenía un binocular?

—Se lo ofrecí cuando salimos de Orán. Usted me contestó que no pensaba ir a la ópera.

—Vamos —dijo Mann—. Quiero acampar antes de que el sol esté alto. Y tenemos que encontrar un lugar donde el rusito pueda vernos desde el camino.

El ómnibus de «Giras Dempsey por el Desierto» estaba equipado con dos toldos laterales que proporcionaban una amplia zona de sombra. Tenía también una tela de nilón extendida por encima del techo del ómnibus, que evitaba que la luz directa del sol lo golpeará convirtiéndolo en un horno como ocurre con la mayoría de los vehículos con carrocería metálica.

Los brillantes paneles anaranjados se veían a millas de distancia. El ruso los distinguió fácilmente. Había viajado sin parar desde un campamento de exploradores, a lo largo del río Níger al este de Tombuctú. Después de un

viaje agotador, por malos caminos y a campo abierto, había llegado con el terrible calor de las primeras horas de la tarde.

El ruso era un hombre de unos cuarenta años, de cara afilada. Era alto y delgado, con cabello negro muy corto sin señales de canas. Su traje oscuro estaba abolsado y manchado y llevaba la chaqueta colgando de un hombro musculoso. La camisa roja a cuadros estaba igualmente sucia, y el lápiz de oro prendido en el bolsillo resaltaba más por eso. Los ojos azul claro estaban casi cerrados por la fina arena del desierto, y tenía la cara arrugada y con las extrañas marcas como de golpes que nacen del cansancio. Sus brazos eran musculosos y la piel muy tostada.

El mayor Mann levantó la solapa del toldo de nilón y señaló los asientos del ómnibus Volkswagen y la mesa ubicada entre ellos. A pesar de los vidrios coloreados la funda plástica de los asientos estaba caliente. Me senté frente al ruso y lo observé mientras se sacaba los anteojos de sol, bostezaba y se rascaba el costado de la nariz con la llave del auto.

Resultó típico de la astucia de Mann y de su entrenamiento, que no le ofreciera al ruso la posibilidad de descansar. En cambio, le acercó un vaso y un termo con cubos de hielo y agua. Se oyó el ruido cuando Mann rompió el tapón de una media botella de *whisky* y sirvió una medida generosa a nuestro huésped. El ruso miró a Mann y le sonrió débilmente. Hizo el *whisky* a un lado, sacó un puñado de cubos de hielo del frasco y se los pasó por la cara.

—¿Tiene ID? —preguntó Mann. Como para disculparse sirvió *whisky* para él y para mí.

—¿Qué es ID?

—Identificación. Pasaporte, credencial o algo.

El ruso sacó una billetera del bolsillo de atrás. De ahí extrajo un trozo de cartón marrón de bordes gastados, con su fotografía. Se lo pasó a Mann quien me lo alcanzó. Era un pase para la zona militar en la frontera Mali con Nigeria. Describía los rasgos físicos del ruso y lo nombraba como profesor Andrei Mikhail Bekuv. Era revelador que la tarjeta estuviera impresa en ruso y chino además de árabe. Se la devolví.

—¿Tiene la fotografía de mi mujer?

—Hubiera sido un error de seguridad tenerla —dijo Mann. Sorbió del vaso, pero cuando lo posó, el nivel no parecía haber cambiado.

El profesor Bekuv cerró los ojos.

—Hace quince meses que no la veo.

Mann se movió incómodo en el asiento.

—Estará en Londres cuando lleguemos.

Bekuv habló muy tranquilamente, como si quisiera dominar un carácter terrible.

—Su gente me prometió una foto de ella, parada en la plaza Trafalgar.

—Fue...

—Ése fue el pacto —dijo Bekuv—, y ustedes no lo han cumplido.

—Nunca salió de Copenhague —dijo Mann.

Bekuv se quedó callado un rato largo.

—¿Estaba en el barco que partió de Leningrado? —dijo por fin—. ¿Confrontaron la lista de pasajeros?

—Todo lo que sabemos es que ella no estaba en el avión a Londres.

—Miente. Conozco a la gente como ustedes. Mi país está lleno de gente así. Ustedes tenían a sus hombres esperándola.

—Vendrá.

—Sin ella no iré con ustedes.

—Vendrá —insistió Mann—. Probablemente está allí.

—No —Bekuv giró en el asiento para mirar el camino que lo llevaría a través de mil seiscientos kilómetros de vuelta a los rusos en Tombuctú. A pesar de los vidrios coloreados, la arena era un puro reflejo enceguecedor. Bekuv recogió los gastados anteojos de sol que había dejado sobre la mesa junto a las llaves del auto. Jugó con ellas un momento y luego las metió en el bolsillo de la camisa—. Sin ella no soy nada —dijo Bekuv reflexivamente—. Sin ella la vida no vale nada para mí.

—Hay trabajo urgente, profesor Bekuv —dijo Mann—. Su cátedra de Comunicación Interestelar en la Universidad de Nueva York le permitirá el empleo del radiotelescopio de Jodrell-Bank que, como usted bien sabe, opera con un paraboloide movable de 250 pies. La Universidad también está pidiendo acceso al radiotelescopio fijo de 1000 pies que han instalado en las montañas de Puerto Rico cerca de Arecibo.

Bekuv no contestó, pero tampoco se fue. Eché una ojeada a Mann y él me devolvió el tipo de mirada calculada para convertirme en una estatua de sal. Me di cuenta entonces de que lo que había dicho Mann sobre los hombrecitos en los platos voladores no era broma.

—Nadie más está haciendo este tipo de cosmología —dijo Mann—. En el caso de que no llegue a establecer contacto con la vida en otros sistemas solares, tendrá los elementos para darle una solución definitiva a la cuestión.

Bekuv lo miró con desprecio:

—Ya hay bastante... prueba como para convencer a cualquiera que no sea acabadamente estúpido.

—Si usted no acepta esta cátedra de Comunicación Interestelar que se acaba de crear habrá otra lucha agria... y la próxima vez los incrédulos pueden llegar a conseguirla para su candidato. El profesor Chataway o el viejo Delahousse aprovecharían la oportunidad para demostrar que en el espacio exterior no hay vida.

—Son estúpidos —dijo Bekuv.

Mann hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Tengo una mujer hermosa que me ha permanecido fiel —continuó Bekuv—, una madre orgullosa y un hijo talentoso que pronto estará en la universidad. No hay nada más importante que ellos para mí.

Mann bebió su *whisky* y esta vez lo hizo de veras.

—Supongamos que vuelve a Tombuctú y su mujer lo está esperando en Londres. ¿Qué ocurre entonces, eh?

—Correré el albur —dijo Bekuv. Se deslizó por el asiento y bajó del vw a la arena. La luz que pasaba por los toldos laterales de nilón le dio una coloración anaranjada.

Mann no se movió...

—A mí no me engaña —dijo Mann—. Usted no va a ninguna parte. Tomó su decisión hace mucho tiempo y no se puede escapar. Si vuelve ahora sus camaradas lo estaquearán en la arena y le tirarán *piroshkis* rancios.

Bekuv no dijo nada.

—Tome, se olvidó las llaves del auto, compañero —se burló.

Bekuv las tomó, pero no salió al sol. El repentino zumbido de una mosca sonó irreal.

—Profesor Bekuv —dije—, a todos nos interesa que su familia esté con usted.

Sacó el pañuelo y se limpió la arena de las comisuras de los ojos pero no dio señales de haberme oído.

—Entiendo que aún queda trabajo por hacer, de modo que es seguro que el gobierno norteamericano hará todo lo que pueda para que usted se sienta absolutamente feliz en todo sentido.

—Todo lo que pueda, sí... —dijo Bekuv tristemente.

—Hay maneras —dije—. Hay intercambios oficiales, y también fugas. Lo que nunca se llega a conocer son los tratos secretos entre nuestros gobiernos. Los pactos comerciales, los préstamos, las ventas de granos... todos estos tratos tienen cientos de cláusulas secretas. Muchas de ellas conciernen a personas que intercambiamos.

Bekuv hundió en la arena la punta de sus altas botas haciendo un dibujo de líneas entrecruzadas. Mann se adelantó en el asiento y le apoyó una mano sobre el hombro. El ruso se agitó nervioso.

—Véalo de esta manera, profesor —dijo Mann en el tono que él consideraba amable y conciliatorio—. Si su mujer está libre se la traeremos, de modo que le conviene venir con nosotros. —Mann hizo una pausa—. Si ha sido detenida... sería una locura volver. —De nuevo lo palmeó—. Ésa es la realidad, profesor Bekuv.

—Esta semana no recibí carta de ella —dijo Bekuv.

Mann lo miró, pero no dijo nada.

Lo había visto ocurrir antes: los hombres como Bekuv no están hechos para la aventura de la deserción, sin hablar de los años de preparativos con la constante amenaza para la seguridad de su familia. El viaje agotador a través del Sahara lo había extenuado. Pero su peor error fue el de anticipar el momento en que todo habría terminado; los profesionales jamás lo hacen.

—¡Oh, Katinka! —susurró—. Y mi buen hijo. Qué les he hecho. Qué he hecho.

No me moví, y tampoco lo hizo Mann; pero Bekuv empujó el toldo de nilón y salió al sol ardiente. Se quedó allí un largo rato.

3

Nuestro primer problema fue deshacernos del vehículo de Bekuv. Era un GAZ 59 A, un auto de campaña ruso con tracción en las cuatro ruedas. Era una máquina llamativa: techo de lona, caja cuadrada y elásticos metálicos brillantes que se veían a través de las fundas de los asientos. No teníamos cómo enterrarlo en la arena, e incendiarlo probablemente hubiera traído el tipo de atención que justamente tratábamos de evitar.

Mann tomó una gran llave y arrancó las placas de la patente, y luego eliminó el emblema R. M. M. que hubiera alertado incluso a un espía iletrado que el vehículo era de Mali.

Mann no perdió de vista a Percy Dempsey. Y Mann ciertamente no confiaba en Johnny, el chófer árabe, siempre sonriente. Solamente porque no se le ocurrió una idea mejor fue que aceptó que Johnny se dirigiera de vuelta al Norte con el GAZ mientras nosotros seguíamos con Bekuv en el vw. Y se daba vuelta constantemente para mirar a Bekuv, vigilar a Percy en el Land-Rover detrás nuestro y decirme que Percy Dempsey no era ni de lejos el hombre que yo le había anteriormente descrito.

—Hace un calor endemoniado —dije.

Mann gruñó y miró a Bekuv que seguía durmiendo en el asiento de atrás.

—Si abandonamos el GAZ por aquí, en el Sur, la policía va a examinarlo para asegurarse que no se trate de alguien que se está muriendo de sed. Pero cuanto más nos acerquemos al Norte, más interés va a despertar en la policía una máquina tan extraña.

—No va a pasar nada.

—No hemos visto nada parecido en toda Argelia.

—Deja de preocuparte —dije—. Percy ya hacía estas cosas aquí en el desierto, cuando Rommel llevaba pantalones cortos.

—Ustedes los ingleses siempre se defienden.

—¿Por qué no conduce un rato, mayor?

Cuando nos paramos para cambiar de asiento, nos demoramos bastante, como para que Johnny se adelantara unos kilómetros. El GAZ no iba a

establecer ningún récord de velocidad. No habían mejorado demasiado el Ford Modelo A del que derivaba. Alcanzarlo no sería un problema con el vw.

En efecto, el viejo GAZ apareció a los veinticinco minutos de reanudada la marcha. Lo vimos subiendo el suave declive de un médano y Mann guiñó las luces a modo de saludo.

—Mantengamos esta distancia —dijo Mann. Entre los vehículos había unos quinientos metros.

Detrás de nosotros emergió Percy, con el Land-Rover.

—¿Percy es medio medio, no?

—¿Marica? —dije—. ¿Percy y Johnny? No se me había ocurrido.

—Percy y Johnny —repitió Mann—. Hace pensar en un pequeño e íntimo bar de Tánger.

—¿Eso aumenta o disminuye las probabilidades de que lo sean?

—Mientras cumplan con su trabajo —dijo Mann—. Es todo lo que pido. —Eché una mirada al espejo antes de sacar un Camel del bolsillo de la camisa que encendió sin soltar el volante. Aspiró y largó el humo antes de volver a hablar—. Llévanos a ese maldito aeródromo, eso es todo lo que pido. —Golpeó el volante con el puño grande y huesudo—. Es todo lo que pido.

Sonreí. La primera propuesta de que desertara se la había hecho a Bekuv un científico británico. Eso significaba que la Inteligencia Británica se le iba a pegar como una sanguijuela. Yo era la sanguijuela designada, y a Mann no le gustaban las sanguijuelas.

—Deberíamos haber viajado de noche —dije, más por decir algo que porque lo hubiera meditado mucho.

—¿Y qué le decimos a la policía? ¿Que estamos fotografiando polillas?

—No hay por qué dar explicaciones. En estos caminos probablemente hay más tráfico de noche cuando está fresco, pero se corre el peligro de atropellar camellos o gente caminando.

—Mira, es... ¡Dios!

Mann miraba fijo hacia delante, pero yo no alcanzaba a ver nada en esa dirección, y para cuando me di cuenta de que miraba el espejo retrovisor, ya era demasiado tarde.

Mann me arrancó el volante y dimos unos tumbos en el desierto entre una nube de arena; cuando Bekuv fue arrojado del asiento posterior y cayó al piso oímos un alarido de furia.

Oí el helicóptero a reacción antes de verlo. Todavía estaba mirando el GAZ, viendo cómo desaparecía en un remolino de arena y destellos blancos.

Luego se convirtió en un gran borbollón que se inflaba como un brillante globo rojo que el combustible hizo reventar con una explosión terrible.

El zumbido del helicóptero se convirtió en el golpeteo de las paletas del rotor cuando giró y estuvo encima de nosotros a pocos metros de altura mientras las palas de la hélice hacían señales indias con el humo que subía del GAZ.

La burbuja de plexiglás brilló al sol mientras se deslizaba tan cerca del suelo del desierto que las puntas de las palas casi tocaron los médanos. Por un momento desapareció de la vista y cuando oí nuevamente el motor me encontré a cincuenta metros del camino tendido de cara al suelo, tratando de meter la cabeza en la arena.

El piloto hizo una curva cerrada al llegar a la ruta. Sobrevoló el auto incendiado y luego volvió de nuevo antes de dar por terminada su tarea. Dirigió luego la trompa hacia el Este y desapareció de la vista en uno o dos segundos.

—¿Cómo adivinaste? —le pregunté a Mann.

—Por la manera en que se mantenía sobre el camino. En Nam tuve que vérmelas con helicópteros artillados. Sabía que iba a tirar. —Se sacudió el polvo de los pantalones—. ¿Todo OK, profesor?

Bekuv asintió, serio. Era obvio que habían desaparecido las últimas dudas que podía haber tenido respecto de volver a Mali para una reconciliación.

—Entonces larguémonos de aquí antes de que llegue la policía para averiguar sobre el desastre.

Aminoramos la marcha al pasar a través del humo y el hedor a goma y carne carbonizada. Bekuv y yo nos dimos vuelta para asegurarnos de que no había posibilidad alguna de que el muchacho hubiera sobrevivido. Luego Mann aceleró, pero vimos que el Land-Rover se mantenía detrás de nosotros.

Mann miraba por el espejo retrovisor. Él también lo vio.

—¿Por qué demonios se para ese viejo idiota?

No contesté.

—¿Tiene tapones en los oídos?

—Para enterrar al muchacho.

—¡No puede ser tan tonto!

—Es una tradición en el desierto —dije.

—¿Quieres decir que eso es lo que ese idiota le va a contar a la policía cuando lleguen y lo encuentren haciendo una lápida?

—Probablemente.

—Lo van a hacer hablar. Los policías lo van a sacudir a Percy Dempsey y ¿sabes lo que va a largar?

—Nada.

—¡A nosotros! —dijo Mann que todavía miraba por el espejito—. Maldito estúpido.

—Para mí hay veinte kilómetros hasta el desvío para el aeropuerto.

—A menos que nuestro piloto se haya atemorizado por ese helicóptero artillado y haya vuelto a Marruecos.

—Nuestro muchacho ni siquiera ha falsificado su plan de vuelo todavía —dije—. Está a sólo quince minutos de vuelo de aquí.

—OK, OK, OK, —dijo Mann—. Toda esa mierda de espíritu de Dunquerque está de más. —Durante un rato largo seguimos en silencio.

—A ver si divisan el túmulo del desvío —dije—. No son más de media docena de piedras, y la arena se ha movido desde que pasamos por este camino.

—En el *jeep* no hay pala —dijo Mann—. No creerás que lo vaya a enterrar a mano limpia, ¿no es cierto?

—Más despacio ahora —dije—. El túmulo está de este lado.

Un avión se acercó saltando por sobre los médanos desde el Noroeste. Formaba parte de una flotilla de máquinas Dornier Skyservant, para viajes cortos, contratadas para transportar funcionarios del gobierno, políticos y técnicos, de Marruecos a las explotaciones de fosfato cerca del límite con Argelia. La demanda mundial de fosfatos había convertido la explotación en la industria más mimada de Marruecos.

El piloto aterrizó en la primera vuelta. Saber aterrizar en cualquier pedazo de tierra dura sin árboles era parte de su trabajo. El Dornier nos sobrevoló y accionó el acelerador de su motor de babor de modo que giró sobre si y quedó en posición de volar de nuevo.

—¡Cuidado con la hélice! —me avisó Mann.

El padre de Mann había sido piloto en una línea comercial, y Mann tenía una suscripción por diez años a Aviation Week. Los aviones lo enloquecían. Antes de subir golpeó el fuselaje metálico.

—Grandes máquinas estos Dornier —me dijo—. ¿Habías visto un Dornier antes?

—Sí. Mi tío Jorge abatió uno en 1940.

—Asegúrate que la puerta esté cerrada.

—Vamos, vamos —dijo el piloto, un joven sueco con un bigote caído y «Elsa» tatuado en un bíceps.

Empujé a Bekuv para que pasara adelante. En la cabina había unos doce asientos y Mann ya se había instalado en el más próximo a la puerta.

—¡Apúrense! Quiero retomar mi plan de vuelo.

—¿Casablanca? —dijo Mann.

—Y todo el *couscous* que se pueda comer —dijo el piloto y accionó el acelerador antes de que yo hubiera cerrado la puerta.

El lugar de donde se elevó casi verticalmente el Dornier bimotor era el campamento abandonado de una patrulla vial, con las consabidas pilas de bidones de petróleo, dos chasis de tractor y algunos mojones de piedras. Los nómadas se habían llevado todo lo demás. Ahora había allí un brillante ómnibus vw nuevo, con su cartel «Giras Dempsey por el Desierto», parado en el hoyo del lecho de un río.

—Esto lo arruinó —dijo Mann—. Cuando los policías encuentren al vw no le van a sacar el ojo a este aeropuerto.

—Dempsey se lo llevará.

—Tu compañero Dempsey es un verdadero Lawrence de Arabia.

—Pudo haber hecho este trabajo solo. No era necesario que viniéramos nosotros.

—Eres más tonto de lo que pareces. —Mann miró alrededor para asegurarse que Bekuv no podía oír.

—Entonces, ¿por qué...? —pregunté.

—Porque si el profe grita bastante fuerte que quiere a su mujer aquí, alguien va a tener que ir a traerla.

—Mandarán a alguien del área —dije.

—Mandarán a alguien que haya hablado con el profesor...; tú lo sabes, alguien que estuvo aquí, que puede hablar con su vieja en forma convincente.

—Peligrosísimo.

—¡Sí! Si los rusitos van a empezar a mandarnos aviones e incendiar autos en el desierto, no van a soltar a la vieja sin pelear.

—Quizá den a Bekuv por muerto.

Mann se dio vuelta en el asiento para mirar al profesor. Tenía la cabeza echada sobre el borde del respaldo; la boca abierta y los ojos cerrados.

—Quizás —asintió Mann.

En ese momento alcancé a ver los picos del Atlas Mayor. Estaban casi invisibles por el resplandor de calor que se levantaba del desierto incoloro, por debajo de nuestro nivel; pero encima de la bruma de calor alcancé a distinguir las cimas nevadas de los picos más altos. Pronto veríamos el océano Atlántico.

4

Jamás descubrí si la Universidad de Nueva York llegó a saber que había incorporado una cátedra de Comunicaciones Interestelares. Por lo pronto no se la mencionaba en el informe del plan de estudios. Utilizábamos una casa en la plaza Washington que, árboles por medio, quedaba frente a los edificios de la universidad. Había pertenecido a la CIA; tras la fachada de una inmobiliaria, la habían usado durante muchos años para diversos fines clandestinos que incluían las proezas extramatrimoniales de ciertos altos funcionarios de la División Operativos.

El mayor Mann era técnicamente responsable de la seguridad de Bekuv (manera cortés de decir custodia, como el mismo Bekuv lo hacía notar por lo menos tres veces por día). Pero fue el confesado rol de custodia de Mann lo que convenció a Bekuv de que el equipo que lo interrogaba estaba formado por académicos de la Universidad de Nueva York, tal como simulaban serlo. El primer problema para el equipo fue distraer a Bekuv de lo puramente administrativo. Quizá fuera inevitable que un académico soviético quisiera conocer las dimensiones que tendría su departamento, las limitaciones de presupuesto, el número de empleados que le correspondía, su derecho de voto en la Universidad, sus derechos a requerir impresiones, fotografías y servicios de computadoras y su participación prioritaria en la inscripción de estudiantes y graduados.

La intranquilidad del equipo de investigación crecía día a día. La denuncia de filtraciones de información científica hacia el Este se reflejaba en los quejumbrosos memoranda que se apilaban en la «sección reservado» de mi despacho.

Los que lo interrogaban se hacían pasar por ayudantes del profesor Bekuv y tenían la esperanza de descubrir qué clase de información poseía ya, y la esperanza también de descubrir las fuentes norteamericanas de las que aquélla había sido robada. Con este propósito se había enviado información levemente alterada a empleados seleccionados en diversos laboratorios del gobierno. Hasta ahora nada de este material «sembrado» había vuelto a través

de Bekuv; de pronto, y a pesar de las enérgicas protestas de su «gente», Bekuv decretó el comienzo de las vacaciones de Navidad. Imperiosamente envió a sus interrogadores de vuelta a sus hogares y familias. Bekuv quedó así libre para dedicar todo su tiempo a crear una armazón de piezas electrónicas de un millón de dólares, con la que garantizaba que establecería contacto con una de las supercivilizaciones que esperan en el espacio para hacer su presentación.

Al atardecer del jueves, las primeras nieves del invierno salpicaban ya los árboles de la plaza de Washington, los anunciadores radiales medían en horas el tiempo restante para hacer las compras de Navidad, y Mann observaba cómo me afeitaba para ir a una fiesta en Park Avenue, en la casa de un funcionario superior de seguridad de las Naciones Unidas. Una nota apresuradamente escrita al pie de la invitación impresa decía «y trae al rusito manso». Esto había llevado a Mann a un estado de angustia peripatética.

—¿Dices que Tony Nowak te mandó la invitación a la embajada británica en Washington?

—Ya lo conoces a Tony —dije—. Por lo menos tiene tacto. Se lo debe a su entrenamiento en la UN.

—Esa maldita fábrica de charlatanes.

—¿Crees que está al tanto de la casa de la plaza Washington?

—Mañana lo mudamos a Bekuv —dijo Mann.

—Tony es capaz de quedarse callado.

—Tony no me preocupa. Pero si él sabe que estamos aquí, puedes apostar que también lo saben media docena de personas en la UN.

—¿Qué te parece California? —sugerí—. La Universidad de California en Los Angeles. —Empecé a buscar entre mi última ropa limpia. Había llegado a las camisas sin plancha y ya tenía la bañera llena de ellas.

—¿Y qué te parece Sing Sing? El hecho es que comienzo a creer que Bekuv está demorando, adrede, y va a seguir demorando hasta que le traigamos a su *frau*.

—Los dos lo adivinamos. —Me puse una camisa blanca y una corbata del club. Era del tipo de reunión donde es mejor ser inglés.

—Le arrancarías las uñas del pie —gruñó Mann.

—Bien sabes que no quieres decir eso. Ése es precisamente el tipo de broma que te crea una mala reputación.

Provocar a Mann me producía una especie de placer enfermizo, y esta vez respondió tal como yo esperaba: apagó el cigarro y lo tiró en su *whisky* Jim Beam, y hay que conocerlo a Mann para saber que para él eso se asemeja

mucho a un suicidio. Mann me observó mientras me peinaba y luego miró su reloj.

—Quizá sería mejor que olvidaras las pestañas postizas —dijo—, nos encontramos con Bessie a las veinte.

Bessie, la mujer de Mann, parecía tener veinte años; pero debía estar más cerca de los cuarenta. Era alta y delgada, con un cutis joven producto de su infancia en una granja de Wisconsin. Si decir que era hermosa era ir demasiado lejos, era por lo menos lo bastante linda como para que todas las cabezas masculinas se dieran vuelta cuando entró al departamento en Park Avenue donde se daba la fiesta.

Tony nos recibió y hábilmente pescó tres copas de champaña de la bandeja de un mozo que pasaba. «Ahora la fiesta puede comenzar de veras», dijo Tony Nowak, o Nowak el polaco, como lo llamaban ciertos conocidos que no admiraban por cierto su ascenso, hecho con pies y manos, de la pobreza a la fortuna. Porque la tarea de Tony Nowak en la unidad de seguridad de las Naciones Unidas no le exigía apostarse en la entrada, con gorra de visera, y pasar el detector de metales sobre las valijas de mano. Tony tenía un salario de seis cifras, una oficina de tres ventanas con vista al East River y un grupo de gente que dactilografiaba sus cartas por triplicado. En términos de la UN, era un éxito.

—Ahora la fiesta puede comenzar de veras —dijo Tony de nuevo. Besó a Bessie, tomó el sombrero de Mann y me palmeó el brazo—. Es un placer verte, y ¡por Dios! qué tostado consiguieron los dos en Miami.

Asentí cortésmente y Mann trató de sonreír; no lo logró y metió la nariz en el champaña.

—Se dice que te retiras, Tony —dijo Bessie.

—Soy demasiado joven para retirarme, ¡y tú lo sabes! —Le guiñó un ojo.

—Más despacio, Tony —dijo Bessie—, ¿quieres que el viejo se dé cuenta de lo nuestro?

—Nunca debió dejarte para ir a Miami —dijo Tony Nowak.

—Fue con una lámpara —dijo Mann—. De Bloomingdale, a cincuenta y cuatro con noventa y nueve, y tres pares de antiparras oscuras.

—Casi me engañan —dijo Tony Nowak—, creí que lo habían conseguido a fuerza de *spray*.

Se oyó el timbre suave de una campanilla y una sirvienta abrió la puerta. Tony Nowak, que todavía tenía a Bessie tomada del brazo, la dejó al ver a los nuevos invitados.

—Son la gente del Secretariado... —dijo Tony Nowak.

—Ve a atender a tus recién llegados —dijo Mann—. Parece que hay que salvar a Liz Taylor del Shah de Irán.

—Y seguro que tú eres el tipo para eso —dijo Tony Nowak. Sonrió. Era el tipo de broma que repetiría mientras mencionaba los nombres de la gente importante que realmente había estado allí.

—No entiendo por qué nos invitó —le dije a Mann.

Mann gruñó.

—¿Estamos en funciones? —pregunté.

—¿Quieres horas extras?

—Solamente quiero saber qué pasa.

Desde un rincón oscuro del salón llegó esa música vacilante que le da tiempo al pianista para un sorbo de Martini entre compases. Cuando Mann llegó al biombo chino desplegado entre el salón y el comedor, se detuvo y encendió un cigarro. Se tomó un tiempo para hacerlo, de modo que los dos pudimos echar una rápida mirada alrededor.

—Una conferencia —dijo despacio.

—¿Una conferencia con quién?

—Precisamente —dijo Mann. Chupó el cigarro, y me tomó el brazo con su apretón de hierro mientras me hablaba de toda la gente que reconocía allí.

Habían reacomodado el comedor para hacer lugar a seis mesas especiales de *backgammon* en las que jugadores silenciosos hacían altas apuestas. La sala estaba llena de espectadores, y había un grupo especialmente grande alrededor de la mesa más alejada donde un maduro fabricante de alarmas ultrasónicas antirrobo batallaba con una pelirroja espectacular.

—Ése es el tipo de chica que podría entusiasmarme —dijo Mann.

Bessie le dio un suave golpecito en el estómago.

—Y no creas que bromea —me dijo.

—No hagas eso cuando estoy tomando champaña francés —dijo Mann.

—¿Y si fuera del país? —dijo Bessie.

Tony Nowak pasó con un magnum de Heidsieck. Llenó nuestras copas hasta colmarlas, canturreó la melodía de *Alligator Crawl* mejor de lo que lo hacía el pianista, y luego hizo un extraño paso de baile antes de seguir llenando copas.

—Tony está muy contento esta noche —dije.

—Tony los está vigilando —dijo Bessie—. Tony recuerda la vez en que ustedes dos vinieron con esos músicos borrachos del Village y convirtieron su fiesta en una batahola.

—Todavía hoy sostengo que fue Stefan, ese primo alcahuete de Tony Nowak el que puso los tallarines en el piano —dijo Mann.

Bessie sonrió y me señaló.

—La última vez que hablamos de esto el culpable eras tú —me confió.

Mann puso cara de vampiro e intentó morderle el cuello a su mujer.

—Promesas, puras promesas —dijo Bessie y se volvió para observar a Tony que circulaba entre sus invitados. Mann entró en el comedor y nosotros lo seguimos. Todo era chino o sofisticado, con linternas y budas dorados, y miniaturas pintadas de parejas orientales en acrobáticas copulaciones.

—Es Red Bancroft —dijo Mann que seguía mirando a la pelirroja—. Está a nivel internacional, obsérvenme.

Lo seguí mientras se abría paso para poder ver el juego de *backgammon*. Miramos en silencio. Si la chica jugaba una partida demorada, eso estaba más allá, mucho más allá de mi juego de *backgammon*, en el que se mueve cualquier ficha dentro del campo y ocupa un espacio. Esta chica hasta dejaba expuestas a sus fichas. Podía ser una manera de sacar a su contrincante de su tablero interno, pero todavía no estaba en eso. Jugaba con las rojas, y sus fichas solas aparecían desparramadas y vulnerables, y tenía dos afuera, esperando para entrar. De no ser por la observación de Mann, me hubiera parecido el juego torpe de un novato.

La pelirroja sonrió cuando su maduro contrincante tomó el cubilete de las apuestas. Lo hizo girar entre los dedos como para tratar de encontrar la ventaja que buscaba y luego lo dejó de nuevo. Cuando el público vio la apuesta oí un par de gruñidos de sorpresa detrás de mí. Si la chica también se sorprendió no lo demostró. Pero cuando sonrió nuevamente, su sonrisa fue demasiado amplia y duró demasiado. El *backgammon* es tanto un juego de engaño como de destreza y azar, y la pelirroja bostezó y levantó una mano para taparse la boca. Fue un ademán que mostró plenamente su silueta. Asintió con la cabeza. El hombre sacudió los dados más tiempo que antes, y vi que movía los labios como si rezara. Mientras rodaban retuvo la respiración. Si fue una oración, se vio contestada rápida y enteramente: ¡doble seis! Miró a la pelirroja. Ella sonrió como si todo formara parte de su plan. El hombre miró largamente antes de mover sus fichas.

Ella tomó los dados y los tiró al descuido, pero a partir de ese momento cambió su juego drásticamente. El tablero interno del hombre estaba completamente abierto, de modo que no le costó mucho hacer entrar a sus dos fichas. Con el próximo tiro ella comenzó a cubrir su tablero interno lleno de espacios. Un cuatro y un tres. Era todo lo que necesitaba para cubrir los seis

puntos. Esto encerró a su contrincante. Ahora él podía usar un tiro alto, y en este caso sus oraciones no fueron escuchadas. El partido fue de la chica tiro tras tiro. El hombre encendió un cigarro, con todo cuidado, mientras contemplaba cómo se le daba vuelta el juego sin que pudiera hacer nada por salvarlo. Sólo cuando ella comenzó a retirar, volvió a jugar.

Ahora que ella tenía el cubilete de apuestas en las manos, y eso también era parte de la estrategia, lo levantó. El hombre miró el cubilete y luego las caras de sus amigos. Se habían hecho fuera de la mesa otras apuestas a su triunfo. Sonrió y aceptó la nueva apuesta con un movimiento de cabeza, aunque debía saber que ahora sólo un par de dobles altos podrían salvarlo. Tomó los dados y los sacudió como si fueran a estallar. Cuando dejaron de rodar, había un cinco y un as en las caras superiores. Suspiró. Aún no tenía todas sus fichas en el tablero interno. La chica tiró un doble cinco; con cinco fichas afuera, terminó la partida.

Él aceptó la derrota. La pelirroja sonrió mientras guardaba los mil dólares en billetes grandes en una billetera de cuero de cocodrilo con filete de oro. Los espectadores se alejaron. La pelirroja miró a Bessie y le sonrió, luego también le sonrió al mayor Mann.

Si no fuera por el color irlandés del cabello, hubiera podido ser oriental. Tenía los pómulos altos y chatos y la boca un poco demasiado ancha. Los ojos estaban un tanto separados y eran chicos, más chicos aun cuando sonreía. Fue la sonrisa lo que más recordaría mucho después que todo lo demás de ella hubiera desaparecido de mi recuerdo. Era una sonrisa extraña, incierta, que a veces se burlaba y a veces reprochaba, sin ser por eso menos atractiva, como yo iba a descubrir a mi costa.

Llevaba puesto un costoso vestido tejido, a rayas de colores otoñales, y en las orejas tenía pequeños aros de jade en perfecto juego con el color de sus ojos. Bessie la trajo a donde yo estaba parado, cerca del champaña y de la comida.

Cuando Bessie se alejó, la chica dijo:

—La *pizza* engorda mucho.

—Así ocurre con todo lo que me gusta —dije.

—¿Todo? —dijo ella.

—Bueno... casi todo, desgraciadamente. Felicitaciones por su triunfo.

Tomó un paquete de cigarrillos mentolados y llevó uno a los labios. Se lo encendió.

—Gracias por su amabilidad, señor. Hubo un momento en que me preocupó, sin embargo; se lo confieso.

—Ya sé —dije—. Cuando bostezó.

—Son nervios, hago de todo para no bostezar.

—Considérese afortunada. Hay gente que ríe cuando está nerviosa.

—¿Quiere decir que usted se ríe cuando está nervioso?

—Me aconsejan no revelar mis defensas.

—¡Qué británico! Quiere conocer mis debilidades pero no quiere confesar las suyas.

—¿Eso me convierte en un cerdo antifeminista?

—Tengo menos que perder —dijo ella. Y trató de ahogar un bostezo. Me reí.

—¿Cuánto hace que conoce a los Mann? —pregunté.

—La conocí a Bessie en un curso de yoga, hace unos cuatro años. Ella trataba de adelgazar, y yo trataba de perder los bostezos.

—Ahora está bromeando.

—Sí. Hice yoga después que... —Se calló. Era un recuerdo doloroso—. Una noche llegué temprano a casa y encontré a un par de muchachitos robando el departamento. Me dieron una paliza terrible y me dejaron inconsciente. Cuando salí del hospital fui a una granja yoga para la convalecencia. Así es como conocí a Bessie.

—¿Y el *backgammon*?

—Mi padre era un as, fue semifinalista por Illinois en los campeonatos de *backgammon* de un año. Era formidable. Me pagué casi todos los estudios universitarios con lo que ganaba jugando *backgammon*. Hace tres años me hice profesional; se puede viajar por todo el mundo de torneo en torneo, no hay temporadas. Pilas de dinero... es un juego para ricos. —Suspiró—. Pero eso era hace tres años. Después, estos años fueron pésimos. Y un año pésimo en Seattle es un año verdaderamente pésimo, ¡créame! ¿Y usted?

—Nada que contar.

—Ah, Bessie ya me ha contado mucho —dijo.

—Y yo creía que era una amiga.

—Sólo las partes buenas; es inglés...

—¿Desde cuándo eso es «bueno» entre los jugadores de *backgammon* de Illinois?

—Trabaja con el marido de Bessie, en el departamento de análisis de un Banco de la ciudad que jamás había oído nombrar. Usted...

Llevé mis dedos a sus labios para detenerla.

—Basta ya —dije—. No puedo soportarlo.

—¿Tiene a su familia con usted, aquí en la ciudad? —Flirteaba. Casi me había olvidado cuánto me gustaba.

—No.

—¿Los visitará en Navidad?

—No.

—Pero eso es terrible. —Me tocó el brazo espontáneamente.

—No tengo familia propia —confesé.

Sonrió.

—No quise preguntarle a Bessie. Es muy casamentera.

—No lo deje de lado.

—No tengo suerte en el amor —dijo—. Sólo en *backgammon*.

—¿Y dónde está su casa?

—Mi casa es una valija.

—Es una dirección muy conocida —dije—. ¿Por qué Nueva York?

Sonrió. Sus dientes, muy blancos, eran un poquito desiguales. Bebió un poco.

—Estoy harta de Seattle —dijo—. Nueva York fue el primer lugar que me vino a la cabeza. —Dejó el cigarrillo a medio fumar en el cenicero y lo apagó como si fuera Seattle.

Desde la habitación contigua el pianista se deslizó a una versión soñolienta de *How Long Has This Been Going On?* Red se me acercó un poco más y siguió observando su copa como si fuera una bola de cristal en la que buscaba una fortuna.

El fabricante de alarmas contra robo pasó y sonrió. Red me tomó del brazo y apoyó la cabeza en mi hombro. Cuando ya no podía oírnos me miró.

—Espero que no se haya molestado; le dije que mi novio había llegado y quise darle una prueba de ello.

—Disponga de mí. —Le pasé el brazo alrededor; era suave y cálida y cuando me acerqué más sentí el olor fresco de su brillante pelo rojo.

—Algunas de las personas que pierden dinero en la mesa creen que van a tener algún otro tipo de recompensa —murmuró.

—Me está poniendo ideas en la cabeza.

Se rió.

—Hablo en serio —dije.

—Usted me gusta —rió nuevamente. Pero ahora fue una risita linda y profunda en vez de la mueca que descubría sus dientes cuando estaba en la mesa de *backgammon*.

—Sí, adivinó justo —dijo—. Me escapé de a amorío de porquería. —Se alejó, pero no demasiado.

—Y ahora se pregunta si hizo bien.

—Era un degenerado. Otras mujeres... deudas que tuve que pagar yo... borracheras... no, no me pregunto si hice bien. Me pregunto por qué tardé tanto en hacerlo.

—Y ahora la llama por teléfono todos los días para pedirle que vuelva.

—¿Cómo lo sabe? —susurró las palabras sobre mi hombro.

—Porque es lo que suele ocurrir.

Me tomó del brazo. Durante un rato nos quedamos callados. Sentía que la conocía desde siempre. El hombre de las alarmas contra robo pasó de nuevo. Nos sonrió.

—Vayámonos de aquí —me dijo ella.

Nada me hubiera gustado más, pero Mann había desaparecido de la habitación y, si estaba dedicado al tipo de conferencia que me había anticipado, esperaba que yo me quedara exactamente aquí con los dos ojos bien abiertos.

—Sería mejor que me quedara con los Mann —dije. Frunció la boca. Y sin embargo al momento sonreía y no quedaban señales de un ego lastimado.

—Seguro —dijo—. Comprendo —pero no comprendió bien, porque muy pronto vio gente conocida y los llamó para que se acercaran.

—¿Juega *backgammon*? —me preguntó uno de los recién venidos.

—No como para llamar la atención —dije.

Red me sonrió, pero cuando supo que dos excampeones estaban por jugar una partida en la habitación contigua me tomó de la mano y me arrastró allí.

El *backgammon* me gusta más que el ajedrez. Los dados siempre agregan un gran toque de azar a cualquier juego, de modo que a veces un novato derrota a un campeón, tal como ocurre en la vida real. A veces, sin embargo, el predominio del azar hace que un juego se vuelva aburrido para quien mira. Ése fue así... o quizá yo sólo estaba fastidiado por la manera en que Red intercambiaba sonrisas y saludos con tanta gente alrededor de la mesa.

Los dos excampeones estaban en las jugadas iniciales de su tercera partida cuando Bessie Mann me tiró de la manga para decirme que su marido quena verme.

Atravesé el *hall* hasta donde el chófer de Tony Nowak hacía guardia en la puerta del dormitorio. Miraba fieramente hacia el espejo; hacía lo posible para parecer un policía. La mirada fiera no me sorprendió, pero no esperaba que

me palpara de armas. Entré. A pesar de la poca luz, vi a Tony Nowak subido en el trinchante, la corbata suelta y la frente brillante.

Se sentía olor a cigarros caros y a loción para después de afeitarse. Y, sentado en la mejor silla, los zapatos apoyados sobre un banquito tapizado, estaba Harvey Kane Greenwood. Hacía tiempo que nadie se refería a él como el joven senador con futuro: Greenwood ya había llegado. El pelo largo peinado con secador y teñido, los pantalones claros y la camisa de batik lo suficientemente abierta como para mostrar un medallón con cadena de oro, formaban parte de su bien publicitada imagen y muchas de sus aspiraciones se reproducían en Gerry Hart, el joven y delgado ayudante que acababa de emplear para que lo auxiliase en sus tareas en la Subcomisión para el Desarrollo Científico de la Comisión del Senado para la Cooperación Internacional.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, alcancé a ver el sofá Hepplewhite, en el que estaban sentados dos pesos pesados medio calvos, que comparaban sus relojes pulsera y discutían en voz baja en ruso. No me vieron y tampoco me vio Gerry Hart, que trazaba diagramas en una servilleta para su jefe Greenwood que cabeceaba.

Apenas llegué a la puerta, Mann agitó los brazos y me hizo retroceder más allá del custodio de Nowak y por todo el corredor hasta la cocina.

Apiladas sobre las mesadas había fuentes con sobras de comida, ceniceros sucios y recipientes plásticos llenos de cubiertos usados. Los restos de dos pavos habían quedado sobre la puerta abierta de un horno de pared, y cuando entramos, un gato saltó de ahí al piso. La cocina, brillantemente iluminada, estaba desierta.

El mayor Mann abrió la heladera y sacó un cartón de leche. Tomó vasos del estante y los llenó.

—¿Te gusta la leche con crema?

—No mucho —dije.

Bebió un poco, arrancó un papel del rollo de la cocina y se limpió la boca. Mientras tanto mantuvo la puerta de la heladera bien abierta. Pronto el compresor comenzó a palpitar. El ruido, combinado con el de los tubos fluorescentes que teníamos sobre nuestras cabezas, nos protegía un tanto de los micrófonos, aun de los más sofisticados.

—Esto es una fija —dijo Mann despacio.

—En ese caso —dije—, tomaré un poco de esa leche.

—¿Queremos hacernos cargo de la señora B.? —No ocultaba su enojo.

—¿Dónde? —pregunté.

—¡Aquí! —dijo Mann indignado—. Precisamente aquí, en Schlockville.
Sonreí.

—¿Se trata de una propuesta del caballero Jim Greenwood y nuestro amigo Hart?

—Y de los vendedores de vodka de Omsk.

—¿KGB?

—Pantalonudos con zapatos con puntera de acero, que gastan manicuras de cincuenta dólares y grandes cigarros cubanos...; sí, sospecho que viene de ese lado.

—Quizá Hart los consiguió en una agencia teatral.

Mann sacudió la cabeza.

—Pesados. Estuve cerca de ellos. Son verdaderos plúmbeos.

Mann tenía la costumbre de colocar una mano sobre el corazón y dejar que el pulgar y el índice jugaran con el cuello de la camisa. Lo hizo. Era como si estuviera jurando sobre los dos rusos.

—¿Pero por qué?

—Buena pregunta —dijo Mann—. Cuando el maldito comité de Greenwood trabaja tanto para pasarle todos los secretos científicos norteamericanos a cualquier extranjero que los quiera... ¿quién necesita la KGB?

—¿Y hablaron de B.?

—Debo estar volviéndome senil o algo así —dijo Mann—. ¿Por qué no pensé en esos degenerados del Comité de Cooperación Científica...? Son todos unos degenerados comunistas, si quieres saber mi opinión.

—¿Pero qué buscan?

Mann lanzó una mano al aire y la dejó ahí con los dedos abiertos.

—Estos tipos... Greenwood y su ayudante... me dan clase sobre la libertad. Me dicen que voy camino de encabezar una caza de brujas en el mundo académico...

—¿Y es cierto?

—Por descontado que voy a investigar a todos los amigos y conocidos de Bekuv... y ni Greenwood ni ninguno de los rosados miembros de su Comisión me lo van a impedir.

—No organizaron esta reunión sólo para decirte que no iniciaras una caza de brujas —dije.

—Creen que pueden hacer nuestra tarea mejor que nosotros —dijo Mann con amargura—. Dicen que pueden sacar a la mujer de Bekuv de Rusia, siguiéndole el juego al Kremlin.

—Quieres decir que ellos van a conseguir un permiso para viajar, siempre que nosotros no descubramos nada que pueda poner en dificultad a la Comisión.

—Exacto —dijo Mann—. Sírvete más leche —me la sirvió sin preguntarme si la quería.

—Después de todo —dije en un intento de aplacar su rabia—, es lo que queremos... es decir... a la señora B. Nos facilitaría la tarea.

—Precisamente la oportunidad que estábamos esperando —dijo Mann sarcástico—. Sabrás que realmente creían que lo traeríamos a Bekuv aquí esta noche. Amenazan con exigir su presentación ante la Comisión.

—¿Por qué?

—Para comprobar si pasó a Occidente por su propia voluntad... ¿Qué te parece?

—No me gusta nada —dije—. La fotografía en el «Daily News», los reporteros poniéndole micrófonos por delante. Los rusos se sentirían obligados a responder. La cosa se pondría muy fea.

Mann hizo una mueca y tomó el teléfono. Lo tapó con la mano y escuchó un momento para comprobar si había otros en la línea. A mí me dijo:

—Voy a volver ahí para esperar unos diez minutos. —Marcó el número del garaje de la CIA en la Calle 82—. Aquí Mann, manden mi auto número dos para apoyo. Sigo en el mismo lugar. —Colgó—. Tú vete abajo y espera el auto de apoyo. Dile a Charlie que siga a los dos gorilas rusos; dale la descripción.

—No será fácil —le avisé—. Seguro que estarán preparados para todo.

—De cualquier modo será interesante ver cómo reaccionan.

Mann cerró la puerta de la heladera de un golpe. La conversación había terminado. Lo saludé con solemnidad y atravesé el *hall* para buscar mi sobretodo.

Red Bancroft también estaba allí, metiéndose en un lindo tapado de gamuza estilo militar, con vistas de cuero y botones y hebillas de bronce. Guiñó un ojo mientras metía su largo pelo rojo en un cómico sombrero tejido. «Y aquí está», dijo el fabricante de alarmas antirrobo, que se contemplaba en un espejo mientras un sirviente le arreglaba el cuello de su sobretodo de pelo de camello. Se tocó el bigote y asintió con un movimiento de cabeza.

Era un hombre alto y nervioso; el pelo se le estaba encaneciendo como sólo les ocurre a los magnates de la industria y las estrellas de cine.

—Esta damita lo anduvo buscando por todas partes —dijo el fabricante de alarmas antirrobo—. Estaba tratando de convencerla de que fuera conmigo hasta la calle Sesenta.

—Yo me ocuparé de ella —dije.

—Y yo les doy las buenas noches —dijo él—. Fue un verdadero placer jugar con usted, señorita Bancroft. Espero que alguna vez me dé la oportunidad de una revancha.

Red Bancroft sonrió y asintió y luego me sonrió a mí.

—Ahora salgamos de aquí —le susurré.

Me tomó el brazo y me besó, precisamente cuando el hombre se volvió a mirarnos. Era demasiado pronto para saber si fue un buen cálculo o sólo un impulso, pero aproveché la oportunidad para apretarla fuerte y devolverle el beso. Los sirvientes de Tony Nowak descubrieron entonces que tenían que ocuparse de algo en la sala.

—¿Has estado bebiendo leche? —dijo Red.

Tardamos mucho en llegar al rellano. El fabricante de alarmas todavía estaba allí, furioso con el ascensor que no llegaba. Llegó casi al mismo tiempo que nosotros.

—A los que aman todo les sale bien —dijo el fabricante de alarmas. Sentí cierta simpatía hacia él.

—¿Tiene auto? —preguntó. Nos hizo entrar al ascensor antes que él.

—Sí, tenemos. —Apretó el botón de planta baja y los números comenzaron a encenderse.

—Ésta no es ciudad para paseos a la luz de la luna —me dijo—. Ni siquiera aquí en Park Avenue.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

Como en tantas escenas de peligro mortal, cada parte constitutiva de ésta fue muy nítida. Vi todo y, sin embargo, mi mente tardó en relacionar los elementos para darle sentido.

La entrada del edificio de departamentos estaba brillantemente iluminada desde el techo, por luz difusa. Un enorme florero con flores plásticas temblaba con la vibración de alguna caldera subterránea, y desde la puerta de vidrio, una corriente de viento frío trajo unos pocos copos de nieve dispersos. La alfombra marrón oscuro, elegida quizá para ocultar las pisadas sucias, mostraba ahora rastros de la nieve que habían dejado los zapatos de las visitas.

La entrada no estaba vacía. Había tres hombres con el mismo tipo de impermeable oscuro y gorra con visera que llevaban los chóferes

uniformados. Uno mantenía la puerta de vidrio de la entrada abierta con el pie. Nos daba la espalda y miraba hacia la calle. El hombre que teníamos más cerca estaba frente a la puerta del ascensor. Tenía en la mano un pesado 38 sw de servicio y nos apuntaba.

—No se muevan —dijo—. Quietos y a nadie le pasará nada. ¡Despacio, ahora! Saquen la billetera.

Nos quedamos quietos. Tanto que las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse delante de nosotros. El hombre del revólver trabó con su enorme bota la ranura de la puerta y nos indicó que saliéramos. Salí con cuidado, manteniendo los brazos en alto y a la vista.

—Si quiere dinero —dijo el fabricante de alarmas—, tome mi billetera y bien venido. —Buscaba desesperadamente en el bolsillo de arriba de su sobretodo de pelo de camello.

La voz del fabricante de alarmas era tal quejido de terror que el hombre del revólver sonrió. Dio vuelta la cara para que el tercer hombre armado pudiera ver que sonreía. Y entonces el amigo también sonrió.

Se oyeron dos tiros: golpes ensordecedores que retumbaron en la entrada estrecha y dejaron una nubecilla de pólvora quemada. El hombre del revólver gritó, jadeó y escupió sangre. La pistola tardó un breve instante en dar en la alfombra y su dueño resbaló despacio contra la pared, en la que dejó una larga mancha de sangre. Red Bancroft me agarró del brazo tan fuerte que me dolió. El segundo tiro alcanzó al hombre que vigilaba la escalera. Entró por el hombro y le deshizo la clavícula. Tiró el revólver y se agarró el codo. Dicen que es la única manera de aliviar el dolor de una clavícula fracturada. Con una herida así no podía correr muy ligero. Fue por eso que el fabricante de alarmas tuvo tiempo de apuntar. Con el tercer tiro le dio en la columna. Bastó para tirarlo cuan largo era sobre las partículas de nieve desparramadas y la cubierta plástica que habían puesto en el vestíbulo exterior para proteger la alfombra. Murió con la cabeza puesta sobre la palabra «Bienvenido». No hubo mucha sangre.

Cuando abrí la puerta de vidrio, el cuerpo de ese segundo hombre me obstruyó el paso. La puerta tenía una cerradura accionada eléctricamente. Tuve que empujar.

El fabricante de alarmas tropezó conmigo en la puerta y los dos salimos a la calle a tiempo para ver escapar al tercer hombre. Ya no tenía la gorra y había cruzado media avenida. Oí un auto que arrancaba. El fabricante de alarmas levantó el revólver para tirar, pero resbaló sobre el hielo y perdió el equilibrio. Cayó. Se oyó un golpe y una maldición al caer contra un auto

estacionado. Yo corrí hacia la calle desierta. En el otro extremo de la avenida se abrió la puerta de un Mercedes negro para recibir al asaltante. El Mercedes arrancó con la puerta todavía abierta. Vi una confusión de brazos, y una pierna que se arrastraba y trazaba un dibujo en la nieve, antes de que el hombre estuviera adentro y la puerta cerrada. Cuando el Mercedes llegó a la esquina, el conductor encendió las luces.

—Chapa de Fulton County —dijo la voz del fabricante de antirrobo—. ¿La vio? Era un auto de Fulton. ¿Tomó el número?

Estaba sin aire, a raíz de la caída y a mí también me faltaba el aire.

—Tres dígitos y FC —dije—. Estaba demasiado sucia para leerlos.

—Maldito tiempo —dijo el hombre—. Lo hubiera agujereado a no ser esa mancha de hielo. —Se dio vuelta y se dirigió de nuevo hacia la entrada.

—Creo que sí —dije.

Me palmeó la espalda.

—Gracias por desviar su atención, jovencito.

—¿Yo hice eso?

—Al levantar los brazos y simular estar asustado... eso atrajo su atención. Fue hábil. —Pasó por encima del cuerpo tendido en la entrada. Lo seguí.

—Cuéntelo así —dije—. Pero, entre nosotros, no estaba simulando.

El hombre de las alarmas se rió. Fue una de esas risas estranguladas que sirven de escape a mucha tensión reprimida. Jugó con el revólver 38 que aún tenía en la mano. Era un Colt pavonado, con protector del percutor que evitaba que se enganchara al sacarlo del bolsillo. Debió haberlo gatillado con el pulgar, porque no había tenido tiempo para la acción de repetición entre el movimiento de la mano y el ruido de los tiros.

—Yo lo guardaría —dije—. Guárdelo antes de que llegue la policía.

—Tengo permiso —dijo indignado—. En realidad soy presidente del club de tiro local.

—Si llegan por la calle y lo ven parado al lado de dos cuerpos, con un revólver recién usado en la mano, pueden tirar primero y verificar el permiso después.

Guardó el revólver, pero no sin antes poner la próxima cámara cargada en posición. Se desabrochó el sobretodo y la chaqueta para colocar el revólver en una elegante sobaquera Berns-Martin a resorte. Cuando llegamos al vestíbulo apareció Mann con Tony Nowak.

—Estúpido del diablo —le dijo Mann al fabricante de alarmas, aunque tuve la sensación que parte rebotaba sobre mí.

—¿Qué supone que debí hacer? —dijo el fabricante de alarmas, mirándose en el espejo y peinándose—, ¿permitir que esos asaltantes me agujereasen? Toda la gente de la industria de alarmas antirrobo se hubiera reído de mí.

—Los dos están muertos —dijo Mann—. Tiró a matar.

El fabricante de alarmas se dio vuelta para mirar a Mann. Luego miró a los dos cuerpos y de nuevo a Mann. Por un momento pensé que iba a demostrar satisfacción con lo que había hecho, pero conocía demasiado la ley para eso.

—Bueno, sería mejor que hablara de esto con mi abogado —dijo por fin. La excitación burbujeante que siempre sigue a un momento de peligro, comenzaba a decrecer y se mostraba aplastado y algo asustado.

Mann pescó mi mirada.

—No, yo me voy de aquí —dije.

—No soy ningún Wyatt Earp —dijo el hombre—. No puedo hacer caer las armas a tiros.

Tomé a Red Bancroft del brazo.

—Sería mejor que la llevara a su casa —dije.

—La policía querrá hablar conmigo —dijo ella.

—No. Tony lo arreglará.

Tony Nowak asintió.

—Vete, Red. Mi chófer te llevará. Y que estos tipos no te desvelen... ha habido muchos asaltos por estos lados el mes pasado. Son tipos rudos. Conozco al subcomisario... le convenceré de que no te mezcle en esto.

Pensé que la chica lo tomaba con una calma sobrehumana. Entonces me di cuenta de que estaba dura de miedo. Estaba pálida y al rodearla con mi brazo sentí que su cuerpo se estremecía violentamente.

—Tómalo con calma, Red —le dije—. Tendré que quedarme.

—Los dos están muertos —dijo ella, y pasó por encima del hombre tendido en la puerta, sin mirarlo. Afuera, en la tormenta de nieve arremolinada se detuvo y anudó el chal tejido alrededor de la cabeza. Se me acercó y me dio un beso fraternal en la boca.

—¿Podría ocurrir algo especial... entre tú y yo? —dijo.

—Si —dije. Mientras estábamos allí, llegó un auto de la policía y luego un auto con chapa de médico.

El chófer de Tony Nowak abrió la puerta del Lincoln para que ella entrara. La saludé y me quedé un largo rato hasta que no vi más el auto. Para

cuando volví al vestíbulo la policía estaba allí. Estaban desnudando a los asaltantes y metiendo la ropa en bolsas para la prueba del sumario judicial.

5

El departamento de Tony Nowak está dentro de la decimoséptima circunscripción policial, pero los cadáveres de esos edificios lujosos van a la morgue de la calle Veintiuno y son ubicados en nichos helados, junto a los de los rateros de Times Square y los tintoreros chinos de Tenderloin.

—¿Se puede fumar? —le pregunté al ayudante. La fría habitación tenía un eco tenebroso. Asintió, abrió el cajón y leyó en silencio el fichero policial. Aparentemente satisfecho, dio un paso atrás para que pudiéramos ver con tiempo y comodidad al asaltante. Primero aparecieron los pies, con una etiqueta impresa colgada del pulgar. Le habían limpiado la sangre de la cara y lo habían peinado, pero no pudieron hacer nada con la boca abierta que daba la impresión de que hubiera muerto sorpresivamente.

—La bala dio en la laringe —dijo el ayudante—. Murió tratando de tomar aire. —Cerró el fichero—. Ha sido una noche pesada para nosotros —explicó—. Si no me necesitan me vuelvo a la oficina. Cuando terminen con él métanlo adentro. —Se puso el legajo bajo el brazo y echó una mirada a su reloj de bolsillo. Eran las 2:15. Bostezó y levantó el bolsón con las pruebas, posándolo sobre la mesa de acero inoxidable.

—El médico que los examinó los desnudó en la escena del crimen, para que el forense no pueda decir que extraviamos nada. —Le dio un golpe al bolsón transparente en el que había una gorra con visera, un impermeable oscuro, un traje ordinario y ropa interior sucia—. Encontrará los papeles adentro. —Dio vuelta la tarjeta de identificación que colgaba del pulgar para poder leer en la tarjeta UF6—. Así que ocurrió en Park Avenue. Un hampón de buen gusto. —Volvió a mirar el cuerpo. No lo muevan hasta que el fotógrafo termine su tarea.

—OK —dije.

—El otro está en el cajón número veintisiete; a todos los que mueren a tiros los juntamos en este extremo. Si necesitan algo, estoy en la oficina del médico forense, después de la sala de autopsias...

Mann abrió la bolsa y encontró la camisa. Tenía un agujero de bala en el cuello.

—Buen tirador —dije.

—Un aficionado —dijo Mann—. A un buen tirador le hubiera bastado con el brazo que sostenía el arma.

—¿Crees que el asalto pueda tener relación con el caso de Bekuv?

—Ponle un bigotito bien cuidado a Bekuv y mándalo a Saks, en la Quinta Avenida, para que se compre un traje de cuatrocientos dólares, agrégale unas canas en las sienes, que tome bastantes helados de chocolate como para agrandarle la cintura, ¿y qué tienes?

—Nada. No tengo nada. ¿Qué quieres decir?

—Al maldito intruso de las alarmas antirrobo; eso es lo que tienes, estúpido.

Lo pensé un momento. Entre Bekuv y el hombre de las alarmas antirrobo había un leve parecido superficial.

—No es mucho —dije.

—Pero podría ser bastante para un asesino a sueldo que estuviera esperando en el vestíbulo, muy nervioso, y con sólo una vieja fotografía de Bekuv para reconocerlo.

—¿Quién podía imaginar que Bekuv estuviese con nosotros en la fiesta de Tony Nowak?

—Greenwood y Hart; esa gente quería que fuera.

Sacudí la cabeza.

Mann continuó:

—¿Y si te dijera que anoche, veinte minutos después que salimos de Washington Square, Andrei Bekuv tenía puesto el *smoking* y trataba de convencer al portero de que yo le había dado permiso para salir solo?

—¿Crees que se pusieron en comunicación con él? ¿Crees que le dieron una invitación personal para ir?

—No se iba a vestir así para ir a jugar en los bares de la Tercera Avenida —dijo Mann.

—¿Y tú aceptaste? ¿Les dijiste a Hart y Greenwood y Nowak que llevarías a Bekuv a la fiesta?

—Es fácil ser astuto *a posteriori* —dijo Mann en actitud defensiva. Con la lengua buscó una hebra de tabaco empleando delicadamente el meñique—. Los tipos del vestíbulo no pidieron dinero, relojes o joyas, le pidieron la billetera. Querían verificar... estaban nerviosos... querían encontrar algo que probara que realmente era Bekuv.

Me encogí de hombros.

—Cartera... billetera... un asaltante probablemente pide una de esas cosas cuando quiere dinero. ¿Y qué te parece la patente de Fulton County?

—¿Sabes la extensión que tiene ese condado?

—¿En un Mercedes negro?

—Bueno, sí, lo estamos investigando. Sacamos de la cama al tipo del Departamento de Automotores, si es que eso te hace sentir mejor.

—Lo hace —dije—. Pero si hubiéramos encontrado esa vieja fotografía de Bekuv entre estos efectos personales me sentiría aún mejor. Hasta que tengamos algo en qué apoyarnos, esto sigue siendo un simple asalto, como los corrientes en Nueva York.

—Un atraco. Pero mañana cuando se lo contemos a nuestro amigo Bekuv, lo voy a presentar como si lo estuviera siguiendo para matarlo.

—¿Por qué?

—Si cree que necesita más protección quizá nos cuente algo. Lo voy a esconder en algún lugar donde nadie pueda encontrarlo.

—¿Dónde?

—Lo sacaremos de aquí para Navidad; esto se ha puesto demasiado peligroso.

—¿Miami? ¿O la casa segura de Boston?

—No seas comediante. ¡Mandarlo a una casa segura de la CIA! Valdría tanto como sacar un avisito en el «Pravda». —Mann deslizó el cuerpo de vuelta a su congelador. El ruido me hizo doler los dientes—. Llévate el auto de apoyo —me dijo Mann—. Yo manejaré el mío.

—¿Y dónde lo vas a meter a Bekuv?

—Mañana no llegues demasiado temprano.

—Tienes mi promesa solemne —dije. Lo observé mientras marchaba entre filas y filas de frías mesas, haciendo sonar los zapatos sobre el piso de mosaico y emitiendo un extraño chirrido que luego reconocí como Mann silbando una melodía.

Supongo que la salida despreocupada de Mann llamó la atención del ayudante de la morgue.

—¿Qué pasa, Harry? —me miró unos segundos antes de darse cuenta de que yo no era Harry—. ¿Usted es el fotógrafo?

—No —dije.

—Entonces, ¿quién demonios es?

—En la comisaría diecisiete me conocen.

—Apuesto que sí —contestó—. ¿Cómo entró aquí, amigo?

—Cálmese, vi a su colega.

—Vio a mi colega —se burló con un falsete agudo—. Bueno, ahora se las va a ver conmigo. —Observé sus manos que se cerraban y abrían repetidamente. Tuve la impresión de que quería provocarme para tener una excusa para pegarme. Preferí no darle la excusa.

—Estoy en misión oficial.

—Identifíquese, compañero —dijo punzándome el pecho con un dedo.

—Está bien, Sammy. —Los dos nos dimos vuelta. El otro ayudante de la morgue había entrado por la puerta central—. Hablé con Charlie Kelly del caso. Charlie dice que es OK.

—No me gusta que anden tipos por aquí sin mi permiso —dijo el hombrecito peleador. Mientras seguía mascullando insultos estudió su agenda y se volvió arriba, caminando de manera torcida como los viejos boxeadores que han echado barriga.

—Lo siento —dijo el primer ayudante—. Debí haberle dicho a Sammy que estaban aquí.

—Creí que me iba a tirar sobre un mármol —dije.

—Sammy es un buen tipo —dijo. Me miró antes de decidir si merecía una explicación más completa—. Sammy y yo éramos policías... entramos en la fuerza juntos; a los dos nos hirieron en una batalla a tiros cerca de Delancey, allá en los años sesenta. Ninguno de los dos quedó en condiciones de volver a la fuerza. Es un buen tipo.

—Usted me hubiera podido engañar —dije.

—Un día vio traer aquí a su hijo de quince años, atropellado por un camión al salir del colegio; es el tipo de cosas que no se olvida jamás. Uno se siente mal cada vez que abre la bolsa en que está un cadáver. —Se dio vuelta—. De todos modos todo salió bien, ¿no es cierto? Me dicen que usted estaba justo en el medio cuando empezaron los tiros.

—Tuve suerte —dije.

—Y el tercer tipo se escapó en un Mercedes negro. Lo leí en el informe. ¿Tienen el número de chapa?

—FC. Me dicen que es una patente de Fulton County.

—Bueno, por lo menos a ustedes no los engañaron con la chapa de Fulton.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno; cualquier policía que haya estado unos años en la fuerza le podría contar que esa gente de Fulton County solía venir a la ciudad y estacionar en doble fila por todo Manhattan. Y ningún policía les hacía la boleta. Dios, las veces que habré visto autos... usted no querrá creerlo, en

triple fila en Madison, atascando el tráfico, y miraba para otro lado y me olvidaba.

—No entiendo.

—No podría entenderlo, porque no es de la ciudad; pero la chapa de Fulton City es FC y después tres números. Pocos policías conocían la diferencia entre eso y tres números seguidos por FC... quiero decir que un policía tiene muchas cosas en la cabeza, sin tener que agregar ese tipo de charada.

—¿Y qué pasa con un auto con una chapa que tiene tres números seguidos por FC? ¿Por qué es OK que estacione en triple fila en la Avenida Madison?

El ayudante de la morgue me miró con pena.

—Ya, bueno, usted nunca fue patrullero, ¿no es cierto? Tres dígitos FC significa que el auto pertenece a un cónsul extranjero... auto oficial con inmunidad, incluso para mal estacionamiento. Y todos esos degenerados de automovilistas de Fulton contaban con eso.

—Entiendo.

No me oyó; estaba en los años sesenta y se veía como uno de esos muchachos simpáticos que todos fuimos.

—De la medianoche a las ocho —dijo—. Me gustaba ese turno, no tenía familia, así que no importaba, y se gana más dinero por horas extras y por el tiempo que se está en los tribunales. Pero era un turno peligroso para un policía en ese tiempo.

—¿En ese tiempo? —dije.

—Allá en los primeros años de la década del sesenta la ciudad vivía toda la noche; los bares quedaban abiertos hasta el límite legal, a las 4... almacenes nocturnos, bailes nocturnos, cualquier cosa nocturna. Pero la ciudad se volvió más y más peligrosa y la gente empezó a quedarse en casa para ver televisión... Ahora uno sale y las calles están oscuras y vacías. —Tomó el trapo y se secó las manos. Las manos parecían muy limpias pero de todos modos se las repasó—. Las calles están tan vacías que un asaltante puede tomarse su tiempo; no hay testigos, no hay llamadas a la policía, no hay nada. De la medianoche a las ocho solía ser un turno peligroso para un policía... —Se rió sin ganas—. Ahora es un turno pesado aquí en la morgue. Debería ver algunos de los que nos traen... criaturas, y viejas también... ¡Ah! De modo que usted no es de la ciudad, ¿no?

—No —dije—. Vivo a cinco kilómetros de la ciudad.

Afuera la noche estaba fría. El cielo era color malva y el mundo parecía algo torcido Alrededor de las bocas de acceso que proveen a la ciudad de

vapor se había disuelto la costra de nieve, de modo que la calle brillaba a la luz de la luna, y el vapor se escapaba de las tapas hasta la calle transversal antes que el viento se lo llevara. La sirena de un auto de policía sonó en alguna parte en el otro extremo de la ciudad. Fue un sonido triste, como los gritos reiterados de un animal apaleado que se arrastra alejándose para morir.

6

La casa de Washington Square está «doblada» al estilo CIA, dividida verticalmente, de modo que la parte posterior de la casa, con postigos para defenderla de telescopios y con vidrios dobles contra micrófonos direccionales, es toda de oficinas, mientras en la parte del frente están los departamentos de los funcionarios, de modo que ofrece una completa apariencia hogareña.

Yo vivía en el segundo piso. Bekuv vivía sobre el mío. El aspecto de Bekuv había cambiado con esos pocos días en Nueva York. Un peluquero de moda le había cortado el pelo y había dormido lo suficiente como para recuperar algo de color en las mejillas. También su ropa había cambiado: pantalones a medida, una camisa de lana azul y grandes zapatos de tela. Estaba sentado en el piso, rodeado de parlantes, discos, partes de amplificadores, tocadiscos adicionales, una bandeja, un soldador y revistas de alta fidelidad, Bekuv parecía decaído.

—A Andrei lo engañaron —me dijo Mann cuando entré. No me pareció que Mann lo lamentara.

—¿Cómo?

—En el calentador hay café —dijo Bekuv.

Me serví una taza y tomé un blinis.

—Todos estos malditos trastos de alta fidelidad —dijo Mann.

Bekuv puso el pickup sobre uno de sus discos y de pronto toda la habitación se llenó de música.

—¡Por Dios! —gritó Mann enojado.

Bekuv levantó el brazo delicadamente y la música se detuvo.

—Shostakovich —le dijo a quien quisiera la información.

—Andrei gastó casi dos mil dólares en todo esto y ahora ha estado leyendo avisos de casas de comercio que hacen descuentos —comentó Mann.

—Los hubiera conseguido por quinientos dólares menos —me dijo Bekuv. Observé que varias de las revistas de alta fidelidad estaban marcadas

con rojo, y sobre el revés de un sobre se veían pequeños cálculos garabateados.

—Bueno, quizá podamos hacer algo —dijo vagamente, mientras bebía mi café y pensaba en otra cosa.

—Andrei no va a la ciudad —dijo Mann—, y eso es definitivo. —Me di cuenta de que habían estado discutiendo acerca de si Bekuv podría salir a la calle de nuevo.

—Ahora este parlante zumba —dijo Bekuv.

—Escuche, tonto —dijo Mann echándose adelante en la silla para poder hablarle al oído—. Ahí afuera hay unos ciudadanos que lo esperan para dejarlo duro. ¿No oyó lo que le dije de los tiros de anoche? Pasamos la madrugada en la morgue de la ciudad; no se lo recomiendo a nadie, ni siquiera a un fiambre.

—No tengo miedo —dijo Bekuv. De nuevo apoyó el brazo sobre el disco. Se oyó un silbido fuerte hasta que redujo un poco el volumen. Todavía era demasiado fuerte. Mann se inclinó y levantó el brazo—. No me importa un rábano si está asustado o no —dijo—. En verdad no me importa un rábano si vive o muere; pero voy a tomar medidas para que eso ocurra después que haya salido de aquí y me hayan dado un recibo por usted.

—¿Eso es lo que va a pasar? —preguntó Bekuv. Empezó a hojear su anotador de hojas sueltas.

—Podría ocurrir —dijo Mann.

—Por ahora no puedo ir a ninguna parte —dijo Bekuv—. Tengo que trabajar.

—¿En qué? —dije.

Me miró como si recién se diera cuenta de que estaba presente.

—En comunicaciones interestelares —dijo sarcásticamente—. ¿Se ha olvidado que tengo una cátedra en la Universidad de Nueva York?

—No —dije.

—He hecho cálculos para el programa de transmisiones inicial. Costaría muy poco dinero, y atraería la atención sobre lo que estamos haciendo.

—¿Transmisiones? —dijo Mann.

—En el espacio hay nubes de hidrógeno. Vibran y hacen ruido como el zumbido de la radio. Pueden sintonizarse con cualquier receptor de radio en 1420 megaciclos. Es mi opinión que ésa sería la mejor frecuencia para nuestros primeros mensajes al espacio exterior. Las otras civilizaciones no podrían menos que notar cualquier cambio en las vibraciones del hidrógeno.

—Seguro —dijo Mann.

—No exactamente en esa longitud de onda —agregó Bekuv—. Se borrarían. Debemos transmitir en una longitud de onda próxima, no en ella.

—Próxima, no en ella —dijo Mann asintiendo.

—Costaría muy poco —dijo Bekuv—. Y podría hacerlo funcionar en menos de seis meses.

—Mucho antes de que los hombres de los platos voladores se vayan a los campamentos de verano —dijo Mann.

Bekuv lo miró. Su voz se puso dura y cuando gritó fue como si estuviera contestando una larga lista de supuestas preguntas.

—¡He asistido a dos reuniones de la sociedad 1924! ¡Sólo dos vedes! La última fue hace casi cinco años. La ciencia no es el cómodo pequeño club que ustedes creen. No insistan en presionarme. No reconocí a nadie, y no intercambiamos nombres y direcciones por razones obvias.

—Por razones obvias —dijo Mann—. Porque esos hijos de perra estaban traicionando todo el plan electrónico de Estados Unidos.

—¿Y conseguirán que les devuelvan sus secretos si me mantienen prisionero aquí? —aulló Bekuv—. Sin permitirme salir... Sin permitirme llamadas telefónicas.

Mann se dirigió rápido a la puerta como si temiera perder la calma. Se dio vuelta.

—Se quedará todo el tiempo que me parezca conveniente —dijo—. Pórtese como es debido y le mandaré un paquete de púas y una suscripción a la «Revista de los hombrecitos verdes».

Bekuv habló despacio:

—A usted no le gusta la cosmología, no le gusta la alta fidelidad, no le gusta Shostakovich, no le gustan los blinis... —Bekuv sonrió. No pude darme cuenta si estaba tratando de provocar a Mann.

—No me gustan los rusos —explicó Mann—. Los rusos blancos, rojos, ucranios, moscovitas liberales, bailarines de *ballet* o poetas afeminados; en resumen, no me gusta ninguno. ¿Está claro?

—Lo entiendo —dijo Bekuv malhumorado—. ¿Algo más?

—Una cosa más —dijo Mann—. No soy un experto internacional en diseño de másers electrónicos. Todo lo que sé de eso es que el máser es una especie de artefacto de cristal que se llena de energía electrónica para amplificar la más débil de las señales de radio. De esa manera se consigue una gran señal, enorme, que resalta sobre el trasfondo de ruidos de estática electrónica y de las interferencias.

—Así es —dijo Bekuv. Por primera vez demostró un interés real.

—Estuve leyendo que su técnica del baño de helio líquido que mantiene el máser a doscientos sesenta y ocho grados centígrados bajo cero, puede amplificar una señal casi dos millones de veces.

Bekuv asintió.

—Veo venir el día en que con un mero receptor a transistores se podría emplear uno de esos dispositivos para recibir transmisiones de cualquier parte del mundo. Claro que sabemos que eso no significaría otra cosa que oír discos desde Pekín en vez de Pasadena; pero el tipo que cobrara derechos sobre semejante dispositivo podría hacerse de algunos millones. ¿No es así, profesor?

—No deserté por dinero —dijo Bekuv.

El mayor Mann sonrió.

—No deserté para ganar dinero —gritó Bekuv. Si Mann había estado tratando de hacer enojar a Bekuv, había descubierto la forma efectiva de lograrlo.

Mann me tomó del brazo y me sacó de la habitación, cerrando la puerta silenciosamente y con exagerado cuidado. Mientras los dos bajábamos a mi salita, no hablé. Mann se sacó el impermeable oscuro y lo hizo un bollo para tirarlo en un rincón. Desde arriba llegó un repentino estruendo de Shostakovich. Mann cerró la puerta para ahogarlo.

Me acerqué a la ventana para mirar hacia la plaza Washington. Había sol: el tipo de día de invierno en Nueva York en el que el sol nos induce a salir sin calzoncillos largos y luego el viento que cruza la ciudad lo corta a uno en rebanadas. Hasta el cuarteto que cantaba debajo del arco Washington tenía las capuchas de las camperas puestas sobre la cabeza. Pero los ruidos de la calle no llegaban a través del vidrio doble; solamente el suave Shostakovich desde arriba. Mann se sentó en mi asiento más cómodo y tomó la copia de mi informe. Me di cuenta de que ya había estado en la oficina y había leído los informes nocturnos. Al mío no le concedió más de un instante, luego levantó la tapa de mi portafolio de cuero de cerdo y apoyó un dedo sobre la ficha de Hart y Greenwood que un mensajero especial había traído temprano. Era un expediente muy poco voluminoso.

—¿El auto tenía chapa de cónsul extranjero?

—Sí —dije.

—¿Y leíste eso del télex?

—Los dos rusos paran en una casa alquilada por el segundo secretario de la Delegación Comercial Soviética... Sí, lo leí, pero eso no lo convierte en

KGB, ni siquiera en diplomáticos. Podrían ser meros parientes de visita, o inquilinos, o intrusos, o cualquier cosa.

—Me gustaría tener en mis manos a los dueños de ese auto y hacerlos sudar —dijo Mann.

—¿Y de qué los acusarías? ¿De huir de la escena de un accidente?

—Muy gracioso —respondió Mann—. Pero la chapa de cónsul extranjero de ese auto los vincula a los artistas del atraco.

—¿Quieres decir que los pesados de KGB les prestan su auto oficial a tres hampones?

Mann frunció la boca y movió la cabeza despacio como negándole un gusto a un chico mimado.

—Quizá tú no lo hubieras organizado así; pero ellos no tenían ningún motivo para pensar que iba a salir mal. Supusieron que sería muy sencillo y que el auto oficial les proporcionaría un escape que ningún policía se atrevería a cortar. Fue una buena idea.

—Que salió mal.

—Que salió mal. —Pasó los dedos por entre la documentación urgente en mi portafolio—. ¿Podremos dar salida a algunas de estas porquerías hoy?

—¿Ese «podremos» significa que vas a romper el sello de una caja de broches nueva?

Mann sonrió.

Dejé el portafolio junto a mí, en el sofá, y empecé a clasificar los papeles en tres pilas: urgente, muy urgente y teléfono.

Mann se inclinó sobre el respaldo del sofá. Levantó un ángulo de los documentos prolijamente apilados, cada uno con una marca de color que me aclaraba qué estaba firmando. Mann frunció la boca.

—Esos comandos de dactilografía de planta baja no distinguen un mensaje secreto de la hoja central del «Playboy», pero si se les da la oportunidad de enterrarlo a uno con papeles, mandan una avalancha. —Dejó que los papeles se le deslizaran de sus manos con el ruido suficiente para ejemplificar su teoría.

Moví la bandeja de papeles antes de que Mann decidiera repetir la demostración; los marcadores y los broches ya se estaban cayendo.

—Bueno, te dejo con todo eso —dijo Mann—. Tengo que alcanzar un avión. Si alguien me necesita que prueben en el hotel Diplomat, Miami, Florida.

—No des tu verdadero nombre.

—Ni siquiera estaré allí, cabeza de chorlito. Es sólo un escenario.

Tomé la primera pila de papeles.

—Antes que me olvide —Mann todavía estaba en la puerta mirándome—. Bessie dice que pasarás Navidad con nosotros.

—Perfecto —dije sin levantar la vista de los papeles.

—Será mejor que te informe que Bessie va a invitar también a esa chica Red Bancroft... Bessie es una casamentera...

—Vas a buscar una casa para esconder a Bekuv, ¿no es cierto?

Mann mostró los dientes en esa mueca feroz que él consideraba sonrisa cálida y generosa.

Seguí atareado hasta cerca del mediodía y entonces uno de los hombres de Documentos de Inteligencia entró.

—¿Dónde está el mayor Mann?

—Afuera —seguí con los papeles.

—¿Adónde fue?

—No tengo la menor idea —dije sin levantar la vista.

—Tiene que saberlo.

—Dos hombrecitos de saco blanco llegaron y se lo llevaron pataleando.

—Hay una llamada telefónica —dijo el hombre de planta baja—. Alguien pregunta por usted. —Miró alrededor para asegurarse que no tenía a Mann escondido en alguna parte—. Le diré al conmutador que se la pasen aquí.

—Lo llama un tal Gerry Hart por la línea de Wall Street —me dijo la operadora—. ¿Quiere que lo conectemos desde aquí y se lo pasemos?

—Lo contesto —dije. Si a Hart le había tomado sólo veinticuatro horas descubrir el número del Banco Comercial de Wall Street que yo usaba como cubierta, ¿cuánto necesitaría para averiguar todo lo demás? Hice a un lado la documentación policial—. ¿Por qué no almorzamos juntos? —sugirió Hart. Su voz tenía la clase de resonancia cálida que consiguen los hombres que pasan el día hablando por teléfono.

—¿Por qué?

—Hay novedades.

—Hable con mi jefe.

—Lo intenté pero está en Miami. —El tono de la voz de Hart demostraba que no creía que Mann estuviera en Miami.

—Podría tomar el vuelo en que sirven champaña gratis en clase turista —sugerí.

—¿Está usted realmente en Wall Street? ¿O han pasado la llamada a algún teléfono en Langley, Virginia? —Se oyó una risita.

—¿Qué le preocupa, Gerry?

—¡Oiga! Quise evitar a Mann. Es con usted que quiero hablar. Deme unos treinta minutos mientras comemos un *sandwich* de queso. ¿Conoce el Cookery? ¿University Plaza? ¿Qué le parece a la una? No le diga nada a Mann... usted solo.

Había elegido el restaurante más cerca posible de la casa segura de la CIA, en la plaza Washington. Podía haber sido una mera coincidencia... el Cookery era uno de mis lugares favoritos y Gerry Hart podía muy bien saberlo; pero tuve la impresión de que estaba tratando de ponerme en mi lugar antes de lanzarme su propuesta.

—OK —dije.

—Ahora llevo bigote. ¿Podrá reconocerme? —dijo—. Estaré leyendo el «New York Times».

—¿Con dos agujeros en la primera página, para espiar?

—Asegúrese de que no le siga el capitán América cuando venga —dijo Hart y cortó.

Gerry Hart se acomodó los pantalones para no crearle rodilleras a su traje superliviano de lana y mohair. Hecho eso, tiró de las mangas de la camisa lo suficiente como para mostrar los gemelos, pero no tanto como para ocultar su reloj negro Pulsar. La ficha decía que era una autoridad en *jazz* de Nueva Orleans. «No puede ser del todo malo», había observado Mann en su momento.

—Ahora estoy en política —dijo Hart—. ¿Lo sabía?

—Pensé que quizá jugaba a las carreras de caballos.

—Siempre tuvo usted un gran sentido del humor. —Sonrió por sólo una fracción de segundo—. No soy tan susceptible como solía ser antes —dijo. Se tocó el bigote, nervioso. Noté las uñas cuidadas. Había avanzado mucho sobre aquel empleado nervioso y terco del Departamento de Estado que yo recordaba de nuestro primer encuentro.

Llegó la bebida. Puse un poco más de Tabasco en mi Bloody Mary y luego se lo ofrecí a Gerry. Movié la cabeza.

—El jugo de tomate puro no necesita condimento —dijo modoso—. Y realmente me sorprende que lo necesite con todo ese vodka que lleva.

—Mi analista dice que es un deseo subconsciente de lavarme la boca con desinfectante.

Hart asintió.

—Bueno, usted tiene mucho de político —dijo.

—Usted quiere decir que me acerco a los problemas con la boca abierta —dije. Bebí buena parte de mi Bloody Mary—. Bien, si decido presentar mi

candidatura hablaré con usted.

Sabía que hubiera sido tonto desconcertar a Hart antes de saber qué tenía en la cabeza. Su ficha decía que era un abogado de Connecticut de treinta y un años. Yo lo consideraba como uno de los primeros de ese creciente ejército de jóvenes que habían utilizado sus pocos años de servicio en la CIA como escalón para ascender, tal como en un tiempo la clase media británica utilizaba la Brigada de Guardias de la Corona.

Hart era bajo y de cara seria, buen mozo, de pelo enrulado y con esos círculos oscuros alrededor de los ojos hundidos, que dan la impresión de estar dormido. Pero Gerry Hart era un muchacho fuerte que no fumaba ni bebía, y si estaba dormido era solamente porque se quedaba levantado hasta tarde, redactando el discurso inaugural que pronunciaría en el Congreso cuando se hiciera cargo de la Presidencia.

Hart bebió un poco de su jugo de tomate y se secó la boca cuidadosamente antes de hablar.

—Manejo más material ultrasecreto ahora que cuando trabajaba para la compañía... ¿lo creería?

—Sí —dije. A Gerry Hart le gustaba referirse a la CIA como la «compañía», para recalcar que había pertenecido a ella. Su ficha no mencionaba el servicio en la CIA pero eso no significaba nada.

—¿Alguna vez oyó hablar de la Sociedad 1924? —me preguntó.

—Preferiría que usted me hablara de ella —dije.

—Bien —dijo Hart.

La camarera se acercó a la mesa con los menús.

—No se vaya —le dijo él. Echó una rápida mirada a la lista—. *Sandwich club* con ensalada mixta con aderezo francés, café, y me trae la cuenta, ¿OK?

—Sí, señor.

—Lo mismo —dije. Eso lo hizo sentir muy seguro a Gerry Hart; yo quería que se sintiera muy seguro.

La camarera cerró su anotador y tomó los menús. Volvió casi enseguida con lo que le habíamos pedido. Hart le sonrió.

—Hemos penetrado en la Sociedad 1924. Por eso podemos hacerlo —explicó Gerry Hart cuando la camarera se hubo ido.

—¿Qué hay dentro de un *sandwich club*? —dije—. ¿Hacer qué?

—Traerla a la señora Bekuv acá.

—¿Es como un *sandwich triple*?

—Podemos sacar a la señora Bekuv de la Unión Soviética, oficialmente o no.

—¿Cómo?

—¿Qué le importa cómo?

Le saqué la tapa a mi *sandwich* y examiné el relleno.

—En Inglaterra no tenemos *sandwiches* club —expliqué.

—Ni siquiera Greenwood sabe que éste es un operativo de la CIA —dijo Hart—. Claro, trataremos de conseguir a la mujer de Bekuv pidiéndosela a los rusos por intermedio del subcomité del Senado para el Desarrollo Científico; pero si no aceptan, la conseguiremos de otra manera.

—Espere un minuto. ¿Qué es este operativo de la CIA del que me habla?

—La Sociedad 1924.

—Ni siquiera sé qué es la Sociedad 1924 —dije sinceramente.

Hart sonrió.

—En 1924, Marte se acercó mucho a la Tierra. Los científicos dijeron que Marte intentaría comunicarse con la Tierra. Provocó una agitación colosal en las publicaciones científicas y luego los periódicos se unieron al coro. Hasta el ejército y la marina de los Estados Unidos ordenaron a todas sus estaciones de radio que redujeran el tráfico de señales para tratar de captar mensajes extraterrestres. La Sociedad 1924 se formó ese año. Doce científicos eminentes decidieron intercambiar información sobre las comunicaciones desde el espacio exterior, y para planear maneras de enviar mensajes en respuesta.

—Y todavía funcionan, ¿no es cierto?

—Ahora hay veintisiete miembros (sólo tres son miembros fundadores); pero mucha gente la toma en serio. En 1965, cuando tres astrónomos rusos captaron ondas de radio del cuasar CTA-102, en un ciclo de cien días, la Sociedad 1924 tenía el informe a estudio aun antes de que la Academia Soviética estuviera enterada, y antes de que el Kremlin les ordenara retractarse.

—¿Y la CIA ha penetrado en la Sociedad 1924?

—¿Cómo cree que tuvimos el primer indicio de que Bekuv estaba listo para desertar?

Limpié mis anteojos (la gente me dice que lo hago cuando estoy nervioso) y le presté a los cristales un cuidado y una atención innecesarios. Necesitaba un tiempito para mirar a Gerry Hart y aceptar que un hombre a quien siempre había tomado como el que toca el triángulo, era el director de la orquesta.

Gerry Hart dijo:

—Es un gran operativo, no se equivoque. Bekuv es sólo una pequeña parte, pero le traeremos a la señora Bekuv si eso es lo que quiere.

—¿Pero?

Clavó un tenedor en el *sandwich* y cortó un pequeño triángulo para comerlo.

—Pero tendrá que evitar que Mann meta sus toscos dedos campesinos en la Sociedad 1924. Su personalidad corrosiva los haría escapar a todos como locos, ahora que la cosa anda bien. —Tomó el tenedor con la otra mano y comió un poco del *sandwich*.

Tomé mi *sandwich* con la mano y no contesté hasta que hube mordido un buen bocado.

—Ha sido sincero conmigo, Gerry —dije—; y seré sincero con usted. ¿A usted le parece que estamos terriblemente interesados en traer a la señora Bekuv? Le diré que nos importa un comino donde está. Claro que hemos dicho todo lo necesario para que Bekuv pensara que nos estamos ocupando de su asunto, pero preferimos que las cosas queden como están.

—No lo dice en serio —dijo Hart.

—Nunca he hablado más en serio, viejo.

—Me gustaría que alguien nos lo hubiera dicho antes —dijo irritado—. Ya hemos gastado un dineral en esto.

—¿En qué?

—Le hemos pagado algún dinero a un par de gentes de aerolíneas rusas... hemos preparado documentos para que la señora Bekuv pueda viajar. Se hablaba de traerla aquí en menos de quince días.

—Este *sandwich* es bueno, Gerry. Lo llaman *sandwich* club, ¿no es cierto? Tengo que recordarlo.

—¿Su amigo Mickey Mouse realmente planea deshacer la Sociedad 1924?

—Ya sabe cómo es —dije.

Gerry removió la ensalada con el tenedor para encontrar los últimos pedazos de pepino. Los pasó por sal y los comió antes de apartar el resto de la ensalada. Se secó la boca con la servilleta.

—Nadie creería que estaba tratando de ayudarlos —dijo—. Nadie creería que yo estaba tratando de solucionar uno de sus mayores dolores de cabeza, y tratando de evitar que me provocaran uno a mí.

—¿Dice en serio que podrían traer a la señora Bekuv... traerla la semana que viene, quiero decir?

Hart se iluminó un poco. Sacó una carterita de gamuza del bolsillo del chaleco. La abrió con la yema de los dedos y dejó caer el contenido en la palma extendida que le ofrecí. Había dos anillos de oro. Uno era viejo, y tan

pulido que el adorno casi había desaparecido. El más nuevo era más sencillo y en la cara interna, donde había una inscripción en ruso, alcancé a ver que el oro no era sino una chapa delgada.

—Los anillos de la mujer de Bekuv; el enchapado es el anillo de casamiento, con un *slogan* Komsomol adecuadamente eufórico, y el otro es el anillo de la madre de Bekuv, heredado cuando ella murió. —Le devolví los anillos—. ¿Le parece bastante? —preguntó.

—Maravillosa muestra de previsión, Gerry.

—Sé que todo es parte de su técnica —dijo Hart—. Sé que trata de irritarme, pero no pienso irritarme.

—Me encanta saberlo —dije.

—Pero hay un factor tiempo —dijo—. Y si no me dan un «sí» provisorio, seguido prontamente por un papel adecuado, me pondré de pie y saldré de aquí.

—Bueno, no olvide pagar los *sandwiches* —dije.

—En todo esto no hay nada personal mío —dijo Gerry Hart—. Estoy tratando de evitar que dos investigaciones se anulen entre sí.

—¿Por qué no manda un informe oficial?

—Debe estar bromeando —dijo Hart—. Llevará semanas tramitarlo, y al final... —Se encogió de hombros.

—Y al final quizá decidan que el mayor Mann tiene razón.

—En esto no hay ningún beneficio para mí —dijo Hart de nuevo.

—Es demasiado modesto, Gerry. Yo diría que en esto hay mucho para usted. Me dice que Greenwood no sabe que usted está metido hasta el cuello en una investigación de la Sociedad 1924 que hace la CIA. Es demasiado astuto para arriesgar lo principal por un pequeño adorno para su carrera. Apostaría que mantiene a su jefe bien al tanto. Y diría que planea concluir esto con una demostración de su fuerza y de las importantes conexiones que tiene con la CIA; y de cómo puede entorpecer sus designios si le da la gana. Si Greenwood quedara impresionado, y los dos sabemos que podría muy bien ocurrir así, usted quizá terminaría en el Congreso o en la Casa Blanca. No me diga que no pensó en esa posibilidad.

—¿Alguna vez se deprime? —preguntó—. Siempre habla como si todos fueran trepadores. ¿Nunca se deprime?

—Sí, Gerry. Cada vez que tengo razón, que es prácticamente siempre.

—¿Tanto me odia? ¿Impediría que la señora Bekuv se uniera con su esposo sólo para impedir que yo sacara alguna ventaja política?

—No está hablando con un cero a la izquierda, Gerry. He estado allí y sé cómo gira la rueda cuando los tipos como usted aprietan los botones...

—Ya he oído...

—Lo he escuchado a lo largo de un Bloody Mary, un *sandwich* club y una taza de café, Gerry. Ahora escúcheme a mí: No trato de evitar que la señora Bekuv viaje a ninguna parte, porque apostaría mi jubilación contra un viejo botón de ropa interior a que la señora Bekuv ya ha viajado. Está en Manhattan, ¿no es así, Harry?

—Por lo visto tenemos una filtración.

—Ninguna filtración, Gerry —dije—. Los agentes en la Unión Soviética, los que aún quedan allá, no le mandan mensajes a tipos como Gerry Hart explicando las condiciones de viaje que podrían conseguir para cualquier caso de señora Bekuv que se presentara; cuando se da la oportunidad toman una decisión inmediata, actúan en consecuencia y desaparecen otra vez.

—Supongo que sí —dijo Hart.

—Y me la imagino a la señora Bekuv como un trabajador del Partido, alerta, tan astuta como Stalin, pero ni la mitad de linda. La veo llevando a su distraído marido hasta su empleo de gran sueldo y muy secreto, a pesar de sus teorías sobre platos voladores. No la imagino como el tipo de mujer que le da los anillos de casamiento a un desconocido extraño que podría ser un hombre de la KGB en busca de una prueba concreta. No. Pero podría prestarlos... por una o dos horas.

Gerry no contestó. Echó crema sobre la última gotita de café y lo bebió despacio.

—Se la sacaremos de las manos, Gerry —dije—. Pero sin papeles; y sólo puedo aconsejarle a Mann sobre la Sociedad 1924; no prometo nada.

—Haga lo que pueda —dijo. Por un momento quedó sin apoyo; pero ya mientras lo miraba lo vi rebotar contra mí, como sólo las pelotas de goma y los políticos saben rebotar—. Pero se equivoca en cuanto a la señora Bekuv —dijo—. Espere a conocerla.

—¿Quién de los dos pidió la cuenta? —preguntó la camarera.

—La pidió mi amigo —le contesté.

Gerry Hart y yo teníamos razón. Él nos entregó a la señora Bekuv antes de cinco días y se tuvo que contentar con la promesa formal del mayor Mann de que cualquier investigación en la Sociedad 1924 sería llevada a cabo por hombres de guante blanco. Pero me había equivocado respecto a la señora Bekuv. Promediaba los treinta y pico y era una rubia rojiza, alegre y curvilínea, aunque jamás nadie podría llegar a llamarla regordeta. Había que tener una fe sobrehumana en los archivos del departamento para creer que a los catorce años había sido una seria Joven Comunista y que había pasado ocho años en gira por la Unión Soviética, dando conferencias sobre plagas frutales. Gerry Hart tenía razón, la señora Bekuv fue toda una sorpresa.

Elena Katerina, como su marido Andrei, había preparado su lista de compras mucho antes de llegar a Nueva York. Llegó con su caja de cremas y lociones Elizabeth Arden, y el juego completo de equipaje Gucci con un guardarropa que le permitiría afrontar cualquier clima y una larga temporada sin tintorerías.

Sentada adelante en la camioneta Plymouth de Mann, con su traje de pantalones de gamuza y blusa blanca, el pelo rubio brillante a las luces del tráfico con el que nos cruzábamos, parecía más americana que Bessie Mann o Red Bancroft que iban detrás, una a cada lado de mí.

La señora Bekuv estaba completamente despierta; pero la cabeza de su marido se había inclinado hasta reclinarse sobre su hombro. Mann había salido demasiado tarde para evitar el tráfico de Nochebuena y ahora parecía que llegaríamos tarde.

—¿No deberíamos llamarlos, querido... y decirles que nos guarden algo de la cena? —dijo Bessie.

—Saben que vamos —dijo Mann. Se desvió de su línea para aprovechar un movimiento repentino en el carril de tráfico rápido. Bekuv había sintonizado una radio de Baltimore que tocaba música sudamericana, pero Mann bajó el volumen.

—Dicen que Virginia es como Inglaterra —dijo Red Bancroft tratando de ver en la oscuridad.

—Te lo diré cuando aclare —dije.

—Si alguien quiere manejar —ofreció Mann irritado— no tiene más que decirlo.

—Y ya verá dónde va a parar —dijo Bessie Mann. Se inclinó hacia adelante y palmeó a su marido en la cabeza—. Todos tenemos gran fe en ti, querido —le murmuró.

—No hagas eso cuando maneje.

—¿Cuándo lo voy a hacer, entonces? Es el único momento en que me das la espalda.

Red Bancroft dijo:

—Siempre que mi padre le preguntaba a mi madre qué quería para Navidad, ella decía que quería ir a un hotel hasta que todo hubiera pasado. Pero nunca pasamos Navidad en un hotel. —Red encendió uno de los cigarrillos mentolados que le gustaba fumar y me sopló el humo encima. Hice una mueca.

—Era por todo el trabajo —dijo Mann por sobre el hombro—. Quería escapar a la cocina y los platos.

—Los hombres siempre ven a través nuestro —dijo Bessie Mann con pretendida admiración.

—Es lo que quería decir —insistió Mann.

—Claro que sí, querido —se inclinó hacia delante para tocarle la mejilla y él le tomó los dedos para besarle el dorso de la mano.

—Ustedes dos esconden un amor ardiente detrás de esos diálogos hirientes —dije.

—Basta, Bessie —dijo Mann rápidamente—. Llevamos dos chicos románticos atrás.

—¿Por qué se llama Virginia? —dijo de pronto la señora Bekuv. Su inglés era excelente, pero lo hablaba con una voz extrañamente recatada y con mala pronunciación, como alguien que hubiera aprendido en un libro.

—Es por la reina virgen de Inglaterra —dijo Mann.

—¡Oh! —dijo la señora Bekuv sin saber si no se reían de ella.

Mann rió al tiempo que hacía el cambio para la cuesta empinada que comenzaba enseguida.

Por cierto que se trataba de un escondite notable: una vieja casa emplazada en unas ciento sesenta hectáreas de campo en Virginia. Al llegar por el camino lleno de baches nuestros faros asustaban a conejos y ciervos.

Luego vimos el hotel entre los árboles, las ventanas encendidas con luz amarilla y la fachada con guirnaldas de luces de colores, como el árbol de Navidad de un chico.

Un ómnibus estaba estacionado en el pavimento junto al balcón, era un brillante monstruo de metal de otra época, antes de que los ómnibus tuviesen vidrios coloreados y aire acondicionado. Al lado había otro auto; cuando nos detuvimos, nuestros faros mostraron la carrocería brillante de un viejo Packard convertible reacondicionado por algún entusiasta.

Mann apagó las luces y la radio.

—Bien, aquí estamos —dijo—. Con bastante tiempo antes de cenar.

—Las 20:20 —dijo Mann. Bekuv bostezó, y su mujer se calzó los zapatos y abrió la puerta del auto.

—Feliz Navidad —dije, y Red me dio un beso en la oreja.

—Este lugar les va a encantar —dijo Mann.

—Mejor así —dijo Bessie—, o jamás volveré a creer en ti.

Cuando salí del auto cálido me mordió el frío del campo abierto.

—¡Qué hermosura! —dijo Red—. Ha nevado.

—¿Se parece a su país, profesor Bekuv? —preguntó Bessie.

—Nací en un desierto —dijo Andrei Bekuv—. Nací en una región más desolada que el Sahara; la Unión Soviética es un país muy grande, señora Mann.

—¿Su casa también está en el desierto, Katerina? —dijo la señora Mann.

La señora Bekuv se envolvió en una larga capa roja y se puso la capucha para proteger la cabeza del viento helado.

—América es mi casa ahora, Bessie —dijo—. Nueva York me encantó. Jamás me iré de América.

Mann estaba cerrando las puertas del auto y pesqué su mirada. Cualquier duda que pudimos haber tenido sobre la conversión de a señora Bekuv al capitalismo parecía carecer de fundamento.

—Lleven solamente sus bolsos de mano y las cámaras —dijo Mann a quien lo estuviera escuchando—. Mandarán a alguien por el equipaje.

—Siempre cierras el auto —dijo Bessie Mann—. Eres tan desconfiado —lo comunicó a gente que ya lo sabía.

Entramos en el vestíbulo del hotel y pensé por un momento que Mann lo había elegido para que los Bekuv se sintieran como en su casa. El mobiliario era pesado y había anticuadas cortinas floreadas, y un linóleo agrietado en la escalera. Detrás del mostrador del recepcionista había una foto enmarcada de Franklin D. Roosevelt y una reproducción litográfica de infantes de marina

izando la bandera en Iwo. La recepcionista parecía haber sido elegida para armonizar, era una mujercita jovial, con cabello gris cuidadosamente ondulado, y llevaba un vestido estampado.

—Todavía están a tiempo para ver la segunda mitad de la película —dijo. Mann tomó el menú del mostrador.

—Creo que preferimos comer —dijo.

—Cada media hora cambia el rollo y las luces se encienden; no molestarán a nadie.

—¿Querría mandar algo de comida a las habitaciones?

—Como usted guste —aceptó la viejita.

—La sopa casera, y bifes jugosos y ensalada —dijo Mann—. Y mándenos una botella de *whisky* y una botella de vodka, con algo para mezclar, y hielo.

—Enseguida. ¿Lo mismo para todos? —Sonrió—. En las habitaciones hay una heladera.

Mascullamos una aceptación, excepto la señora Bekuv que quería el bife bien cocido.

—El mejor bife de aquí a Texas —dijo la viejita—. Es lo que todos me dicen.

Las dos habitaciones individuales reservadas para Red y para mí estaban en el extremo del corredor. Una tenía ducha y la otra bañera.

—¿Ducha o baño? —pregunté cuando fuimos a verlas.

—Odio las duchas —dijo ella entrando en la habitación que la tenía—. Particularmente estos aparatos con paredes de latón. Hacen tanto ruido.

Se acercó a la cama de una plaza y la tocó para ver si era blanda. Luego levantó las frazadas y acomodó las almohadas.

—No —dijo volviendo hasta donde yo estaba parado y dándome el brazo—. Creo que ocuparemos la habitación con bañera. —Me llevó a la otra habitación.

Se sentó en la cama y se sacó el cómico sombrerito de lana que le gustaba llevar. Luego se desabrochó el vestido. Su largo pelo rojo cayó sobre los hombros pálidos. Era la criatura más hermosa que jamás hubiera visto y su felicidad me reconfortó. Se sacó los zapatos.

Tomé el teléfono.

—¿Pueden mandarme una botella de champaña? —pregunté—. Sí, champaña francés. Pensándolo mejor, que sean dos botellas.

Pasó un largo rato antes de que volviéramos al saloncito que los Bekuv compartían con los Mann. Había un muchacho de delantal almidonado y corbata negra de moño extendiendo el mantel y colocando los cubiertos.

—Pensé que ustedes dos tenían bastante hambre como para omitir la cena —dijo Mann con intención.

—¡Mickey! —dijo la mujer—. No has pedido el vino.

—¿Tienen vino tinto? —le preguntó Mann al mozo.

—Sólo de California —respondió el muchacho.

—Me gusta el de California —dijo el mayor Mann. Apoyó una mano abierta sobre el corazón, como si prestara juramento.

La mujer del propietario había preparado la cena. La sopa casera era de ostras y los bifés eran deliciosos. Mann elogió los choclos a la manteca.

—Pueden guardarse toda la comida francesa de porquería —afirmó Mann—. Denme cocina norteamericana, siempre.

—Te gusta y la tienes —dijo la señora Mann.

Los Bekuv sonrieron sin decir nada.

Desde abajo llegaban, por momentos, los pasajes más sonoros de la película. Oímos explosiones de bombas y camiones de guerra.

Supongo que Bekuv debía haber previsto la animada conversación que Mann decidió que correspondía. Cuando Mann presentó una caja de cigarros y sugirió que los fumáramos en el *hall* para no despertarnos envueltos en el olor a tabaco rancio, Bekuv aceptó de inmediato y yo fui con ellos.

El salón estaba amueblado en el mismo estilo nostálgico que el vestíbulo. Había varias fotografías en sepia de hombres con anteojeras, alrededor de viejos autos de carrera y sonriéndose mutuamente. Sospeché que Pierce, el propietario, era un fanático de los autos antiguos y probablemente era el dueño del bien conservado Packard que estaba afuera, y quizá también del antiguo ómnibus.

Bekuv eligió el desvencijado sofá. Mann se inclinó hacia él para encender el cigarro.

—Desde que usted llegó han sucedido muchas cosas —dijo Mann.

—¿Qué tipo de cosas? —dijo Bekuv.

—Al principio le pedimos que nos hablara de los datos científicos que manejaba antes de desertar.

—Y lo hice —dijo Bekuv.

—Hasta cierto punto —dijo Mann—. Pero debe haberse dado cuenta de que también había otro motivo.

—No —dijo Bekuv, fumando y mirando a Mann con toda serenidad.

—¡Por Dios, Bekuv! A esta altura debe haber comprendido que nuestro trabajo con los másers está mucho más adelantado que el que hacen en la Unión Soviética. No necesitamos lo que pueda decirnos sobre másers.

Bekuv no tenía ninguna intención de admitir nada semejante.

—¿Por qué me lo preguntaron entonces?

—Nadie puede ser tan tonto como usted pretende ser a veces —dijo Mann.

Los interrumpí antes de que Mann se enfureciera del todo.

—Sabemos que están pasando material científico norteamericano a la Unión Soviética.

Bekuv se volvió para mirarme. Frunció el ceño y luego se encogió de hombros con desesperación.

—No comprendo —dijo—. Tendrá que explicármelo.

—Esperamos poder reconocer la forma en que usted recuerda que estaba presentado el material. Nos podría ayudar a encontrar la fuente. Podríamos descubrir de dónde se filtra.

—Buena parte sale de publicaciones —dijo Bekuv.

—Ahora no se haga el vivo —dijo Mann. Se paró, y por un momento pensé que tendría que intervenir—. No estamos hablando del tipo de cosas que Greenwood y su comisión están proporcionando. Hablamos de material militar.

—Lo que comenzó como una filtración científica, se ha convertido ahora en un torrente de material —dije—. En parte se trata de información secreta. También hay material británico, de ahí mi presencia.

—Eso era algo que no entendía —dijo Bekuv.

—Me están exprimiendo —dijo Mann—, y cuando a mí me exprimen, a usted lo paso por el rodillo.

—Les paso a ustedes el material tan rápidamente como puedo recordar —dijo Bekuv.

—Pero no es lo bastante rápido —dijo Mann. En sus palabras había un elemento de amenaza.

—No puedo ir más ligero —dijo Bekuv. Observé su cara. Quizás ése fue el momento en que comprendió que sus ayudantes en la Universidad de Nueva York habían tratado de investigarlo.

Mann se enderezó y echó la cabeza atrás. Llevó el cigarro a los labios y con la otra mano se tomó la cintura atrás. Fue un gesto a la vez reflexivo y napoleónico, hasta que se rascó las nalgas. Caminó despacio sobre la alfombra, frente al fuego de leños, mirando siempre al techo y fumando.

—Era julio del 71. En Berlín hacía un calor endemoniado... usted sabe cómo puede ponerse el verano en esa ciudad, Bekuv. Habíamos incluido a uno de nuestros muchachos en un grupo de dirigentes de sindicatos a los que

le estaban aplicando el tratamiento: ese bloque de departamentos en el Allee que pretenden que están llenos de familias de obreros, y la *crèche* cerca de Wannesee y el banquete donde obligan a los extranjeros a beber interminables brindis a la unidad del proletariado hasta que queden caídos bajo la mesa. Fue tonto poner a uno de nuestros muchachos en una situación de ésas. El que lo denunció a los rusos fue un abogado gremialista norteamericano, de Pittsburg. Cuando lo recuperamos tenía el traste en carne viva con quemaduras de cigarrillos y las venas llenas de pentotal. Lo llevamos volando al mejor cirujano de los Estados Unidos, pero jamás recuperó totalmente el uso de la mano derecha. —Mann dirigió una de sus sonrisas heladas a Bekuv.

Bekuv, que no había sacado los ojos de Mann mientras éste caminaba de arriba abajo, dijo:

—No es tan sencillo recordar detalles.

—Trataba de ayudarlo —dijo Mann.

—Necesito más tiempo —dijo Bekuv.

Mann sonrió de nuevo. Consultó el reloj.

—Miren qué hora es. Sería mejor terminar estos cigarros y reunirnos con las señoras. —Tiró el cigarro y nos hizo salir.

—Es un lugar hermoso —dijo Red Bancroft. Miraba por la ventana, cubriéndose con las manos para evitar los reflejos—. La luna está saliendo. Es una noche maravillosa para un paseo.

—Está helando —dije.

—Envuélvete bien, papá —dijo desdeñosamente—. Te puedes poner ese lindo sobretodo nuevo de cuero.

Acepté, y vi que Red y la señora Mann cambiaban ese tipo de mirada de entendimiento con que las mujeres admiten la caída de un hombre.

La exhibición de cine terminó a las 22:10. Red y yo caminábamos por el patio pavimentado, detrás de la casa, para ver de cerca el ómnibus y el Packard antiguos. Escuchábamos *Smoke Gets in Your Eyes* y *Change Partners* que llegaban débilmente del salón de pesados cortinados donde pasaban la película. Cuando la música del final aumentó de volumen, se abrió la puerta de atrás y algunos hombres salieron al aire frío. Uno tosió y el otro le palmeó la espalda para aliviarlo. Otros dos hombres encendieron sendos cigarrillos.

—¡Londres! —dijo uno de los hombres—. Ahí es donde vi la película primero. Yo era artillero, tenía diecinueve años, el sargento mayor más joven del grupo, y había conocido a esa inglesita tímida. Fuimos a ver una película con la madre; se imaginan... ¡con la madre! Estaba loco por ella.

—¿Cómo era la madre? —dijo el otro. El primero se rió cortésmente.

—Yo la vi con mi mamá y mi papá —dijo otra vez—. Era un novato y acababa de completar mi entrenamiento para piloto. Estaba de licencia antes de incorporarme a una escuadrilla de bombarderos en Inglaterra. Mi gente sólo sonreía mientras me escuchaban decir que me moría de ganas por empezar la pelea, sin dejar de pensar ni por un momento en las posibilidades que había de que me mataran... sólo ahora que tengo mis propios hijos, comprendo lo que les costó sonreír a ellos.

—Todos nosotros volvimos —dijo otro hombre—. A veces me pregunto por qué.

—No todos nosotros —dijo el hombre que había estado en el entrenamiento para pilotos—. Yo perdí muchos y muy buenos camaradas.

—Embarcaron el escuadrón de Inglaterra para Francia sin previo aviso —dijo el primer hombre—. Me olvidé dónde quedaba la casa, en Manchester, donde vivía ella y no había anotado la dirección. Volví dos veces y caminé por las calles... pero no hubo caso.

—Romance de guerra —dijo el segundo hombre.

—Fue más que eso —dijo el primero—. Todavía pienso en ella. Más o menos una vez por semana la recuerdo. Eso lo prueba, ¿no es así?

La puerta se abrió de nuevo y algunas mujeres salieron al patio.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó una de ellas, chillando—. ¡Hace tanto frío!

Otra mujer dijo:

—Contando cuentos verdes; ya sé lo que están haciendo. Confiésalo, Norm, estaban contando cuentos verdes.

—Es cierto —dijo el hombre que había sido piloto—, es precisamente lo que estábamos haciendo.

El hijo del propietario estaba sacando los postigos de la habitación en la que habían pasado la película. Cuando terminó, la luz de adentro iluminó el patio. Hubo bastante luz como para ver a los hombres y mujeres ahí parados. Todos estaban cerca de los cincuenta o ya los habían cumplido. Las mujeres llevaban vestidos de noche pasados de moda y los hombres uniformes del ejército. Pero los uniformes no eran los del ejército de hoy, eran los pantalones rosados, sacos verde oliva y quepis, de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, alrededor de 1943.

8

Era la víspera de Navidad a la hora del desayuno. El sol de la mañana invernal entraba oblicuamente y trazaba rayas sobre el empapelado. «La nostalgia ya no es lo que solía ser», dictaminó Mann. Estaba en la salita leyendo un folleto que trajo nuestra bandeja de desayuno. Hostería de la Nostalgia, decía el título, y había una fotografía del hotel tomada el verano anterior cuando un club de coleccionistas de automóviles antiguos realizó allí su convención. El mobiliaje, los discos, las exhibiciones de filmes y hasta los menús estaban destinados a proporcionar a la clientela la oportunidad de sumergirse en sus recuerdos e ilusiones.

—Este mes y el siguiente se evoca el período de la Segunda Guerra Mundial —dijo Mann—. En la Navidad pasada tuvieron una semana 1914 y me dicen que fue fantástica. —Mann tenía puesto un saco de *tweed*, un pulóver blanco de cuello alto y pantalones de algodón kaki. Hubieran servido para la Segunda Guerra Mundial.

—Lo único que decimos —repitió Bessie Mann pacientemente— es que debiste habernos avisado.

—Para que se compraran vestidos especiales y se hicieran peinados apropiados.

—¿Y por qué no? —dijo Bessie.

—Hubiera perjudicado la seguridad —dijo el mayor Mann—. Se supone que así nuestros amigos rusos pueden permanecer de incógnito. Si ustedes se lo contaban a todas las empleadas de Bloomingdale todo el mundo se hubiera enterado.

—Nunca confías en mí —dijo Bessie Mann.

—Efectivamente —aceptó Mann.

—Dame las llaves del auto —dijo ella.

—¿A dónde vas?

—Me voy a hacer un peinado a lo 1940 y a comprar un vestido de noche.

—No deformes las radiales nuevas —Bessie le amagó un golpe a la cabeza, él lo esquivó y sonrió.

Red me tocó la mano a través de la mesa.

—¿Puedo ir yo también? Necesito cigarrillos.

—Cómprate un vestido y pásame la cuenta. Feliz Navidad.

Red se inclinó y me besó.

—Terminen ustedes dos —dijo la señora Mann.

—Oye, querida —dijo Mann—. Toma un taxi para ir a la ciudad, por si necesito el auto.

Poco después de que la señora Mann y Red salieron para la ciudad, entró la señora Bekuv por la puerta de comunicación. Tenía puesto un traje de pantalones, de seda azul. Un poco llamativo para mi gusto, pero resaltaba su pelo rubio y su silueta. El mayor Mann le sirvió café y le ofreció la manteca. En la canastita quedaban sólo dos bollos calientes bajo la servilleta almidonada. La señora Bekuv partió uno y mordisqueó un pedazo de corteza. Y sin dejar de mirar el plato, dijo:

—Con amenazas no va a conseguir nada de mi marido, mayor Mann.

Mann dejó el café y puso su encanto a toda marcha.

—¿Amenazas? —dijo como si oyera la palabra por primera vez—. ¿Se lo ha dicho él, señora Bekuv? Quizá me comprendió mal. Un viaje largo... la tensión de los últimos días... parece un poco cansado.

—A ninguno de los dos nos gustan las amenazas, mayor Mann —dijo ella. Enmantecó el bollito.

Mann asintió.

—A nadie nos gustan, señora Bekuv. A nadie que yo sepa.

—Por eso nos fuimos de la Unión Soviética.

Mann levantó la mano como para protegerse los ojos de una luz brillante.

—Bueno, eso no es del todo cierto, señora Bekuv. Usted sabe que no es del todo cierto. Su esposo desertó porque lo habían olvidado en el ascenso en cuatro oportunidades sucesivas, y porque, por último, lo destinaron a ese trabajito en Mali, donde no se llevaba bien con el jefe.

—Ese jefe —dijo la señora Bekuv con disgusto— era ayudante de mi marido sólo cinco años atrás.

—Exacto —dijo Mann—. Y es por eso que su marido desertó... nada que ver con la vida en un Estado policial, o amenazas, o querer leer a Solyenitzin en el original suizo.

—Usted conoce la desertión de mi marido, a fondo, mayor —dijo la señora Bekuv—. ¿Y yo? ¿Por qué cree que deserté?

—No estoy seguro —dijo Mann con cautela—. Pero por cierto que se la ve muy bien con ese traje del Saks de la Quinta Avenida, y el reloj de pulsera

y el brazalete de oro de Tiffany.

—¿Me hizo seguir? —Pareció muy sorprendida.

—Sólo para asegurarme que no la molestaran desconocidos, señora Bekuv. —Mann se inclinó y movió las tablitas de la cortina una nada para que los rayos del sol no entraran.

—¿Quiere decir hombres del gobierno soviético?

—Cualquier clase de hombre, señora Bekuv.

—No es a mí a quien necesita vigilar —dijo ella. Bebió el café y enmantecó el último trozo de bollo, como para indicar que la conversación había terminado.

—¿Quiere decir que debería vigilar a su marido?

—No va a ceder a presiones, mayor Mann. Andrei es una persona sensible. Si lo maltrata se le escapará.

—¿Me está pidiendo que negocie por su intermedio, señora Bekuv? —Mann había dado en el clavo, y eso la desconcertó.

—Valdría la pena intentarlo —dijo.

—Bueno, tendrá que conseguir que su marido coopere, señora Bekuv.

—Pero ya ha escrito millones de palabras para ustedes.

—Nos ha proporcionado una buena cantidad de material científico; tan literal como se lo permite la memoria, pero eso no es lo que yo llamo verdadera cooperación, señora Bekuv.

—¿Qué más quiere?

—Un hombre como su marido puede deducir mucho del estilo del informe y del método seguido en los experimentos y análisis. Él sabe que los laboratorios del mundo se ocupan de perfeccionar los másers y probablemente podría dar los nombres de quienes trabajan en ellos; creo que sabe dónde se producen las filtraciones.

La señora Bekuv bebió un poco de café.

Mann continuó con su tesis.

—A ningún hombre de ciencia soviético se le ha dado más libertad en los últimos años que a su marido. Ha asistido a casi treinta congresos, conferencias, seminarios y simposios científicos fuera de la Unión Soviética; eso es inusual, señora Bekuv, tiene usted que admitirlo. Hace pensar que ha conseguido buena parte de su material sobre la base de relaciones personales, en conversaciones con otros científicos en esos encuentros internacionales.

—Hablaré con Andrei —prometió ella.

—Yo y mi amigo —dijo Mann señalándome con la cuchara mientras yo servía otra tacita de café—. Somos un par de muchachos sencillos. Usted sabe

que lo somos. Pero tenemos que empezar a escribir algunas postales para los compañeros de la oficina del frente. Si no lo hacemos comenzarán a preguntarse si hemos venido a divertirnos. Nos destinarán a la guardia nocturna permanente del Monumento a Lincoln. ¿Me entiende, señora Bekuv?

Desde el piso de abajo llegaron canciones de Navidad por la radio: *Mientras los pastores cuidaban sus rebaños...* nos llegó tenuemente a la mesa del desayuno.

—Lo entiendo, mayor Mann —dijo ella. La observé con cuidado, pero su leve sonrisa no reveló sino que se divertía bondadosamente. Mann tomó su jugo de naranja y bebió un poco—. ¿Sabe una cosa, señora Bekuv? Estamos llegando al punto en que no se puede conseguir jugo de naranja, recién exprimido, por todo el oro del mundo. Le sorprendería saber cuántos hoteles de primera sólo sirven jugo envasado.

—En la Unión Soviética todos los hoteles y restaurantes sirven jugo de naranja recién exprimido —dijo la señora Bekuv.

Por un momento creí que Mann iba a refutar esa afirmación, pero sonrió con su sonrisa más atractiva y dijo:

—¿Conque es así, querida? Bien, siempre pensé que en ese erial polvoriento debía haber algo bueno.

La señora Bekuv salió de la habitación sin responder.

Cuando Bessie y Red nos telefonearon desde Waterbridge, todavía seguíamos sentados en el mismo lugar. Casi habían terminado en la peluquería y los vestidos nuevos estaban empaquetados como para regalo y listos para su entrega. Todo lo que teníamos que hacer era llevar las chequeras a la ciudad e invitarlas a almorzar en algún lugar elegante. Ante mi sorpresa, Mann aceptó de inmediato. Hasta invitó a los Bekuv a ir con nosotros; pero Andrei iba a grabar un concierto de Navidad en su grabador-radio Sony y la señora Bekuv sacudió la cabeza sin levantar la vista de Doctor Zhivago.

Abajo, en el comedor, los empleados del hotel colgaban viejos juguetes de lata y muñecos de celuloide en un árbol de Navidad. Sobre el escenario, una orquesta de Chicago, de diez ejecutantes, discutían con el señor Pierce sobre dónde debían enfocar las luces de color.

Mann condujo hasta el límite de la propiedad y ascendió hasta la mitad de la colina antes de hablar.

—¿No apruebas mi pequeña conversación con la señora Bekuv?

—No la incluiría en una antología de triunfos psicológicos.

—¿En qué me equivoqué?

—En nada —dije—. Es obvio que quieres que ella delate a la Sociedad 1924, para tener una excusa y entregarlos. Bien, estoy seguro de que captó el mensaje y probablemente te dé el gusto.

—¿Y por qué habrías de enojarte por eso?

—Si estás seguro de que la filtración se hace por los chiflados de la Sociedad 1924, ¿por qué no actuar de inmediato? Si no estás seguro, usar a la señora Bekuv como títere sólo servirá para confundir las cosas.

—¡Ah! —dijo Mann—. ¿Por qué no actuar contra la Sociedad 1924 de inmediato?, dices tú. Bien, ya sabía que sólo era una cuestión de tiempo para que me hicieras una pregunta que puedo contestar. —Sacó los ojos del camino lo suficiente como para mirarme fijo—. La Sociedad 1924 es una sociedad secreta, chico. Nadie sabe exactamente quién es miembro de la Sociedad 1924.

—Excepto los otros miembros.

—Los Bekuv, por ejemplo. Sí; bueno, ahora te das cuenta, compañero.

—Supón que mientras estamos afuera los Bekuv llaman a un taxi y se escapan.

Mann sonrió mientras nos estacionábamos en un espacio que acababa de desocuparse, frente a una casa de empeños llena de saxofones y fusiles. Vi la peluquería unas puertas más allá.

—¿Tienes un par de monedas? —me dijo.

Le di cambio para el parquímetro, pero no salió del auto enseguida.

—Dejé un par de mis muchachos para vigilar la puerta de atrás.

—Quieres que intenten escapar —le dije acusador.

—Simplificaría las cosas —dijo Mann.

—A menos que les salga bien.

Mann hizo una mueca y salió del auto.

Cuando volvimos, los Bekuv todavía estaban en el hotel. El Júpiter de Mozart estaba en el hi-fi. Andrei seguía haciendo los cálculos que enviarían mensajes al espacio exterior, y su mujer dormía con Doctor Zhivago. Mann se dejó caer en el sofá y suspiró.

Una, entre las muchas cosas que no comprendo en las mujeres, es que en cuanto vuelven de alguna peluquería de lujo, se paran frente al espejo y se peinan de nuevo. Red y Bessie lo hicieron; mientras la señora Bekuv, que evidentemente había decidido que había perdido algo bueno, se unía a la diversión.

Con aparente indiferencia se dejó persuadir de que adoptara un nuevo peinado ella también. Red la peinó hacia arriba, al estilo de los años cuarenta,

y sostuvo el peinado mientras las dos lo admiraban. Hábilmente Red lo aseguró con horquillas y arregló los rulos y el flequillo amorosamente.

Mann observó toda la escena con interés; pero su mujer parecía extrañamente inquieta. Revelaba un aspecto de la señora Bekuv y también algo sobre Red, pero entonces no me di cuenta.

Pedí té para todos nosotros; pero aun antes de colgar, la actitud autocrática de Mann le indicó a su mujer que quería quedarse a solas con los Bekuv. Bessie dijo que prefería tomar el té en su cuarto y hasta Red, que no admiraba las actitudes patriarcales de Mann, aceptó sumisa hacer lo mismo, aun a costa de tener que dejar el peinado de la señora Bekuv sin terminar. Eso no le gustó a la dama rusa, y cuando las otras se hubieron ido clavé en Mann una mirada de acero, le pidió a su marido que bajara el volumen de la grabación, y dijo:

—Doctor Henry Dean. Vive en una casa que se llama La Grange, en el pueblo de St. Paul Chavrac, Bretenoux, 46 Lot, Francia. ¿Quiere tomar nota?

—Doctor Henry Dean, La Grange, St. Paul Chavrac, Bretenoux, 46 Lot, Francia —repitió Mann—. No, no; prefiero no anotarlo.

—No es un científico —dijo la señora Bekuv—, no uno importante, por lo menos. Pero es el contacto entre la Sociedad 1924 y Moscú. —Sonrió retorciendo una mecha de pelos rubios entre sus dedos. Fue el gesto espontáneo de la ingènue, que no condecía con esta esposa y madre tipo Rubens que, sin embargo, tenía encantos suficientes como para salvar la situación.

—Está bien —dijo Mann, sin inflexión. Se volvió hacia mí—. Ocúpate de eso, ¿quieres?

Lo miré atentamente. En su voz había algo que no reconocía.

—Haré lo que pueda —dije. Sabía que pedirle a Langley que hiciera una búsqueda en los archivos, en Nochebuena, no le iba a entusiasmar.

—No te esfuerces demasiado —dijo Mann—. No me gustaría tener que salir mañana a la mañana.

La señora Bekuv nos miró.

—¿Van a ir a Francia?

—Así que el doctor Henry Dean. Bien, es interesante —dijo Mann. Lo dijo con voz más fuerte. Lo hizo con evidente intención de hacer entrar en la conversación a Andrei Bekuv.

Andrei Bekuv asintió, pero no se volvió para encontrar la mirada de Mann. Jugaba con su grabador nuevo y trataba de simular que no tenía nada que ver con la conversación.

La señora Bekuv dijo:

—Andrei y yo estuvimos hablando de la investigación.

—Me parece muy bien —dijo Mann.

Ella no hizo caso del sarcasmo. Continuó:

—Nuestra cooperación total no sólo sería conveniente para Estados Unidos, lo sería también para usted.

—No estoy seguro de comprender lo que quiere sugerir —dijo Mann, que no solamente comprendía las sugerencias sino que se adelantaba a ellas. Apoyó una mano abierta sobre el corazón. Ahora comprendí que lo que yo siempre había interpretado como un gesto espiritual tenía como finalidad comprobar si tenía el cuello abotonado.

—Un ascenso y mejor sueldo, más atribuciones, mejor destino... usted me entiende —dijo la señora Bekuv—. Este primer nombre se lo damos gratis, pero si quiere otros habrá que hacer un nuevo arreglo.

Mann sonrió.

—Eso quiere decir que quiere su parte en la vida próspera: ascenso y remuneración jerarquizada.

—De otro modo —dijo la señora Bekuv— sencillamente no diremos nada, hasta que lo echen y manden un nuevo equipo para investigarnos.

—¿Por qué cree que no voy a sacar las cachiporras de goma antes de que me echen?

Andrei Bekuv se movió incómodo y manipuló el control de volumen de modo que algunos acordes de Mozart se escaparon y corrieron por la alfombra.

—Tendremos que correr ese riesgo —dijo la señora Bekuv.

—¿Cuánto?

—No suponíamos que la vida en Nueva York fuera tan cara —dijo la señora Bekuv enseguida—. Con toda esa gente elegante de la Universidad alrededor de nosotros tendré que estar lo más presentable posible, ¿no le parece? —Sonrió como si todos participáramos en una broma secreta.

—Veré qué puedo hacer —dijo Mann.

—No pude resistirme a toda esa ropa nueva, mayor Mann —dijo ella—. Después de todos esos años en la Unión Soviética las vidrieras me deslumbraron y Andrei insistió que debía comprar todo un guardarropa, desde zapatos a ropa interior. Dijo que formaba parte del comienzo de una nueva vida.

—Comprendo —dijo el mayor Mann.

—Olvide lo que acabo de decirle. Con o sin mejoras, los dos lo ayudaremos todo lo que podamos. —La señora Bekuv metió un menú dentro

del Doctor Zhivago y cerró el libro de un golpe. Luego se paró y alisó su vestido de seda azul alilado pasando los dedos sobre las caderas y muslos, en el tipo de gesto que usan las competidoras nerviosas en los torneos de belleza *amateur*. Nos sonrió a los dos y sonreía todavía cuando se inclinó sobre su marido y le besó la coronilla.

El mozo llegó con la bandeja de té y tostadas, justo cuando la señora Bekuv salía de la habitación. Mann le tomó la bandeja y comenzó a servir la leche y a ofrecer la torta de cerezas casera. Andrei Bekuv puso una rebanada de limón en el té y rechazó la torta.

—Mi esposa se pone muy nerviosa, mayor Mann —dijo—. Extraña al hijo.

—Usted sabía que su hijo jamás se les reuniría. Tiene sus exámenes el año que viene... no querría que intentáramos traerlo contra su voluntad.

—No, no, no —dijo Andrei Bekuv—. Lo que usted dice es cierto... pero no cambia las cosas. Mi esposa no se hace a la idea de no volver a ver a su hijo. —Desvió la vista—. Y en verdad, tampoco yo puedo acostumbrarme a esa idea.

—Es claro —dijo Mann—. Es claro. —Palmeó el brazo de Bekuv como si tratara de calmar a un perrito excitado.

Envalentonado por el gesto amistoso, Bekuv abrió su libreta de hojas sueltas.

—He cambiado fundamentalmente mi trabajo sobre comunicación interestelar.

—¿Lo ha cambiado? —dijo Mann—. Está bien. ¿Ya no más hidrógeno zumbador?

Bekuv hizo algunos ruidos vagos mientras señalaba las páginas cubiertas de números apretados.

—Al principio buscábamos alguna forma de comunicación sin dispersión a través del plasma galáctico. Es obvio que esto significaba usar ondas electromagnéticas. Sabíamos que los rayos X no servían...

—¿Por qué? —dije en un intento de participar.

—No se les puede enfocar —dijo Bekuv—, y los rayos gamma tienen un alcance muy limitado.

—¿Qué límite? —pregunté.

—Unos ciento sesenta mil kilómetros —dijo Bekuv. Mann hizo una mueca. Bekuv sonrió y dijo—: Pero ahora empiezo a creer que deberíamos abandonar la idea de cualquier tipo de ondas electromagnéticas. Después de

todo, jamás podremos conversar con otra civilización; porque los mensajeros tardarán veinte años en llegar y otros veinte en volver.

—Eso recuerda el sistema telefónico británico —dijo Mann.

—Ahora creo que deberíamos limitarnos a dejar una señal en el universo... una señal que alguna otra civilización detectara y de ese modo sabrá que en el planeta Tierra hay algún tipo de vida sofisticada.

—¿Qué tipo de señal? —dijo Mann.

—No se trata de trazar surcos en los campos espaciales. Se habló mucho de eso pero es absurdo. Los canales de Marte, que Schiaparelli anunció en 1887, fueron revelados por las naves espaciales Mariner como una interpretación muy equivocada, y la idea fue totalmente desechada. —Pasó las páginas hasta una en la que había diafragmas y más cálculos—. Pienso en una nube de material que absorba una longitud de onda de luz elegida. Eso dejaría un diseño, quizá no más que una línea, en el espectrograma de la luz de una estrella. Eso bastaría para decirle a cualquier civilización que aquí en la Tierra hubo un gran avance científico.

Miré a Mann. Levantó las cejas.

—¿Cuál es el paso siguiente? —Preguntó Mann con evidente inquietud.

—Presentar esto a su gobierno —dijo Bekuv—. Va a costar bastante dinero.

A Mann le resultó imposible reprimir enteramente un suspiro.

—Bueno, sería mejor que me presentara todo como un informe. Entonces veré qué puedo hacer.

—No quiero que lo archiven y lo olviden —dijo Bekuv—. Quiero hablar con alguien. Ustedes tienen un Comité del Senado sobre Cooperación Internacional. ¿Podría hablar con ellos?

—Quizá —dijo Mann—. Pero tendrá que escribirlo todo.

—Otra cosa más —dijo Bekuv—. Es Nochebuena, ¿podría llevar a mi mujer a la misa de medianoche?

—En el expediente no dice que ustedes sean católicos —dijo Mann. Estaba desconcertado y algo fastidiado. O quizá simulaba fastidio.

—Nos hemos dejado estar en cuanto a la práctica de la religión; pero no en nuestra fe. La Nochebuena siempre ha sido una fecha especial para nosotros.

—Alguien tendrá que acompañarlos —dijo Mann.

—Iré yo —dije.

Bekuv miró a Mann. Mann asintió.

—Gracias —dijo Bekuv—. Iré a decírselo a Katinka. Gracias a los dos. —
Se alejó moviendo la cola.

—A veces me pregunto cómo no le pego a este idiota —dijo Mann.

—Y se nota —le dije.

Mann se sentó en el blando sillón y cerró fuertemente los ojos.

—¿Te sientes bien? —le pregunté.

—Estoy completamente bien —dijo Mann, pero tenía la cara gris y parecía como si la vejez hubiera caído sobre él repentinamente. Esperé que hablara. Esperé un largo rato.

—Henry Dean. —Le recordé el nombre que la señora Bekuv nos había dado—. El doctor Henry Dean.

—Hank Dean —dijo Mann. Se ajustó la corbata.

—¿Sabes algo de él? —pregunté.

—Hank Dean: hijo de un ejecutivo de una línea aérea, nacido en Cottonwood, Dakota del Sur. Atleta en la escuela secundaria; un campeón en pedestrisimo, un bateador realmente bueno, con un futuro en el béisbol profesional hasta que se lesionó.

—¿Cómo sabes tanto de él? —pregunté.

—Crecimos juntos en un pueblo cerca de Cleveland. Mi padre era piloto y el suyo era gerente de ventas de una aerolínea de poca monta que hacía vuelos correo entre Chicago y la ciudad de Nueva York. Las familias de la gente de la compañía vivían al lado del aeródromo y los chicos del pueblo se peleaban con nosotros. Cuando llegó la guerra los dos entramos en el ejército. Hank era un chico inteligente, salió como capitán de aerotransportados; pero ya tenía cierta práctica como paracaidista civil. Al terminar la guerra el ejército no lo licenció, pero lo mandó a MIT para que se graduara allí. Obtuvo el doctorado antes de volver al ejército. Oí decir que trabajaba en Berlín para una compañía pequeña que hacía maquinaria de electroforesis de alto voltaje para laboratorios médicos... ¿comienzas a ver claro?

—Veo claro —dije—. Esta compañía pequeña tenía una política muy blanda en cuanto a empleados que desaparecían largos fines de semana y volvían con el pelo algo revuelto y un agujero en el sombrero.

—Sí, una fachada de la CIA y muy activa. Henry Dean se estaba haciendo conocer. Lo mandaron de vuelta al ejército y le dieron la jefatura de la policía en Berlín. Luego empezaron a decir que Dean iba a dirigir los operativos en Langley antes de llegar a los treinta y cinco... ese tipo de cosas, ya sabes.

—Ya sé.

—Pero Dean empezó a beber. Su viejo era un bebedor, me acuerdo. Por eso es que el padre dejó de volar y se dedicó a la parte comercial. Hank era muy apegado al padre; solía esconderle las botellas, discutía con él, le rogaba, pero no hubo nada que hacer. Pobre Hank... y Berlín es un mal lugar para un tipo fácil de tentar.

—Sí —dije.

Mann se pasó una mano por los ojos, como si tratara de escudriñar el pasado. Cuando habló de nuevo, su voz era la de un hombre medio dormido.

—Sí, se puso a beber. Hubo cierto lío... un problema sobre algunos documentos que habían sido entregados a los alemanes del Este... hubo una investigación. No conozco los detalles, pero Hank jamás volvió a ser el mismo después de eso. Le dieron una segunda oportunidad. Un trabajo de apoyo para una tarea de rutina. Era casi imposible que se lo necesitara, pero de pronto lo necesitaron y lo encontraron en un bar de Kudamm, completamente borracho. Hubo muchos mensajes desde Langley, y muchas promesas por parte de Dean. Pero fue la tercera vez la que puso fin a su carrera.

»Berlín en los últimos años de la década del 50... era muy pesado y dos tipos realmente buenos cayeron esa noche. Tenían muchos amigos y esos amigos le echaron la culpa a Hank Dean. Eso lo terminó para ese tipo de trabajo de campo. Volvió a Washington, pero era incapaz de manejarse en esa clase de escenario; se necesita un tacto especial, las anfitrionas de la lista «A» de Washington, todas esas vinculaciones en las embajadas de los países satélites, demasiados pequeños genios dispuestos a desplazarlo a uno de su puesto. No, eso no era trabajo para Hank Dean.

Traté de servir el té. Había sólo unas gotas y estaba frío. Las luces no estaban encendidas en la salita y Mann no era sino una silueta contra el cielo que se iba oscureciendo. El silencio fue tan largo que cuando habló de nuevo me sobresaltó.

—Se mantuvo sobrio durante años —dijo Mann—. Y por fin Servicios Especiales le encontró algo en Vietnam. Me pidieron que yo firmara un papel avalándolo. —Mann suspiró—. Lo pensé todo el día y toda la noche. Estaba seguro de que iba a andar mal y que me salpicaría con mierda... de modo que me negué.

Intenté liberarlo de parte de culpa.

—Retrospectivamente se prueba que fue una decisión sabia —dije.

Eso no lo animó a Mann. A la luz invernal que entraba por la ventana vi que se pellizcaba la nariz. Estaba más agobiado, el mentón casi tocaba el

pecho.

—No podemos saberlo, ¿no es cierto? —dijo—. Quizá si hubiera firmado no estaríamos mirando los horarios de las líneas aéreas para Navidad.

—Quizás —asentí.

—En la vida hay ocasiones en las que hay que ser humano; tomar la decisión que la computadora no tomaría jamás; darle los últimos pesos que uno tiene a un amigo, buscarle trabajo a un tipo que merece salir adelante, o hacer caso omiso de las reglas que a uno no le gustan.

—¿Aun en este trabajo?

—Especialmente en este trabajo, para no acabar como el robot degenerado y frío que prepara el comunismo.

—¿Vas a traer a Dean de vuelta o vas a intentar pasarlo?

—Te he puesto incómodo, ¿no es cierto? —dijo Mann amargado.

—Porque si lo vas a traer de vuelta, habrá mucho papeleo. Me gustaría empezar lo antes posible.

—¿Te gusta el béisbol? —preguntó Mann—. Él era segunda base. Lo vi con mis propios ojos... esa jugada doble y ese tipo de porquería que le pateó la rodilla con todos los clavos afilados. Hubiera sido profesional, estoy seguro. Jamás hubiera entrado en estas actividades de mierda.

—Pásalo a Dean —dije— y quizá no necesitaríamos a los Bekuv.

—Hank Dean... un gigantón barullero... lleno de pedos y cuentos divertidos... la barba descuidada, la pileta llena de platos sucios, licor barato en jarras, y una bolsa de dormir en el cuarto de baño, por si uno se pasaba en la bebida y no podía manejar de vuelta a casa. Nadie hubiera reconocido en él al chico jovial que recibió los clavos afilados en la pierna. Parece mentira que una cosa así pueda cambiarle la vida a un hombre.

—Es sólo una manera de atacarte —dije.

—Eso creo —dijo Mann—. Me pregunto cuánto hace que empezaron a prepararse.

—¿Qué vas a hacer?

—Pobre Hank. Un operativo de la KGB; lo huelo desde acá; ¿tú también? Depósitos en su cuenta, testigos que pueden identificarlo, microdots pegados en su ejemplar de «Thunderball», ya sabes las cosas que hacen. ¡Dios!... y tengo la opción, o de estirar las reglas y hacérselo fácil.

—Si la KGB lo ha organizado, habrán tomado todas las precauciones. No se atreverían a correr el riesgo de que una cosa así se les diera vuelta.

—No es preciso que le hayan armado una trampa —dijo Mann con calma—. Quizá sólo le han ofrecido dinero suficiente para que trabaje para ellos.

—No puedes creer eso.

—No quiero creerlo —dijo Mann—. Sabes una cosa... Por un momento casi no te digo que lo conocía a Dean. Iba a seguir con la investigación y quedarme callado.

Si los rusos querían comprometer o desacreditar a Mann, habían elegido un dilema mortal para él. Pero habían estudiado mal su blanco. Muchos se hubieran doblegado bajo semejante presión; la mayoría hubiera entregado el expediente a otra persona, pero no Mann. Había sufrido una conmoción, pero eso no iba a durar mucho.

—Ya está operando —dijo Mann—. Ya se ha abierto una brecha entre nosotros.

Los avisos de neón y las luces de la ciudad próxima enrojecían el cielo nocturno.

—No hay tal brecha —dije.

—No, no hay brecha —dijo Mann desdeñoso—. Ya te estás poniendo nervioso... preocupado por tu jubilación y tratando de decidir hasta qué punto podrás seguir jugando conmigo.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó—. ¿Por qué no, Frederick Anthony, viejo camarada?

Él merecía un apoyo más cálido, algo que reflejara los momentos que habíamos pasado juntos. Algo que le dijera que apostaría mi vida en favor de su juicio... fuera bueno o malo. Pero soy demasiado inglés para semejantes excesos. Dije fríamente:

—Porque tengo más confianza en ti que en la señora Bekuv. Por lo que sabemos podría haberla mandado la KGB. Podría estar actuando de acuerdo a instrucciones, y entreteniéndonos con lo que ellos quieran.

Sonó el teléfono, pero Mann no se dispuso a atenderlo.

—Deben ser las mujeres que nos recuerdan el baile para el que se han vestido —dije.

Mann no se movió, y el teléfono dejó de sonar muy pronto.

—El costado de la rodilla —dijo Mann—. La rodilla izquierda; todavía renquea.

9

La extraña tarde de invierno, la voz suave de Mann en la habitación oscurecida, mi falta de sueño, mi entusiasmo por Red que rápidamente se iba convirtiendo en amor, la organizada nostalgia de los festejos navideños, o quizá los tres últimos *whiskies* puros, explican que lo recuerde todo como un sueño confuso. Un sueño que se convirtió en pesadilla.

La gerencia del hotel nos había prestado dos *smokings* pasados de moda. El mío traía una camisa con pechera de piqué, dura como una tabla, y el de Mann hasta un cuello palomita. La orquesta tocaba arreglos de Glenn Miller con el entusiasmo y la dulzura apropiados, y los bronce se ponían de pie y se mecían durante los pasajes coreados.

Los Mann quedaron bailando con la melodía de Serenata del valle del sol cuando Red y yo salimos para acompañar a los Bekuv a la ciudad para asistir a la misa de medianoche. La iglesia católica de Waterbridge estaba colmada y un pesebre muy completo ocupaba la entrada. La nave estaba iluminada por miles de velas titilantes. Hacían cálido y amarillo el interior, pero en la altura las naves de la iglesia estaban a oscuras.

Los Bekuv se sentaron juntos y nosotros elegimos un banco detrás de ellos para que yo pudiera vigilarlos sin molestarlos. Mucho después que hubiera terminado el canto del coro, mi mente seguía llena de la luz de velas y de los acordes sonoros del gran órgano. Y, mezclados con ellos, me llegaban los ritmos metálicos de los arreglos de Glenn Miller y las suaves palabras de amor susurradas por Red.

Afuera, las primeras horas del día de Navidad eran celebradas en medio de un viento helado y de aisladas caídas de nevisca. A la salida, la gente que se detenía para ajustarse los chales y abotonarse los gruesos sobretodos, formó una masa sólida de feligreses en la puerta. Avanzábamos paso a paso.

Era el lugar exacto para que ocurriera.

Oí el grito estrangulado de la señora Bekuv y el alarido de otra mujer que no identifiqué. Se agitaron manos y varios sombreros se ladearon. Un hombre empezó a gritar. Los Bekuv no estaban a más de cinco metros de distancia,

pero podrían haber estado a cinco kilómetros para la ayuda que pude darles. Con una maldición me metí entre la multitud, abriéndome paso entre los feligreses, como enloquecido.

Cuando llegué a los Bekuv, la multitud se había abierto lo bastante como para permitir que la señora Bekuv se sentara en los escalones. Estaba consciente pero no decía palabra. Parecía pesada y exánime como un soldado al término de la batalla. Andrei Bekuv se inclinaba sobre ella. Los dos tenían sangre en la ropa. Andrei tiraba de la manga del traje de su mujer y la sangre corría por el brazo y formaba un charquito en el escalón.

—Han matado a mi Katinka —dijo Andrei Bekuv.

Al tomarle el pulso me ensangrenté las manos.

—Consigue una ambulancia, Red. Pide en la iglesia que telefoneen.

—Han matado a mi Katinka. Y yo tengo la culpa.

Le até el brazo bien fuerte con mi pañuelo pero la sangre seguía manando. Manchó el puño de mi *smoking* prestado y goteó sobre mi sobretodo nuevo.

No había sombras. En la habitación todo era blanco, y los tubos fluorescentes iluminaban con luz fría, despiadada. Mi pañuelo sucio de sangre, arrugado y abandonado sobre la mesita rodante como la piel escamada de alguna terrible serpiente, tenía al lado, cuidadosamente alineados, el reloj y el brazalete de oro que Bekuv le había comprado a su mujer en Nueva York.

Mi café estaba frío. Rasgué un sobre de crema en polvo, hice la mezcla y la tragué. Era una manera podrida de pasar la mañana de Navidad.

Golpearon a la puerta y Mann entró sin esperar respuesta. Tenía los ojos inyectados y el cabello mal peinado.

—¿Hablaste con el cirujano? —Se abrió el impermeable mostrando una camisa a medio abrochar bajo un cárdigan que se había puesto con los pantalones del *smoking*.

—No hay arterias cortadas. Las manos le quedarán marcadas de por vida, se agarró de la navaja; quizá cicatrices en el vientre también, pero el abrigo grueso la salvó de heridas peores. Si la hoja hubiera entrado como querían, hubiera muerto antes de caer en tierra.

Mann resopló, se acercó a la mesita rodante y movió el reloj pulsera y el brazalete con la punta del dedo, como si moviera piezas de ajedrez.

—¿Descripción del autor?

—Por lo menos una docena. Todas distintas.

—¿Y nuestro amigo Andrei?

—Ella se interpuso. Era para Andrei, pero ni lo arañaron. Lo ha tomado mal.

—«Mi querida Katinka, ¿qué te he hecho?».

—Algo así —asentí.

—Nadie podía haber sabido que los Bekuv habían empezado a hablar —dijo Mann, tanto como para convencerse a sí mismo como a mí.

—En Washington debe haber unos cuantos con insomnio.

—En el Kremlin habrá unos cuantos sufriendo algo peor que insomnio si completamos esta investigación. No se arman situaciones como la de Henry Dean a menos que el asunto sea realmente importante.

—Debimos haber previsto que intentarían matarlos.

—Yo lo temía. Pero no tan pronto. ¿Quién demonios puede haber sabido que los habíamos traído a este lugar dejado de la mano de Dios?

—¿Gerry Hart?

Mann se rascó la cara. Estaba sin afeitarse y se tocó la barba, molesto.

—Sí, ese degeneradito está muy bien informado. ¿Quién lo tendrá al tanto? ¿Se te ocurre algo?

Moví la cabeza.

—Bueno, así va a ser de ahora en adelante —dijo Mann—. Será mejor estar preparados a que esto se repita. Será mejor que saquemos a los Bekuv de aquí.

Miré la hora.

—Feliz Navidad —dije.

—Cuanto mejor el día, mejor el hecho. ¿No se dice así?

—A los muchachos de la prensa local les parecerá endemoniadamente divertido.

—¿Un atentado personal? No es excusa suficiente para dejar el árbol de Navidad.

—Acuchillamiento en la misa de medianoche —dije—. En Waterbridge eso es noticia de primera página. La van a dar. Eso no lo podrás evitar, mayor.

—Y si pongo un custodia al lado de su cama, va a atraer aún más a los periodistas. —Mann se agarró la cara y se la frotó fuerte como si tratara de despertarse—. Y sin embargo, si no hay custodia podrán intentarlo de nuevo.

Traté de tranquilizarlo.

—Fue un trabajo *amateur*. Jamás oí que la KGB usara un artista de la navaja que errara el blanco y que encima se dejara sacar el arma.

—Casi le sale bien, y tú lo sabes. Y descubrir dónde estarían los Bekuv no tiene nada de *amateur*.

—Pueden habernos seguido desde Nueva York y después vigilar el hotel a la espera de una oportunidad —sugerí.

—Bien sabes que nadie nos siguió. Aun estando en el asiento de atrás con Red debes saber que nadie nos siguió.

No contesté. Tenía razón, nada nos había seguido por el camino, y un helicóptero lo había comprobado.

—Vuelve con tu amiguita —dijo Mann—. Llámame aquí por la mañana. Para entonces ya lo habré pensado.

Red estaba medio dormida cuando me metí en la cama. Se acercó a mí con soñoliento deseo. Quizás era un intento de olvidar los hechos de la noche lo que nos hacía caer en una actitud de abandono. Parecía que hubiera pasado horas antes de que volviéramos a pronunciar una palabra.

—¿Todo va a andar bien? —me preguntó Red en susurro.

—No está malherida, y Andrei ni un rasguño.

—No quise decir eso. Me alegra que no esté malherida, pero no quise decir eso.

—¿Qué, entonces?

—Esto forma parte de lo que estás haciendo, ¿no es cierto?

—Sí —dije.

—Y anda mal.

—Así parece —admití—. Habrá que tener a la señora Bekuv bajo vigilancia, y eso será más difícil ahora que necesita atención médica.

—En Londres —dijo Red de pronto—. ¿En qué tipo de casa vives?

—No ocupo toda la casa. Alquilo el piso alto a un amigo, un periodista y su mujer. Es una pequeña casa victoriana que trata de parecer georgiana. La calefacción central está empezando a resquebrajar toda la casa; lo primero que tengo que hacer, en cuanto vuelva, es conseguir algunos humectantes.

—¿Dónde está?

—En la parte de Fulham donde la gente pone Chelsea en el membrete de su papel de cartas.

—Dijiste que la casa también tenía un jardín.

—Es más un balcón que salió bien. Pero desde el frente se alcanza a ver una plaza con árboles y canteros de flores; en verano es lindo.

—¿Y qué tipo de vista se tiene desde las ventanas de atrás?

—Nunca suelo mirar por las ventanas de atrás.

—¿Es tan fea?

—La playa de una casa de venta de autos de segunda mano.

Hizo una mueca.

—Apuesto a que es la playa de autos usados más hermosa del mundo —dijo.

La besé.

—Podrás decirlo cuando volvamos —le respondí.

—¿Puedo cambiar las cortinas y las cosas de la cocina?

—Hablo en serio, Red.

—Sí, lo sé. —Me besó de nuevo—. Pero no nos pongamos demasiado serios... démosle tiempo.

—Te quiero, Red.

—Yo también te quiero... ya lo sabes. ¿Cigarrillo?

Moví la cabeza. Pasó el brazo por encima de mí y encontró sus cigarrillos y el encendedor en la mesita de luz. No pude resistir la tentación de abrazarla fuerte, y ella tiró los cigarrillos y dijo:

—Bueno, si puedo elegir. —El encendedor se deslizó por detrás del colchón y cayó al piso. Red rió—. ¿Me vas a querer siempre? —dijo.

—Siempre.

—No es eso, tonto.

—Claro —contesté.

Me besó con la boca abierta. Por fin pude decir:

—¿Y entonces, qué?

—¿El mayor Mann me dejará quedarme contigo? —preguntó—. Podría preparar el café, barrer el piso y cuidar a la señora Bekuv.

Le contesté:

—Si mañana está de buen humor se lo preguntaré.

Me besó de nuevo, esta vez más intensamente.

—Si está de buen humor —repetí.

—Gracias —susurró.

La atraje hacia mí y le dije:

—Charlas demasiado.

10

No hubo cielo, ni sol, ni tierra hasta que aparecieron unos cuantos cientos de kilómetros cuadrados de Francia, como una mancha sobre la capa de nubes más baja. Y de pronto volvió a desaparecer todo.

—No quiero telefonar desde el aeropuerto —le dije a Mann—, pero voy a averiguar si en el télex hay algo para nosotros.

—Preocúpate de alguna otra cosa —me dijo Mann, mientras la azafata sacaba la bandeja con el pollo seco, las arvejas arrugadas y los trozos de fruta envasada de colores vivos—. Preocúpate del impuesto a los réditos. Preocúpate de los botes salvavidas inflables. Preocúpate de la contaminación. Preocúpate de la intoxicación de ptomaína. Preocúpate por la juventud. Pero deja de preocuparte por Red Bancroft.

—Ya he dejado de preocuparme por Red Bancroft.

—El FBI ya la ha investigado, lo mismo que la CIA y el departamento de policía de su ciudad. La chica es OK. Hay buena seguridad; va a estar a salvo. Todo va a salir OK.

—Te he dicho que ya he dejado de preocuparme.

Mann se volvió en el asiento para mirarme y me dijo:

—Bessie me contó que ustedes dos se entendían muy bien y no la creí. —Se inclinó y me dio un golpe en el brazo que me hizo derramar el café—. Me alegro —dijo.

—Algo anda mal —le confié—. Es una chica maravillosa y la quiero... por lo menos creo que la quiero... pero tiene algo en la cabeza, algo en sus recuerdos... algo en alguna parte que no puedo alcanzar.

Mann evitó mi mirada mientras llamaba con su timbre y le pedía a la azafata una botella de champaña.

—Pero estamos terriblemente cerca de París —dijo la chica.

—Bueno, no se preocupe, querida. La tragaremos de un golpe.

Vi que tocaba el portafolio que tenía junto a sí. Ahí estaban los papeles que necesitaríamos si Mann decidía arrastrar a Hank Dean, gritando y lanzando improperios, de vuelta al Nuevo Mundo. Mann pescó mi mirada.

—No me entusiasma nada —confesó—. Y ésa es la verdad.

—Quizás hable —dije.

—Quizá no sepa nada.

La azafata trajo el champaña. Su uniforme era una talla demasiado chica y el peinado tres veces demasiado grande.

—Bajamos en uno o dos minutos —dijo.

—¿Las tres? —dijo Mann. La azafata se fue. Mann sirvió el champaña y dijo—: Supongo que todo depende de cómo se lo mire. Quizá si hubiera ido al colegio con Andrei Bekuv, hasta podría sentir pena por ese schmendrik.

—Todo depende de cómo se lo mire. Pero yo ya siento un poco de pena por Andrei Bekuv.

Mann hizo un ruido como si soplara una hebra de tabaco pegada a los labios. Era la señal de su disconformidad.

—Me da lástima —dije—. Está loco por su mujer, pero ella no es la mujer que le conviene.

—Nadie le conviene a ese farsante. Nadie ni nada. —Tomó su champaña—. Bebe —ordenó.

—No tengo ánimos para festejos.

—Tampoco yo, mi querido amigo inglés, pero somos lo bastante camaradas como para compartir nuestras tristezas bebiendo... ¿no es así?

—Así es —dije, y los dos bebimos.

—La señora Bekuv es lo mejor que jamás le pasó a ese cerdo. Es una de las hembras más hermosas que jamás haya visto y, compañero, si Bessie no estuviera por ahí, me tentaría. Bekuv no merece semejante muñeca. Y le sirve de niñera; le lava el traste, le vigila el corte de pelo, nos exige más dinero. Y hasta recibe un navajazo destinado a él. No es de extrañar que él esté en una angustia constante al pensar que ella pueda decidir abandonarlo.

—Bueno, todo depende de cómo se lo mire —dije.

—No me digas que tú no has sentido cierta atracción carnal hacia la señora Bekuv. No me digas que no lo has pensado.

—La tengo a Red —dije satisfecho.

Mann repitió el ruido con los labios.

—¿Sabes una cosa? —dijo despreciativamente—. A veces puedes ser muy británico.

Sonreí y simulé tomarlo como un cumplido. Y le devolví el informe biográfico que había estado leyendo, y que él metió en el portafolio.

—Bebe. Llegamos en cualquier momento —dijo. Pero en realidad nos unimos a los que en alguna parte, sobre la gran región boscosa del

Compiégne, daban vueltas a la espera del permiso para aterrizar, lo que solo ocurrió cuarenta minutos después. Me dio tiempo para pensar en Hank Dean. Era el nuevo modelo de informe, presentado como para que pareciera el informe de un gerente de personal especialmente dinámico. Estaba dactilografiado en papel multifolio y llevaba el membrete de una pequeña fábrica de muebles de Memphis, Tennessee. Tenía agregada una ficha de registro de personal y una fotografía. Había sido preparado para proporcionar un enfoque causa-y-efecto de la vida de Hank Dean, en vez de ser como las páginas anteriores, una lista de fechas y un resumen apretado.

Y, sin embargo, esas páginas siempre reemplazan pobremente el conocimiento directo de la persona. De qué servía saber que su segundo nombre era Zacharías, y que algunos compañeros de colegio lo llamaban Zach. ¿Cuántos compañeros de colegio le quedan a un hombre de casi cincuenta años? Dean tenía «un problema con la bebida». Esa frase siempre me había parecido un eufemismo impropio para aplicárselo a gente para quienes el beber no era ningún problema. Lo que Dean tenía, sin lugar a dudas, era un problema con la sobriedad. Me pregunté si eso no tendría nada que ver con el fracaso de su matrimonio. La mujer era una neoyorquina de origen alemán, unos años menor que Dean. Tenía un hijo, Henry Hope Dean, que vivía en París y pasaba las vacaciones pescando con el padre.

Cerré la ficha, Henry Zacharías Dean, Doctor en Filosofía, peso 96 kilos en su último examen médico, soldado, ejecutivo de una empresa, agente fracasado de la CIA, marido fracasado, pero padre exitoso... ya llegamos. Y cómo querría estar yo en aquel pueblo cerca de Cleveland, recibiendo golpes en la cabeza, de los chicos de la calle.

—¿Dijiste algo? —preguntó Mann.

—La señal de no sonreír está puesta.

Mann sirvió en nuestras copas lo que quedaba del champaña.

Una Navidad, hace ya tantas décadas que no recuerdo exactamente cuándo, una tía me regaló un libro sobre unos chicos que habían sido capturados por la tripulación de un buque pirata. El capitán pirata era un hombre enorme, con una nariz ganchuda y una barba magnífica. Bebía ron en copiosas cantidades, y sin embargo nunca estaba abiertamente borracho. Sus órdenes se oían de proa a popa, y sin embargo sus pasos eran tan ágiles y silenciosos como los de un gato. La mezcla de tamaño y destreza, crueldad y bondad, gritos y susurros, bebida y sobriedad de ese capitán eran también los caracteres distintivos de Hank Dean.

Sólo le faltaba un buen traje a medida, un recorte de barba y una copa de jerez en la mano para que se lo tomara por un ginecólogo de éxito o un agente de bolsa. Y sin embargo, con su pulóver raído que le llegaba casi hasta las rodillas, pantalones de loneta de un azul casi borrado por el uso, y bebiendo un trago tras otro de Cahors, el vino local, del envase plástico que alguna vez contuviera mostaza, le hubiera costado mucho viajar a dedo hasta Souillac.

—Debí haberlo hecho hace años. Debí hacerlo cuando tenía dieciocho años. Los dos debimos haberlo hecho, Mickey. —Hank Dean bebió su vino y se sirvió más. Cerró el original de su novela policial en tira, Superdick, lo puso en un sobre de papel marrón y lo metió en un cajón—. Es mi excusa para no hacer nada —explicó.

El calor de la gran estufa negra de hierro se iba por la chimenea o por las grietas y rendijas que se veían alrededor de las puertas y ventanas mal cerradas. Recién cuando Hank Dean echó en la estufa algunos envases encerados y papel de envolver, se encendió con fuerza y dio un breve resplandor.

Dean levantó la sartén que calentaba sobre la estufa.

—¿Dos o tres huevos?

—No tengo hambre —dijo Mann—. Dame un trozo de embutido. — Pinchó una rebanada de salchichón con su tenedor y lo mordisqueó.

—Por Dios, claro que tienes hambre —dijo Dean—. Vienes desde París, ¿no es verdad? Y ésta es la mejor comida del mundo. Vas a comer una *omelette* de trufas, que en uno de esos comederos falsificados de Nueva York te costaría una fortuna; además, eso no es embutido, maldito sea, es salchicha de cerdo, ahumada en la granja de la colina, ahí no más.

Mann dejó de comer la salchicha de cerdo y apoyó el tenedor.

—Añoro los partidos de béisbol —dijo Dean—. Te mentiría si no confesara que añoro los partidos de béisbol. Pero a veces los oigo por radio.

—¿Radio de onda corta? —dijo Mann.

—Y la Voz de América. En una buena noche, la Cadena de las Fuerzas Armadas desde Alemania. Pero aquí estoy rodeado por alturas, como pueden ver.

—Claro —dijo Mann.

Me pregunté hasta qué punto hablaban de béisbol, y hasta qué punto de recepción y quizá también de transmisión, en onda corta. Tomé un poco de salchicha y arranqué un trozo, sin miga, de la punta del pan. Decidí que ellos seguirían así un largo rato todavía. Mann y Dean simularían hablar de los tiempos pasados mientras hablaban de los actuales. Y Mann caminaría de

arriba abajo, mirando los armarios y calculando el largo de los cajones y el espesor de las paredes, para decidir si podían esconder algo. Lo juzgaría todo de acuerdo a un módulo de infalibilidad mientras esperaba un error por descuido.

—Mis chicos fueron a un campamento esta Navidad —Mann le contó a Dean—. Me costó un brazo y una pierna. A veces tiemblo cuando pienso si voy a poder pagarles la universidad, como tú con tu chico.

Dean estaba cortando una trufa grande en rebanadas delgadas como hojas de afeitar. Utilizaba una navaja con mango de madera, del tipo que daba la Wehrmacht a las unidades especiales para cortarle la garganta a los centinelas.

—Aquí la vida no me cuesta prácticamente nada —explicó Dean—. La Compañía me paga quinientos por mes; y todavía cobro diez dólares, por semana, por aquella lesión en el partido de béisbol cuando éramos chiquilines. El partido estaba asegurado, lo que fue una suerte para mí. —Levantó la tabla de pan y, cuidadosamente, echó las rebanadas de trufas en el huevo batido, luego se paró y se acercó a la estufa. Renqueaba con la pierna izquierda. Si era para impresionarnos porque lo había recordado, o sencillamente consecuencia de haber estado sentado demasiado tiempo, no podría decirlo.

—¿Pero no dijiste que tu chico iba a algún tipo de universidad privada en París? ¿No cuesta mucho?

Dean batió los huevos y probó la temperatura de la sartén echando un trozo de pan adentro. Se doró de inmediato. Lo sacó con el tenedor, lo sopló y lo comió antes de agregar sal y pimienta a la mezcla de huevo. Luego se quedó con el bol de huevos encima de la estufa.

—Me debes haber comprendido mal, Mickey —dijo—. El chico fue a una escuela técnica francesa común, gratuita.

Con un movimiento rápido y usando sólo una mano, cerró la navaja y la deslizó de nuevo en el bolsillo de sus *jeans*.

—Mi viejo Renault da más kilómetros por litro que cualquier automóvil que jamás usé. Las reparaciones mecánicas las hago yo; el mes pasado cambié los aros del pistón. Aun con el precio especial de la nafta no gasto más que los diez semanales que saco de mi lesión; supongo que tengo el auto gracias a mi pierna.

Se apartó de la estufa y sonrió.

—En cuanto al resto, ese pequeño restaurante de al lado me vende un almuerzo por lo que me costarían los ingredientes. No sé cómo lo pueden hacer. Por la noche me arreglo con un poco de fiambre, huevos, pan y cosas

así. En ocasiones especiales estas trufas de veinte francos... —Sonrió—. Es claro que si mi libro se convierte en un éxito...

—¿Con qué frecuencia puedes ir a la gran ciudad? —Le preguntó Mann. Dean dejó caer la mezcla de huevos en la sartén. El chisporroteo repentino del huevo en la grasa caliente le hizo dar vuelta la cabeza a Mann.

—¿Quieres decir a París? —dijo Dean.

—O a Nueva York —dijo Mann—. O Londres, o Bruselas... hasta Berlín. —Dejó la palabra colgada en el aire un largo rato—. Cualquier ciudad grande donde puedas hacer alguna compra y ver un espectáculo.

—No he visto un espectáculo, ni siquiera un filme, en muchos años, Mickey —dijo Dean. Removió los huevos rápidamente con una cuchara de madera, ladeando y haciendo girar la sartén, de modo que el huevo crudo se deslizara sobre el metal caliente que dejaba al descubierto—. No tengo tiempo ni dinero para esos pasatiempos burgueses.

En otro lugar y en otro momento, semejante comentario no hubiera llamado la atención, pero ahora Dean se inclinó sobre la sartén y observó cómo se cocinaba el huevo con una atención totalmente fuera de lugar, y me di cuenta de que se hubiera querido morder la lengua.

Dean dio vuelta la sartén para que la *omelette* girante rodara hasta una fuente. La dividió en tres partes iguales y las puso en nuestros platos. Sobre la mesa, la lámpara era una cosa extraña, hecha de bronce y pesas y pantallas verdes. Dean tiró de los cordones para que las luces bajaran sobre la mesa.

Comimos en completo silencio. Ahora que sólo la mesa estaba iluminada, todo lo que había allí asumía una importancia artificial. Y bajo la luz intensa, los tres pares de manos ocupadas eran como las de tres cirujanos cooperando en una disección. Pese a sus afirmaciones de no tener hambre, Mann devoró la *omelette*. Cuando no quedaban sino unos restos de huevo crudo en su plato, tomó un trozo de pan y recogió el huevo con cuidado obsesivo antes de llevar el pan a la boca.

—El motivo por el cual vinimos a verte, Hank... —Mann tomó otro pedazo de pan, lo partió en pedacitos y lo comió pedazo por pedazo, como si quisiera encontrar una razón para no seguir.

—No necesitas motivos, viejo —dijo Dean—. Ni tampoco tu amigo. Hank Dean... casa abierta. Bueno, a estas alturas ya lo sabes, ¿no es cierto? En otros tiempos di fiestas en las que se durmió debajo de la mesa y hasta en el baño.

—Sí, lo sé —dijo Mann.

—Y se hacían algunas otras cosas debajo de la mesa y en el baño —dijo Dean. Dejó escapar una carcajada y volvió a llenar las copas—. Cahors; aquí lo llaman vino negro. ¡Beban!

—Estamos interrogando a una pareja de rusos —dijo Mann. De nuevo el tono de su voz dio la impresión de que se había detenido en medio de una oración.

—¿Desertores? —dijo Dean, sirviéndose una rebanada de queso de cabra, y empujando el plato hacia mí—. Prueba el chiquito redondo, es local —dijo.

—Desertores —dijo Mann.

—Supongo que siempre sentí demasiada compasión por esos chicos que saltaban el muro, en mi tiempo —dijo Dean—. Jugaban con sus malditas radios a transistores y admiraban esa magnífica ropa nueva, parándose frente a espejos de cuerpo entero. Y venían todos los días y yo anotaba los detalles sobre vigilancia, o la producción industrial o cualquier pavada que creían que valía la pena contarnos. De pronto, un día, sentía ganas de comer el almuerzo del domingo con mamá y papá, y repentinamente se daban cuenta de que no volverían ya a tener esos domingos. Habían saltado el muro; ya no habría nada más con ninguno de sus familiares, o sus compañeros, o sus chicas. Y se ponían tristes.

—¿Qué me dices? —dijo Mann.

—Y yo me preguntaba si valía la pena —dijo Dean—. Conseguirían algún mal trabajo en una fábrica de plásticos, bastante parecido al mal trabajo que habían tenido allá, con los rojos. Quizá tuvieran un poco más de pan y pudieran escuchar conjuntos de música pop... ¿pero, estaba bien alentarlos? Y bien, no lo sé.

—De modo que tú lo ves así —dijo Mann.

—Así lo veo —dijo Dean.

—No me extraña que fueras tan mal agente —dijo Mann.

—Sabes que era bastante bueno —dijo Dean—. Tú sabes que lo era.

Mann no contestó, pero yo sabía que había firmado algunos informes que decían que Dean era realmente muy bueno. Uno de ellos contribuyó a que Dean ganara una medalla.

—Estos desertores nuestros —dijo Mann— no tienen nada que ver con centinelas ni con la producción de plásticos. Éste podría dar que hacer en Washington DC —Mann me señaló con la mano—. A mi amigo le he oído decir que podría hacer un agujero en la jerarquía de Langley, Virginia.

—¿No querrás decir que alguien, colocado tan alto como Proyectos Especiales de la CIA, podría estar involucrado?

—Ya no lo llaman Proyectos Especiales —le dijo Mann—. Pero aparte de eso, has pescado justamente el matiz de la opinión expresada por mi amigo.

—Dios mío —dijo Dean.

La pava hirvió y Dean echó agua en el café. Puso leche en una cacerolita y encendió el fuego. Sin darse vuelta, dijo:

—Me alegro de veras, Mickey. De veras.

—¿De qué estás hablando? —dijo Mann.

—Esto podría significarte un destino clase A, Mickey. Quizá París. Llegas con eso entre los dientes a casa, y jamás mirarás hacia atrás. Diablos, hasta podrías conseguirte una Jefatura de División.

Dean se sentó y observó cómo goteaba el café por el filtro de papel. Levantó la vista y le sonrió a Mann. Era difícil comprender qué estaba ocurriendo entre los dos hombres. Me pregunté si Dean sospechaba el propósito de nuestra visita, y si pensaba que Mann iba a convertir la investigación en una caza de brujas a través de la CIA, con el propósito final de asegurarse un ascenso.

—Estos dos desertores comunistas están dándole largas —dijo Mann.

—Siempre hay una inercia inicial —dijo Dean—. Por lo menos en los buenos. Los únicos que llegan hablando son los atropelladores.

—Mencionaron tu nombre —dijo Mann.

Dean vigiló la leche que comenzaba a burbujear y luego la echó en una jarra.

—Yo lo bebo negro, como los franceses —explicó—. Pero supongo que como extranjeros, ustedes quizá querrán cortarlo. ¿Qué pasó con mi nombre? —Sirvió café en las gruesas tazas marrones, del tipo de las que usan en los restaurantes porque son tan difíciles de romper.

—Tu nombre surgió en conexión con la Sociedad 1924. Lo dio uno de los desertores rusos. Dicen que trabajas para Moscú.

—Treta bastante común —dijo Dean. Bebió el fuerte café—. Hay bastante gente que me conoce como exagente de la CIA. Supongo que la historia de aquel lío, esa noche en Berlín, debe estar en el archivo de la KGB.

—Probablemente forma parte del curso de instrucción —dijo Mann con amargura.

—Quizá —dijo Dean. Rió y se acarició la barba—. De manera que en eso están ustedes.

—No, en eso estás tú —dijo Mann.

—¿Lo dices en serio, Mickey?

—Así es, Hank.

—Trabajando para Moscú... ustedes deben estar locos.

—No me has preguntado qué es la Sociedad 1924 —dijo Mann.

—No te lo he preguntado porque sé qué es —dijo Dean—. Al principio de la década del 40 hice un informe de 150 páginas sobre la Sociedad 1924. Y no me digas que no leíste mi ficha antes de venir. Te conozco bastante.

Ahora le tocó a Mann desconcertarse.

—Tu ficha no lo menciona para nada —dijo.

—Qué coincidencia —dijo Dean sardónico—. Ha desaparecido justo cuando tus rusos me manosean. Quizás ahora vuestras mentes comiencen a funcionar de nuevo.

—¿Quieres decir que porque alguien alteró tu ficha, debemos considerarte inocente? —preguntó Mann incrédulo.

—Exacto —dijo Dean.

Mann movió un dedo a través del humo del cigarrillo.

—Has estado demasiado tiempo con los pájaros y las abejas, San Francisco de Asís. Cuando descubrimos que falta un capítulo en la ficha personal de alguien, el sujeto es el primer sospechoso. ¿Lo vas recordando?

Hank Dean se sirvió un gran vaso de vino «negro», pero cambió de opinión y no lo tomó. Con un gesto que Sigmund Freud hubiera apreciado, lo alejó sobre la mesa, fuera del alcance de la mano.

—Te equivocas —dijo Dean—. Ambos se equivocan terriblemente. Para un hombre en mi posición sería una locura mezclarse en semejante danza. Estoy en los archivos políticos franceses... probablemente también en los archivos de la policía local. Tendría que estar loco para hacerlo... —su voz se arrastró desconsolada—. Pero no me asusta. Vete a descubrir alguna prueba. Hasta entonces seguiré sentado aquí, bebiendo lo mío y comiendo trufas.

—Ni la menor posibilidad, Hank —dijo Mann—. No compliques las cosas para ti. Hagamos un trato mientras todavía necesitamos un trato. Hazte el difícil y te molestaré hasta hacerte llorar.

—¿Por ejemplo? —dijo Dean.

—Díselo —dijo Mann.

—Ya han suspendido su pensión —dijo—. Este mes no le llegará el cheque a menos que el mayor Mann firme un vale para el director de finanzas. El dinero del seguro seguirá unas semanas, pero llegado el momento la compañía de seguros recibirá un certificado de uno de nuestros médicos. Certificará que su lesión ya no es incapacitante en un veinticinco por ciento.

—¿Quién es este tipo? —rugió Dean—. ¿Una de esas máquinas automáticas que dan el peso?

—¿Quiere que continúe? —pregunté.

—Siga, siga —dijo Dean.

—El Departamento de Estado nos ha dado permiso para declarar nulo su pasaporte y hacerlo saber a las autoridades francesas de la manera que mejor nos parezca. Es decir, o les decimos que es nulo o les pedimos que lo detengan por usar documentos de viaje falsos o falsificados.

—¿De qué están hablando? Mi pasaporte es legítimo, emitido por el Departamento de Estado, hace dos años solamente.

—Si el Departamento de Estado dice que su pasaporte es falsificado, señor Dean, no creo que pueda esperar que los franceses lo discutan.

—¿De modo que intentarán llevarme de vuelta?

—¿Qué pensaste que pasaría? —le preguntó Mann. Dean giró para enfrentar a Mann, los ojos dilatados y mostrando los dientes. Una bestia atrapada en una gruta, mientras dos cazadores lo agujoneaban con palos largos... en uno de mis libros infantiles había una figura así.

—Soy inocente, maldito sea —dijo Dean. Golpeó con su puño potente la mesa, de modo que la loza saltó en el aire y aterrizó con estrépito.

—Entonces colabora —gritó Mann.

—¿Qué quieres que haga? —aulló Dean—. ¿Qué invente cuentos de hadas?

—Podría ser un paso en la buena dirección —gruñó Mann.

Levanté las manos en un gesto pacificador.

—Vamos chicos, ya conocen las reglas —dije—. Ni topetazos, ni puntapiés, ni trampas; y nadie le pega al árbitro. Hemos tomado un tonel del vino de Hank, y él sabe que no puede ir muy lejos, con o sin pasaporte. Aquí no hay teléfono, y a estas alturas él probablemente ha adivinado que hemos inmovilizado su auto y el nuestro...

—Y eso no significa sólo desconectar los cables del distribuidor —dijo Mann.

—Así que es mejor que durmamos un poco —sugerí. Miré el extremo de la mesa, donde estaban las tres botellas de vino que habíamos vaciado—. A la mañana hablaremos un poco más y quizá con mejor resultado.

La casita de Hank Dean estaba construida en el estilo de tres pisos, típico de las construcciones rurales en esa zona de Francia. La parte baja era un sótano que Hank había convertido en depósito, y una especie de cuarto de baño primitivo, con ducha. Unos escalones de piedra llevaban a la puerta de entrada que se abría a la sala de estar-cocina-comedor. Una vieja y crujiente escalera de madera llevaba al piso alto, donde había cuatro dormitorios como

celdas, con pequeñas lumbreras con vidrios llenos de burbujas que hacían parecer que el paisaje se derretía.

Pese a lo que digan los hombres de ciencia, cuando la luna está llena y baja sobre el horizonte, es gigantesca. Esa noche, coloreado por el polvo de la tierra, el gran globo dorado parecía a punto de chocar con nuestro planeta. Desde la ventana de arriba alcanzaba a ver la nieve sobre las colinas que teníamos enfrente a través del valle. St. Paul Chavrac es una aldea con un par de docenas de familias, dominada por las casas y los galpones de dos granjas medianas. Dos casitas están en ruinas. Una, todavía tiene el cartel con letras rosadas de una boulangerie que desapareció hace muchos años (y ahora el panadero pasa tres veces por semana en un camión de chapa corrugada). También había una casa grande, que algunos ilusos habían convertido en hotel y restaurante allá en los años treinta. Pero hoy, la Hostellerie du Château no proporcionaba más que una cama limpia y una comida sana. El gerente no aspiraba a tener estrellas en las guías turísticas que se venden en París, ni había colocado esas brillantes chapas esmaltadas que prometen elegancia en tres idiomas; pero era popular entre los viajantes de comercio. Cuando nos retiramos a nuestras habitaciones respectivas, todavía había luces encendidas en la Hostellerie. Eran las únicas luces en el pueblo. Oí que corrían un cerrojo enmohecido y el crujido de la ventana que se abría en la habitación vecina. Sabía que un hombre de la talla de Hank Dean no podría salir por ella.

No me dormí. Hacía frío y tomé una frazada de la cama y me la eché a los hombros. Oí crujir la cama en el cuarto de Dean. No debía dormir; estaría pensando en todo y, si el plan de Mann se cumplía, Dean se sentaría al desayuno cantando como un pajarito. O quizá ése no era el plan de Mann; quizás era sólo un modo de engañarse a sí mismo para poder saltar al cuello de su amigo tan cordialmente.

Se me debían haber cerrado los ojos durante unos minutos, porque miré el reloj después de oír el ruido y vi que eran más de las tres. En la Hostellerie du Château no había ninguna luz. La aldea estaba a oscuras, lo mismo que todo el pasaje, porque la luna ya había bajado. Oí el ruido de nuevo. Esta vez no fue el crujido de madera vieja sino un sonido metálico. Una vibración mínima y un repiqueteo profundo, como de una bala de artillería al insertarse en la recámara de un cañón de campaña.

Esperé unos instantes, preguntándome si sería el carillón de algún reloj antiguo que había visto en la casa. Me pregunté si Mann también habría oído el ruido, y cómo reaccionaría si yo cometía un error... o si no hacía nada. Finalmente me movió tanto la curiosidad como la razón. Había acuñado la

puerta con un trozo de papel, en vez de usar la traba, así que podía llegar hasta la escalera sin hacer ruido. Pero la escalera me delataría. Dean debía conocer cada escalón crujiente y sabría cómo evitar el ruido; pero para un extraño ésa era una dificultad insalvable. Me agaché, tratando de ver en el cuarto de abajo. La habitación estaba a oscuras, pero alcancé a divisar la silueta de un hombre de pie, apoyado de espaldas contra el borde de la mesa. Un destello de luz de la estufa iluminó la cara de Dean. Era una cara angustiada y tensa. Estaba inclinado sobre la estufa, como la noche anterior cuando preparaba la tortilla. Nuevamente hubo un destello de las llamas. Esta vez volvió a colocar la tapa circular de la estufa, de modo que el tiro de la chimenea avivó la llama. Ése era el sonido metálico culpable de que me hubiese despertado.

Bajé de un salto y crucé la pequeña habitación. Dean se volvió y levantó el puño. Era un gigante que ahora se levantaba ante mi como la estatua de la Libertad. Recibí un puñetazo en el brazo. Me dolió, pero no me impidió arrancar la tapa de metal de la estufa.

Metí la mano derecha en las llamas y encontré que la estufa estaba llena de papeles. Había atados de papeles, tan apretados que no se quemaban. Sentí olor a parafina y cuando comencé a sacar los grandes atados de la estufa, todo tomó fuego. Se levantó una llamarada que alcanzó las ollas y utensilios que colgaban sobre la chimenea. Dejé caer el atado y traté de apagar las llamas que me quemaban la manga.

—¡Hank, estúpido de porquería! ¿Por qué no me lo dijiste? —Era la voz de Mann. Encendió la luz eléctrica para que viéramos que tenía un revólver en la mano. Apagué las llamas en mi manga y pisoteé los restos de papeles ardiendo.

—No te preocupes por salvar eso —dijo Mann—. Toda la casa de mierda está llena de papeles. —Ahora pude ver lo que estaba pisoteando. El piso estaba cubierto de dinero. Había francos franceses, francos suizos, marcos alemanes, dólares americanos, esterlinas y hasta dinero libanés y australiano. Algunos de los billetes estaban chamuscados en los bordes, otros casi completamente destruidos; algunos eran nuevos y no habían sido dañados, otros viejos y manoseados. Pero todos eran grandes. Debe haber habido por valor de cien mil dólares sobre el piso de la cocina, y encontramos por lo menos otro tanto cuando levantamos las tablas del piso.

—Si a un tipo no se le saca nada en tres horas, no se le sacará nada en tres semanas.

—Si hay algo que sacar —señalé. Era temprano. Un par de estorninos picoteaban las migas de la noche anterior; y en el campo vecino las vacas se acercaban a la tranquera, listas para ordeñarlas.

—¿Crees que el dinero llegó por correo hace dos días? —preguntó Mann.

—Hank era pobre... prácticamente arruinado... era natural que tratara de conservarlo y tuviera la esperanza de que nos fuéramos.

—Yo me hubiera comunicado con la CIA en Langley, sin dejar pasar una hora —dijo Mann.

—Tú no eres normal y tampoco yo. Y es por eso que lo estamos investigando a Dean en vez de que él nos investigue a nosotros.

—Sí, bueno, eso es lo que me preguntaba —dijo Mann, y pudo sonreír ante el absurdo de tener principios que podían costarle tanto a uno.

—No te preocupes —le dije—. En Moscú no hay nadie que piense en mandarnos un cuarto de millón de dólares en billetes viejos.

—Más me preocupa la posibilidad de que Hank...

—Trate de llegar a un acuerdo con los franceses.

—Quiere quedarse aquí —dijo Mann—. Y lo quiere con desesperación.

—Los franceses no tienen mucho para argumentar —dije—. Algo sobre nuestro modo de trabajar; un poco de «yo le dije»; pero al final, tendrían que dárnoslo.

—Al final. Sí, ése es el momento en que nos lo darían. Total ¿qué les va a costar?... un pasaporte francés.

—Y la buena voluntad del gobierno de Estados Unidos.

Mann hizo su ruido con los labios.

—Me disgusta dejarlo ahí, hablando con esos policías franceses.

—Bueno, demos otra vuelta por este lugar —dije. Moví el armario del rincón, cargado con los discos de música clásica de Hank Dean—. El tipo de la CIA de la embajada debe estar por llegar. Entonces podremos irnos, llevándonos a Hank Dean con nosotros, si eso es lo que quieres.

Mann caminó de arriba abajo.

—Hank es un tipo que se queda en casa todo el tiempo, lo revela el kilometraje de su auto. No recorre Europa como correo.

—Por lo menos, no en ese auto —le observo suavemente.

—En ningún auto —dijo Mann secamente. Míralo... esas manchas en la cara, todo ese pelo... se pondría en evidencia en cualquier lugar donde parara.

—Estoy de acuerdo. —Mann avanzó una etapa en sus pensamientos—. De modo que vienen aquí. ¿El mismo tipo o tipos distintos?

—Siempre el mismo; nadie con acento extranjero golpeó las puertas anoche, pidiendo por el doctor Dean.

—Conforme —dijo Mann. Miró alrededor de la pequeña habitación—. Sabes una cosa —dijo—. Éste es el basural más sucio, más maloliente, en el que jamás haya estado. —Me miró para observar mi reacción.

—Bueno, siempre te quejas de los lugares sucios en los que te encuentras —le dije—. Y si éste es el peor debe ser algo para recordar.

Mann me sonrió sin humor.

—Mira esa sartén. Hace años que no la limpia.

—Es una sartén para tortillas —expliqué—. Las sartenes para tortillas no se lavan, les arruina el fondo para siempre.

—Debí imaginar que encontrarías una excusa para la suciedad. Ahora me vas a decir que el baño de abajo tampoco debe ser limpiado, porque se le arruinaría el fondo para siempre.

—No me quedo en el baño tanto tiempo como tú —dije—. Entro y vuelvo a salir; no me paso el tiempo mirando a mi alrededor.

—Ya.

—Pero eso me hace pensar.

—¿Quieres decir que vas a comenzar a utilizar los lavatorios y las duchas, y hacerte cortar el pelo de vez en cuando?

—Supón que el contacto de Hank Dean pensara lo mismo que tú de este lugar.

—Llegaría después del almuerzo y se iría antes de la hora del té —dijo Mann.

—Muy complicado. Dijiste que explicarlo llevaría seis o siete horas.

—Bueno, mantengo lo que dije —dijo Mann.

—Entonces, supón que el contacto pare en la Hostellerie.

—¿Hostellerie du Château? ¿Ese nido de pulgas, al final de la calleja?

—El mismo.

—¿No supondrás que haya dejado allí su dirección?

—Si no te importa, mayor, echaré una mirada.

—Iré contigo. No hay nada que perder.

La calle era de pedregullo sin apisonar. Este camino no merecía siquiera un número en los planos de la región. Pasaban muy pocos autos. Frente a la Hostellerie estaba estacionado un camión desvencijado, y un perro sarnoso trataba de zafarse de su cadena y, al no poder hacerlo, nos gruñó. En el bar había dos hombres, los dos con trajes negros un tanto grasientos, y detrás del mostrador un hombre de apariencia frágil, con una camisa gastada y

pantalones de loneta. Tenía el pelo ralo y gris, miraba con ojos miopes detrás de gruesos cristales sin aro.

—Dos cervezas —dije.

Alargó el brazo hacia atrás, abrió una heladera con puerta de madera, encontró dos cervezas alsacianas y las lanzó sobre el mostrador. Los hombres de negro terminaron su conversación abruptamente. El barman enjuagó dos vasos bajo la canilla y los empujó hacia nosotros.

—Visitas para el doctor —dijo. No fue una pregunta.

—Así es —dije. Ya había descubierto que en el pueblo todos llamaban doctor a Hank Dean. Probablemente era como figuraba su nombre en los sobres de su pensión.

—No hay tantas visitas a esta altura del año —dijo el barman. Si había visto llegar a los policías que arrestaron a Dean, no lo iba a decir.

—Quiero hablarle de eso —dije—. Hay un amigo especial del doctor con el que tenemos que ponernos en contacto.

—¡Ah! —dijo el barman.

—Venía cada tanto —dije.

—Quizá —dijo el barman.

—¿Paraba aquí? —Mann hizo la pregunta demasiado rápido.

—¿Son de la policía? —dijo el hombre.

—Sí —dije, pero Mann ya había dicho que no. El barman miró del uno al otro, y dibujó esa sonrisa vacía que los campesinos reservan para los funcionarios del Estado—. Una especie de policía —seguí—. Una especie de policía norteamericana.

—¿El FBI? —propuso uno de los hombres de negro.

—Exactamente —dije.

—¿Qué ha hecho el doctor? —dijo el barman.

Traté de ver por su expresión si preferiría ver al doctor exonerado persiguiendo a un criminal, o llevado en un pequeño camión negro. Sin mayor seguridad, dije:

—Acusan al doctor de haber estafado a un banco norteamericano. —Me volví hacia Mann y levanté una ceja como pidiendo permiso para decirle algo más al viejo. Mann, entrando en el juego, asintió juicioso. Me incliné sobre el mostrador y dije—: Estamos empezando a creer que es inocente. Tenemos que encontrar a ese hombre que lo visitaba.

—¿Por qué no se lo dice al doctor? —preguntó el hombre.

La pregunta era más que buena.

—Es una buena pregunta —le dije—; pero es una ley del bajo fondo. Aun para el bien de uno, jamás se ayuda a la policía.

—Es claro —dijo Mann rápidamente—. Eso no se aplica a los ciudadanos. No se aplica a la gente que respeta a la ley y sufre a causa de los criminales. Especialmente —agregó con picardía—, especialmente no se aplica a los dueños de hoteles con licencia.

—El hombre que buscan es joven y delgado, con el pelo que le tapa las orejas. Viste como la gente de La Riviera... pañuelos fantasía de seda, pantalones ajustados que marcan todo y camperas baratas de imitación cuero, de todas formas, tamaños y colores.

—Cállate la boca, viejo sonso.

Un joven había entrado en el bar por una puerta marcada «Privado». Tenía unos veinte años, un gran bigote caído y una camisa UCLA imitación, y *jeans* desteñidos. Llevaba una muñequera de cuero con tachas, del tipo que los viejos boxeadores necesitan a veces.

—No le digas nada a esa gente —dijo—. Son norteamericanos, espías policiales capitalistas...

—Calma, hijo —dijo Mann suavemente.

Creo que la suavidad de tono de Mann fue lo que enfureció al muchacho. Pensó que no se lo tomaba en serio y nos llamó cerdos, opresores reaccionarios y Gestapo. Uno de los viejos, en el extremo del mostrador, sonrió burlón. Quizá recordaba a la Gestapo. El muchacho vio que el viejo sonreía. Me tomó de la manga en un intento de separarme del mostrador. Era más fuerte de lo que parecía, y sentí que una costura cedía bajo su puño.

—Cerdo, cerdo, cerdo —dijo el muchacho como si el esfuerzo físico lo hubiera privado de toda razón y vocabulario. Mientras tanto, tiraba de mi chaqueta de modo que, o yo cedía, o me la desgarraba.

Le pegué dos veces. El primer golpe sólo consiguió ponerlo en posición, la cabeza baja y perdido el equilibrio, para el gancho que lo mandó volando por la habitación. Se quedó sin respiración y largó esa clase de aullido sibilante con que un tren expreso saluda al pasar por una estación de campo. Con él, cayeron dos sillas y se movió una mesa, antes de que diera contra un montón de cajones y cayera al piso.

—Pagaba con dinero —dijo el barman, como si no hubiera pasado nada—. Nunca con cheques o esas cosas de viajeros; siempre dinero.

—¿Pasaba la noche? —dije. Me arreglé la ropa y chupé la sangre del puño arañado que me dolía como el demonio. El muchacho se quedó en el piso, en

el rincón más alejado. Parpadeaba y nos observaba mascullando obscenidades, pero no se levantó.

—Según —dijo el barman—. Pero raramente traía equipaje. Sólo lo necesario para afeitarse.

—Deme el número de chapa del auto —dije.

—No lo tengo.

—¡Vamos! Un hotelero que acepta clientes sin equipaje y no anota la chapa del auto. Estoy seguro de que la va a encontrar. Le daré veinte francos por el número.

El hombre sacó un baqueteado registro de hotel de abajo del mostrador. Era un lío de firmas ilegibles y direcciones imposibles. Las páginas estaban arrugadas y manchadas de vino y cerveza, y sabe Dios qué otras cosas. El huésped de Hank Dean no había registrado su nombre, pero el barman encontró su propia anotación, garabateada, del número de la chapa. Leyó el número en voz alta, lo escribí en mi libreta y le pasé los veinte francos. Alisó el billete con cuidado, e inspeccionó ambos lados antes de ponerlo en su abultada billetera.

—Gracias —dije.

—Hay más —dijo él.

—¿Más números de chapa de auto? —pregunté.

—Claro.

—¿Distintas?

Asintió con la cabeza.

—Malditos autos de alquiler —dijo Mann.

—Diez francos por cada uno —regateé.

—Veinte fue el precio que usted mismo estableció —dijo el barman.

Miré a Mann.

—Los duplicados no cuentan —le avisó Mann.

—También por los duplicados —rectifiqué—. Pero necesitamos las fechas de cada número.

El hombre recorrió el libro, página por página, hasta que tuvimos una lista de fechas y de números desde casi dos años atrás. Terminamos nuestras cervezas y bebimos dos más.

—¡La misma chapa! —dijo Mann excitado—. Entonces el mismo número se repite cuatro veces. —Terminó su cerveza, se secó la boca y luego hizo una mueca—. Podría ser una agencia de alquiler pequeña, o él siempre pide ese auto.

—No lo creo —dije—. Las agencias, generalmente, cambian los autos cada año o dos. Esas fechas están demasiado alejadas. Aquí está al principio, casi enseguida que Dean se mudó aquí; y luego, de nuevo a fines de agosto.

—Siempre en vacaciones —dijo Mann.

—Sí —dije yo—. Siempre en un momento en el que las compañías de alquiler pueden no haber tenido autos disponibles. Debe ser su propio auto.

—El primer golpe de suerte que tenemos —dijo Mann.

—Nuestro anfitrión piensa lo mismo —dije, mientras lo mirábamos guardar una pequeña fortuna en su billetera. El hombre levantó la vista y nos sonrió.

—Adiós y gracias —dije—. Lo siento por el muchacho.

—Mi hijo se lo tenía merecido —dijo el barman—. Pero me deben ocho francos por las cervezas.

11

Localizar la licencia del auto llevó cuarenta y ocho horas. Correspondía a un Fiat de cuatro puertas, muy viejo, que pertenecía desde hacía más de ocho años a *madame* Lude Simone Valentín, enfermera, nacida en Le Puy en Haute-Loire, ahora residente en París, en la Porte de la Villette, canal por medio frente a uno de los, mayores mataderos de Europa.

Esta parte especial del Noroeste de París es conocida por sus monumentos históricos, catedrales o buenos restaurantes. *Madame* Valentín vivía en un inquilinato del siglo XIX, con escaleras retumbantes, bombillas de luz rotas, y un olor a comida rancia que lo envolvía todo. Cuando llegamos, recién empezaba a nevar. Del otro lado de la calle, dos monstruos amarillos comían paredes y salpicaban polvo de ladrillo. El número noventa y cuatro estaba arriba de todo. Era un desván. Repintado, lleno de muebles antiguos y ubicados como para ver a Notre-Dame, hubiera sido la especie de lugar que los escenógrafos de Hollywood llaman París. Pero este apartamento no tenía esa vista. Enfrentaba a otro edificio el doble de alto y el triple de tétrico. No había posibilidad de que fuera Gene Kelly quien abriera la puerta.

—¿Sí? —Alguna vez había sido hermosa. Llevaba un pulóver tejido a mano que distaba mucho de estar perfectamente hecho, y tenía una permanente de las que se hacen en casa.

—Querríamos hablarle de su auto, *madame* Valentín —dije.

—Puedo explicarlo todo —dijo ella—. Pensé que sólo necesitaba un cambio de bujías. Para fin de mes estará todo pagado. —Se calló. Desde el piso de abajo llegaba música de tango.

—No somos de la estación de servicio —dijo Mann—. Queremos hablarle del señor Henry Dean.

—¿Norteamericanos? —lo dijo en buen inglés.

—*Chéri* —llamó a alguien que estaba detrás de ella—. *Chéri*, es para ti. —A nosotros nos dijo—: Henri tiene que estar en el trabajo a las 18. (Pronunciaba el nombre a la francesa: Henri).

El portero había mencionado que vivía con un hombre. Yo esperaba alguien muy distinto del joven sonrosado que ahora nos sonreía muy distinto. Tenía puesta ropa de trabajo recién planchada, con una insignia de Total cosida sobre el corazón.

—Soy el mayor Mann, del ejército de los Estados Unidos, retirado. Trabajo para el Departamento de Estado, en Washington. Querría entrar a hablar con usted.

—Ya lo sé todo —dijo el muchacho—. Papá me mandó un mensaje. Dice que ha sido detenido por la policía. Que se trata de un error, pero que ustedes son tipos derechos y se portarán bien con él.

—¿Es el hijo de Hank Dean? —dijo Mann.

—Sí, señor, por cierto que lo soy —dijo el muchacho. Sonrió—. Henry Hope Dean. ¿Quiere ver el pasaporte?

—No es necesario —dijo Mann.

—Pasen, pasen —dijo el muchacho—. Lude, querida, trae la botella de *whisky* escocés que guardábamos para mi cumpleaños.

La habitación estaba muy limpia, y hasta extrañamente prolija, como una casa de veraneo a la espera de nuevos ocupantes. Y como ocurre con esas casas que se alquilan, tenía pocos muebles: sillas baratas de bambú y armarios sin pintar. Había algunas láminas de impresionistas, clavadas en el empapelado desteñido y un buen número de libros apilados sobre el piso.

El muchacho señaló las mejores sillas y sacó su preciosa botella de *whisky*. Me senté y me pregunté cuándo tendría la fuerza suficiente para ponerme nuevamente de pie. Hacía cuatro noches que ninguno de los dos dormía bien. Vi que Mann probaba su *whisky*. Yo eché bastante agua en el mío.

—¿Quién podría tener interés en hacerle daño a tu padre? —preguntó Mann.

—Bueno, no estoy muy enterado del trabajo que hacía en un tiempo para el gobierno.

—De eso hablaremos con otros —dijo Mann—. Quiero decir entre la gente que conoces, ¿quién puede querer hacerle daño a tu padre, querer que lo metan preso o que se muera?

—Nadie —dijo el muchacho—. Usted lo conoce a papá... a veces puede ser irritante, puede ser demasiado franco, y terco además. Creo que podría verlo metido en una pelea... pero no en este tipo de aventura. Papi era muy simpático... es muy simpático. ¿Quién se iba a tomar el trabajo de hacer

aparecer un cuarto de millón de dólares en su casa? Eso es simplemente imposible.

—Está hecho para parecer imposible —dijo Mann—. Se le manda a un tipo un paquete de dinero, tan grande, que no puede soportar la idea de devolverlo; entonces se le avisa a la policía que lo tiene. —Observé la cara de Mann, tratando de descubrir si él ya había declarado inocente a Hank Dean. Vio que lo observaba y se dio vuelta.

—Vaya, un cuarto de millón de dólares —dijo el muchacho—. Habría que estar realmente furioso con alguien para plantarle semejante regalo en su buzón.

Lucie Valentín volvió con café para nosotros. La vajilla barata relucía y había una carpeta muy almidonada sobre la bandeja. La dejó sobre la mesa de bambú y se sentó en el brazo del sillón donde estaba el muchacho. Le pasó el brazo alrededor con un gesto maternal.

—Quizá deberías ir a ver a tu padre, querido —dijo—. Puedes llevar el auto.

—Si me permite una pregunta personal —le dije a la mujer—. ¿Cómo se llevaba usted con Hank Dean?

—Lo vi sólo dos veces —dijo Lucie Valentín.

—Lucie quería hacer todo sin tapujos —dijo el muchacho—. Lucie y yo vamos a casarnos, y bien pronto; pero tengo que convencer a papá.

—¿Tiene algo en contra de Lucie?

—Le gustó —dijo el muchacho—. Sé que le gustó y le sigue gustando—. Le palmeó el brazo, la miró y sonrió—. Pero la verdad es que a papá le gustaría que me casara con una chica norteamericana.

—¿De veras? —dije.

—Es claro. Papá habla mucho de lo cosmopolita que es, pero es bien norteamericano; su francés muestra que es norteamericano y eso lo pone incómodo.

—¿Y tu francés es corriente?

—Crecí acá. La mayoría de la gente con la que trabajo es de París. Y pienso como un francés; a papá le duele cuando lo digo, pero es cierto; jamás podría llegar a ser feliz en los Estados Unidos... ni casado con una chica norteamericana.

Sonrió. La manera como dijo «chica» fue una forma de expresar que prefería una «mujer». Lucie Valentín era mucho mayor que el muchacho; no fue necesario que dijera que a Hank Dean eso tampoco le gustaba.

—Y está el divorcio de Lucie —dijo el muchacho—. Ésa es la verdadera dificultad. La iglesia no lo reconoce —se encogió de hombros—, y tampoco lo admite papá.

—Pero tu padre se divorció de tu madre —dije.

Por un momento, me pareció que el chico se enojaba porque había mencionado el hecho, pero le sonrió a Lucie y luego me dijo:

—Escribió que estaba divorciado en todos los papeles oficiales y esas cosas; pero la verdad del caso es que siempre se ha negado a darle el divorcio a mi madre... ésa es la razón de todo el resentimiento.

—¿Por motivos religiosos?

—Mamá dice que para papá es fácil tener escrúpulos religiosos... no quiere volver a casarse.

—¿Pero tu madre sí?

—Nunca se llevaron bien. Se separaron hace demasiado tiempo para que yo recuerde nada de eso, pero no los puedo imaginar llevándose bien. A mamá le gusta la vida social. A ese tipo, Reid-Kennedy, se le cae dinero de todos los bolsillos. Siempre ha querido pasarme una mensualidad; pero a mí no me parece bien; después de todo, ni siquiera es mi padrastro.

—¿A qué se dedica?

—Está en electrónica.

—Eso puede querer decir cualquier cosa —dije—, desde reparar un televisor descompuesto hasta caminar en la luna.

—Sus fábricas hacen elementos complicados para los satélites de comunicaciones. Trabajaron mucho para el que la televisión francesa utilizaba para tener noticias en vivo desde los Estados Unidos. Y también están en los satélites para observaciones meteorológicas... Supongo que no son secretos militares, si es que están pensando en eso.

—Vas a llegar muy tarde al hospital, *chéri* —dijo la mujer.

—Hoy no iré —dijo el muchacho—. Tenía que dar sangre en el hospital del Boulevard, pero puedo hacerlo mañana.

Mann asintió.

—¿Estás en contacto con tu madre?

—Nos escribimos.

—¿Cuál fue la última vez que la viste?

—Hace un... no, ¿qué digo?... dos años.

Lucie Valentín se levantó del brazo del sillón y se acercó a la ventana, repentinamente interesada en la nieve que caía.

—¿Y ella no te escribe o telefonea? —insistió Mann.

—Un par de veces este año —dijo el muchacho—. Está empezando a aceptar la situación.

Lucie Valentín volvió a él y metió una mano en el bolsillo del overall que llevaba, le sacó los cigarrillos y encendió uno. Fue un gesto íntimo que, sin embargo, careció de la espontaneidad que esos actos generalmente tienen. Él también lo sintió.

—¿Qué pasa, querida?

Ella lo dejó y se encogió de hombros. Fumó el cigarrillo y dijo:

—Tu madre vino ayer.

—¿Estás segura? —dijo incrédulo.

Lucie siguió sin darse vuelta.

—Es claro que estoy segura. Vino a buscarte. Es claro que estoy segura.

—No te irrites, nena.

—Lo siento, querido —dijo en un tono que no demostraba arrepentimiento—. No ha aceptado nada. Está decidida a separarnos. Anoche soñé con ella.

—Te portas como una tonta.

Lucie Valentín se volvió hacia él.

—No me porto como una tonta y no me llames nena. —Abrió su cartera que estaba sobre el alféizar de la ventana y sacó un pedazo de papel—. ¡Llámalas! —dijo Lucie—. Es lo que quieres hacer, ¿no es cierto?

Él no tomó el papel.

—Te quiero, Lucie.

Ella se encogió de hombros y le dio la espalda.

Fue el mayor Mann quien tomó el papel. No se lo pasó al muchacho. Lo leyó. Ninguno de los dos nos tomaba en cuenta para nada, ahora.

—Debiste habérmelo dicho, Lucie.

Lucie se llevó un pañuelito a los ojos.

—Sólo se quedó tres horas en Francia. Volvía al aeropuerto enseguida. Parecía tonto arriesgar todo lo que tenemos cuando había venido tan sólo por unos pocos minutos.

—No cruzó el Atlántico sólo para hacer una visita tan breve —dijo el muchacho. La idea lo halagaba y su voz lo denunció.

—No —dijo ella—. Están en Europa.

—Es papel del hotel —dijo Mann mostrando la nota—. No hay mensaje, sólo «Llama, por favor» y el papel con membrete, Hotel Gresham, Dublín. ¿Se te ocurre qué puede estar haciendo en Irlanda?

—No —dijo el muchacho.

—Bueno, ¡piensa! —dijo Mann enojado. La tensión del ambiente nos había envuelto a todos, y ahora Mann se puso irrazonablemente impaciente con el muchacho—. Piensa, ¿le interesan las carreras de caballos o la pesca del tiburón? ¿Qué hace ella en Irlanda, en lo más crudo del invierno?

El muchacho movió la cabeza y Lucie Valentín contestó por él.

—Su madre llegó con Aerolíneas Irlandesas, en vuelo directo: Dublín-París. Dijo que no le hablaras al marido del viaje. Él creía que ella estaba de compras en Dublín y que al atardecer iría al teatro.

—¿Y entonces dónde demonios estaba él? —dijo Mann—. ¿Qué vacaciones absurdas son ésas, en las que uno manda a la mujer sola al teatro?

—No dijo nada acerca de eso —dijo Lucie Valentín.

El mayor Mann tomó su sombrero y se abrochó el sobretodo.

—¿Ustedes no planean salir de la ciudad, no?

Ninguno de los dos contestó; pero mientras salíamos por la puerta que Lucie mantenía abierta el muchacho dijo:

—No está tratando de separarnos, nena. Deja de pensar en eso. Son las ocultaciones entre nosotros... eso es lo que hace daño. —Y cuando la puerta se cerró, pasaron a hablar francés.

De abajo subía la música del mismo tango que habíamos escuchado al llegar. O se había trabado el automático o estaban aprendiendo a bailar. Mann no habló mientras bajábamos por la angosta escalera de piedra. Faltaban algunas bombillas y las que funcionaban daban apenas un destello de luz. En el tango hay algo de falsamente alegre; en realidad, es un ritmo muy melancólico.

Era todavía el atardecer; pero unas nubes bajas oscurecían la calle y algunos autos ya tenían luces. Caminamos hasta nuestro Mercedes alquilado. En la fina capa de nieve que lo cubría, amarilleada por el polvo de ladrillo de la demolición, alguien había dibujado una hoz y un martillo. Mann los borró antes de meterse adentro. Luego echó a andar los limpiaparabrisas, pero mientras lo hacía se oyó el estruendo de una pared que caía y nos envolvió una gran nube de polvo. Estábamos muy encerrados por otros autos; pero Mann, con una buena maniobra, consiguió deslizarse entre el tráfico que corría por la calle Flandres hacia el centro de París. Llegamos a la plaza Stalingrado antes de que Mann dijera una palabra.

—¿Y si en realidad el muchacho fuera el correo?

—No puedo creer que todo eso fuera una representación. ¿Crees que hicieron todo eso para impresionarnos?

—¿Y la madre del muchacho?

—Cuando una red profesional comete un error, siempre es ese tipo de error —dije—. Siempre es un amante celoso o una esposa que sospecha.

—O una esposa abandonada que quiere volver a casarse. ¿De modo que te parece que la mujer le tendió la trampa a Hank?

—Fue una forma de presionarte a ti —dije—. Fue una forma de hacerte vulnerable.

—¿Pero con la intención de desviarnos de Bekuv? ¿O es un falso anzuelo... todo este asunto de Dublín?

—Una buena pregunta —dije. Él asintió. Ambos sabíamos que iríamos a Dublín... Un investigador sigue la pista por mucho que sospeche que es falsa.

Para cuando volvimos al hotel, cerca del Ministerio del Interior, la nieve invadía la ciudad. El mayor Mann entró al hotel sacudiéndose hielo del impermeable. Lo esperaba un mensaje. Venía de la policía francesa. Alguien había tratado de localizarnos con urgencia. Había un número telefónico de contacto. Lo reconocí como uno de los números comodín que usa el piso de la CIA, en la embajada, en París. Mann llamó y el mensajero llegó en menos de diez minutos.

Había pasado por la máquina descifradora, pero todavía era lo bastante enigmático como para necesitar una explicación:

JONATHAN A LUSTRADOR TRIPLE ESTRELLA
URGENTE.

FABIAN LAMENTA SUJETO DEAN MENCIONADO POR
ERROR STOP AHORA DICE AGENCIA ALQUILER AUTOS
BETTERCAR ESTA EN BOSTON MASSACHUSETTS STOP
RED MANDA CARIÑOS STOP TRAIGAN COGNAC.

FIRMADO: JONATHAN FIN

Fabián era el nombre de código de Andrei Bekuv, y Jonathan era el hombre de la CIA responsable de la seguridad de los dos rusos mientras nosotros no estábamos. «Traigan cognac» era la señal de autenticidad que Mann había arreglado con Jonathan personalmente (diferente para cada mensaje y aprendida de memoria por nosotros tres). Pero cómo Red lo había persuadido a agregar ese mensaje personal, era más de lo que yo podía entender.

—¿Usted descifró Boston Mass? —preguntó Mann.

—Sí, señor —dijo el correo. Era un joven tímido—. Lo busqué. Es una pequeña ciudad en Irlanda... Drogheda, si es así como se pronuncia.

—Drogheda —dijo Mann y asintió—. Y supongo que el código para Boston Mass es Drogheda, Irlanda. —El correo sonrió cortésmente. Mann tomó el papel con el mensaje y se dedicó concienzudamente a reducirlo a cenizas. Mann era así, le gustaba poder mostrar que era un agente bien formado.

—¿Hay algo más? —dijo el correo.

—Henry Hope Dean; quiero su grupo sanguíneo —dijo Mann—. Es un dador de sangre, de modo que no será difícil.

—Drogheda en Irlanda —dijo de nuevo cuando el correo se fue—. Bueno, los Bekuv están hablando en serio.

—¿Me vas a aclarar qué es ese Bettercar o vamos a jugar a los espías toda la noche?

—Calma, nene —dijo imitando la voz ansiosa de Henry Hope Dean.

—Voy a comer —dije—. Te veo luego.

—Autos de alquiler Bettercar es el código convenido para la Sociedad 1924 —dijo Mann—, y yo invito a beber.

12

Al salir del aeropuerto de Dublín se dobla a la izquierda, tomando el camino a Belfast. El mayor Mann había arreglado que un oficial de la Rama Especial Irlandesa nos esperara en Drogheda. Era un viaje en auto de sólo treinta kilómetros desde el aeropuerto y Mann prometió hacerlo en igual número de minutos; pero no contaba con la ruta angosta y sinuosa, el pavimento bacheado y los gigantescos camiones con acoplado que debían reducir la velocidad a la de un caracol, al pasar por las angostas calles de los pueblos que el camino atravesaba. Tampoco esperaba la tormenta eléctrica que nos recibió. Se pasó el viaje furioso y lanzando maldiciones. Por fin me dejó manejar a mí.

Drogheda, una ciudad desvaída, de piedra y pizarra, brillaba bajo la lluvia incesante que en Irlanda llaman «un día suave». Un soldado, armado de fusil automático, y un policía con chaqueta antibala, se protegían de la lluvia en la entrada de un Banco. En la pared, junto a ellos, escrito en blanco, con aerosol, se leía: «prohibida la extradición».

El inspector de policía de la Rama Especial nos esperaba, con la cortesía y paciencia con que los irlandeses afrontan una demora. Era un hombre rubio, alto y delgado, vestido con uno de esos trajes oscuros que los policías de civil se ponen cuando quieren que uno sepa que son policías. Entró en el auto y se quedó en silencio un momento, secándose la lluvia de la cara con un pañuelo. Se sacó el sombrero para que el agua de lluvia no goteara sobre el portafolio que luego abrió sobre sus rodillas. Encontró los papeles que necesitaba y los palmeó con satisfacción. Se oyó un trueno que resonó a través de la ciudad como un cañonazo.

—El señor Reid-Kennedy y señora pararon en el hotel Gresham, en Dublín, hace cuatro noches. La mujer se quedó para hacer algunas compras. Se fue ayer. No es fácil saber qué noches pasó con ella el hombre que buscan... retuvieron la habitación doble todo el tiempo. —Volvió a mirar los papeles—. El señor Reid-Kennedy alquiló un camioncito en una agencia de la calle O'Connell. Fue a un negocio de artículos de pesca y de deporte. Dicen

que no compró un arma ni balas, pero de eso no se puede estar seguro en Irlanda. Compró, eso sí, un par de botas de goma altas. Para vadear... como las que se ponen los pescadores para pescar en el río. Y una chaqueta impermeable.

—¿Caña? ¿Línea? ¿Moscas? —preguntó Mann.

—Sólo las botas y la chaqueta. Luego traje el camioncito. Un peón de granja vio que se lo llevaban de vuelta a la ciudad, ayer a las siete de la mañana. Le hizo dedo, pero el hombre no lo alzó.

—¿Lo reconoció a Reid-Kennedy? —preguntó Mann.

—Con seguridad. Quedó disgustado. Por estos lados la gente siempre levanta al caminante, especialmente a una persona del lugar. Y además llovía. Sí, la identificación es segura.

—¿El otro?

—El repartidor del panadero vio el camioncito desocupado parado en el sendero, a la entrada de una granja... propiedad de O'Connor. Le fue difícil pasar porque allí el sendero es muy angosto.

—Dígame algo de esa granja —dijo Mann. El fulgor repentino de un relámpago iluminó toda la calle, paralizando todo movimiento con su despiadada luz azul.

—Es de un grupo de alemanes —dijo el policía—. Una granja, con hacienda; unas doscientas hectáreas.

Retumbó otro trueno. Por la calle andaban tractores, perros sueltos, chicos de escuela, autos viejos y una procesión religiosa; todos desafiaban la lluvia como si no la sintieran.

El policía guardó los papeles y cerró el portafolio.

—Lo único que me preocupa es lo de la nafta. La agencia del camioncito dice que gastó como si hubiera ido hasta Dundalk, en el Norte; y quizá más, hasta cruzar el límite.

Mann gruñó y se volvió para mirar a un chico en bicicleta; el chico apoyaba un hombro contra una pared de ladrillo y hacía girar los pedales con el pie—. ¿Dónde queda esa granja de O'Connor? —preguntó Mann—. Volvamos.

El policía miró la lluvia.

—No hay nada en firme —dijo—. Sería mejor que telefonara a Dublín si quiere hacer un allanamiento.

—Nada de eso —dijo Mann—. La clase de gente que buscamos puede pagar mil dólares para que les informen sobre esa llamada a Dublín.

—Me sorprende que tengan confianza en mí —dijo el policía irritado.

—No confío en usted —dijo Mann—. Ahora sigamos con esto... dígales que buscamos films pornográficos o que estamos inspeccionando la aftosa o cualquier cosa.

Los parabrisas se empañaban. El policía sacó un pañuelo y limpió una parte.

—Derecho por este camino —dijo por fin. Giré la llave de arranque y, después de un par de intentos, puse en marcha el motor—. La próxima calle a la izquierda —dijo el policía.

Dejamos el camino principal y trepamos por pueblos silenciosos y un paisaje solitario. Las colinas, lavadas por la lluvia, se veían brillantes y descuidadas a la luz del atardecer; pero las ruinas de una abadía, medio olvidada, apenas se distinguían en los tristes pliegues del suelo del valle.

—Cuénteme más de esa granja —dijo Mann.

—Puede no ser su nombre —dijo el inspector de policía—. Este grupo de alemanes... eran de Frankfurt... compraron la granja de O'Connor hace unos dos años. Se habló de un haras, y luego, de llevar langosta a París, en avión; pero nunca se llegó a nada. Ahora vive ahí una gente de nombre Gerding; marido y mujer y un hijo mayor. Viene gente a verlos regularmente... se dicen accionistas del grupo: vienen extranjeros bien vestidos, no solamente alemanes; americanos, un holandés, algunos suecos y un hombre que dijo que era de la Argentina, según nos cuentan los conductores de taxímetros.

Mann resopló.

—Suenan como lo que buscamos —dijo.

—No hay vecinos en kilómetros a la redonda —continuó el inspector de policía—. Los Gerding son protestantes, no se dan con nadie. Gente trabajadora, dicen los vecinos. Van al pueblo por nafta y pan y leche, y a Drogheda, una vez por semana, para aprovisionarse de artículos de almacén. —Me palmeó el hombro—. Sería mejor que dejáramos el auto en la entrada. Lo vamos a encajar en el barro si vamos por el sendero con este tiempo. ¿Tienen impermeables?

La granja estaba sobre la ladera de una colina y las construcciones formaban un rectángulo en la ladera más baja, al Este. El paso, demasiado barroso para nuestro auto, seguía la cresta de la colina. Desde ahí se tenía una espléndida vista para quien estuviera dispuesto a mirar a través de la tormenta ennegrecedora. Pero, a pesar del ruido que hacía la tormenta, los perros nos oyeron. Los ladridos se convirtieron en aullidos cuando Mann luchó con el cerrojo enmohecido de la entrada a la granja.

—No es exactamente lo que propone la propaganda de la Lufthansa — dijo Mann. Enojado zarandó el cerrojo y el borde filoso le lastimó la piel del pulgar. Lanzó una imprecación.

En el patio también faltaba el orden que uno espera de una empresa registrada en Frankfurt. Los adoquines desiguales estaban salpicados de comida derramada; había heno aglomerado y charcos de agua de lluvia encima de los desagües tapados. La puerta de la granja estaba cerrada con llave.

—Los pájaros han volado —dijo el inspector de policía; pero se desabrochó la chaqueta y se soltó el chaleco. Es lo que un hombre hace para asegurarse de que tiene el revólver a mano.

Probé la ventana y la subí sin dificultad.

—¡Hola! —gritó el policía por la ventana abierta. El viento hizo volar la cortina de malla de modo que ondeó sobre su cara. Del interior de la casa no llegó ningún ruido; pero los perros ladraron como en respuesta a un llamado. Tiré del borde de mi impermeable para pasar una pierna sobre el alféizar de la ventana. El policía me hizo a un lado suavemente—. Esto me corresponde a mí —dijo—. Estoy acostumbrado al tipo de cosa que puede estar por ocurrir. —Sonrió.

Supongo que los tres habíamos hecho este tipo de cosa antes. Yo lo cubrí. Mann se quedó afuera. Recorrimos todas las habitaciones e, inevitablemente, nos sentimos ridículos al mirar debajo de las camas. «Nadie en absoluto», dijo el policía al abrir el último armario y golpear la parte interior para asegurarnos de que no sonaba a hueco. Me dirigí a la ventana, la levanté y le grité a Mann, en el patio, para decirle que la casa estaba vacía. Para entonces, él había echado una rápida mirada a los galpones. También estaban vados. Ya casi no llovía, y desde esa ventana del piso alto alcanzaban a ver kilómetros de la campiña chata de Kells, hasta donde un sol moribundo volvía rosado el cielo sobre los lagos de Meath. También vi los perros de la granja. Mojados y desgraciados, estaban sentados sobre un montón de estiércol detrás de los establos. «Mire eso», gritó el policía desde el piso bajo. Bajé y encontré allí también a Mann. Los dos estaban buscando entre las cenizas que cubrían el hogar. Habían encontrado unos trozos de plástico duro, del tamaño de una tarjeta postal. Una docena, o más, se habían fundido formando un ladrillo de plástico duro. Eso había evitado que las llamas los destruyeran. Mann levantó un pequeño bloque de entre las cenizas.

—¿Qué es esto?

—Un encendedor —dijo el inspector—. De parafina. Se usan para encender el fuego de las casas. Encienden el carbón u otro combustible, sin necesidad de papel o madera.

—¿Sí? —dijo Mann. Lo olió—. Bueno, este pequeño no se encendió. Si lo hubiera hecho, no habiéramos encontrado nada en absoluto.

—Bien, ahora usted me puede explicar algo —dijo el inspector—. ¿Qué es este plástico laminado?

—Microfichas —dijo Mann—. El hermanito menor del microfilme. El microfilme está en rollos y es justo lo que quiere quien va a una biblioteca pública a leer La Guerra y la Paz; pero si uno quiere seleccionar el material, éstos son mucho mejor. —Separó una de las tarjetas de plástico del resto y la levantó a la luz, de modo que el policía pudiera ver las páginas de datos fotografiadas del tamaño de una uña.

—Quiero llevarme algunas —dijo Mann—. Sólo una muestra. ¿Está bien?

—Mientras nos dejen bastantes como para que el laboratorio nos diga qué tipo de material es.

—Éste es todo material clasificado que proviene de fuentes del gobierno de los Estados Unidos.

—¿Por qué aquí? —dijo el policía.

—La República Irlandesa es accesible; la revisión de pasaportes es superficial, y ahora que los rusos tienen embajada aquí, esto está lleno de espías. Desde que Irlanda está en el E. FC hay pocas restricciones a la entrada de europeos. Para los que vienen del Reino Unido no hay ninguna exigencia. Vamos, compañero, usted sabe por qué.

—Supongo que sí —dijo el policía.

—Es así —dijo Mann. Puso un par de microfichas en la cartera.

—Oiga esos perros —me dijo el policía—. Me crié en una granja. Mi padre hubiera vendido perros que se escapan cuando entran desconocidos en la casa y se quedan aullando hasta reventar, detrás de las fresas.

Me levanté sin contestar y fui al vestíbulo del frente. Tomé el teléfono para asegurarme que estaba conectado, y lo colgué de nuevo. Luego saqué el cerrojo de la pesada puerta del frente. La debieron hacer hace un siglo en previsión de alguna agresión. Me quedé en la entrada y miré a través de los campos. Sobre los campos helados habían desparramado estiércol de vaca, y algunos grajos se paseaban picoteándolo. Eran lindos pájaros, grandes, grandes como cuervos, con un brillo azul en sus plumas negras. Pero la mayoría de los pájaros estaban en el cielo; cientos de ellos, en su mayor parte gorriones, girando y bajando, grandes remolinos de pájaros que oscurecían el

rosado cielo del atardecer; piaban y llamaban y batían el aire con bastante fuerza como para mantener un ruido constante.

—Llame a su gente —dije finalmente—. Consiga un médico forense y un equipo para cavar. Supongo que encontrarán tres cuerpos... los Gerding... donde ladran los perros.

El policía dijo:

—¿De modo que es por eso que los perros están aullando afuera en la lluvia? Debí haberlo adivinado, he vivido en el campo. Lo siento.

—Olvídelo —dije—. Nunca viví en el campo, pero sé con qué tipo de degenerados tenemos que habérmolas.

—¿Este hombre, Reid-Kennedy? —dijo el policía.

—El camioncito para transportar la máquina de las microfichas... vadeadores y saco impermeable para proteger la ropa de las salpicaduras de sangre... los bidones extra de nafta para quemar papeles, y Dios sabe qué otro tipo de cosas.

—¿Pero por qué dejó el teléfono conectado?

—No tenemos que habérmola con un adolescente —dije—. Temió que llegaran los técnicos del teléfono en medio de sus maniobras. El inspector de policía irlandés dijo:

—Entonces, su hombre es extranjero, posiblemente norteamericano. Nuestros muchachos saben que no hay temor de interferencias por parte de técnicos telefónicos demasiado celosos.

Mann lo miró, para ver si era un sarcasmo y, sin poder decidirlo, dio solamente un gruñido y se volvió a sus microfilmes.

Casi tan repentinamente como habían empezado, los gorriones descendieron, se instalaron y se quedaron silenciosos. Ahora no se oía más ruido que el de los perros.

13

Desde el aire, semeja un montón de cajas de regalos que el mar hubiera arrojado sobre una playa tropical. El océano en Miami era azul y acogedor y el cielo no tenía una nube. Pasando por alto todas esas alusiones a las Bahamas, como el lugar donde la gente rica de Florida pasa el invierno, quien llegue a Miami escapando de un invierno irlandés, empezará a comprender que las naranjas tienen su encanto.

El centro de Miami puede parecer la usual mezcla de bloques de oficinas, centros comerciales, edificios oficiales y monumentos a los caídos en la guerra. El centro de Miami puede parecer eso si se lo contempla desde uno de los hoteles en torre. Pero los Reid-Kennedy no vivían en el centro, y tampoco residían en uno de los hoteles en torre. Gozaban de dos hectáreas sobre la costa, con una casa estilo español, de ocho dormitorios (y el número adecuado de servidores latinos para mantenerla reluciente), un jardín lleno de flores tropicales, y un amarradero para el crucero de cincuenta pies. Y cuando querían cierto tipo de sociedad, sólo tenían que pedir un Rolls Royce celeste con chófer uniformado para ir al Yacht Club, a unos ciento cincuenta metros de distancia, por la costanera. El señor Reid-Kennedy todavía estaba en Europa, en viaje de negocios; pero Mann decidió despertar la alarma y provocar desaliento entre la gente de la casa.

—Si usted es amigo de Henry-Hope, nos encanta recibirlo —dijo la madre. Llamaba a su hijo Henry-Hope. Si hubiera vuelto para vivir con ellos, se habría convertido en Henry-Hope Reid-Kennedy, lo que puede ser una buena razón para quedarse en París.

Se oía una música suave y la mujer tocó un esponjoso perrito rosado de juguete y la música cesó. Me pregunté si se trataba de un producto de la compañía de radio Reid-Kennedy. Nos sonrió. Había pasado los cuarenta, pero las muchas limpiezas faciales, lociones, masajes y baños de vapor trataban de mantenerla en los treinta y nueve. Casi lo habían logrado. A ciertas personas, la madurez les trae un ablandamiento de los rasgos, pero ella tenía la piel más bien tensa que floja, y líneas blancas a lo largo del hueso de

la nariz y de la mandíbula. Sin embargo, no cabía duda de que había sido una belleza; y su gesto imperioso sugería que no lo había olvidado.

Acarició su cabeza de un perrito lanudo al que prodigaba cuidados.

—Sí, si son amigos de Henry-Hope, estamos encantados de conocerlos.

Lo dijo de tal modo que comprendimos que si resultaba que no éramos amigos de su hijo, se las arreglaría para que nos asáramos en el infierno, a fuego lento. Sonrió de nuevo al mirar los pesados trajes de lana que el mayor Mann y yo habíamos elegido para una Navidad en Virginia, y el sombrero de *tweed* informe que Mann había comprado en el aeropuerto de Dublín. Ella tenía puesto un pijama de seda rosa pálido que mostraba una etiqueta de Dior. El collar del cachorro era un Gucci.

—¿Usted fue mayor del ejército norteamericano? —Tomó un delicado sorbo de la bebida rojo brillante que tenía en el vaso de cóctel.

—Del Cuerpo de Señaleros, señora...

—Ah, del Cuerpo de Señaleros —dijo la mujer como si eso lo explicara todo. A esas alturas la muchacha decidió que no estábamos pidiendo dinero prestado o vendiendo enciclopedias, y se fue silenciosamente.

—Aunque estuvimos con su hijo y hablamos con él, la engañaríamos si no le dijéramos que hemos venido para hacer algunas averiguaciones respecto a su marido —dijo Mann. Tenía el sombrero con las dos manos y lo hacía girar como si fuera el volante de un auto.

—¿Sobre mi marido? —dijo ella. Hubo una nota de alarma en una voz que raramente denunciaba alarma. Tomó un chal rosado y se lo echó sobre los hombros, de una manera que me hizo sentir que habíamos hecho disminuir la temperatura.

—El doctor Henry Dean —dijo Mann.

—Ah, quiere decir mi exmarido —dijo la señora Reid-Kennedy. Comenzó a acariciar al cachorro con pequeños movimientos nerviosos, muy distintos de la voz medida y sonrisa tranquila con que nos obsequiaba a nosotros—, dejen el sombrero y tomen asiento. —Tenía el acento sureño de «Lo que el viento se llevó», pero la voz profunda la hacía parecerse más a Clark Gable que a Vivían Leigh.

Mann la miró directamente a los ojos, por un instante, y luego dijo:

—Eso es lo que quise decir, señora Reid-Kennedy. Sobre el señor Henry Dean, su exmarido. —No se sentó y no dejó el sombrero.

—¿Le pasa algo? —preguntó ella.

—Sí, le pasa —dijo Mann.

—Lo siento mucho —dijo ella. Frunció el ceño, pero no se alteró ni se echó a llorar.

—Tenía mucho dinero en efectivo. Hasta ahora no ha podido explicarlo —dijo Mann y se encogió de hombros—. Puede no significar nada... pero, por otra parte, podría ser algo serio.

—¿Y usted es de...?

—El Servicio de Impuestos Internos —dijo Mann—. Creo que ya se lo dije.

—No —dijo ella. No sabía si estar tranquila o más inquieta—. ¿Y qué hace?

—¿Bromea usted? —dijo Mann, sonriente—. Usted sabe lo que hace el SII, señora, somos Robin Hoods modernos; robamos al rico para dárselo al pobre.

—Quiero decir usted, personalmente —dijo ella. Tomó una caja con una fotografía en colores de unos garitos en la tapa. La etiqueta decía: «Cerezas al cognac, bañadas a mano en chocolate». Mordisqueó una, para ver el interior, y luego repitió la pregunta—: ¿Qué hace usted personalmente?

—Bueno, debería ampararme en mis derechos constitucionales ante esa pregunta, señora, teniendo en cuenta qué me podría incriminar. —Le sonrió, pero ella no dio muestras de haber entendido—. En una averiguación como ésta... —Mann hizo una pausa a la espera de que ella levantara la vista, pero no lo hizo. Continuó—: Hay que cumplir con una cantidad de cosas de pura rutina. Normalmente, supongo que hubiéramos derivado la investigación a los negocios de la gente vinculada con el doctor. Pero, personalmente, señora Reid-Kennedy, no me gusta meterme en los asuntos privados de la gente...

Ella levantó la vista y esperó que continuara, pero él no siguió. Ella se volvió para mirar por la enorme ventana estilo español, hacia donde las palmeras dibujaban un diseño irregular en el agua azul de la bahía. Luego concentró toda su atención en la cereza bañada en chocolate y esperó y esperó.

—¿En qué tipo de negocio está su marido? —preguntó Mann de pronto.

—Electrónica —dijo ella. Tuve la sensación de que iba a telefonar a su abogado y no decir nada más hasta que llegara; pero si eso le pasó por la cabeza, debe haber cambiado de idea.

—¿Siempre estuvo en electrónica? —preguntó Mann.

—¿Cómo puedo asegurarme de que ustedes están en misión oficial? —dijo ella.

Él no contestó. Por fin ella dijo:

—Heredó el negocio de su padre; accesorios de radio Reid-Kennedy Inc. Fue Douglas el que vio el futuro de la electrónica. La fábrica de Chicago sigue produciendo calculadoras de bolsillo y modelos para escritorio; pero la mayor parte de nuestro negocio tiene que ver con equipamiento electrónico de avanzada. —Dejó de acariciar al perro el tiempo necesario para tomar un sorbo de su bebida.

—Le agradezco su información tan completa, señora Reid-Kennedy —dijo Mann—. ¿Debo entender que ni usted ni su marido mantienen ninguna relación de negocios o social con este hombre, Henry Dean?

Este hombre... eso estuvo bien. Al oírlo, ella se iluminó considerablemente y agitó las pestañas.

—Ninguna en absoluto, mayor —dijo. Nos frunció el ceño, como si estuviera haciendo un esfuerzo de memoria para recordarlo todo para nosotros—. Creo que mi hijo Henry-Hope se ve con el señor Dean de vez en cuando; pero ni yo ni mi esposo hemos tenido contacto personal con él, desde el divorcio.

—Desde 1955, quiere decir. —Se acercó a ella.

—Sí, desde 1955 —dijo ella y frunció el ceño nuevamente.

—¿Tiene una foto reciente del señor Douglas Reid-Kennedy? —preguntó Mann. Tomó una pequeña fotografía enmarcada en cuero y la miró. Era una vieja foto color sepia de un hombre con cuello palomita y un chico de pantalones cortos y chaqueta tirolesa.

—¿De dónde la tomó? —dijo ella.

—De la mesa —dijo Mann.

—Es mi marido con su padre; una foto tomada antes de la guerra... generalmente la lleva consigo. Es una especie de amuleto.

—Bueno, parece que esta vez no va a tener suerte —dijo Mann—. De todos modos quiero una reciente. Una foto de pasaporte serviría.

—Odia sacarse fotos —dijo ella.

—¿Sí? —dijo Mann—. Quizá lo mordió un pajarito.

—Sí, supongo que fue eso —dijo.

Mann sonrió.

—Bueno, quédese por acá —dijo—, quizá volvamos.

—¿Volverán?

—Estamos atando algunos cabos sueltos —dijo Mann.

Ella sonrió, dudosa, y se puso de pie para acompañarnos.

—Gracias de nuevo por su gentileza —dijo Mann, moviendo un brazo vagamente en dirección a la mesita de café que todavía estaba tan desocupada

como cuando llegamos; también el bar y la caja de cigarrillos se habían mantenido intocados.

—Es realmente una lástima que no podamos zafarnos de esa comida en la Casa Blanca —dijo Mann mientras iba hacia la puerta.

La señora Reid-Kennedy lo miró frunciendo el ceño. Él se detuvo, se volvió e hizo girar el sombrero de *tweed* irlandés entre las manos hasta que ella lo miró. Luego lo volvió de adentro afuera para mostrarle las puntadas irregulares que sostenían el forro que ya estaban soltando.

—Allá se vive más tranquilamente —dijo Mann—. Esto lo compré en Dublín, ayer, señora Reid-Kennedy. —Se puso el sombrero y sonrió.

La señora Reid-Kennedy se mojó los labios nerviosa y dijo:

—Es un sombrero de pesca irlandés, ¿no es cierto?

La sonrisa de Mann se abrió despacio y hermosa, como el sol que se levanta en el desierto.

—Lo malo fue que... mientras yo fui a pescar un poco, el tipo al que quería ver se había ido de caza. —Antes de que ella pudiera contestar, se sacó el sombrero para saludar con solemnidad, me tomó el brazo, y salimos.

Un correo de la CIA nos esperaba en el aeropuerto. Había traído su primer informe provisorio sobre Reid-Kennedy y otro, titulado Reid-Kennedy Inc. También había un estudio de computadora de doce años de impuestos... personales y de la corporación, y ya vendrían más. También tuvimos tiempo para poner dos dólares en el jovial robot que vendía hamburguesas de queso frías, envueltas en celofán caliente, y café caliente, aguado, en vasos plásticos marrón oscuro. Mann lo devoró todo y dijo:

—¿Otra cosa que no apruebas, no?

—¿La manera en que manejaste a la Reid-Kennedy?

—Te parece que adivinó lo que buscábamos, ¿no? —sonrió y mordió la hamburguesa.

—Debiste haberte abierto la chaqueta para mostrarle tu camisa de la CIA —le dije.

—¿Juego sucio yanqui? Seguro que no es el tipo de criquet que ustedes juegan en Lord's.

—Puede que los hagas correr; o puede llevarlos a destruir las pruebas, y negarse a hablar sin la presencia de sus abogados.

—O quizá que ni se lo mencione al marido —dijo Mann—. ¿Pensaste en esa posibilidad? Por Dios, ¡qué café malo!

Aplastó la taza de plástico que todavía tenía un resto de café. Lo tiró al canasto, dio en la tapa móvil y estalló suavemente. De los restos salió

vapor.

—Sí, también pensé en eso —dije.

En el indicador se iluminó un número avisando nuestra partida. Mann tiró el resto de la hamburguesa de queso, se limpió las manos en una servilleta de papel y la tiró también.

—¿Quieres una menta? —dijo Mann, metiendo la mano en el bolsillo de su chaleco para buscar sus píldoras digestivas.

—Me estoy volviendo demasiado viejo para estas comidas de etiqueta —dije.

—Ni siquiera sé por qué vas al Norte —dijo Mann—. Deberías quedarte aquí, con los ciudadanos de pro.

En el avión estábamos solos en primera clase. Me instalé con el informe Reid-Kennedy Inc.

El expediente Reid-Kennedy era un relato de éxito a la americana; el chico del lugar triunfa al heredar la fábrica del padre. El tipo de equipo electrónico que los laboratorios Reid-Kennedy diseñaban y producían no era un secreto; estaban en venta para quien quisiera comprarlo. El expediente incluía algunos folletos, bellamente impresos, que se enviaban a cualquier comprador potencial, en el país o el extranjero. Leí la propaganda con todo cuidado.

Se pueden combinar las conversaciones telefónicas... y muchos otros tipos de comunicaciones. Un cable único puede llevar cien o más conversaciones simultáneas, siempre que usted tenga el «selector de tiempo multiplex» que diseñan los laboratorios Reid-Kennedy (o, el folleto se abstenía de decirlo, el de alguna fábrica del ramo). Fracciona las transmisiones continuas en trozos de una duración de diez milésimas de segundo y luego rearmas los trozos, de modo que el oído humano no percibe que recibe sólo «pequeñas muestras» de la voz que está en el otro extremo.

La mayor parte de las ganancias de Reid-Kennedy provenían de usuarios de teléfonos; y últimamente, de los satélites comerciales que giran en una órbita de 24 horas a 35 680 kilómetros de la Tierra, aunque parecen estacionarios. Estos satélites, que se mantienen en algún lugar sobre el Labrador, unen a Los Angeles con Londres. Pero el gran adelanto vendría cuando se obtuviera un «selector de tiempo multiplex» que pudiera reunir las bandas de frecuencia más amplias que se utilizan para transmitir imágenes de televisión. Los usuarios telefónicos pueden soportar una voz humana que suena como el Pato Donald metido en una lata de galletas, pero una imagen

de TV defectuosa no sirve para nada. RK Inc. estaba trabajando en eso, prometía el folleto.

—No hay secretos militares —dijo Mann.

—Ninguno que se vea —dije.

—¿Te parece posible que un tipo con semejante fortuna se dedique a asaltos? —Mann sostuvo la fotografía a distancia como si tratara de descubrir algo nuevo en ella—. ¿Te parece?

—Me olvidé la bola de cristal en casa.

—¿Un hombre que dirige una empresa multimillonaria pasa un fin de semana en Europa para matar una familia en Drogheda?

—No te me caigas encima —dije.

—Un jurado necesita muy buenas pruebas... algo más que la de un caminante irlandés que reconoce un auto de alquiler.

—¿Pero estás de acuerdo en que Reid-Kennedy es el que mató a esa gente en Irlanda?

—Puedes apostar tu maldita carrera —dijo Mann.

—Qué bien te explicas, mayor.

Atención médica, seguridad y aislamiento, se lograron llevando a los Bekuv al Hospital Psiquiátrico Naval Comodoro Perry, a media hora de auto de Newport News, Virginia. Ya había un hospital allí antes de que se inventara la palabra psiquiatría. Era un feo conjunto de construcciones desparramadas en un lugar desolado, cerca del agua. El ala Norte todavía se usaba como hospital naval; pero todos los marineros con perturbaciones mentales habían sido evacuados de los pabellones centrales, edificados para internarlos. Ahora, eso era una zona de alta seguridad, que utilizaba la CIA para recibir información de agentes norteamericanos, interrogar agentes enemigos, y, a veces, para decidir si un agente era de aquéllos o de éstos.

Un auto de la marina americana nos esperaba en el aeropuerto. Venía con chófer uniformado y la leyenda «para uso oficial solamente», en la puerta. A Mann le causó enojo, y al principio se rehusó a entrar en él.

—¿Trajo sombreritos de cotillón y pitos, marinero?

—No tenemos autos comunes, señor —dijo el chófer. Era un hombre mayor, con condecoraciones de la Segunda Guerra Mundial en el pecho.

—Bueno, podríamos tomar un taxi —dijo Mann.

Con loable prudencia, el marinero se contuvo de decirle a Mann que quedarse parado frente a un edificio del aeropuerto, discutiendo con un marinero de uniforme, era más llamativo que viajar en un auto oficial. En cambio, asintió solemnemente y dijo:

—Viajando en un taxi no lo van a dejar entrar por la puerta principal si no tiene una de esas etiquetas adheridas al parabrisas. Tendría que atravesar todo el hospital hasta los pabellones centrales... son casi dos kilómetros.

—OK, sabihondo —dijo Mann—. Mientras no use la luz roja y la sirena. —Entró en el auto. No tenía luces rojas y, posiblemente, tampoco tenía sirena.

—Eres un pésimo perdedor —le dije bajito al sentarme a su lado.

—Sí —asintió Mann—. En realidad no tengo tanta práctica como tú.

Miramos pasar el paisaje. Mann puso el portafolio sobre las rodillas, como si fuera a trabajar con los papeles, pero volvió a dejarlo sin abrir.

—Nunca debí aceptar que metieran a los Bekuv en este manicomio.

—Tranquilízate —dije—. Te pones demasiado violento.

—¿Cómo demonios sabes si reacciono demasiado violentamente?... ni siquiera sabes contra qué estoy reaccionando.

Dejé que se calmara; supongo que quería desahogarse.

—Estamos perdiendo el control de este operativo —dijo.

—Por lo que a mí toca, nunca tuve ese control... lo tenías tú.

—Sabes lo que quiero decir. Estos sabelotodo de Washington se me pegan como insectos. ¿Sabes qué es el DAP?

—Sí, lo sé —dije. La Dirección de Asesoramiento Psicológico era una cómoda reunión de reducidos de cráneos sin empleo que sabían cómo no incurrir en todos los errores que cometía la CIA; pero, desgraciadamente, no se lo decían a nadie sino después. (Visión *a posteriori* veinte-veinte, como dijo Mann después de recibir una de las crípticas advertencias de los psicólogos).

—El DAP se está echando encima de la señora Bekuv. La van a llevar a esa granja cerca de San Petersburgo, y a Red Bancroft con ella. —Buscó en el chaleco, sacó unas tabletas de Buferina y tragó dos, sin agua—. Dolor de cabeza —dijo—. Yo sabía que era el tipo de dolor de cabeza que llega desde Washington, a través de conductos oficiales.

—Red Bancroft —dije. Lo miré a la espera de alguna explicación.

—Red Bancroft trabaja para el departamento... ¿lo sabías?

—No, no lo sabía. Y no recuerdo que nadie me lo haya siquiera sugerido.

—Bueno, no te pongas furioso. Al contártelo, desobedezco órdenes. Las desobedezco porque eres un compañero y no quiero que el engranaje te destroce.

—¿Por qué demonios no me lo dijo ella misma? —pregunté.

—Yo y Bessie la conocemos desde hace un tiempo —dijo Mann—. Ha pasado muy malos momentos y está muy confundida... ¿me entiendes?

—No.

Se inclinó hacia adelante y me agarró el brazo:

—No te metas. Es una buena chica y me gustaría verla ubicada... pero no contigo.

—Gracias.

—Por tu bien —dijo rápido—. Es una chica muy entera. Es una agente buenísima y sabe cuidarse sola. Hace dos años se infiltró en un grupo marxista, en Montreal. Casi consigue que la maten... estuvo tres meses en el

hospital... pero también mandó tres conspiradores al hospital y a otros cinco a la cárcel. Es un tipo de chica muy especial y la quiero mucho... pero hazte un favor; apártate de ella.

—¿Trabaja para la DAP y va a la granja con la señora Bekuv?

—Así es —dijo Mann. El auto aminoró la marcha al llegar a la entrada principal del hospital naval. Un centinela verificó nuestras tarjetas de identidad y nos dejó pasar hacia los pabellones centrales, donde otro centinela las verificó de nuevo.

El auto se detuvo frente al edificio de ocho pisos, construido para albergar a los pacientes violentos. En los pisos bajos podían verse aún los carteles borrosos y los postigos de acero. El interior ofrecería seguramente el deprimente aspecto de los hospitales públicos; pisos sin alfombras, ausencia de adornos, puertas automáticas que silban como esclavos japoneses, demasiada luz y demasiados extintores de incendios rojos. Hasta las reproducciones en las paredes habían sido elegidas para calmar los sentidos.

—Aquí me bajo —dijo Mann—. Estoy en el departamento del cirujano de guardia, en el último piso. Tú estás en el edificio para gente importante.

Lo miré sin tratar de ocultar mi enojo. Otras veces habíamos intercambiado palabras más duras, pero jamás habíamos estado tan cerca de una pelea en serio. Dije:

—¿En qué edificio está la señorita Bancroft?

—No sé —dijo Mann.

—Entonces tendré que telefonar a la gente de la entrada.

—Se fue esta mañana —dijo Mann—. Se llevaron a la señora Bekuv, y Red fue con ella.

Mi malhumor se acentuó:

—La mudaste deliberadamente, para que yo no tuviera la oportunidad de hablar con ella.

—¿Me estás sugiriendo que debería organizar esta fiestita para beneficio de tu vida privada?

No contesté.

—Te veré aquí, alrededor de las nueve de la mañana —dijo Mann—. Quizá para ese entonces estés de humor como para entender.

—Ya comprendo ahora —dije—. Comprendo demasiado bien. La DAP te acosa. Y estás decidido a pasar al profesor Bekuv por el rodillo, y a conseguir resultados antes de que la DAP le saque algo a la mujer. Sí, comprendo. Red Bancroft pertenece a la DAP y no te gusta la idea de que yo esté tan cerca de la

oposición. No confías en mí, mayor. Bien, has oído hablar de las profecías que se cumplen, ¿no es así?

—Buenas noches —dijo Mann. Salió y cerró la puerta.

Bajé la ventanilla.

—¿No vas a contestarme?

—Sí, madura de una vez —dijo Mann. Se abotonó la chaqueta y se puso el ridículo sombrero de *tweed*, con el ala baja al frente y atrás—. Y mantente alejado de la señorita Bancroft, es una orden.

Lo miré, mientras entraba en el vestíbulo iluminado. Los dos pares de puertas de vidrio se abrieron automáticamente; pero, más adentro, alcancé a ver el enrejado recién pintado de los barrotes de la prisión, y una garita blindada para el portero.

Me habían proporcionado el relativo lujo de una casa de cuatro habitaciones, ocupada regularmente por un capitán de la marina norteamericana, destacado ahora en CIN-CLANT por un par de meses. Sus libros y muebles estaban todavía ahí. No dudó que ésta era la comodidad reservada para Mann hasta que él la cambió por las incómodas habitaciones del cirujano de guardia que estaban tan cerca de Bekuv.

Yo estaba cansado, muy cansado. Di gracias a Dios por encontrarme en Estados Unidos, donde hasta el asilo de pobres, probablemente, tiene baños con calefacción. Abrí mi valija y eché la ropa sucia en el canasto para el lavadero. Me desvestí y me metí bajo la ducha. Me quedé un largo rato, mientras el agua caliente me golpeaba los músculos, y terminé con agua lo bastante fría como para hacerme castañetear los dientes. Tomé la toalla del secador y me envolví con ella antes de ir a la cocina. Puse una taza y un pocillo, llené la pava y la enchufé. Mientras esperaba que hirviera, admiré la biblioteca del capitán. Había un buen número de libros de psiquiatría de alto vuelo, volúmenes en rústica y encuadernados. También había memorias de la guerra, un Diccionario Oxford, y Dickens y Balzac, y una colección de libros de química viejísimos.

Fui al dormitorio. Era una habitación grande, con cama camera. A un lado había grandes roperos con las puertas revestidas de vidrio coloreado. Frente al espejo había una mujer alta y delgada; estaba desnuda excepto por el triangulillo de seda negra. Era Red Bancroft, y sonrió, encantada de que la broma le hubiera resultado tan bien. Su sonrisa cambió cuando me observó examinando su desnudez. Era hermosa. Empecé a decírselo, pero se me acercó y me puso el dedo sobre los labios. Con la otra mano aflojó la toalla húmeda en mi cintura y la dejó deslizarse al suelo. Se estremeció al sentir el

agua fría sobre la piel cuando nos abrazamos. Mi pelo húmedo dejó caer una cascada de gotas sobre su cara. Nos besamos y ella apretó sus brazos alrededor de mí. No pude menos que echar una ojeada a nuestra imagen en el espejo cuando empezamos a hacer el amor.

Apenas habíamos empezado cuando se oyó un grito agudo. Red luchó por soltarse, pero la retuve.

—Es la pava —dije—. Debe tener una válvula de seguridad. —Se reclinó sobre la cama, sonriente. Y a su debido tiempo se oyó el ruidito de la válvula.

No cambiamos palabra, sólo gritos y murmullos incoherentes; y, luego, cuando ella se levantó de la cama, me eché la frazada encima y apoyé la cabeza sobre las almohadas de plumas. Cuando volvió, estaba casi dormido. Me sorprendió verla enteramente vestida.

—¿Qué pasa? —dije.

Se sentó en la cama y me miró como si me viera por primera vez:

—Debo irme.

—¿Ir, a dónde?

Miró su reloj:

—La mudamos a la señora Bekuv. Tengo que estar lista.

—Qué buen sentido de la oportunidad —dije.

—No te amargues.

—¿Es necesario que vayas?

—¿Es necesario que tú hagas tu trabajo? —replicó ella—. Éste es mi trabajo y lo hago muy bien, de modo que no me trates como a una mujercita de su casa.

—¿Y entonces, por qué no me hablaste de tu trabajo?

—¿Me hablaste tú del tuyo?; no, no lo hiciste, porque eres un agente secreto...

—¿Pero qué es todo esto? —dije. Me erguí.

Alargó la mano y me tocó el hombro.

—Te estoy diciendo adiós —dijo. Se estremeció como de miedo.

—Adiós por ahora, querrás decir.

—Quiero decir: adiós, adiós.

—Sólo por saberlo. ¿Será que uso un dentífrico que no te agrada?

—No es nada personal, querido. Por un tiempo me tuviste realmente subyugada. Bessie Mann me preguntaba cuántos chicos íbamos a tener, y me sorprendí mirando libros de cocina y coches de bebé.

La miré, tratando de descubrir a qué se debía una despedida tan terminante.

—No trates de resolverlo, querido —dijo ella, y se inclinó y me dio un beso fraterno en la frente—. Lo planeé así.

—Sólo a una mujer puede ocurrírsele decir adiós en la cama —dije.

—No lo creas, nene. A mí me han dicho adiós así, y más veces de las que querría recordar. —Se puso de pie y abrió el ropero para sacar su abrigo de gamuza. Por un momento me pareció que había alguien dentro del ropero; pero eran solamente dos uniformes de capitán en las fundas transparentes de la tintorería. Se puso el abrigo cuidadosamente, mirándose al espejo mientras lo abotonaba.

Me levanté de la cama y me puse una de las batas del capitán. Me quedaba un poco corta, pero en ese momento no me importó. Red Bancroft fue al *hall* y tomó una valija grande, abrió la puerta del frente y lo colocó afuera. Se volvió hacia mí.

—Oye, querido, olvida lo que acabo de decir... no nos separemos así.

—¿Por qué no me dices qué pasa?

—No hay tiempo.

—Yo haré que lo haya.

—Y estoy demasiado confundida para saberlo yo misma. Otra vez será.

—¿Es un asunto amoroso? —dije yo.

—¡Por favor!

Antes de que pudiera contestarle, se oyeron voces en la puerta, y dos hombres entraron precipitadamente. Era una pareja de aspecto rudo, de pelo largo y chaquetas de loneta. Pero tenían el pelo recién lavado, y las chaquetas estaban limpias y planchadas, de modo que se parecían a esos profesores universitarios que fuman marihuana.

—¡Afuera! —les dije.

No me concedieron ni una mirada. Uno de ellos le dijo a Red Bancroft:

—¿Tiene esa valija solamente?

Ella señaló otra valija grande, y luego se volvió hacia mí:

—Tengo que irme.

—¿Quiénes son esos facinerosos?

Uno de los hombres se volvió hacia mí y dijo:

—Usted se sienta y se calla y no le pasará nada.

—Comprendo. —Lo dije tan pasivamente como pude, y esperé hasta que se agachó para levantar la valija de Red antes de tomarlo por la espalda de la chaqueta con una mano, mientras con la otra le arrancaba la pistola de la bandolera que llevaba en el cinturón—. Ahora empecemos de nuevo —dije, mientras él dejaba caer la valija y se me tiraba encima. Yo ya me había

echado atrás, lo suficiente para evitar ese contraataque, y mientras él todavía no había recuperado el equilibrio, me adelanté y le di un puntapié en el costado de la rodilla, lo bastante fuerte como para hacerlo gritar. Sin esperar a ver cómo se masajeaba el raspón, dirigí el Magnum hacia donde estaba el otro. Aun antes de que yo dijera nada, ya había levantado los brazos.

—Bien alto —le dije—. Mantenga los brazos bien, bien en alto.

Me acerqué a su espalda y también encontré el arma.

—Tienen que ser más rápidos si quieren llevar el arma tan atrás —les dije—. Ahora, veamos quiénes son ustedes.

—Usted sabe quiénes somos —dijo el primero—. ¿Qué cree que hacemos en esta zona de seguridad?

—Mantenga los brazos en alto, gordito —dije—, o voy allá y le hago un moretón en la otra pierna.

—Somos CIA —dijo el segundo hombre—. Estamos mudando a la señora Bekuv.

—Bueno, ¿por qué no lo dijeron? —dije sarcásticamente—. Y hubiera sabido que los que me amenazaban eran los buenos.

No contestó.

—Quiero ver sus tarjetas de seguridad social —dije. Los hombres de la CIA raramente llevan documentos de identidad, pero se les asigna un grupo especial de números del seguro social que permite que otros miembros de la agencia los identifiquen; y también la computadora del seguro social, si se los encuentra flotando en los muelles del puerto.

Los dos hombres sacaron sus billeteras de mala gana. Lo hicieron uno por vez y muy, muy despacio. Todo el tiempo, Red Bancroft contemplaba el fiasco sin decir nada. Tampoco la expresión de su cara indicaba cuáles eran sus sentimientos, hasta que dijo:

—Está bien, chicos, ya han jugado bastante. Ahora sigamos con nuestro trabajo.

—OK —dije. Le tiré el Magnum a su dueño. Era tan torpe que se raspó un nudillo al tomarlo. Observé que llevó la cartuchera al frente antes de reponer la pistola—. Ahora desaparezcan, mientras le doy las buenas noches a la dama.

Se fueron. Recogieron las billeteras de la mesa donde yo las había dejado y se fueron, cerrando la puerta. Se oyó el ruido repentino del motor de un helicóptero. Red cruzó hasta la ventana. Por encima de su hombro alcancé a ver algunas luces y actividad, y luego oí los rotores del helicóptero, dando vuelta con el embrague puesto. Red dijo:

—La señora Bekuv nada en la gran piscina interior, todas las mañanas, antes del desayuno. Esta mañana la pondremos en el helicóptero y bajaremos en San Petersburgo, en Florida, a tiempo para una merienda. —Se apartó de la ventana, me pasó un brazo alrededor de la cintura y me besó—. ¿Voy a tener otra oportunidad? —preguntó.

La besé. Levantó su valija y se fue hacia la puerta. Oí las voces de los dos hombres, y luego el ruido del motor de un auto. Casi enseguida rugió el helicóptero y se levantó por encima de los techos. Yo aún no le había contestado.

15

Mann no le dio tiempo a la señora Bekuv para despedirse de su marido; eso formaba parte de su plan. Estábamos sentados en la pequeña oficina de Mann (originalmente destinada a la enfermera de guardia) cuando oímos a Andrei Bekuv caminar por el corredor, gritando el nombre de su mujer.

Mann estaba sentado, encorvado sobre un escritorio, en el rincón, observando las negras nubes de tormenta que llegaban a toda carrera desde el Atlántico. La lluvia golpeaba las ventanas y la mañana era tan oscura que Mann necesitaba la luz del escritorio para leer. Me miró y me guiñó el ojo cuando Andrei Bekuv volvió.

—Ahora comienza la cosa —dijo Mann suavemente.

La silueta de Andrei Bekuv apareció contra la luz brillante del corredor cuando abrió la puerta y se quedó mirándonos.

—¿Dónde está mi esposa, mayor Mann? No vino a desayunar, y no está nadando. ¿Sabe adónde ha ido?

—La hemos mudado a Baltimore —dijo Mann, sin levantar la vista de los papeles que leía a la luz del escritorio.

—¿Cuándo? ¿Cómo ocurrió eso? —dijo Bekuv. Estaba alterado, y con ojos enojados miró su reloj. Bekuv era un animal de costumbres. Desayuno a las 7, café a las 10, un almuerzo liviano a las 13, y la cena a las 19:30; a tiempo para, una vez terminada la comida, instalarse en el sillón con la radio de alta fidelidad sintonizada para escuchar el concierto nocturno. Insistía en que la provisión de vitaminas de su botiquín se repusiera sin que él tuviera que pedirlo, y le gustaba el café sin cafeína servido en *demi-tasse*, a la noche, con crema fresca. Y le gustaba saber dónde encontrar a su mujer.

—¿Cuándo? —repitió Bekuv.

—Esta mañana temprano —Mann hizo girar el reloj del escritorio para verlo mejor. Tenía un barómetro y Mann le dio un golpecito—. Ya deben haber llegado. ¿Quiere llamarla por teléfono?

—Sí —dijo Bekuv.

Mann tomó el teléfono e hizo la pantomima de pedir un número de Baltimore. Le agradeció a alguien que estaba en el otro lado. Y luego colgó.

—Parece que no podemos conectarnos con Baltimore desde acá.

—¿Por qué no?

—No se me ocurrió preguntar. ¿Quiere que llame a la operadora de nuevo?

Bekuv entró en la habitación y se sentó.

—¿A qué está jugando ahora, mayor Mann?

—Podría hacerle la misma pregunta, profesor Bekuv —dijo Mann. En el montón de papeles y cosas que tenía delante en el escritorio, Mann eligió un gran sobre marrón. Tenía algo grande adentro. Le pasó el sobre a Bekuv—. Eche una mirada a esto, por ejemplo.

Bekuv dudó.

—Adelante, échele una mirada.

Bekuv trató al sobre como si fuera una bomba. Después me pregunté si él suponía lo que había adentro. Si lo suponía, no tenía mayor interés en verlo de nuevo. Por fin rasgó el borde del sobre lo suficiente para hacer salir lo que contenía: una bolsita transparente, con algunas etiquetas escritas a máquina, pegadas. Adentro de la bolsa había una navaja.

—La policía nos mandó esto ayer por la tarde, profesor Bekuv. Lo encontraron cerca de los escalones de la iglesia, durante una búsqueda que hicieron temprano en la mañana de Navidad. ¿Recuerda la mañana de Navidad?

—Es lo que usaron para herir a mi esposa —dijo Bekuv. No abrió la bolsa. La dejó caer nuevamente en el sobre como si estuviera apestada. Trató de devolverle el sobre a Mann, pero el mayor no se lo quiso aceptar.

—Efectivamente —dijo Mann.

—¿Qué se supone que significa? —preguntó Bekuv.

—¿Supone que significa? —dijo Mann—. Me alegro que dijera «supone que significa», porque, a menudo, hay un mundo de diferencia entre lo que las cosas significan y lo que se supone que significan. Por ejemplo —dijo Mann—, ése es el cuchillo que hirió a su mujer. De lo que no estoy muy seguro es si ella estaba tratando de herirlo a usted con él, o tratando de evitar que usted la hiriera a ella, o si los dos estaban tratando de herirse mutuamente o, quizás, intentando usarlo para herirse a sí mismos.

—Un hombre nos atacó —dijo Bekuv.

—Sí, es claro, ésa es la otra teoría, ¿no es cierto? ¿No la mencioné? Perdóneme.

Bekuv miró su reloj. Si estaba pensando que su mujer llegaría a Baltimore, o en su café de las 10, o sencillamente tratando de pensar en cualquier cosa que le permitiera recuperar la serenidad, es imposible decirlo.

Mann recogió algunos papeles del escritorio, leyó por un momento y luego dijo:

—Esos guantes que tenía puestos su mujer... una tienda de la Quinta Avenida los vende a veintiocho dólares el par, y los presenta como de cabritilla genuina, pero en realidad los hacen con cuero de oveja. Bueno, ése es el tipo de engaño que odio. ¿Y usted, profesor?

El profesor no dijo nada: gruñó.

—Cuero de oveja —continuó Mann—. Para hacer un par de guantes así, en el proceso de curtido se levanta la capa epidérmica... —Mann leía el papel—, para dejar al descubierto la dermis menor o el grano del cuero; y de la naturaleza del grano el científico puede deducir la edad, sexo y especie de animal del que proviene el cuero.

El profesor Bekuv dijo:

—No me interesa.

—Un momento, profesor. Todavía no he terminado. Se pone mejor. ¿Sabía que el diseño del grano de cualquier trozo de cuero animal es tan peculiar de ese animal como las impresiones digitales de las personas?

—¿Y qué hay con eso?

—Le diré lo que hay con eso —dijo Mann. Dejó los papeles sobre el escritorio, se volvió hacia Bekuv y sonrió—. El laboratorio forense de la policía encontró rastros de cuero en ese cuchillo. Dicen que lo blandió su mujer. Dicen que sus guantes de la Quinta Avenida dejaron impresiones en el cuchillo, tan claras y probatorias como si hubiera usado las manos desnudas. —Mann tomó otra bolsita, que contenía los guantes, y la dejó caer nuevamente sobre el escritorio. La policía dice que su mujer se hirió a sí misma, profesor. Y dicen que pueden probarlo.

Bekuv apartó la mirada.

—De todas maneras —dijo Mann exhalando un suspiro—, el hecho es que la investigación se está cerrando en lo que a ustedes concierne. Mi gente ha perdido interés en usted; ya le ha costado demasiado dinero al ciudadano norteamericano. Se le permitirá vivir donde quiera, dentro de lo razonable; pero tendrá que encontrar el lugar usted mismo... y lo mismo digo de una ocupación. Nada de cátedra en la Universidad de Nueva York. Tendrá que consultar los avisos de empleo en los diarios. Por ahora, los mantendremos separados, para su seguridad personal. Me dicen que a la gente de la KGB le

sería más fácil matarlos si están juntos. Es claro que el año que viene el peligro habrá disminuido algo. Entonces, probablemente, no habrá objeción a que vivan bajo el mismo techo de nuevo.

—Espere un minuto... —dijo Bekuv.

—Lamento lo ocurrido, profesor. Como su mujer lo comprendió tan bien, esto pudo haber sido muy importante para nosotros. —Sonrió, para demostrar que no guardaba rencor—. Podrá conservar la alta fidelidad y los discos y lo demás, naturalmente. —Levantó unos papeles del escritorio y los golpeó de canto para ordenarlos.

Fue recién entonces que Bekuv pareció notar mi presencia en el rincón oscuro de la oficina. Se volvió hacia mí:

—¿La señorita Bancroft está con mi mujer? —preguntó.

—Así es —dije—. Se quedará con ella un tiempito.

—¿Cuánto tiempo? No quiero que mi mujer esté con la señorita Bancroft.

—Su esposa quiso que la señorita Bancroft la acompañara —dijo Mann. Bekuv asintió. Mann había estado buscando algo sobre el escritorio, muy ostentadamente, y cuando Bekuv se volvió para retirarse, presentó, sorpresivamente, una fina hoja de papel, la agitó y dijo—: Aquí hay algo para usted, profesor. Es copia de una carta dirigida a la señora Bekuv.

Se la alcanzó. Era el carbónico de una carta. Había un par de sellos oficiales y un broche. Bekuv lo tomó sin decir palabra, y se acercó a la ventana para leerlo a la luz gris de la mañana. La leyó en voz alta, con su cuidado inglés...

Querida señora Bekuv. La presente es para confirmar nuestra conversación de ayer. De acuerdo a lo prometido, he solicitado la documentación necesaria referente a su inmigración y naturalización. Debe usted comprender que, aunque fue admitida en los Estados Unidos bajo condiciones especiales concedidas a ciertas oficinas del gobierno, su residencia en el país y el permiso para trabajar están sujetos a los procedimientos usuales. Suyo sinceramente...

—Tan sólo un montón de evasivas legales y palabras de doble sentido —dictaminó Bekuv cuando terminó de leer.

—Estoy de acuerdo —dijo Mann, que lo había inventado y copiado.

El profesor Bekuv repuso la delgada hoja sobre el escritorio de Mann. Bekuv había estado en contacto con asuntos de seguridad el tiempo suficiente para comprender un mensaje de ese cariz.

—¿Nos mandará de vuelta a Rusia? —dijo Bekuv. Cruzó la habitación y abrió apenas la puerta, de modo que una barra de luz fluorescente lo cortó en

mitades—. O hacemos lo que usted pide o nos manda de vuelta a ellos.

Mann no contestó, pero observó todos los movimientos de Bekuv.

—Esta carta es sólo el principio —dijo Bekuv—. Es típico de usted, mayor Mann. Dejará que los departamentos oficiales lleven a cabo la ejecución. Así podrá decir que no tuvo nada que ver.

—Creo que está algo errado, profesor. El Departamento de Inmigración de los Estados Unidos no tiene verdugos en el presupuesto. Esas ejecuciones, de las que usted me quiere responsabilizar, tendrán lugar cuando ustedes hayan vuelto. Las llevarán a cabo sus viejos camaradas de la KGB ¿Recuerda la KGB, profesor? ¿Esa gente maravillosa que les ha dado a ustedes el Archipiélago Gulag?

—Usted nunca vivió en la Unión Soviética; por eso no sabe que hay poca posibilidad de elección. La KGB me ordenó que trabajara para ellos; no me ofrecí para hacerlo.

—Me destroza el corazón, profesor.

Bekuv estaba en la puerta, abierta unos pocos centímetros sobre el corredor. Quizá quería dejar entrar suficiente luz en la habitación para vernos las caras.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir, mayor Mann?

—No recuerdo nada más, profesor... excepto quizá despedirme.

Bekuv se quedó en la puerta un largo rato.

—Debí haberle hablado de ese lugar en Irlanda... Debí habérselo dicho antes.

—Imbécil —dijo Mann—. Murieron tres personas.

—Estaba con la delegación comercial en Londres —dijo Bekuv—. Hace dos años de eso. Tenía que verme con un hombre en Dublín. Lo vi sólo una vez. Fue en la estación Waterloo, en Londres. Tenía algunos documentos. Utilizamos la máquina copiadora de la estación.

—¿El programa Másar?

—Nos estábamos quedando atrás —dijo Bekuv—. Ese hombre trajo dibujos y cálculos.

Mann movió la luz del escritorio de modo que iluminara un secante azul brillante. Bajo la luz dispuso una hilera de fotos. Una de ellas era la fotografía del pasaporte de Reid-Kennedy.

—¿Querría acercarse un momento, por favor? —La voz de Mann fue precisa y tranquila, como la de un padre aterrado que trata de convencer a un niño de alejarse de un cerco electrificado.

—No era un científico —dijo Bekuv—. Pero entendía los cálculos. —Se acercó al escritorio y miró las fotos prolijamente alineadas como las barajas en una partida de *bridge*. Mann contuvo la respiración hasta que Bekuv apoyó un dedo sobre la cara de Reid-Kennedy.

Mann barajó las fotografías sin comentar la elección de Bekuv.

—¿Y la KGB dirigía el operativo?

—Por completo —dijo Bekuv—. Cuando se asignó al programa Másér un desarrollo a más breve plazo, la KGB tomó bajo su responsabilidad lograrlo. Yo había estado informando a la KGB desde mi época de universitario, y era persona importante en el programa Másér. Fue natural que la KGB me eligiera a mí. Cuando el material comenzó a llegar de Norteamérica, la KGB me dijo que yo lo tendría primero y que no se lo comunicarían al departamento.

—Eso le dio la oportunidad de destacarse —dijo Mann.

—Era la manera cómo la KGB siempre hacía las cosas. Querían que su gente ascendiera, y entonces les daban lo mejor del material que conseguía el servicio de inteligencia exterior.

—¿Y nadie sospechaba? ¿Nadie sospechaba cuando a la mañana siguiente usted llegaba gritando eureka?

—Sólo un idiota sin remedio hubiera expresado una sospecha así —dijo Bekuv.

—Por Dios —dijo Mann agriado—, y ustedes, degenerados de porquería, tienen la osadía de criticarnos.

Bekuv no contestó. Sonó el teléfono. Mann lo levantó y lanzó unos gruñidos antes de despedirse.

—¿Por qué no se toma un café, profesor?

—Espero haber sido útil —dijo Bekuv.

—Como es deber de todo buen ciudadano —dijo Mann.

—Seré más feliz —dijo Bekuv—, cuando pueda leer esos deberes en un pasaporte norteamericano. —No sonrió.

—Nos vamos a llevar muy bien, profesor —dijo Mann.

Ni Mann ni yo hablamos hasta que oímos a Bekuv entrar en su cuarto y encender la radio. Aún entonces, tomamos las precauciones de rutina para no ser oídos.

—Siempre fue la señora Bekuv —dijo Mann—. Nos equivocamos. Creíamos que era él el que no quería hablar.

—Sin su mujer —afirmé— va a cantar todo lo que sabe antes de fin de semana.

—Esperemos que sí. —Mann se acercó a la llave y prendió las luces. Eran tubos fluorescentes y titilaron una docena de veces antes de llenar de luz la habitación. Mann buscó en los cajones del escritorio para encontrar la caja de cigarros que su mujer le había regalado en Navidad—. Uno se pregunta qué tipo de poder tiene sobre él —dijo Mann. Encendió el cigarro y me ofreció la caja. Ya había fumado la mitad del contenido... no acepté.

—Quizá la quiere —dije—. Quizá sea uno de esos matrimonios felices de los que nunca se habla.

—Odio a esos dos rusos de porquería —dijo Mann.

—La llegada de la mujer fue lo peor que le ocurrió a esta investigación —dije.

—Exacto —asintió Mann—. Si Gerry Hart nos ayuda otro poco, me caigo muerto.

Miré la hora, y dije:

—Si no hay nada más, tengo una comunicación pedida con Londres.

—Creo que mañana hay otro viaje a Florida —dijo Mann.

—¡No!

—La llamada que tuve recién fue del agente de guardia de la CIA en el aeropuerto de Miami. Reid-Kennedy acaba de llegar en el vuelo directo de Londres. El chófer estaba allí con el Rolls... parece que su viejita lo esperaba.

—¿A qué hora salimos?

—Dale un tiempito a los Reid-Kennedy para que hablen —dijo Mann—. ¿Qué te parece el avión de las 6 de la mañana? Saldremos de aquí a las 4:30.

16

No fue lo mismo cuando volvimos; nunca lo es. El jardinero tenía dificultades con el riego, uno de los autos había rozado el cerco y arruinado un trecho de buganvillas. El césped estaba invadido por hierbas, había mucha humedad y una bruma oscurecía el sol.

—El señor Reid-Kennedy y la señora no están —dijo la dama española, lenta y firmemente, por tercera vez.

—Pero eso no es lo que le preguntamos —explicó Mann, paciente—. ¿Están en casa? ¿Están en casa?

Supongo que hasta las damas que cuidan la puerta de los ricos aprenden a darse cuenta cuando tratan con gente imposible de detener. Permitted que Mann la hiciera a un lado, pero no consiguió mostrar que le gustaba.

—Usted sabe que somos policías —dijo Mann—. No perdamos tiempo, ¿no le parece?

—No está aquí —dijo la mujer enojada.

La miró como si la viera por primera vez. Se pasó los dedos por las mejillas, como forzándose a sonreír.

—Oiga, ¿alguna vez le dije que también trabajo para el departamento de inmigración? —dijo—. A usted no le agradecería que recorriéramos toda la casa para verificar si toda esta gente de servicio tiene permiso para trabajar en Florida. ¿No le gustaría, verdad?

La dama palideció, como puede hacerlo un inmigrante mejicano clandestino, sin permiso de trabajo, y luego cerró la puerta, suavemente, detrás de nosotros.

—Bien, ¿dónde están?

—En el Sara Lee —dijo la mujer, mientras señalaba el gran barco a motor anclado en el muelle, en el extremo del jardín.

—¡Sara Lee! —dijo Mann muy respetuosamente—. Y yo que lo había estado llamando *Tía Jemina*. —Le sonrió y ella se esforzó por sonreír—. Bueno, cuide que nadie salga de la casa, duquesa, o...

Atravesamos el comedor íntimo. Daba sobre el prado y el agua. Todavía estaban las cosas del desayuno sobre la mesa de mármol blanco. Había una media docena de panes surtidos, un par de huevos pasados por agua intactos, y una bandeja de plata cargada de tocino frito. Mann tomó una porción de tocino y la comió.

—Caliente todavía —dijo—, deben estar ahí. —Salió al balcón y miró al barco. No había señales de una partida inmediata. A la distancia, a través del agua, alcancé a ver la aeronave de publicidad Goodyear brillando plateada sobre el limpio cielo azul.

—Qué demonios pueden estar haciendo en ese barco —masculló Mann—. No son del tipo de pareja que se divierte limpiando juntos los motores.

—Cuando se tiene una docena de sirvientes en la casa —dije—, supongo que uno necesita un jardín grande y un barco anclado, para pelearse.

Estaba abriendo la puerta mosquitero que separaba el balcón de roble lustrado del camino trasero de granza rastrillada, cuando oí que una mujer gritaba. Luego vi a la señora Reid-Kennedy. Ya había dejado la pasarela del barco y corría hacia nosotros a través del césped.

—¿Qué quieren? ¿Qué quieren? —Casi tropezó. Llevaba la misma clase de pijama de seda que le habíamos visto la última vez, pero éste era verde pálido, como el chal de seda que llevaba sobre el cabello. Pero ya no parecía tanto una beldad sureña. El pestañeo, el gesto con que nos ofrecía batatitas acarameladas habían sido reemplazados por un tono nasal y agudo que recordaba al sauerbraten, costillitas de cerdo y crema agria de la calle Ochenta y Dos.

Cuando nos alcanzó no podía hablar. Se llevó una mano al pecho, tratando de recuperar el aliento.

—No debería correr así, señora Reid-Kennedy —dijo Mann—. A una mujer de su edad podría hacerle daño correr así por todo el prado.

—Hoy no —dijo ella—. Otro día. Cualquier día. Llámeme por teléfono y fijaremos un día.

—A menos, naturalmente, que al no correr por el prado pudiera hacerse un daño aún mayor. Entonces, naturalmente, tendría sentido.

—Habla en la casa —dijo ella—. Tomaremos café.

—Es usted muy atenta, señora —dijo Mann muy gentil. Se tocó la copa del sombrero—. Pero me parece que me voy a correr hasta el muelle para ver si reconozco a alguien en la vieja barcaza.

—Es demasiado tarde, mayor Mann —dijo ella.

Su voz no demostraba temor ni vanidad. Lo dijo como si estuviera afirmando un hecho indiscutible, como el número de kilos en la tonelada o el peso de un metro cúbico de agua.

—Será mejor que nos lo cuente todo, señora Reid-Kennedy —su voz era suave y le tomó el brazo para sostenerla.

—Si hablo con usted, ¿me promete que guardará el secreto? ¿Me promete que no hará nada, por lo menos por ahora?

—Bueno, no le puedo prometer eso, señora Reid-Kennedy. Nadie podría hacerlo. Piénselo, supongo que nos habla de un plan para asesinar al presidente de los Estados Unidos. ¿Cree que podríamos escucharla y mantener nuestra promesa de no hacer nada?

—Mi marido era un hombre bueno, mayor. —Levantó la vista y miró a Mann a los ojos—. Quiero decir que Douglas era... el señor Reid-Kennedy.

—Ya sé a quién se refiere —dijo Mann—. Continúe.

—Está en el barco —dijo ella. No se volvió lo suficiente para mirar el crucero de doce toneladas, pero señaló vagamente hacia la costa—. Douglas fue al barco hace una media hora. Pensé que algo andaba mal, de modo que cuando el tocino estuvo casi frío... a Douglas le gusta el tocino cuando está séquito y caliente, pero nunca lo come cuando está frío...

—OK, señora Reid-Kennedy —Mann le palmeó el brazo.

—Y el tocino es tan caro ahora. Siempre podrían comerlo los sirvientes, es claro, pero ninguno de ellos lo quiere así.

—Continúe con lo de Douglas.

—Bueno, eso es todo. Lo encontré en el barco, recién. Se mató. Está ahí en la sala de máquinas... con la cabeza... no sé quién va a limpiar. Hay sangre por todas partes. ¿La policía sabrá de alguien que pueda hacerlo? Yo no podría bajar a ese lugar de nuevo.

—No es necesario, señorita Reid-Kennedy. No hay necesidad de volver a bajar. Mi amigo echará una mirada en el barco para asegurarse de que no han quedado válvulas abiertas o algo así. Mientras tanto, usted y yo iremos a la sala y usted tomará un cognac fuerte.

—¿Le parece que debo, mayor? Todavía no son las 11:30.

—Creo que lo necesita —dijo Mann con firmeza.

Ella se estremeció.

—Qué frío hace de pronto —dijo.

—En efecto —asintió Mann, tratando de demostrar que repentinamente sentía frío.

—Lo realmente difícil será decírselo a la gente de servicio —le confió ella.

—No se preocupe por eso —dijo Mann con vivacidad—. Mi amigo lo hará. Es inglés; muy, pero muy hábil para hablar con la servidumbre.

Muchos soldados norteamericanos conservan sus armas al terminar la guerra. Fue una desgracia para la mujer que encontró al exsargento mayor Douglas Reid-Kennedy de la Policía Militar del ejército norteamericano, que éste hubiera tenido en su equipo una pistola automática M1911. Una bala calibre 45 es una manera especial de destrozarse el cráneo.

Era un hombre grande, y era fácil imaginárselo como policía militar, con casco blanco, blandiendo su bastón. Tenía el cuerpo torcido, la cara hacia arriba, los brazos abiertos como para detener la caída contra los pistones aceitosos, entre los motores diésel gemelos hermosamente conservados, donde ahora yacía despatarrado. La camisa hawaiana con estampado de flores, estaba abierta y mostraba un pecho velludo y tostado. Llevaba elegantes zapatos de tela con la suela de navegar, y un cinturón viejo de cuero, con una navaja de marinerero colgando, sostenía sus *shorts* a medida.

Le había estallado la parte posterior del cráneo. De modo que había sangre y trozos de sesos y huesos por todas partes; pero la mandíbula estaba casi entera, con bastantes dientes para lograr una buena identificación con su ficha dental. En el momento fatal, debió estar de pie arriba, tomado del pasamanos y con la pistola en la boca. La fuerza del tiro lo había tirado por la escalera hasta la sala de máquinas. Supongo que había estado mirando por última vez la mansión, los jardines, y quizás a la mujer tomando el desayuno. Miré el muelle y el terreno, y traté de dejar de pensar en las distintas maneras en que hubiera podido acercarme para matarlo sin que me viera.

Avancé hacia el extremo de proa, sorteando los equipos de radar y de sondeo de profundidad. Todo era muy nuevo y había agujeros de tornillos y rayas de pinturas que mostraban dónde habían estado los modelos anteriores. Ser dueño de los aparatos electrónicos más modernos daba ahora más prestigio a un yachtsman que tener un barco más grande o tripulación uniformada, siempre, es claro, que tuviera la antena correspondiente para evidenciarlo.

Douglas Reid-Kennedy había dejado su chaqueta con cierre relámpago tirada sobre los cebadores. Era de nylon azul, con un diseño de anclas y la palabra «capitán» bordada en el pecho. Y tenía dos bolsillos impermeables, por si uno era del tipo de capitán que se cae por la borda con el caviar en el bolsillo. En uno había una pipa de raíz con tapa de metal, y una petaca de

plástico para el tabaco, con un conejito *Playboy* pintado. En el otro bolsillo guardaba una billetera con tarjetas de crédito, carnets del Yacht Club, un pronóstico del tiempo del día, una libreta con algunos apuntes garabateados, incluso longitudes de ondas de radio, y un manojito de llaves.

Las llaves pueden tener muchas formas y tamaños, desde las grandes que los mozos llevan colgando del cuello en los restaurantes de lujo, hasta las diminutas hojitas serradas, de lata, que vienen con las valijas. Las llaves de la chaqueta de Douglas Reid-Kennedy eran llaves importantes: pequeñas, con secciones circulares, hechas de metal duro bronceado, cada una con un número; pero sin marca de fábrica, de modo que sólo el dueño supiera adónde recurrir para hacer otras. Una de esas llaves era del escritorio del gran salón alfombrado del yate.

Me senté al escritorio y lo revisé cuidadosamente; pero no era hombre de dejar pruebas incriminatorias en su escritorio. Había una selección de documentos de los que se pueden necesitar en un viaje breve; fotocopias del seguro, y varios carnets y permisos de pesca. En un marco de cuero, pequeño y bastante maltratado, estaba la fotografía sepia que Mann había observado el primer día.

El padre de Reid-Kennedy, vestido de negro, con alfiler de corbata de oro, estaba sentado delante de un telón pintado, de estudio fotográfico. Apoyaba una mano arrugada en el hombro de un chico sonriente, vestido con pantalones de cuero. Saqué la fotografía del marco. Estaba montada sobre un cartón duro que llevaba en forma destacada el nombre y dirección de un estudio fotográfico de Nueva York. Tenía la soberbia nitidez de una foto de placa; esa cualidad que desapareció con la llegada de las pequeñas cámaras y las películas de alta velocidad.

Me quedé mirando la fotografía un largo rato. La informalidad de la ropa del chico no lograba ocultar el cuidado y la atención que se le había prodigado antes de ir al fotógrafo. Tampoco la severa expresión del hombre lograba disimular su inmenso orgullo por su hermoso hijo. Y sin embargo, el disparador había fijado un gesto de tensión en la expresión del chico, tieso en el abrazo de su autocrático padre. En el abismo entre ellos había un elemento de tragedia; me pregunté por qué sería ésta la fotografía que el hijo había llevado en su equipaje durante tantos años.

Sobre el escritorio colgaba un estante de libros. Hojeé ese conjunto de libros que instruía sobre nudos y banderines, y sobre que «los navíos sin carga deben ceder el paso a los que la llevan». También había un libro de visitas: un hermoso volumen encuadernado en cuero, llevado con caligrafía prolija y

debidamente firmado por los huéspedes de los Reid-Kennedy. Algunas de las páginas habían sido toscamente arrancadas y anoté esas fechas.

Luego, volví a su lugar todo lo que había movido y regresé a la casa donde la señora Reid-Kennedy acariciaba un cognac triple y Mann se servía soda con hielo.

—Yo le dije a Douglas —dijo ella.

—¿Qué le dijo? —preguntó Mann.

—Hola —me dijo ella a mí—. Le dije que esta vez no fuera a Europa.

—¿Por qué se lo dijo?

—Quiero telefonar a mi abogado. No tiene derecho a impedírmelo.

—No tiene sentido telefonar a su abogado —dijo Mann. Mientras ella miraba el teléfono, él me lanzó una mirada. Le hice el movimiento de cabeza más leve que pude.

—¿Se limpió los zapatos? —preguntó ella de pronto.

—Sí.

—Cuando están regando, los pies dejan marcas de césped en la alfombra. —Era una voz cansada de explicar el problema un sinnúmero de veces.

—Lo sé. —Sonreí. Quizá fue un error hacerlo.

—Quizá podría convencer a su amigo de volver mañana o al día siguiente —me sugirió—. No quiero ofenderlos, pero un par de días para recobrarme significarían mucho para mí. —No contesté, y tampoco Mann dijo nada.

—Telefonaré a mi abogado —dijo ella. Abrió su bolso. Había sido hecho con un par de metros de tapiz de Bayeux y tenía manijas de oro y una tira de cuero para colgarlo del hombro. Hizo como que buscaba algo adentro, para lograr una sonrisa plástica, pero finalmente cerró el bolso con muchos suspiros y mohines—. Telefonaré al Yacht Club; la gente de ahí debe conocer un buen abogado.

—Señora Reid-Kennedy —dijo Mann—. Un abogado, realmente bueno, podría lograr que redujeran una posible sentencia de cincuenta años a una de diez. Yo podría ponerla enteramente a salvo de esta investigación.

Interpretó mal el ofrecimiento de Mann. Supongo que la gente rica tiene que desarrollar oídos más finos para sutiles ofrecimientos de corrupción. Dijo:

—Un par de días para recuperarme de... —levantó una mano flácida— ... todo esto, significaría mucho para mí. Permítanme que los despida con algún regalito para sus esposas. Tengo cosas muy lindas en la casa, porcelanas y oro y todo tipo de cositas; su mujer probablemente estaría encantada con alguna joyita para agregar a su colección, ¿no le parece? — Ahora me miraba a mí.

—Para decirle la verdad, señora Reid-Kennedy —dijo—. Toda mi colección de porcelana y oro está en mi dentadura. Y justo en este momento no tengo esposa.

—¿Me permite sacarme la chaqueta? —dijo Mann. Ella no contestó, pero él se la sacó lo mismo.

—Mi marido odiaba el aire acondicionado. Decía que prefería aguantar el calor antes que sentir ese ruido.

Se dirigió al pequeño aparato de la ventana y movió los controles.

—Será mejor que se haga cargo de la situación, señora Reid-Kennedy —dijo Mann—. El abogado del Yacht Club que pueda sacarla del apuro no existe. Y si se decide a contarnos todo, no habrá Yacht Club. Por lo menos para usted. Hasta los secretarios de los Yacht Club le escapan al espionaje.

Ella se estremeció ante la palabra espionaje, pero no la discutió. Tomó un buen trago de cognac, y cuando volvió a hablar, su voz demostraba enojo.

—Pregúntele a ése —dijo, señalándome con el dedo—. Pregúntele a él... ha estado en el barco, ¿no es cierto? Él puede darse cuenta de lo que pasó.

—Querría que comprenda que trato de ayudarla —le dijo Mann, con su voz de desear ayudarla. Reconocí la voz porque la había usado muy a menudo conmigo—. Claro que mi colega puede darme un montón de respuestas, porque ha estado en el barco. Pero si me lo dice usted, podré anotarlos como dicho por usted. No necesito decirle que eso sería una gran ayuda, ¿no es cierto?

—Son un par de *schnorrers* —dijo con amargura; pero fue la última muestra de resentimiento. Suspiró—. ¿Alguna vez estuvo en Berlín? —dijo.

Probablemente, en la vida de toda persona hay un momento en que se llega al punto más bajo; para la señora Marjorie Dean eso ocurrió en Berlín, en el verano de 1955. Físicamente se había recuperado por completo de su aborto, pero psicológicamente, estaba mucho de estar bien. Y Berlín la hacía sentir desarraigada. Su alemán fluido no mejoraba la actitud de los berlineses hacia ella, como próspera norteamericana del ejército de ocupación. Sin embargo, los otros compatriotas, que sabían que sus abuelos habían nacido en Alemania, siempre se lo recordaban, diciéndole que allí debería sentirse como en su casa. Pero Berlín era una ciudad claustrofóbica, «la isla», la llaman los berlineses un pequeño bastión del capitalismo en el vasto océano de la Alemania de la zona soviética. Y para ella, mujer de un agente de inteligencia de rango superior, no había escapadas al sector Este de Berlín; y el largo viaje por autopista a la mitad Oeste de Alemania requería permiso especial del comandante general.

Y ella odiaba esa vieja casa; era demasiado grande para los dos solos, y los Steiner, que se ocupaban de la limpieza, vivían en la casa de huéspedes, en el otro extremo de un jardín descuidado, con sus invernaderos mal tenidos, maleza espesa y altas cercas. Era fácil comprender por qué el ejército norteamericano había tomado la casa para ubicar gente importante, y luego, como escuela para agentes que iban a aprender a trabajar con radio antes de ir al Este; pero no era adecuada para el mayor Dean y su esposa. El mobiliario seguía siendo el mismo de cuando era el hogar de un neurólogo nazi, de moda. En el *hall*, todavía estaban los retratos de hombres con uniforme prusiano, y sobre el piano había una fotografía de una mujer con una tiara. Los Dean creían que debía ser la madre del médico nazi.

Ese jueves, Marjorie Dean se quedó en la cama casi hasta el mediodía. Su marido se había ido por unos días (sus viajes parecían hacerse más y más frecuentes) y no había dónde ir hasta el torneo de *bridge* para damas, en el club de oficiales en Grünewald, a la hora del té. Pero se bañó y se puso su vestido de hilo favorito porque a la una llegaría el correo desde el cuartel.

El café que *frau* Steiner le había traído ya estaba frío, pero Marjorie lo probó lo mismo, mirándose fijamente mientras se aplicaba el maquillaje lo más despacio posible, para pasar el tiempo. En la mesita de luz había una alta pila de novelas, sobre romances en pleno Sur norteamericano. Se despreciaba a sí misma por leer esos libros; pero le ayudaban a atontar la mente que de otro modo pensaría en su matrimonio, en la terrible desilusión del marido por el aborto y en el enorme aburrimiento.

De pronto oyó el piano desde la sala. Alguien tocaba una vieja canción alemana sobre un granjero y un rico mercader. Su padre solía cantársela. Pensó que desvariaba, hasta que recordó que les había dicho a los Steiner que su hija podía practicar en el piano una hora todas las mañanas. Oyó que los Steiner hablaban. Como hacía tanto calor, la ventana de la cocina estaba totalmente abierta. También oyó la voz del cuñado de Steiner. Marjorie deseó que el cuñado no se quedara demasiado tiempo. Lo que había comenzado como un fin de semana se había convertido ahora en visitas frecuentes. Decía ser maestro encuadernador de Coburg, en Turingia; pero el oído de Marjorie para el acento alemán lo ubicaba en Sajonia, ahora en la zona rusa. La tonada era inconfundible y levemente ridícula. Cuando lo oyó, de nuevo, a través de la ventana abierta, apenas pudo evitar una sonrisa. Pero cuando escuchó con más cuidado lo que decía, la sonrisa se le borró. La discusión se encendió y la voz del cuñado se volvió amenazante y ofensiva. El ritmo de su hablar, el agudo acento sajón y el gran uso de la jerga del soldado alemán, le hacía

difícil a Marjorie seguir la conversación; pero de pronto sintió miedo. Su intuición le dijo que esta visita no era un pariente de los Steiner, y que, de alguna manera terrible, su presencia y su furia estaba conectada con su esposo y la tarea secreta en la que él estaba. Oyó que cerraban la ventana y no escuchó nada más. Marjorie decidió no preocuparse. Es demasiado fácil dejarse llevar por la imaginación en una ciudad como ésta.

El correo llegaba todos los días a la una, trayendo documentos clasificados, en una caja metálica cerrada con llave. Siempre era puntual. Ella esperaba su visita y sabía que él también la esperaba. Generalmente, se hacía tiempo para un café y un bocado. Le gustaba el tradicional *Süssgebück* alemán y *frau* Steiner era una experta en diversos panes de miel y especias, y a veces más complejos, rellenos de mazapán y con un baño espeso de almendras tostadas. Según la tradición, los amantes intercambian Lebkuchen, y aunque la relación entre Marjorie Dean y el joven cabo era tan correcta que parecía estirada, había, a veces, un algo de flirteo en la elección de los panes y tortas.

Ese día especial, *frau* Steiner había preparado bizcochos de avellana. Sobre la mesa de la cocina había una fuente llena, cubierta con una servilleta almidonada. Al lado, había puesto café, y el colador y una de las carpetas de encaje antiguo que figuraban en el inventario de la vieja casa. Generalmente se encontraba con que el cabo Douglas Reid-Kennedy traía algún chisme o rumor. A veces, ambos hablaban de su infancia en Nueva York. Los dos se habían criado allí y Douglas insistía en que recordaba a la linda niña que siempre se sentaba en el mismo banco de la iglesia, con su padre y su hermano. Una vez, él le contó todo sobre sí mismo y su familia. Su padre había nacido en Hamburgo. Había emigrado a los Estados Unidos en 1925, después de perderlo todo en la época de inflación. El padre había cambiado el nombre por el de Reid-Kennedy después de conocer a unos vecinos que no querían a los alemanes, y lo decían. Sin embargo, en la década del treinta, ser alemán se convirtió en una ventaja. El judío del Departamento de Logística del ejército norteamericano que en 1940 les dio un contrato para producir sintonizadores para los bombarderos B-17, pensó que eran refugiados del hitlerismo.

El contrato con el ejército significó un cambio para la suerte de los Reid-Kennedy. El padre amplió las instalaciones y tomó más obreros. De subcontratista de accesorios de radio, con cuatro empleados, al fin de la guerra habían reunido una ganancia de casi dos millones de dólares. A Douglas lo mandaron a una escuela particular, muy distinguida, donde

adquirió un acento de un millón de dólares; pero, de todos modos, no consiguió que el comité de selección de oficiales del ejército norteamericano lo aceptara. En el momento le cayó mal pero terminó por aceptar que, probablemente, tenían razón; era demasiado irresponsable y demasiado haragán para ser oficial. Miren en cambio al mayor Dean, que parecía trabajar las veinticuatro horas del día y no tenía tiempo para emborracharse, ir detrás de las mujeres o hacer amistades entre los verdaderos berlineses.

Tratarse con los «verdaderos berlineses» era una de las ocupaciones favoritas de Douglas. Era sorprendente la gente que conocía: miembros de la aristocracia alemana; una estrella de cine nazi, un domador de leones profesional, escultores y pintores, dramaturgos radicales y exoficiales de la Gestapo con precio puesto sobre las cabezas. Y si uno buscaba una cámara nueva o alguna antigüedad codiciada, Douglas sabía dónde los nuevos pobres vendían sus mercaderías a precios baratísimos. Douglas era joven y divertido, era conversador y un jugador que podía perder un poco de dinero sin lamentarlo mucho. Era demasiado joven cuando tuvo que intervenir en la guerra; la política no le importaba un rábano; y, en cuanto al ejército, hacía lo estrictamente necesario para no incurrir en falta hasta el día feliz, muy feliz, en que volvería a su casa. En resumen, Douglas era tan distinto de Hank Dean como es posible serlo entre dos personas.

De modo que fue una sorpresa encontrarse ante un cabo Reid-Kennedy cambiado, serio y apagado. Hasta la ropa era distinta. Sus tareas en el ejército le permitían llevar ropa civil, y le gustaba vestirse a la manera algo ostentosa del nuevo rico berlinés. Elegía camisas de seda y chaquetas de cuero suave y ropa de caza hechas a mano que quedaban bien en un Porsche plateado. Pero ese día tenía puesto un traje azul barato, lustroso en los codos y abolsado en las rodillas. Y no tenía el reloj de pulsera de oro, ni el anillo de su fraternidad, ni la gruesa pulsera de identificación de oro. Parecía uno de los tantos refugiados polacos que iban de puerta en puerta, ofreciéndose para changas por una comida.

Se sentó en la cocina y no tocó el café ni los bizcochos de avellana. Le preguntó si podía servirse un *whisky*. Marjorie quedó sorprendida, pero trató de no demostrarlo. Puso la botella sobre la mesa, y Douglas se sirvió una medida triple y la bebió de un golpe. Levantó la vista y le preguntó si sabía que el mayor Dean se encargaba del «sector policial», pero no sabía qué significaba eso. Siempre había supuesto que era un oficial de enlace entre el ejército norteamericano y la policía de Berlín occidental; tenía que sacar soldados borrachos de la cárcel, y ocuparse de todas esas chicas alemanas que

querían ser señoras casadas en los Estados Unidos, pero de pronto descubrían que estaban solas, en Berlín, y embarazadas. Douglas le explicó lo que eso realmente significaba: el mayor Dean ordenaba todo el material de inteligencia que se obtenía para lograr un panorama completo de la Volkspolizei de Alemania Oriental. Lo malo era que se interesaba tanto en su trabajo que había cruzado al Este, para echar una mirada personalmente.

Ella bebió un poco de café recién hecho y probó los bizcochos. Douglas le dio unos minutos para pensar en la situación, antes de hablar de nuevo. Finalmente le dijo:

—Marjorie, tiene que comprender que a su marido lo están reteniendo en Berlín Oriental, y que la acusación es de espionaje. Y allá no es juego; pueden llegar a ejecutarlo.

Mientras lo decía, le tocó la muñeca a través de la mesa. Fue un cambio repentino en la relación. Hasta ahora, siempre la había llamado señora Dean y la había tratado con toda la consideración debida a la mujer de un mayor. Pero ahora, el problema que compartían, y el hecho de ser casi de la misma edad, los unía, a la vez que los separaba del hombre mayor que ocupaba el centro del problema. De pronto, Marjorie se echó a llorar, despacio al principio y luego con los terribles sollozos convulsivos de un ataque de histeria.

Hasta tal punto había tratado de borrar todo lo ocurrido después que ella había llegado a perder toda noción precisa del orden en que ocurrieron los hechos. Douglas hizo largas llamadas telefónicas. A la casa llegó gente que luego se fue. Había una posibilidad, dijo él. La policía de Alemania oriental no había transferido la custodia del mayor Dean a los rusos de Berlín-Karlshorts. Ofrecían intercambiar a Dean por un documento robado en la sede de la policía de Berlín Oriental la semana anterior. Ella dudó. La caja de hierro estaba empotrada en la pared, escondida detrás del escritorio, en la biblioteca. Le dijo a Douglas que ella no tenía la llave y no sabía la combinación. Douglas no la creyó. ¡Se trata de su marido, señora Dean! Por fin, ella abrió la caja y lo sacó. Leyeron el documento que pedían los alemanes del Este. Tenía unas cuarenta y nueve páginas mimeografiadas en papel ordinario de color rosado. Había tenido números de archivo tachados ahora con tinta negra. Los bordes del papel estaban descoloridos por el sol y Marjorie pensó que el informe no podía ser tan secreto si había estado tanto tiempo al sol como para perder el color.

Se preguntó si no debía telefonar al jefe de Dean, pero Douglas le recordó cómo era: ¿Podía imaginarlo asumiendo una responsabilidad? No daría su consentimiento ni para pasarles un pañuelo de papel a los alemanes

orientales. No, le pasaría la responsabilidad a Frankfurt y tendrían que esperar una semana la contestación. Para entonces, el mayor Dean ya estaría en Moscú.

Pero ¿cómo podemos estar seguros de que ese documento no es de vital importancia? Douglas dijo que era de vital importancia sólo para el funcionamiento de Alemania Oriental, a quien se le había robado de su caja fuerte. Ahora lo quería de vuelta para olvidar todo, lo antes posible. Estas cosas pasan todos los días. A Marjorie le seguía preocupando la posible importancia del documento. «Mire usted misma», dijo Douglas, pero Marjorie no entendía la redacción oficial, cargada de un vocabulario técnico, de ese informe sobre la organización policial en la Zona Oriental. «¿Cree que una persona como su marido guardaría algo realmente importante en la caja fuerte de su casa?». Marjorie comprendió que no era probable.

Marjorie recordaba que Douglas la hizo ir al cine. Vio Jolson Canta Otra Vez. El diálogo estaba doblado en alemán, pero las canciones eran los registros originales. No volvió a casa hasta tarde. Había una puesta de sol magnífica, detrás de los árboles, en el Grönewald. Al cruzar el jardín hasta la puerta del frente, le pareció que las rosas habían florecido. Fue solamente cuando se acercó a verlas que descubrió que, tras las matas de rosas, la pared blanca estaba salpicada de sangre. Se puso histérica. Corrió torpemente por el jardín de atrás hasta el departamento que ocupaban los Steiner, pero nadie contestó su llamada. Entonces llegó Douglas con un Opel Kapitän negro y la persuadió de pasar la noche en el departamento para visitas importantes del cuartel. Había conseguido el permiso necesario. No volvió a la casa hasta que Dean retornó del Este. La Volkspolizei había cumplido su palabra: tan pronto como el documento devuelto fue verificado, llevaron al mayor Dean hasta la barrera de control. Desde allí tomó un taxi. Ella jamás volvió a ver a los Steiner. Debido a su insistencia, los Dean se mudaron a una casa más pequeña y moderna en Spandau. Poco después Marjorie quedó embarazada y durante un tiempo pareció que el matrimonio se llevaba bien; pero ahora, un abismo separaba a Hank Dean de su joven esposa.

La investigación, superficial, fue conducida a puertas cerradas y jamás se dieron a conocer los resultados. Se admitió que el documento entregado a la Volkspolizei era un documento que se originaba en esa fuerza alemana oriental. Ya había pasado por los analistas de Dean y, en todo caso, no iba más allá del grado confidencial. Al cuñado de Steiner lo encontraron flotando en el río Spree, bárbaramente golpeado «por una persona o personas desconocidas» antes de morir. En el expediente, lo describieron como

«persona desplazada». El testimonio de la señora Dean, la disputa del hombre con Steiner, fue rechazado como «rumor inadmisibles». Al mayor Dean lo reprendieron por llevar documentos oficiales a su casa y lo sacaron del cargo. La señora Dean fue eximida de toda culpa. El cabo Douglas Reid-Kennedy llevó la peor parte. Era inevitable que sobre él cayera la furia de la investigación porque era un recluta. Reid-Kennedy no tenía una carrera militar que arriesgar; ni siquiera era oficial. Sin embargo, por su mansa aceptación de los resultados fue recompensado con una transferencia a un campamento de reclutamiento del ejército norteamericano en Nueva Jersey, un ascenso y una baja temprana.

Y, sin embargo, los hechos de esa semana en Berlín fueron traumáticos para Douglas Reid-Kennedy y los Dean. Hank Dean sabía que jamás le volverían a asignar un puesto tan importante y delicado como el que había perdido. Un par de veces sus camaradas le hicieron objeto de desprecio. Se dio a la bebida. Tanto como para que el ejército lo enviara a un hospital militar de dipsómanos, cerca de Munich. Entonces, Marjorie se llevó el hijo recién nacido, Henry Hope, a la casa de sus padres en Nueva York. Se encontró con Douglas. La primera vez ocurrió por casualidad; pero, finalmente, la relación se hizo seria y luego permanente.

Parecía que la pesadilla había pasado; pero, en realidad, recién comenzaba. En la universidad, Douglas había sido boxeador peso pesado bastante bueno. Estaba por llegar a ser campeón del Estado cuando, con un golpe desgraciado, lastimó seriamente a un contrincante. Douglas nunca volvió al *ring*. Fue el mismo tipo de bolo punch que usó para terminar con el falso cuñado de Steiner. El hecho de que el hombre fuera un chantajista y un espía de Alemania oriental, persuadió a los investigadores de la conveniencia de tapar el asunto. Pero los rusos no estaban dispuestos a olvidarlo. Tres años después de los incidentes de Berlín, Douglas recibió la visita de un joven, de cara aniñada, que le presentó la tarjeta de una compañía polaca que hacía transistores. Después de cambiar las corteses palabras de rigor, le dijo que, por medio de testaferros, la compañía para la que él trabajaba poseía el treinta y siete por ciento de las acciones de la compañía Douglas. Se daba cuenta de que el treinta y siete por ciento no era el cincuenta y uno por ciento, le dijo sonriente; pero era suficiente para ejercer un control real. Podían inyectar dinero en la compañía o dedicarla a hacer hojitas de afeitar o desmantelarla, convirtiéndola en una inmobiliaria. El joven le recordó a Douglas que había matado a uno de sus «empleados», y Douglas comprendió que la KGB era ahora dueña de su compañía. Le ofrecían pagarle, todos los años, con sus

propias acciones, si aceptaba trabajar para ellos. Le dirían exactamente qué contratos sobre electrónica debía conseguir del gobierno norteamericano, y sus espías averiguarían cuánto ofrecían las compañías rivales. En cambio, exigían una corriente continua de información técnica sobre toda la industria electrónica de los Estados Unidos. Si Douglas se negaba a trabajar con ellos, llevarían su compañía a la quiebra y «ejecutarían» a toda la gente mezclada en los hechos de aquella noche: Marjorie, los Steiner, la hija de los Steiner y al mismo Douglas. Douglas pidió una semana para pensarlo. Aceptaron. Sabían que la respuesta sería «sí».

Cuando terminó su relato, se sirvió otro cognac grande y bebió un poco. El mayor Mann se acercó al acondicionador de aire y movió la llave, de mediano a más frío. Se quedó allí para recibir directamente el aire frío. Se volvió y la obsequió con su sonrisa más encantadora:

—Muy bueno —dijo—. Quiero que sepa que lo considero muy bueno. Es claro que ha tenido como veinte años para prepararlo y agregar algunos detalles interesantes; pero, ése fue también el caso de Tolstoi. Si recuerdo bien, Tolstoi tuvo treinta años.

—¿Cómo? —dijo ella frunciendo el ceño.

—Ese cuento —dijo Mann—. Mi compañero se vuelve loco por los cuentos de espías.

—Es cierto —dijo ella.

—Es literatura —dijo Mann—. Es más que una mera antología de mentiras y excusas, ¿es literatura!

—No.

—Douglas Reid-Kennedy se afilió al Partido Comunista cuando todavía iba a la escuela. Lo adiviné en cuanto supe que sus dos compañeros más íntimos entraron en el PC y él se mantuvo alejado de ese alegre grupo de *racconteurs* parrandistas; ¿lo pronuncio bien, señora Dearl?, *racconteurs*. ¿Eso es lo que su amigo, el cabo Douglas Reid-Kennedy, era en sus días libres, con los tipos de la Gestapo y las estrellas de cine? Bueno, en cuanto sé que en el colegio un tipo no acompaña a sus camaradas a cantar *La bandera roja*, pienso que, o el tipo no es el divertido *racconteur* que todo el mundo cree o que el Partido Comunista le ha dado un número secreto y le ha dicho que no abra la boca. Suelen hacerlo cuando encuentran un muchacho que trabaja en el Departamento de Estado, o un gremio, o tiene un padre que fabrica equipos electrónicos para el ejército de los Estados Unidos.

Mann atravesó la habitación y tomó la fotografía de Douglas en brazos del padre.

—Un gran muchacho, papá; pero hay que vigilar ese bolo punch. —Dejó la fotografía—. Si, tenía razón en cuanto a la carrera de boxeador de Douglas en la escuela... demasiado modesto, en realidad. Douglas dejó inválidos a tres muchachos, con ese golpe al cuerpo; un bolo es un upper cut al cuerpo, supongo que ya lo sabía, señora Dean, o no hubiera usado el término técnico exacto; y Douglas no abandonó tan fácilmente como dice usted. Le prohibieron volver a boxear, no solamente en la escuela sino también las autoridades de boxeo del Estado. Y no vayamos a pensar que nuestro Douglas es del tipo que no desarrolla sus dotes naturales. De convertir a la gente en inválidos pasó a matarlos. La KGB lo descubrió más rápido que el ejército norteamericano: supieron que gozaba con la tarea de matar gente. Esos asesinatos fueron una recompensa para él, no un trabajo.

—¡No! —exclamó ella.

Mann la miró servirse otro trago. Yo la había observado beber todo ese tiempo y creí que estaba usando toda su fuerza de voluntad para no emborracharse. Ahora me di cuenta que era justo lo contrario: quería emborracharse más que ninguna otra cosa en el mundo; pero en su estado mental actual, parecía que no lo iba a conseguir por mucho que bebiera.

—Si —dijo Mann, suavemente—. Cuando fue en viaje de ida y vuelta a París, su Douglas permaneció en la Isla Esmeralda. Fue a una pequeña granja, a un paso del camino, y asesinó a una familia alemana con una pala. Tres personas; los desenterramos entre la basura. Era un día húmedo en Irlanda, de modo que le pido disculpas si dejamos tejidos en descomposición en su alfombrado de pared a pared; el culpable es Douglas.

—No —dijo ella de nuevo; pero más despacio esta vez y sin tanta seguridad.

—Y toda esa fantasía sobre el informe policial. A mediados de la década del cincuenta, los alemanes orientales utilizaban su «policía de cuartel» como núcleo del nuevo ejército. Definamos los términos. Esa policía, de la que estamos hablando, tenía tanques y aviones MIG de combate, señora Dean. El «sector policial» era, posiblemente, la tarea más importante de la CIA en Alemania en ese tiempo. Fue por eso que le dieron ese destino a Hank Dean, y es por eso que se dedicó con toda el alma a la tarea, hasta que quedó exhausto mental y físicamente.

Mann hizo una pausa larga. Supongo que esperaba que ella discutiera o se pusiera histérica; pero no hizo nada de eso, excepto hundirse aún más en los almohadones y seguir bebiendo. Mann dijo:

—Douglas Reid-Kennedy era espía comunista, y llevaba ese traje azul barato porque acababa de llegar del Este, donde había estado con sus compañeros, planeando la trampa para su marido. Y su cuento descabellado, sobre la discusión con Steiner, no fue tomado en cuenta porque el hombre que pretendía ser el cuñado de Steiner no era un espía de Alemania Oriental, era uno de los mejores hombres de Dean. Era uno de los comunistas alemanes que escaparon a Rusia soviética, en 1938. Stalin lo devolvió a la Gestapo en 1940, como parte del trato para partir Polonia por la mitad y compartirla con los nazis. Ése fue el hombre cuya sangre salpicó los rosales por obra del cabo Douglas Reid-Kennedy. Tenía cosas importantes para decirle a Hank, y cuando lo retuvieron a Hank en el Este, se inquietó tanto que cruzó para ayudarlo. El espía volvió; pero a Hank lo metieron adentro.

—En la investigación no se dijo nada de que fuera espía de los norteamericanos —dijo ella.

—¿Le parece que la investigación iba a deshacer una red porque hubieran asesinado a un agente? No, lo dejaron pasar y prefirieron no averiguar demasiado, y eso fue una suerte para Reid-Kennedy.

—Sí —dijo ella.

—Y usted nos dice que la investigación amonestó al mayor Dean y a usted la exoneró de culpa. ¿Por qué cree que lo hizo? Lo hizo porque Hank se aguantó y recibió toda la mierda que caía sobre usted. Claro que lo amonestaron por descuidar los documentos, porque no les dijo que usted y su maldito amigo abrieron la caja fuerte y lo traicionaron de todas las maneras posibles...

—No, dijeron...

—No discuta conmigo. Acabo de leer las actas. Y no me diga que lo creyó a Reid-Kennedy, y todo ese cuento que le hizo de devolver los documentos a la autoridad policial. Usted vio que los números de archivo habían sido tachados. Es lo primero que hace un espía con documentos secretos para que no se pueda saber de dónde fueron robados. Y hasta el jefe de policía de Berlín Oriental se las vería en figurillas para explicar cómo todos los documentos que tiene en su caja fuerte tienen el número de archivo testado. Y usted lo sabía tan bien como cualquiera, así que no me venga con cuentos.

Se acercó a ella, pero la mujer no levantó la vista. Él tenía la cara roja y la frente brillante. Hubiera sido fácil pensar que él era el interrogado, porque la mujer parecía tranquila e indiferente.

—Pero no tenía nada que ver con los documentos —dijo Mann—. Ése fue un baile cuidadosamente planeado en Moscú, exclusivamente para

comprometer a Hank Dean. Apostaría todo lo que tengo a que le ofrecieron todas las posibilidades de ocultar todo. Tanto cuando estaba en la prisión, en Berlín Oriental, como después que volvió. Pero Hank sabía que se trataba tan sólo del primer paso para hacerlo doble. Prefería terminar como alcohólico. El borracho, por lo menos es dueño de su alma. ¿No es así, señora Dean? Estamos hablando de su marido, ¿lo recuerda? —Se alejó de ella—. O quizá prefiera no recordar después del daño que le hizo. Porque arruinarle la carrera no fue bastante para usted, ¿no es cierto? Tuvo que seguir engañándolo, con todos, en el cuartel. Y usted no era ninguna *snob*. No se contentó con el club de oficiales. Tuvo que meterse con el infeliz que traía el correo oficial. Claro que entonces no se dio cuenta de que Douglas se le había acercado a indicación de Moscú...

—¿Cómo?

—Y, finalmente, Reid-Kennedy recibió la orden de convertir su relación con usted en algo lo más permanente posible: la esposa no puede declarar contra su marido, ¿no?

—Hank no quiso divorciarse.

—Y creo que sabemos por qué. Sospechó la verdad sobre Reid-Kennedy y no le iba a dar esa protección total.

—No —dijo ella.

—Usted creyó que era su buena educación, o esa cortesía anticuada del Sur que había aprendido en novelas baratas. Douglas ocupó la cima, su cama, y no tuvo que luchar mucho. Diría que aquella pequeña conversación con el café y el *Süssgebück* tuvo lugar, no en la cocina, sino en la cama de Hank Dean. Allí fue donde se enteró de que esos degenerados tenían a su marido.

—No —dijo ella—. No, no, no.

—Y le diré algo más que Hank Dean se guardó para sí...

Hizo una pausa. Ella debió saber que venía porque bajó la cabeza como el que espera un golpe en la oreja.

—Henry Hope es hijo de Reid-Kennedy.

—No es cierto —dijo ella—. ¡Lo juro! Dígallo en público, y le hago un proceso por todo lo que tiene. ¡Se lo haré pagar!

—Está bien, no puedo probarlo; pero miré el registro militar de Hank para saber su grupo sanguíneo. Y el de Henry Hope fue fácil, porque da sangre en el hospital local... —Mann hizo un gesto y sacudió la cabeza.

—¿Se lo dijo? —preguntó ella—. ¿Se lo dijo a Henry Hope?

—No, no se lo dije, señora Dean, porque será mejor para su hijo crecer creyendo que su padre es un gran tipo como Hank, en vez de un sinvergüenza

asesino como Reid-Kennedy podría ser. Así que lo guardamos para nosotros, señora Dean. Sobre eso hacemos un pacto.

—Pobre Henry Hope —dijo ella suavemente. Su voz era borrosa: al fin la vencía el alcohol.

—La semana pasada recibieron gente en el barco —dije yo—. ¿Quién subió a bordo el lunes? —Me lanzó una mirada envenenada.

—De modo que su amigo habla. Estaba empezando a creer que era como una de esas muñecas inflables, a las que les hacen propaganda en las últimas páginas de las revistas pornográficas.

Le pasé el pedazo de papel en el que había anotado las fechas de las páginas faltantes en el libro de visitas al barco.

Lo miró con furia, y dijo:

—Cuando se reciben hombres de negocio en el barco, se consigue una deducción en el impuesto. Douglas siempre le hacía firmar a la gente, para poder reclamar la deducción pertinente. Era obsesivo en ese punto.

—¿Quién fue?

Tanteó para encontrar los anteojos metidos en el costado del sillón. Cuando se los hubo puesto leyó las fechas con concentración estudiada.

—No se lo podría decir —dijo—. Mi memoria no anda bien estos días; Douglas siempre me hacía bromas por eso.

—No me gustaría que se equivocara sobre la importancia que esto tiene para nosotros —dije.

—Es cierto —dijo Mann. Señaló con un dedo al barco, anclado más allá de donde las palmeras se mecían en el viento—. Ahí tiene una bomba de tiempo, señora Dean. A las 10:30 tendré que informar. El lugar se llenará de policías, reporteros y fotógrafos, y todos le gritarán, ¿entiende? —Miró el reloj—. De modo que tiene sólo dieciocho minutos para decidir cómo jugarlo, y de las decisiones que tome dependerá que pase el resto de su vida como una millonaria o en la prisión estatal de mujeres, con la leyenda «no excarcelable» en su expediente.

Lo miró a Mann, por un momento, y luego a su propio reloj pulsera como para verificarlo.

—Diecisiete minutos.

—Douglas manejaba un negocio legítimo. Si empieza a pensar que estaba mezclado con lo otro, nunca podrá desenredarlo.

—Deje que nosotros nos ocupemos de eso —dije.

—Los grandes contratos con el gobierno no se consiguen sentado al lado del teléfono, esperando que suene. Douglas se deshacía por mantener sus

contactos, y ellos esperaban que lo hiciera.

—¿Quién fue?

—Gente del comité del senado.

—¿Qué comité del senado?

—Cooperación Científica Internacional... o algún nombre así. Usted debe conocerlo.

—Lo conocemos —dije—. ¿Entonces, quién vino aquí?

—Sólo para excursiones de pesca, y no había quien me hiciera subir al barco cuando estaban de pesca. No llegué a conocer a muchos de ellos. Eran solamente compañeros de pesca de Douglas. Como le dije, era solamente social, Douglas sólo lo anotaba como negocio para poder beneficiarse con la reducción de impuestos.

—¡Nombres! —gritó Mann—. ¡Nombres, maldito sea!

Ella derramó la bebida.

—El señor Hart. El señor Gerry Hart, ayudó a mi marido a conseguir otros contratos del gobierno.

—¿Me permite su teléfono, señora Reid-Kennedy?

Los relucientes edificios del gobierno que dominan Washington DC, están hechos de mármol, acero, cromo y vidrios de color, y desde el techo de cualquiera de ellos se puede ver la mitad del mundo... si uno es un político.

Los edificios no tienen nombres; sólo números e iniciales FOBS son los edificios de las oficinas del gobierno, federal y HOBS los de las oficinas del Congreso. Esa oficina de lujo, en la que el senador Greenwood bebía Martini y se arreglaba las uñas de los pies gratuitamente, mientras contemplaba el tránsito que volvía por el camino del río Potomac sin perder de vista la Casa Blanca, estaba en un edificio del Senado, un SOB.

Los pesados cortinajes de seda estaban enteramente descorridos para dejar ver la ciudad a través del gran ventanal. Alcancé a divisar el río Potomac y, más lejos, el canal Washington. Sus aguas reflejaban el cielo y no tenían color, como si fueran dos puñales de hielo hundidos en las entrañas de la ciudad. Greenwood se paró a nuestro lado, para admirar la vista por un momento.

—A esta hora, generalmente tomo un *whisky* con ginger —sonrió y apartó un mechón de pelo de los ojos—. Un senador con bastante pelo como para tener que apartarlo de la cara tiene motivo para sonreír, aun sin la habitación suntuosa, el moblaje importado y el mueble de palo de rosa lleno de bebidas—. ¿Qué toman, muchachos?

—Agua tónica —dije.

—*Whisky* y ginger me vendría muy bien, señor —dijo Mann.

—Creí que me dirían que no beben mientras trabajan —dijo Greenwood. Echó un poco de hielo en vasos que estaban lo bastante fríos como para blanquearse, e hizo saltar los corchos de tres botellas; se oyeron tres pequeños escapes de gas.

—Nunca podría beber una copa, si adoptase esa conducta —dijo Mann.

—¡En efecto! ¡En efecto! —dijo Greenwood, distraídamente como si ya hubiera olvidado el comienzo de la conversación. Colocó los vasos sobre las

mesitas antiguas que estaban cuidadosamente ubicadas cerca de las sillas Barcelona, frente a su escritorio. Era un mueble moderno: apenas dos caballetes de acero inoxidable que sostenían una placa de vidrio blindado. Rodeó el escritorio y se sentó en su sillón giratorio italiano. El escritorio no tenía frente; y los papeles, distribuidos sobre la mesa de vidrio, parecían flotar en el aire. Quizá Greenwood quería mostrar que no tenía un Derringer sobre las rodillas.

—El señor Gerry Hart —dijo Greenwood, como anunciando que las cortesías habían terminado.

—Sí —dijo Mann.

—Tengo el informe.

—No es un informe, senador —dijo Mann—. Es solamente un memorándum reservado, para usted.

—Bueno, no estoy demasiado al corriente de la jerga de la CIA —dijo Greenwood, con un tono que no alentaba otras indicaciones. Sonrió. La sonrisa de Greenwood mostraba dientes muy iguales, muy blancos. Como sus ojos atentos, sus asentimientos sinceros, y pensativos silencios, las sonrisas de Greenwood eran las de un hombre que está pensando en algo más importante. Era buen mozo, más hombre de ciudad que del interior; pero, a algunas mujeres eso les gusta más. Con ocho kilos menos habría despertado admiración en una piscina de natación; pero con su traje a medida de mohair gris claro y mocasines hechos a mano, las manos manicuradas y la cara entalcada como un pan casero recién horneado, lo vi como un posible galán. Al venir en el auto, habíamos jugado al «Quién es quién en una palabra»; la palabra de Mann para Greenwood fue «mierda»; la mía fue «un actor»; pero no cabe duda de que la palabra de Greenwood para sí mismo sería «juvenil».

Greenwood nos obsequió con otra de sus sonrisas deslumbrantes y dijo:

—La verdad, muchachos, es que nosotros, los políticos, estamos demasiado ocupados con los apretones de manos para dedicarle tanto tiempo a la lectura.

—No me diga —dijo Mann.

—Bueno, quizá debería decir en defensa propia que leo unas cien mil palabras por día: es decir, más que una novela corriente. —Eso es lo que me gusta en los políticos, aun en la autocrítica no personalizan.

—Su influencia e importancia en el Senado lo ha convertido siempre en blanco de la gente ambiciosa y sin escrúpulos, senador... —dijo Mann. Vi que Greenwood comenzaba a hacer un gesto de superioridad. Mann siguió un poco más apresurado... y cuando se incorporó a la Comisión del Senado

para la Cooperación Internacional... —Greenwood sonrió para mostrar que reconocía que Mann recordaba el nombre correctamente—... usted se convirtió en uno de los hombres más poderosos de todo Estados Unidos, senador.

Greenwood asintió brevemente con la cabeza.

—Antes de que siga, mayor, quizá debería recordarle que la CIA tiene una oficina en el Senado que se ocupa de los contactos con todos ustedes.

—Queremos mantener acceso limitado en el caso —dijo Mann.

—Acceso limitado. Oigo hablar de acceso limitado demasiado a menudo a su gente.

—Una gestión regular, a través de la oficina de la CIA en el Senado, probablemente despertaría las sospechas del señor Gerry Hart.

—¿Y usted no quiere que sospeche nada?

—No, señor. No lo queremos.

—Estamos hablando de material secreto de importancia que se ha filtrado en la URSS; por medio de una red de espionaje.

—¿Gerry Hart trabaja para los rusos? —preguntó Greenwood. Bebió parte de su *whisky*—. Solía trabajar con ustedes... ¿lo sabía?

—Por eso sabe cómo hacerlo pasar. Exacto, senador, lo entendió —dijo Mann, simulando satisfacción al ver que Greenwood pensaba como él—. Y ahora, queremos ver la casa que Gerry Hart tiene cerca de Brandywine.

—Y su apartamento en Georgetown —dijo Greenwood fríamente.

Mann asintió.

—Y... —dijo. Agitó una mano extendida en una duda momentánea. Aun a través del vidrio doble, oímos la sirena de la policía. Era una limusina Lincoln, con banderines, y escoltada por tres policías en motocicleta. Los miramos cruzar el puente, probablemente rumbo al aeropuerto.

—Y en su oficina —dijo Greenwood.

—Y su oficina. Sí, eso es.

—Y sin embargo, mayor, me dice que no tiene pruebas incontestables —dijo Greenwood. Se echó atrás en su sillón y dio un golpe suave con el pie como para girar lo suficiente para divisar el Potomac. El agua parecía muy quieta y se oía el ruido suave de un avión a chorro.

—Depende de lo que usted llame prueba incontestable —dijo el mayor Mann, tristemente—. Ese nombre nos llegó cuando seguíamos otra línea en la investigación.

Sentí la indecisión de Mann mientras se preguntaba si acentuar nuestras sospechas acerca de Gerry Hart, o disminuirlas y sugerir que todo lo que

queríamos era una verificación de rutina que eliminara a Gerry Hart de nuestra lista de sospechosos. Decidió no insistir y bebió parte de su *whisky*, mientras observaba a Greenwood inquieto.

Greenwood levantó uno de sus lujosos zapatos lo suficientemente alto como para atar el cordón.

—Lo que quiero decir con prueba incontestable, mayor —dijo con una voz suave y ronca como la que le había oído usar en la campaña electoral—... lo que en realidad todo el mundo, en este país, quiere decir por prueba incontestable, es algo que demuestre que un hombre es culpable, a través de un debido proceso. —Levantó la vista del cordón y le sonrió a Mann.

No había necesidad de entrar en definiciones; todos sabíamos lo que iba a ocurrir. Pero Mann dio todos los pasos.

—Estamos en la etapa preliminar de una investigación compleja y extremadamente delicada, senador. No tenemos pruebas incontestables como usted la define, pero eso no significa que la tal evidencia no exista. Ahora le pido su ayuda para que podamos conseguirla, o excluir al señor Hart de la investigación.

Greenwood miró fijamente a Mann y dijo:

—Bien, decidí permitirles a ustedes que vinieran aquí para verlos de cerca. Bien, ahora los he visto y no me gusta lo que veo. —Los dos hombres se miraban a los ojos—. Así que ¡fuera! —dijo Greenwood—. Y llévese al hombre de la valija. —Apartó la vista de Mann para señalarme.

Mann se levantó sin decir una palabra y yo hice lo mismo.

Greenwood no se levantó. Dijo:

—¿Pensaron realmente que entregaría a Gerry Hart a su jauría?

Mann le hizo una breve y fría sonrisa y dijo:

—¿A la nieve quiere decir? Bueno, senador, será mejor que se asegure que Gerry Hart no lo tire de la troika cuando él quiera fustigar los caballos.

—Ya me oyeron —dijo Greenwood suavemente—. ¡Fuera!

Dejó que llegáramos a la puerta, antes de hablar de nuevo. Cuando lo hizo, su voz y sus maneras de hacer tuvieron toda la cortesía de antes.

—Ah, mayor Mann —dijo, y esperó hasta que Mann se volviera para enfrentarlo—. Por si acaso piensa presentar algún informe que me señale como no cooperador, permítame decirle de nuevo que yo sólo trato con la gente de la CIA si se sigue el camino correcto: a través del Senado. De modo que no vaya yo a enterarme que están viendo a alguien que trabaja en mi oficina, hasta que lo hayan arreglado conmigo por la vía correcta. ¿Lo ha entendido, mayor?

—Sí, senador. Ha explicado su posición con toda claridad.

Mann se mantuvo en silencio mientras caminábamos hasta el auto. Durante lo que me pareció horas, anduvo sin rumbo por la ciudad: por calles elegantes de Georgetown, donde Gerry Hart tenía su elegante apartamento; más allá del bien cuidado césped de la Casa Blanca, descolorido ahora por las heladas invernales; y a través de los barrios negros y, de vuelta, por el camino del Inner Loop.

Cuando Mann habló por fin, sin contar las maldiciones masculladas contra otros conductores, dijo:

—La semana pasada tuvimos a ese ministro de Relaciones Exteriores de alguna pequeña república de África occidental, obsequiado con un almuerzo por el Departamento de Estado... al día siguiente, dio un paseo por la ruta y lo echaron de un puesto de chorizos de un campesino de Virginia.

—Cierto —dije cortésmente. Era una de las anécdotas conocidas de Washington, y, como la mayoría de los cuentos de Washington, era verdadero.

La mente de Mann seguía trabajando.

—Aquí en Washington tenemos una Corte. No es un gobierno, es una Corte. ¿Me entiendes?

—No.

—Como en un palacio medieval... el presidente trae a su gente y barre a los anteriores. Algunos son hombres que han sido elegidos... otros, son de afuera... cortesanos: bufones, acróbatas, prestidigitadores... muchos charlatanes.

—Caballeros, villanos y quijotes —agregué—, caballeros y damas de la corte..., es una manera de verlo.

El tráfico se detuvo, y Mann lanzó una maldición. Uno de los enormes edificios gubernamentales se estaba vaciando, y un gran río de empleados se desparramó entre el tráfico detenido.

—¿Y qué es Greenwood? —le pregunté—. ¿Bufón, comodín, monigote?

—El favorito de la corte. El rey lo escucha, y tiene un ejército de personas que lo apoyan. —El tráfico comenzó a moverse de nuevo, los peatones se desparramaron y Mann le dio a la bocina, aceleró repentinamente y cambió de carril, con un atrevimiento que hizo gritar a un camionero—. No sólo de gente que le debe un favor y los que quieren que él les deba uno —dijo Mann—, sino también todos esos degenerados que nos odian obsesivamente. La CIA tiene muchos enemigos, y nadie nos va a agradecer que los movilizemos bajo la bandera de Greenwood.

—¿Pero tú no habrías hecho lo mismo que Greenwood?

—¿Qué hizo?

—Nos frenó —dije—. No tiene interés en que lo deshagamos a Hart y salpiquemos sangre y mierda sobre toda la gente de su comisión. Lo que creo es que va a remolcar a Gerry Hart, despacio, hasta el medio del océano, y lo hundirá lejos de la costa.

—¿Tratas de levantarme el ánimo? —dijo Mann, amargamente—. Si Hart es el agente de alto voltaje de la KGB que los dos estamos empezando a pensar que es, todo el operativo podría pasar a otras manos para entonces. Y hasta, quizás, hacerse humo él también.

—¿Y vas a atreverte a atacar a Hart directamente?

—Por ahora, no.

—¿Apuntas más alto? —le pregunté.

Mann se rió.

—¿Al presidente, quieres decir? Como en esos filmes en que un viejo actor de pelo blanco, que uno creía muerto hace muchos años, nos da un solemne apretón de manos, diciéndonos: éste es el último acto, muchachos, vayan y pónganse en línea para el foco suave. No, nada de eso; pero puedo conseguir que a Greenwood le corra frío por la espalda.

—¿Cómo?

—¿Tiene miedo de que lo salpique la sangre de Gerry Hart? Le frotaré la nariz en ella.

—¿Cómo?

—¿No quiere cooperar? Bueno, le mostraré algunos trucos. ¿Tiene miedo de lo que puedan decir sus amigos si lo ven cooperar con la CIA?... Bueno, escribiré CIA en el cerco de su jardín, sí; y le mandaré una nota de agradecimiento todos los días. Convertiré a ese degenerado en el tema de Washington, lo convertiré en el reconocido delator de la CIA.

—Eso no le va a gustar.

Mann sonrió.

—¿No sería hermoso que le consiguiéramos una felicitación oficial?

Me pareció que dábamos vueltas en círculo. Dije:

—¿Pasamos la noche aquí, en Washington?

Mann se mordió el labio.

—Mi mujer enloquece en ese hotel... Hoy es mi aniversario de casamiento. Quizá tendría que comprarle algún regalo.

—¿Eso quiere decir que te quedas?

—Si ves una bombonería y algún lugar donde estacionar.

Decían que era el invierno más húmedo que se pudiera recordar; pero, por otra parte, siempre lo dicen. El cielo se había puesto color naranja sucio y ahora, la lluvia era fuerte.

Era uno de esos chaparrones tropicales que le recuerdan a uno que Washington DC está tan al Sur como Túnez. Mann había hecho funcionar el limpiaparabrisas y un halo de vapor se desprendía de la carrocería. Intentó sintonizar el noticiario, pero la estática y los cables de alta tensión bloquearon la transmisión. Mann sacó nerviosamente un cigarrillo del paquete y lo encendió usando sólo una mano. Le ofrecí ayuda, pero la rechazó.

Íbamos por la calle South Capítol, en dirección al camino Anacostia, mientras el mayor Mann todavía no había decidido si se quedaría en la ciudad para empezar a generar angustia para Greenwood, cuando el teléfono del auto sonó.

Contesté yo. Era la oficina de información de Langley.

—Mozo —dijo la voz.

—Jefe de claqué —dije yo—. Adelante.

—Mensaje de Jonathan. Fabián intentó suicidarse a las 14:30 de hoy. No está en peligro. Repito: no está en peligro, pero será hospitalizado durante siete o diez días. ¿Entendido? Cambio.

—Cinco por cinco, mozo.

—Loco de porquería —dijo Mann.

Langley dijo:

—Jonathan pregunta si debe informar a Ambrose.

Miré a Mann. Se mordió el labio. Le pasé el teléfono.

—¿Entendido jefe de claqué? —dijo Langley.

—Con todas sus letras, mozo. No se lo diga a nadie. Cambio y corto —contestó Mann. Colgó el teléfono.

Mann me miró de reojo. Me volví hacia él.

—Bueno, lo siento —dijo—. Es la necesidad de saber.

—Seguro —dijo enojado—. ¿O es cuánto se puede revelar? ¿Quién demonios es Ambrose?

Mann no contestó.

—Este personal de códigos A es de Operativos —dije—. Tenemos a alguien más trabajando en esta investigación... y no me lo dijiste.

—Era una tarea peligrosa —dijo Mann a la defensiva—. Y los datos clasificados como «necesidad de saber» significan que sólo aquellos que necesitan saber son informados.

—¿Así que de hoy en adelante va a ser así? —dije—. OK, pero después no te quejes.

—La señorita Bancroft —dijo Mann.

Ahora me tocó a mí quedarme callado un largo rato.

—¿Red? —dije por fin—. ¿Un agente código A? A mí me llevó diez años llegar.

Mann apagó el cigarrillo recién empezado.

—Código A temporalmente. Únicamente con la señora Bekuv. No toma decisiones... —señaló el teléfono con la mano—, no tiene acceso; lo oíste tú mismo, no archiva sino a través mío. Sólo la función de acompañante. —Dejó el cigarrillo, todavía humeante, en el cenicero y lo cerró.

—¿Cuánto hace que trabaja con la CIA?

—¿Todavía sigue lo tuyo con la señorita Bancroft? —La colilla despedía mucho humo. Mann golpeó el cenicero, para asegurarse que estaba cerrado, pero el humo siguió saliendo lo mismo—. ¿Sigue? ¿Todavía va en serio?

—No sé —dije.

—Sí, bueno, cuando un tipo dice que no sabe si una cosa así va en serio... todavía es serio.

—Supongo que sí —confesé.

—Bueno, tendrás que olvidarla por unos días. Vete a esa casa de locos y dale una lección a nuestro compañero Jonathan. Y dile al maldito profesor Bekuv que si quiere seguir con los suicidios y no sabe cómo, iré a darle una mano.

—OK.

—Y retuércele el brazo, muéstrale más fotos de Gerry Hart. Todavía sabe mucho más de lo que nos está vendiendo. —Mann abrió el cenicero de nuevo, y le dio el *coup de grace* a la colilla.

—Podría ir hasta Norfolk —ofrecí—. Si salgo inmediatamente, llegada tan rápido como con el avión.

Era una exageración. Mann sonrió.

—¿Y te detendrías en St. Petersburg en camino, quieres decir? Te detendrías para ver a la señorita Bancroft.

—Sí.

—Toma el avión, muchacho. Te dije que no la vieras. ¿Tengo que decírtelo por escrito?

—Pero...

—Somos amigos, ¿no es cierto? Amigos de verdad, quiero decir.

—Sí. —Lo miré a la espera de lo que seguiría a esas palabras solemnes y, para el mayor, tan extrañamente personales—. ¿Por qué?

Fuera lo que fuere lo que me iba a decir, cambió de opinión.

—Ah, sólo te iba a decir que te cuidarás. —Cambió de carril para salir de la ruta—. Te llevaré al aeropuerto.

Debí haber obedecido las órdenes. No lo hice y lo que ocurrió en consecuencia fue todo culpa mía. No quiero decir que hubiera podido modificar los hechos, era demasiado tarde para eso; pero hubiera podido salvarme del horror. O hubiera podido dejar que Mann me salvara, como ya estaba tratando de hacerlo.

18

Cuando Mann me dejó en el aeropuerto, fui directamente al local de autos de alquiler y averigüé cuál era el más veloz. Finalmente conseguí un Corvette Stingray. Mientras lo esperaba, compré una caja, en forma de corazón, con bombones de crema bañados en chocolate. La dama que atendía el mostrador pareció muy contenta de deshacerse de ella.

Mi auto era dorado, con tapizado de cuero genuino, un motor V-8 de 200 caballos; y, una vez en la ruta, apreté el acelerador y no lo solté en todo el viaje al Sur. Me dije que necesitaba un auto rápido para hacer una breve visita a Red, y llegar a Norfolk a tiempo para telefonar a Mann y convencerlo de que había tomado el avión. Pero al recordarlo, comprendo que el auto deslumbrante formaba parte de mi propósito de hacer que Red me amara tan desesperadamente como yo la quería a ella.

Red Bancroft, la señora Bekuv y tres relevos de pesados, estaban metidos en una casa en el campo, no lejos de St. Petersburg, Virginia. Era una noche oscura y me costó encontrar la casa. Mis faros pescaron un cartel que decía «Conexiones para tráiler y acompañantes». Había sólo dos tráileres conectados a la línea de electricidad y oí que la puerta de uno de ellos se abrió en cuanto me detuve. Salió un hombre. Al otro lado del camino había un cartel chico en el que se leía «Granja Pederson de Hierbas y Frutas - Particular». Estacioné, saliéndome del camino, junto a un cartel que me aconsejaba: «La próxima vez vuela por el cielo amistoso».

Sin casi decir palabra, me llevó al tráiler; pero no sin antes iluminar el interior de mi auto con una linterna, y examinar el baúl para ver si estaba solo. Dentro del tráiler había otros dos, hombres grandes, con pesadas chaquetas de lana con cierre relámpago y botas altas; pero las caras eran blandas y pálidas, y ninguno de ellos parecía ser de los que salen a acampar en pleno invierno. Detrás de los tráileres, vi tres autos y un par de perros guardianes atados a un poste.

—Supongo que es OK —dijo con desgana. Me devolvió la tarjeta y los papeles de la CIA por encima de la mesa—. Siga el sendero... a través del

portón amarillo cerca del cartel. Telefonaré a la casa para avisarles. —Apagó la luz antes de abrir la puerta del tráiler; era un hombre cuidadoso—. Dejemos que sea una sorpresa —dije.

Me miró interesado. Después me pregunté cuánto sabía de lo que estaba ocurriendo allí; pero no era de los que desoyen un buen consejo.

—Dese el gusto —dijo.

Dejé las llaves del auto sobre la mesa y luego me metí en el barro. El camino a la casa era largo, pero cuando me acerqué, la luz de la ventana de arriba fue suficiente para guiarme por el sendero en el jardín y a través del huerto de manzanos. Las ventanas de la cocina no tenía cortinas. Espié adentro. El reloj de la cocina daba la medianoche y pude ver una bandeja con vajilla de porcelana y flores, preparada para el desayuno.

Muy suave, como si viniera desde muchos kilómetros, alcancé a oír voces que discutían ruidosamente.

La puerta de la cocina no tenía llaves (con tanta seguridad no había peligro de ladrones), y entré. Crucé el *hall* y entré en la sala desde la cual venían las voces. En medio de la alfombra había una partida de *backgammon* abandonada y almohadones desparramados por el piso. Todo estaba iluminado por la sucia luz del televisor y las voces eran las de un programa de preguntas y respuestas. Se oyeron un par de acordes de un órgano eléctrico y una salva de aplausos del público en el estudio.

—«... y por diez mil dólares... los dedos listos sobre el timbre, linda gente... En 1929, Douglas Fairbanks hizo su primer film enteramente hablado. Esta pregunta tiene dos partes: primero tiene que dar el nombre de la estrella femenina, y en la segunda, el título de la película».

Olía en el aire los cigarrillos mentolados que fumaba Red. Encendí las luces, dos grandes vasos chinos con pantallas de pergamino; no había nadie. Un fuego de leños se apagaba en la chimenea, y al lado había una jarra de agua y un balde con hielo derretido. También una botella de *whisky* y dos vasos; todo vacío. En el televisor los participantes estaban sumidos en sus pensamientos. Fue durante ese silencio que escuché los gemidos que llegaban desde arriba:

«¡Oh, Dios mío!». Era una voz de mujer, la de Katerina Bekuv, y se oyó un grito agudo estrangulado.

No sé si hice mucho ruido al subir corriendo las escaleras, dos escalones por vez; o si grité algo, qué puedo haber dicho. Sólo recuerdo estar en la puerta del dormitorio, mirándolas. Recuerdo lo tostado que estaba el cuerpo de Katerina Bekuv en contraste con la piel clara de Red Bancroft, de rodillas

sobre ella. Los gemidos que había oído no eran de dolor. La escena está grabada con fuego en mi memoria. Katerina Bekuv despatarrada y blanda, la cabeza hacia atrás, de modo que el largo pelo rubio llegaba casi hasta el piso. Red tensa, enderezando su espalda para sentarse y mirarme, los ojos abiertos y atemorizados. A Katerina se le escapó un largo gemido orgásmico. Me quedé allí paralizado.

—Ponte alguna ropa, Ambrose —dije finalmente—. Ven abajo. Quiero hablar contigo. —Cuando Red Bancroft llegó al *living* no tenía más que un kimono de seda negro, que incluso lo había dejado sin atar. En esa luz el pelo parecía más castaño que rojo y todavía estaba despeinado. No llevaba maquillaje y su cara parecía la de una criatura; pero su comportamiento no fue infantil. Se acercó al televisor. Yo estaba tomando una medida de cognac y mirando la televisión sin verla; pero cuando ella estuvo allí, oí que el locutor decía:

«Uno de los crímenes más horribles de la década ocurrió en 1929, en Chicago... Ésta es la pregunta...».

Sacudí la cabeza.

—«... cuatro hombres, dos de ellos con uniforme de policía...». — Cuando ella cortó la transmisión, el locutor revoloteó como una polilla quemada y se desvaneció en una pequeña llama azul que desapareció.

—La masacre de San Valentín —dijo ella—. Al Capone. —Arrancó el celofán de un paquete de Koots, sacó uno y lo encendió.

—Enciéndelo de nuevo y pide tus diez mil.

Se acercó a la alacena, sacó otra botella de *whisky* y se sirvió una medida generosa. Esta Red Bancroft era distinta de la suave y dulce niña de la que me había enamorado.

—¿Te das cuenta de la prioridad que tiene esta investigación? —dijo.

—No hables como tus custodios —dije.

Bebió un poco, caminó sobre la alfombra y luego se frotó la cara como tratando de decidir qué quería decir ahora.

—No sé cuánto te han contado —dijo, lo que fue una manera de ponerme en mi lugar tan buena como la que más—, pero la señora Bekuv es agente superior de la KGB, ¿lo sabías?

—No —confesé.

Bebió más *whisky*.

—¿Quieres uno? —preguntó de pronto.

—Ya me serví —dije señalando la copa de coñac que había dejado en la mesita. Asintió.

—Cuando se dieron cuenta que Bekuv se había ido y que lo teníamos nosotros, Moscú entró en pánico. Aquella noche de la fiesta intentaron matarlo. Luego cambiaron de táctica. Mandaron a la señora Bekuv tras él. La mandó Moscú. La mandaron para controlarlo: limitar, dirigir y modificar lo que nos contaba.

—El ataque —dije.

—Estuvo bien, ¿no es cierto? —Fut como si se enorgulleciera de la habilidad de su amante—. Tomó el filo con la suficiente habilidad como para cortarse sin dañar demasiado los ligamentos. Luego se hizo un par de heridas profundas en el abrigo.

—Una herida seria en el vientre... cuatro puntos —dije.

—Es una profesional —dijo Red—. No se llega al rango superior en la KGB si se le tiene miedo a la sangre. —Llevó el vaso de *whisky* a la cara y lo olió delicadamente, como si se tratara de un perfume caro.

—Y Gerry Hart la trajo y nos la entregó.

Me miró con cierto desdén.

—Gerry Hart trabaja para los rusos desde hace por lo menos quince años. Es oficial superior de la KGB; ya sabes que les dan rango militar y medallas para que se sientan importantes.

—¿De modo que traer a la señora Bekuv desde Rusia fue un operativo de la KGB exclusivamente?

—De cabo a rabo, nene. De cabo a rabo. —Hizo un nudo en el cinturón de su kimono.

—¿Mann sabe todo esto?

—Yo lo sé desde hace sólo treinta minutos —dijo ella.

Oí a la señora Bekuv que se movía en el piso de arriba. Dije:

—Tú y... ella. ¿Se trata de algo casual? ¿O era parte del plan?

—Era el plan —dijo de inmediato—. Era el único plan. Tú y el mayor Mann corriendo por el mundo, de aquí para allá, eran una mera diversión. Retener aquí a la señora Bekuv y hacer que llegara a denunciar la red de Hart, ése era el verdadero plan.

No discutí con ella; a todos los agentes se les dice que su contribución es la parte más importante del plan. Dije:

—¿Pero por qué no me lo dijiste a mí?

—Nos enamoramos —dijo ella—. Tú y yo; era imposible disimularlo. Al principio quise abandonar todo lo demás; pero lo superé y seguí con mi trabajo. Fue entonces cuando descubrí el efecto que nuestro amor tenía sobre la señora Bekuv.

—¿Quieres decir que la señora Bekuv estaba celosa de mí?

—Deja ese tono de incredulidad. Sí, eso es exactamente lo que te estoy diciendo. Me alejó de ti y estaba orgullosa de haberlo conseguido.

—Bueno, gracias por todo —dije.

Red se acercó más y me tocó el brazo.

—Te quería —dijo—. Te quería. Recuérdalo, por favor.

Oímos que la señora Bekuv caminaba arriba.

—Por un tiempo quise escapar de todo este asunto.

—¿Este asunto? ¿O aquel asunto? —Moví la cabeza para señalar el cuarto de arriba donde la señora Bekuv seguía dando vueltas.

—Todavía no estoy segura —dijo Red. Me miró de lleno en los ojos y su voz era tranquila y pareja—. No culpes a los Mann —dijo—. Ellos querían lo mejor para nosotros dos.

—¿Y qué era lo mejor para nosotros?

No contestó. Oí que la señora Bekuv sollozaba arriba. Era un llanto muy tranquilo, que podía durar mucho.

—Tienes pintura en ese lindo saco de cuero —dijo Reid—. ¿Cuándo lo hiciste?

—En Navidad —dije—. No es pintura, es la sangre de la señora Bekuv.

Tomé la copa de coñac que me había servido y la bebí de un golpe. Luego tomé mi caja de bombones de diez dólares y me fui.

19

Después de la noche barroca, un amanecer rococó. Un cielo hirviente de nubes turbulentas, y un sol que abría un túnel dorado. Sólo faltaba el Tiépolo que pintara una abundosa aurora y la rodeara de ninfas desnudas e improbables pastores.

—¿Qué está mirando?

—Quédese en cama, profesor Bekuv. El doctor dice que necesita reposo total.

—La comida del hospital es terrible. ¿No podría arreglar que me mandaran comida de afuera?

—Sería difícil, profesor. Ahora está bajo seguridad máxima. Las personas que le preparan la comida no serán graduados del *cordón bleu*, pero tienen una seguridad de tres estrellas.

—¿Así que piensa que alguien podría intentar envenenarme la comida?

Conté hasta diez.

—No, no creo que nadie envenene su comida. Es una precaución de rutina que siempre se toma con... la gente que está bajo seguridad máxima.

—Prisioneros —dijo Bekuv—. Iba a decir prisioneros.

—Iba a decir pacientes.

—Nadie me dice la verdad.

Me di vuelta para mirarlo. Me era difícil compadecerlo. Del desayuno, del que se quejaba tan amargamente, no quedaba ni migas. Ahora mordisqueaba unas uvas negras que había en la frutera.

En la otra mesita de luz habían puesto sus controles de alta fidelidad. Su estado rendía tributo, ya sea a la medicina moderna o a su intento de suicidio. Bekuv deslizó un cassette en el aparato. De pronto, cuatro altoparlantes gigantes, dispuestos alrededor de la cama, llenaron la pequeña habitación del hospital con los acordes iniciales del vals de El Caballero de la Rosa.

Me acerqué a la mesa y reduje el volumen.

—Quiero escuchar la música —dijo Bekuv—. No me siento lo bastante bien como para seguir hablando.

Lo miré y pensé en una serie de posibles respuestas, pero no utilicé ninguna.

—OK —dije. Fui abajo para hablar con Jonathan.

Todavía se oía la música de Strauss.

—Cuéntame de nuevo lo del suicidio —dije.

—¿Está bien, verdad? —dijo Jonathan, ansioso.

—¿Estás seguro de que tomó una sobredosis?

—Le hicieron un lavaje de estómago y analizaron el producto.

—Será mejor que me cuentes todo lo que pasó justo antes de que ocurriera.

—Te lo dije. Lo de todas las mañanas. Se levantó a las seis, cuando sonó el despertador. Se dio una ducha, se afeitó y nos sentamos a desayunar a las siete.

—¿Una hora para afeitarse, ducharse y vestirse?

—Escucha el noticiario y lee la correspondencia.

—¿Le permiten recibir correspondencia?

—Sus revistas de alta fidelidad, «Newsweek», «Time», dos revistas de ciencia-ficción con avisos de los lugares donde compró el tocadiscos y otras cosas, notitas de su mujer, un semanario ruso de Nueva York, todo llega por la dirección arreglada, naturalmente...

—¿Guardas fotocopias de las notas de su mujer?

—Y luego volvemos a cerrar el sobre... estoy seguro de que no se ha dado cuenta.

—Déjame verlas.

—¿Lees ruso?

—Apúrate, por favor.

—Será mejor que vengas al lector de microfilmes.

Las cartas de la mujer de Bekuv y hasta las páginas de las revistas, etc., estaban registradas en microfilmes.

—El traductor los miró. Mira todo. Dijo que eran las cosas usuales.

La escritura de araña en el laberinto de la grafía rusa se hacía más difícil de descifrar cuando se la proyectaba en negativo sobre la pantalla de vidrio del lector.

Querido:

Espero que estés bien. No tomes píldoras para dormir todas las noches o vas a llegar a depender de ellas. Un vaso de leche solía ser

todo lo que necesitabas para dormir, ¿por qué no intentarlo de nuevo?

Aquí hace frío y llueve bastante; pero me tratan muy bien. Estaba equivocada respecto a la señorita Bancroft; es realmente una chica maravillosa. Está haciendo todo lo que puede para conseguir que tú y yo podamos hablar seriamente pero, por ahora, es mejor que estemos separados. Es importante, Andrei. Tu siempre amante, K.

Le leí una traducción aproximada al hombre que llamaban Jonathan.

—Aquí no hay nada... ¿no es cierto?

—Nada —dije.

—No suena muy convencido. ¿Cree que tiene algún código?

—Todo marido y mujer hablan en código.

—No se me ponga filosófico, compañero. Mi especialidad es la química.

—Quizá signifique algo para él —dije.

—¿Algo que le dio ganas de tomarse todo el frasco de píldoras?

—Podría ser.

Jonathan suspiró. De al lado llegó el zumbido del télex. Fue a contestarlo.

Empecé a ver a Andrei Bekuv bajo una luz nueva; y me sentí un poco culpable por la manera en que lo había tratado. Sus protestas quejasas y el estudiado interés por la música y el equipo de alta fidelidad aparecían ahora como intentos desesperados de olvidar a su mujer lesbiana y lo mucho que la necesitaba. Esta carta era suficiente para decirle que ella estaba enamorada de Red Bancroft.

Jonathan me interrumpió esta línea de pensamientos con un télex que había arrancado del impresor. Estaba cifrado y encabezado con el código pactado, pero la firma estaba claramente triplicada.

MENSAJE COMIENZA LLEVE A FABIAN AL
AEROPUERTO DE INMEDIATO PARA TRASLADO AEREO
FOXGLOVE STOP AMBROSE LLEVARA A LUCIUS ALLA
STOP USTED ESTA A CARGO STOP DISPONGA TAMBIEN DE
AMBROSE JONATHAN Y EMPLEADOS STOP ESPEREME Y
NO RECIBA ORDENES DE NADIE STOP LLEVE ESTO COMO
AUTORIZACION STOP PRIORIDAD MENSAJE SANDMAN
OPERATIVO PRIORIDAD PRESIDENCIAL REPITO
PRESIDENCIAL TERMINA MENSAJE MANN MANN MANN
ACUSE RECIBO.

—¿Acuso recibo? —dijo Jonathan.

—¿Hay alguien en el otro extremo?

—Sólo el operador.

—Acuse recibo. Luego pida a Langley que nos dé facilidades para télex mezclado en el aeropuerto y algún apoyo. ¿Qué tiene aquí?

—Dos autos y catorce hombres, pero seis están con asueto de tres días.

—¿Autos blindados?

—Parabrisa y tanque de nafta... el tipo corriente en la agencia.

—Necesitamos más autos. Haga que un par de su gente use los propios.

No le diga a Bekuv lo que ocurre.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nos mudamos, eso es lo que ocurre.

—¿Sabe lo que pienso? —dijo Jonathan—. Pienso que es una alarma. Creo que los rusos van a atacar esto para intentar sacarnos al profesor.

—Mande el acuse de recibo.

—¿Quiere decir que no hay que enterarlo a Bekuv hasta que estemos listos para irnos?

—Quiero decir que no lo entere a Bekuv. Organice la caravana, y que sea realmente impresionante. Bekuv viajará conmigo en el Stingray y no andaremos cerca de ustedes.

—Quiero tenerlo por escrito. Es peligroso. Y a usted solo no le va a ser fácil conseguir que Bekuv mueva las piernas.

—No veo por qué —dije—. ¿No va a visitar a su mujer acaso?

A los vuelos que iban llegando los desviaban a otro lado o los demoraban. Los aviones daban vueltas y hacían tiempo, entre la bahía Chesapeake y las montañas Allegheny. Los vuelos hacia afuera tenían un atraso de horas. Los edificios terminales eran un ruidoso caos de viajeros enfurecidos, pero nosotros estábamos a un kilómetro de distancia, y desde el área de servicio en la que Mann había improvisado una oficina de control, el aeropuerto parecía muy tranquilo. Había una media docena de teléfonos que llamaban constantemente, mientras los empleados de la CIA le mentían a la prensa y desviaban las averiguaciones oficiales. Un *jet* Ilyushin, de Aerolíneas Argelinas, estaba estacionado a cuatrocientos metros en la playa del aeropuerto, rodeado por vehículos de servicio. Los hombres se ocupaban del queroseno, de las aguas servidas, entraban cientos de comidas en envases plásticos, cambiaban las películas, recargaban los acumuladores, sacaban el equipaje y subían la carga.

Entregué a Bekuv a un hombre de la CIA y fui a la oficina de emergencia de Mann.

Cuando entré en la habitación, Mann emitía sonidos monosilábicos por un teléfono.

—¿Qué ocurre? —dije.

Señaló una silla y, cuando hubo cortado, dijo:

—Gerry Hart está ahí fuera con un Colt Magnum de combate en una mano y agarrando de la corbata al senador Greenwood con la otra.

—Estás bromeando.

—Eso, estoy bromeando... es sólo un Centennial Airweight. —Miramos un jumbo que se desplazaba pesadamente.

—Entonces lo hiciste correr.

Me sonrió agriamente.

—Toma el vuelo de las 16, directo a Argelia y digo toma. Quiere llevarse a los Bekuv, y amenaza saltarle la tapa de los sesos a Greenwood, si no se los entrega.

—¿Los vas a entregar?

—No le voy a hacer el juego. Todo indica que Hart es espía comunista de larga data. Es profesional... creo que es capaz de hacerlo, ¿no te parece?

—No sé —acerqué una silla al lugar donde estaba Mann—. No se trata de una fuga. Un tipo como Hart debe tener una docena de pasaportes debajo de las tablas del piso. Y mencionando el nombre de Greenwood podría forzar la entrada en cualquier *jet* de la Fuerza Aérea.

—¿Entonces por qué está allí con un cañón y saltando como una propaganda de vitaminas? —dijo Mann. Apoyó sus zapatos ingleses, hechos a mano, y sus chanclos en medio de los papeles; se echó atrás en el sillón giratorio y lanzó un anillo de humo al techo.

—Quiere a los Bekuv, acabas de decírmelo, está esperando a los Bekuv.

—Moscú no le va a dar una medalla por esta payasada —dijo Mann—. Esto no concuerda con todo el palabrerío sobre déntente que los rusos quieren venderle a Washington.

Me saqué el sobretodo de cuero y tomé uno de los cigarrillos de Mann.

—Si Hart quiere a los Bekuv, es porque Moscú quiere a los Bekuv.

—No —dijo Mann—. Por lo que Moscú sabe, podríamos haberle sacado todo a los Bekuv.

—No si los Bekuv sabían algo tan importante que hubiéramos debido actuar de inmediato.

Mann asintió reflexivo.

—Y algo que Moscú hubiera sabido enseguida si hubiéramos actuado. — Se levantó y se acercó a la ventana para mirar el *jet* Ilyushin fijamente. Luego miró hacia donde había llegado el jumbo, en el extremo de la pista; ahora no era sino un punto de aluminio que brillaba a la luz del día invernal.

—¿Cómo estableció contacto Hart? —pregunté.

—Muy sagaz. Mandó un teletipo a Langley (Operativos) y les dijo que si de este lado la gente se portaba bien, había garantías que Moscú no le daría publicidad.

—Siempre político.

—Sabía que eso les gustaría a los jefes —dijo Mann—. La oportunidad de barrer el polvo debajo de la alfombra... y al usar el teletipo sabía que una de las copias iría a la oficina del director... no había posibilidad de que no nos enteráramos del ofrecimiento.

Mann seguía mirando por la ventana, observando cómo atendían al *jet* argelino, cuando se oyó un rugido repentino, desde el lejano jumbo que vino sacudiéndose por la pista a toda marcha. Pareció llegar muy cerca antes de

levantar la trompa y chilló sobre nuestras cabezas, con un ruido que hizo temblar las ventanas.

—¡Salón de baile volante! —dijo Mann, y volvió a la mesa cubierta con sus problemas.

—¿Vamos a seguir al avión? —pregunté.

—¿A Argelia? ¿Para qué Hart y los Bekuv se puedan alinear con los refugiados del poder negro, vagabundos y drogadictos de California, y hacernos pito catalán mientras la conexión de Aeroflot desaparece en el ocaso?

—Fue sólo una idea.

—¿Qué estás pensando?

—Supón que lo que les da importancia a los Bekuv no haya ocurrido todavía.

—Y está por ocurrir. ¿Eso es lo que quieres decir?

—Si tú fueras Bekuv y aceptaras nuestro ofrecimiento para que desertaras, ¿no pondrías algo de lado en la caja fuerte?

—¿Secretos electrónicos, quieres decir? ¿Equipo máser?

—Lo que sea.

—¿Y dónde está la caja fuerte? —dijo Mann.

—Al Sur de In-Salah. Por ejemplo en el desierto del Sahara. En algún lugar donde uno no pueda encontrarla, a menos que Bekuv lo acompañe.

—¡Dios mío! —dijo Mann. Tomó un teléfono y marcó tres números.

—¿Crees que tengo razón? —pregunté.

—No, pero no puedo correr el riesgo de que la tengas. —Por teléfono dijo —: Después de todo, voy a necesitar ese avión. En realidad, sería mejor que me consiguieran algo que me llevara a Argelia mucho más ligero que el Ilyushin.

Un hombre entró en la habitación. Tenía un llamador de comisario federal metido en el bolsillo superior, y un 44 Smith y Wesson especial bajo el brazo, en una de esas correas cubanas que los hombres de seguridad llevan cuando no se sienten tímidos. Hizo el saludo militar y dijo:

—La señorita Bancroft quiere verlo, mayor.

—Hágala pasar —dijo Mann.

—Como usted diga, señor —dijo el policía y se retiró.

Mann me obsequió con una sonrisa como la que se les hace a los testigos de Jehovah antes de decirles que se vayan. Comprendí que había recibido el informe de Red Bancroft sobre mi visita. Dijo:

—La señora Bekuv quiere que la señorita Bancroft vaya con ella. —Se volvió, y a través del vidrio opaco vio que alguien esperaba detrás de la puerta—. Entra, querida —llamó.

Red Bancroft tenía puesto un vestido tejido, color mostaza, con la insignia policial sobre el corazón.

—Justamente estábamos hablando de eso —dijo Mann.

—No lo creo —dijo Red Bancroft.

—Es como entrar en una comisaría para preguntar la hora justo cuando uno acaba de robar un millón de dólares —dije—. Creer no basta. Además de que no nos servirías... no tienes ningún nexo de comunicación, ni red, ni siquiera un contacto. No tienes entrenamiento de campo, y no hablas ruso... ¿no es cierto?

Movió la cabeza.

—Podrías conseguir la mayor noticia en la historia del espionaje y, ¿cómo la comunicarías?

—Encontraría la manera —dijo—. He tenido experiencia de campo.

—Mira —dije, tan bondadosa y suavemente como pude—, Moscú no es Montreal, y la KGB no es un grupo *amateur* de exmarxistas. No te darán un plano de la ciudad ni estamparán bien venida en tu pasaporte, solamente porque la señora Bekuv esté loca por ti... Te meterán adentro, y te arrancarán las uñas... y eso será sólo el comienzo.

—Calma —dijo Mann.

Red Bancroft estaba enojada. Tenía las mejillas rojas, y se mordió el labio para contener un torrente de protestas. Mann dijo:

—Lo que le digas a la señora Bekuv sobre tu conexión con la CIA depende enteramente de ti. Es una situación delicada y no quiero manejar desde el asiento de atrás. Pero, y éste es un gran pero, querida, si te digo que dejes el avión en Argel o en cualquier otro lugar al que Gerry Hart lo lleve, quiero que lo hagas ligero. Y sin protestar... ¿lo entiendes?

—Puedes contar con eso —aseguró Red.

—Ahora, vuelve con la señora Bekuv —dijo Mann—. Y si tienes alguna duda sobre cómo van las cosas, quiero que te escapes. ¿Entiendes?

—Entiendo —contestó. Tomó su cartera del escritorio y dijo—: Gracias, señor. —A mí no me dio sino un cabezazo.

Cuando se hubo ido, pregunté:

—¿De quién fue la idea?

—De ella —dijo Mann—. Es de la Dirección de Psicología; ya sabes cómo son.

—Se tiene demasiada confianza —dije—. Ponemos a una atractiva lesbiana para apartar a la señora Bekuv del marido y de sus deberes para con la KGB pero supongamos que, en medio del idilio, nuestra chica se enamora. Supongamos que lo que estamos contemplando es a la señora Bekuv llevándose a nuestra chica a Moscú, como gran botín... y para salvarse ella y salvar a su marido.

—No creas que no lo he pensado —dijo Mann—. Sacó los pies del estante y giró el sillón para observarme, mientras iba hacia la ventana y miraba al cielo encapotado.

—No sacrifiques a la chica para demostrar que la Dirección de Psicología es estúpida.

—No haría eso —dijo Mann. Se agarró la nariz y la movió como si quisiera hacerla sonar—. Es una agente excelente. Si alguna vez una mujer dirige una división, será Red Bancroft.

—No si va a Moscú —dije.

Mann apretó el botón de su teléfono.

—Dígale a la señorita Bancroft que se saque esa maldita insignia de policía antes de ir por el corredor para hablar con los rusos —dijo por teléfono—. Voy a verlo a Hart —dejó el teléfono—. Ahora le vamos a entregar los Bekuv a Hart —me dijo—. No es tan tonto como para permitir que lo tomemos sin acabarlo primero a Greenwood... pero uno nunca sabe. —Mann suspiró.

Estaban bebiendo café en una oficina de carga, en el otro extremo del corredor. A primera vista se trataba de una pequeña escena entre amigos, hasta que uno lo miraba mejor al senador Greenwood. Su traje de cheviot, de medida, estaba arrugado, y la camisa de seda estaba abierta y mostraba no sólo una medalla de oro, sino también un collar de piolín atado a una ametralladora M-3 de tal manera que el caño estaba siempre debajo de su mentón y el dedo de Gerry Hart sobre el disparador.

Greenwood tenía la cara tensa, y la piel tostada se había aclarado. Cuando entramos en la habitación, se volvió hacia nosotros y comenzó con sus súplicas:

—Sáquenme de aquí —dijo—. Garantizaré la partida del avión argelino, mi palabra de honor como senador; portémonos como seres humanos razonables. —Greenwood estaba ronco, como si hubiera dicho lo mismo varias veces.

—Usted viaja con nosotros —dijo Hart.

Greenwood miró a Mann.

—Espero que esté satisfecho —dijo—. Tiene la culpa de todo. Su visita trajo todo esto.

—¿Le parece? —dijo Mann cortésmente, y su cortesía indiferente enfureció al senador.

—Cuando salga de esto, me voy a ocupar de usted...

—Cállese la boca, senador —dijo Mann.

—No me voy a callar la...

Gerry Hart tiró de la cuerda, lo suficiente como para ahogarle las palabras, y dijo:

—Sí, haga como le dice el hombre, senador.

Hart tenía puesta una chaqueta impermeable, con cierre relámpago, con la insignia de una aerolínea; parecía un changador.

—¿Va a llevar a esta gente a Argelia, entonces? —le preguntó Mann a Hart.

—Todavía no lo sé —dijo Hart. La falta de rencor entre los dos hombres asombró y asustó a Greenwood, pero no dijo nada.

—Bueno, será mejor que lo decida pronto, si quiere llevar la tripulación argelina —dijo Mann—. No tienen la experiencia de vuelo como para llevarlo a cualquier lugar que le señale en el mapa.

—¿Por qué habría de preocuparse por eso, mayor?

—Porque no quiero que el avión ande extraviado entre los carriles aéreos, repartiendo trozos del Ilyushin por el país, y que a mí me corten la cabeza.

—Para mí, sería una linda manera de terminar —dijo Gerry Hart. Sonrió.

Miré por la ventana. La parte inferior de la nube era chata y sin relieve, como una lámina de espejo que reflejara el pavimento húmedo de las pistas. Y hacía frío, de modo que en algunas partes había hielo.

Mann había convocado a muchos ayudantes de la localidad. Había hombres en los techos de los dos hangares de mantenimiento, y más en el edificio de la administración de carga, y a lo largo de los veredones estaban apostados de a dos: un tirador con fusil y un hombre de apoyo con radioteléfono. Entre nosotros y el Ilyushin había un gran espacio llano y abierto en el pavimento. Todos sabíamos que Hart tendría que atravesarlo caminando (en un vehículo sería más vulnerable) y todos esperábamos que cometiera algún error.

Se oyó un ruido por el radioteléfono y Mann dijo:

—Avisen a la torre que esté lista. Y avisen a todas las unidades que el grupo se dirige al avión. —Bajó la antena y dejó en el escritorio el radioteléfono, que siguió emitiendo un continuo cacareo de información.

Cuando un hombre de la CIA trajo al profesor Bekuv a la habitación la cara de Greenwood mostró alivio. Enseguida llegó Red Bancroft con la señora Bekuv. Las dos mujeres venían del brazo. Es un gesto bastante común en Rusia, aun entre hombres que caminan juntos por la calle, pero no cabe duda que el profesor Bekuv lo interpretó de otra manera. Le sonrió a su mujer; fue una sonrisa triste.

Ahora la pequeña oficina estaba repleta. Los dos grupos se enfrentaban, separados por los escritorios donde generalmente trabajan los empleados de carga. Las tapas de cada escritorio mostraban las decoraciones de sus ocupantes habituales: desnudos, vistas, tarjetas postales, números de teléfono, dibujos de tiras e innumerables impresiones de los sellos de la compañía aérea. El aire estaba cargado de humo de los cigarrillos y los vidrios de las ventanas empañados. Hart soltó a su rehén para poder usar libremente la ametralladora.

—Para afuera, don —le dijo Mann a Hart. Nos quedamos en la puerta mientras desfilaron por ella—. Manténgase tranquilo, senador. Hasta los rusos dejarían ir a un senador sin lesionarlo. Puede que hasta torturen a Hart para demostrar su buena voluntad.

—Armarán una conferencia de prensa —dijo Greenwood—. Me convertirán en un espectáculo. Me exhibirán como un tonto, por tener un espía ruso como ayudante. —Era típico de un político prever tanto, y típico también que le preocupara más el efecto sobre los electores, que el daño que su estupidez le infligía al país.

—No puedo evitar que parezca un tonto, me temo —dijo Mann—. Eso es problema para su departamento. —Le sonrió a Greenwood.

Cuando salimos tras ellos, la brisa helada me cortó como un sable enmohecido. Mantuvimos una distancia entre nosotros mientras seguíamos al grupo que se encaminaba desparramado hacia el avión.

El avión argelino estaba detenido enfrente de los deflectores de calor. Esa hilera de cucharas de metal, que formaban una pared de acero almenado, recogía los gases calientes de los motores a chorro y los echaba hacia arriba, junto con el ruido ensordecedor.

El reabastecimiento de combustible había terminado y los vehículos de mantenimiento habían partido; sólo quedaba la escalera movible para pasajeros. La tripulación estaba a bordo, realizando las verificaciones previas al vuelo. A veces se oían sus voces por la radio de Mann.

Todo comenzó cuando Greenwood corrió. Seguramente se propuso alcanzar la protección de la pared de deflectores. Pero, después de correr sólo

unos pocos pasos, se detuvo y miró hacia atrás, en una agonía de indecisión. Uno de los tiradores, ubicado sobre el techo del hangar de mantenimiento, disparó enseguida. La bala dio en el pavimento, en algún lugar entre Greenwood y los otros. Si tuvo como intención alentar a Greenwood en su huida, fue un total fracaso porque se quedó helado donde estaba. Hart debe haber pensado que la bala la habíamos disparado o yo o Mann. Se dio vuelta y nos disparó con el M-3. Estábamos unos cien metros detrás de ellos. El M-3 estaba en tiro único, y los proyectiles pasaron silbando muy por encima de nuestras cabezas. Mann estaba a mitad de camino entre yo y la pared de deflectores. Cayó sobre una rodilla, al tiempo que desenfundaba su pistola. El arma se movió, pero el estampido se perdió entre el rugir de los motores cuando el piloto abrió los cebadores.

Mann se puso de pie y comenzó a correr. Era un blanco fácil y fue inevitable que le tiraran. Hart luchaba con el mecanismo de su arma. Accionó el automático y disparó una corta descarga contra Mann que corría a todo correr por el pavimento helado. Lo alcanzó. Cayó, resbalando sobre el hielo, y quedó tendido sobre el duro suelo. Rodó un par de veces, pero no tenía posibilidad de alcanzar la protección de la barrera de deflectores.

Yo ya tenía lista el arma y disparé; pero mis tiros fueron altos y oí que daban sobre el metal y rebotaban hacia el cielo. La señora Bekuv le arrancó el M-3, que Gerry Hart tenía entre las manos, y giró para tirar contra el senador Greenwood. A quemarropa, esas balas 4.5 pueden perforar cualquier cosa, pero antes de que ella pudiera apretar el gatillo, Hart se prendió del arma para recuperarla.

Corrí. Había hielo en todas partes. Lo oí crujir bajo mis pies como vidrio del grosor de un papel, y más de una vez resbalé y casi perdí el equilibrio. Me tiré al lado de Mann. —¿Te dieron?— le pregunté. No contestó. Tenía los ojos cerrados.

Le pasé una mano por el costado de la cabeza y la saqué ensangrentada. Le pasé un brazo alrededor del cuerpo y lo arrastré hacia la pared de metal. El agudo chillido del motor del *jet* se convirtió en un rugido; oí toser un arma, y sentí esquirlas de cemento en la cara y las manos. Mann luchó y recobró la conciencia.

—Déjame —dijo—. Déjame o nos agarrarán a los dos.

Me arrodillé y me volví para ver a Hart y la señora Bekuv luchando por posesionarse del arma. Él tenía las dos manos puestas encima del arma y se la estaba quitando. Yo jadeaba y soplaba por el esfuerzo y para afirmar mi arma apoyé el puño sobre el hombro de Mann. Apunté y disparé dos veces. Las dos

balas dieron en Gerry Hart. Extendió los brazos como quien trata de alcanzar una pelota demasiado alta, y los pies se levantaron del suelo cuando el impacto de las balas lo hizo caer de espaldas cuan largo era.

Entonces agarré a Mann y, medio arrastrándolo y medio cargándolo, lo transporté hasta las grandes hojas metálicas del deflector y lo dejé caer allí. Con las dos manos sobre mi pistola, me volví hacia donde estaba la señora Bekuv con la ametralladora, pero ni me vio. Con Hart despatarrado en el suelo con los ojos cerrados, pudo volver a apuntar su arma contra el senador Greenwood. Él abrió los ojos aterrorizado, y vi que de su boca manaba un torrente de palabras que se ahogaron con el ruido de los *jets* cuando el piloto puso al máximo los cuatro motores.

En el ruido de los *jets*, la escena era muda como la parodia de un film mudo. A la débil luz del día nublado, la ametralladora vomitó un fuego anaranjado al retorcerse en sus manos. Greenwood se agachó, levantando una mano delgada en ademán de súplica, pero una ráfaga de balas de gran calibre lo partió en dos. La señora Bekuv sujetó el arma con más fuerza, para evitar que tirara hacia arriba, y el esfuerzo le distorsionó la cara con una mueca de rabia y odio que se hubiera esperado sólo de un mal actor. La sangre de Greenwood saltó alto, salpicando la parte inferior del extremo del ala del *jet*. Y luego los Bekuv y Red Bancroft se perdieron de vista, en una confusión de uniformes azules, cuando rápidamente la tripulación los rodeó.

—Corre, Red —le grité, y casi esperé que trajera a los Bekuv de vuelta. Pero el profesor Bekuv le apuntaba con un revólver. Mis palabras se perdieron en el viento; de todos modos era demasiado tarde.

—No tires —dijo Mann.

Miré hacia abajo, donde había rodado, para alcanzar a ver lo que estaba ocurriendo. Su impermeable estaba inmundo y el cabello pegoteado de barro, y la sangre le corría por el costado de la cara.

—Si le das a uno de la tripulación argelina, o al maldito avión, provocarás un incidente internacional.

—Creía que ya lo teníamos —dije. Pero bajé el arma, y me quedé observando como la señora Bekuv empujaba a Red Bancroft y a su marido escaleras arriba y dentro del avión. La puerta se cerró y el avión vibró sobre los frenos de las ruedas y las luces guiñaron. El radioteléfono de Mann zumbó. Lo levanté.

—La torre, para el mayor Mann —dijo la radio—. El capitán pide que retiremos la escalerilla.

Mann estaba mareado. Dio un cabezazo casi imperceptible.

—Retiren la escalerilla —les dije.

Mann vio la sangre en la pechera de mi camisa y comprendió que era la suya. Se tocó la cabeza en el lugar en que la bala le había herido el cráneo. El dolor le hizo apretar la boca bien fuerte; pero fue solamente cuando se volvió para ver el avión que dijo: «¡Ay!».

—Me salvaste —dijo Mann—. Y estuve cerca... maldito si estuve cerca.

—Sí —dije—. Si salgo de otra como ésta, el seguro me va a tener que regalar algo.

—Anota un favor —dijo Mann, y me golpeó el brazo para mostrarme su reconocimiento.

—Hart intentó proteger a Greenwood —dije—. ¿Lo viste?

Mann sonrió tristemente.

—Lo que Hart quería era no perder un buen rehén.

—Quizá.

—Y nuestra señorita Bancroft no hizo mucho para impedir que usaran el arma.

—Quizá no pudo hacerlo.

—Sí, y quizá la señora Bekuv nos la ha sacado. Quizás en vez de ganar un desertor hemos perdido un agente.

Observé cómo se llevaban la escalerilla y el Ilyushin soltaba los frenos a babor y giraba en redondo para enfrentar el canal de salida. El calor creciente de los *jets* convertía a los edificios del aeropuerto en una gelatina gris, y nos soplaba hidrocarburos sin quemar hasta hacernos llorar. Los *jets* barrieron el pavimento e hicieron brillar los charcos y agitar suavemente la ropa de los dos muertos.

Cambié la radio de Mann a la frecuencia de control, y oí que el piloto argelino decía... aquí, Alfa doble ocho solicita salida.

La respuesta llegó de inmediato:

—Roger Alfa doble ocho, despegue en pista dos cinco, preparado para despegue. Viento dos siete cero, con ráfagas ocho nudos quince... —Desconecté; vimos cómo el Ilyushin se encaminaba al otro extremo de la pista.

Mann sufría una seria hemorragia.

—Será mejor que veamos al médico —dije.

—¿Te sientes mal? —preguntó Mann cortésmente.

Uno por uno, los motores del Ilyushin alcanzaron toda su fuerza. Luego, libre de frenos, se hizo más y más grande hasta que, cuando parecía que nos

iba a arrollar, se levantó. Con un ruido ensordecedor voló rasante sobre nuestras cabezas.

—Sí —contesté.

La ciudad de Argel está cómodamente ubicada en la curva de su gran bahía. Es una ciudad de callejuelas estrechas y calles en escalera, empinadas, chozas y edificios de oficinas, jardines secretos y avenidas. A sus pies, hay un puerto activo. Detrás, los caminos se encaraman por verdes y fértiles colinas y selvas de pinos, subiendo cada vez más alto en las montañas Atlas. Es un lugar desahuciable. En toda la costa africana, solamente el Mar Rojo es más cálido en verano, y en pocos lugares llueve tanto en invierno. Cuando llegamos ya había oscurecido y llovía mucho.

Percy Dempsey estaba en el aeropuerto. Había traído su Peugeot 504, particular. No se ven muchos de éstos entre los vehículos descompuestos, abandonados en los senderos del desierto, lustrados como plata por la arena. Allá en el Sur, en el Sahara, había sólo Peugeots y Land-Rovers, y los elegantes autitos que llegaban como carga. Y el de Percy era especial: le habían sacado el depósito, para que la parte inferior fuera chata. La nafta se echaba en un tanque en el baúl. Achicaba el espacio para equipaje; pero valía la pena pagar ese precio, para tener un auto adaptado al desierto.

Percy Dempsey llevaba traje (quizás el cable y el hombre contacto de la CIA le habían hecho concebir la esperanza de un contrato a largo plazo con los norteamericanos) con chaleco y una corbata de uniforme de colegio inglés, me parece que de Charterhouse. El impermeable sucio le restaba categoría, o quizás él pensaba que era lo correcto para espías. El tránsito de Argel se movía despacio de noche. Los faros amarillos brillaban a través de la lluvia y la oscuridad.

—Mandé uno de mis hombres a Ghardaia —dijo Percy—. Si van hacia el Sur, al Sahara, tendrán que pasar por aquí.

—¿Tiene radioteléfono en el auto? —dijo Mann.

—Sería peligroso, mayor —dijo Percy. Sólo se permiten esos lujos a la policía. En cualquiera de estas ciudades y pueblos, para localizar la comisaría basta con buscar el único edificio que tiene antena de radio. Cuando el

camión que teníamos delante se detuvo e hizo señas de que iba a doblar hacia los diques, Percy masculló alguna suave maldición árabe.

—¿Cómo sabremos qué está ocurriendo allá?

—Mi hombre está en un hotel, mayor. Podemos hablarle por teléfono. — Un conductor hizo sonar la bocina detrás de nosotros y enseguida lo hizo otro.

—Ni siquiera sabemos si van a ir al Sur —dijo Mann—. Podrían, simplemente, transbordar al vuelo de Aeroflot y seguir a Moscú directamente.

—Pensé que podríamos comer algo —dijo Percy—. Van a tardar horas en llegar. Ustedes vinieron rápido. —El camión dobló y seguimos hacia la ciudad.

—Los abastecieron de combustible para llegar a Londres solamente. Eso demorará su llegada casi dos horas —le dije.

—¿No habrán transbordado en Londres? —preguntó Percy.

—Lo impedirán —dije. Nos detuvimos en un cruce importante, mientras un agente de tráfico blandía su bastón y hacía sonar su silbato.

—Es seguro que Bekuv irá al Sur —dijo Percy—. Tuve ese presentimiento el día que lo encontramos. Dejaba algo sin terminar acá en el desierto. —Se salió de la avenida principal y tomó una sucesión de calles, cada vez más estrechas.

—¿Dónde estaba usted cuando lo necesitábamos? —dijo Mann sarcásticamente.

—Visión *a posteriori* —admitió Percy—. Pura visión *a posteriori*, lo admito. Pero si usted recuerda su vacilación aquel día... —señaló—. Eso es la Kasbah —dijo—. El gran mercado.

Mann asintió.

—La gente va al Sur sólo por necesidad —dijo Percy—. Uno no va al Sahara a esconderse. Buscan algo. ¿Usted sabe qué es? —estacionó el auto en un espacio marcado privado.

—No —dije.

—¿Grande o chico?

—Grande.

—¿Cómo demonios lo sabes? —dijo Mann.

—Deducción. De ser muy chico hubieran tratado de esconderlo. Aun algo de tamaño mediano lo hubiera inducido a mandarlo por correo, poste restante, a los Estados Unidos.

—No jorobes —dijo Mann—. Quizá ni salgan del aeropuerto.

—Grande —dije—. Va a ser grande.

Percy cerró el auto y nos guió por un laberinto de callejuelas, cada una más angosta que la anterior. Cada tres negocios, uno parecía ser una carnicería, y las reses se exhibían enteras con piel y pelo. «¡Uf!» dijo Mann, con asco.

Percy había descubierto el lugar durante la guerra, cuando era un joven oficial del Primer Ejército. Había vuelto en 1955 y, con alternativas, había vivido allí desde entonces, en medio de la lucha y las restricciones que siguieron. Naturalmente, Percy hablaba árabe: no solamente la jerga elegante de los intelectuales de El Cairo, que enseñaban literatura en la Universidad, sino también los rudos dialectos de los aldeanos del Sur y las lacónicas expresiones de los nómadas.

La callejuela en la que vivía Percy era empinada y estrecha. La mayoría de las ventanas estaban cerradas, pero un café mostraba brillantes parches amarillos de luz y se oía el aullante canto de *Om Kalsum*, la Ella Fitzgerald del pop árabe.

Esta parte del viejo barrio árabe debe haber permanecido inalterada desde hace más de mil años. Solamente poniéndose de acuerdo los moradores podían separarse las casas, porque las habitaciones de una eran el piso superior de la de al lado. El frente de la de Percy no tenía más que el ancho de una vieja puerta arruinada; pero, una vez adentro, aparecía una docena de piezas y atrás daba al patio de una mezquita derruida. Oí que Percy Dempsey iba hacia atrás, y le decía al sirviente que trajera la comida. Luego volvió al frente y sirvió vino para mí y un Jack Daniels para el mayor Mann. Percy tenía buena memoria.

Tres de las celdas originales habían sido transformadas en una habitación. Para solucionar los desniveles, había un escalón a la entrada a cada cuarto y el lugar de comer estaba en una plataforma en el extremo del *living*. Había unas espadas antiguas sobre la estufa de la que salía el humo de un fuego de leños que acababan de encender. Encima de la mesa (era demasiado grande, y los techos demasiado bajos para colgarla en otra parte) había una araña de bronce que se decía había sido robada en una casa de Orán cuando los franceses se fueron. Un espejo Chippendale chino, muy trabajado, daba a quien se sentaba a la cabecera de la mesa la posibilidad de ver la cocina. El piso era de tablas de pino lustradas como cristal. Las alfombras estaban cepilladas, los libros ordenados en los estantes, de acuerdo al tamaño más bien que al tema; y el espejo brillaba tanto como la araña de bronce y las hojas de las espadas. Y, sin embargo, no era confortable. Había una obsesión por la limpieza,

combinada con una prolijidad masculina como rara vez se ve, excepto en un faro.

Mann se dejó caer en el sofá, sosteniendo el vaso en alto para que no se derramara.

—¿Cómo sabe que llamará cuando llegue el momento?

—Descanse un momento —contestó Percy—, ha tenido un largo viaje.

—¿Por qué no comprueba si su teléfono funciona? —No fue una sugerión, fue una orden.

—Porque ya lo hice —dijo Percy. Se sirvió un poco de agua tónica y se volvió para mirarlo a Mann. Ahora que se había sacado el sombrero, se podía ver la zona de la cabeza afeitada, las manchas del antiséptico y el gran pedazo de tela adhesiva que el médico había colocado sobre la herida superficial producida por la bala. El hematoma causado por el impacto iba desde el ojo descolorido hasta el cuello tieso. Percy lo observó con interés, pero no hizo comentarios.

Mann hizo un gesto y tomó su Jack Daniels. Me di cuenta de que aprobaba el alto grado de higiene presente en todo.

—Espero que les guste la comida árabe —dijo Percy. Se inclinó sobre la mesa para reordenar los cubiertos y los vasos. Tuve la impresión de que los había estado arreglando toda la tarde.

—No hice todo este viaje para comer cosas raras —dijo Mann.

—Pero esto es delicioso —dijo Percy.

—Mire, compañero. Mi idea de una comida exótica se reduce a pastrami caliente sobre pan de centeno.

Percy sonrió, pero la sonrisa se le fue apagando y siguió arreglando la mesa mecánicamente.

Crucé la cocina hacia el balcón de atrás. Era como estar en una casa de muñecas: el balcón no era más grande que un pañuelo y estaba a un paso de la calle.

La vista era espléndida. La lluvia casi había parado y las estrellas asomaban entre las nubes. Se alcanzaba a ver el viejo puerto y el negro océano a sus espaldas. La Gran Mezquita se delineaba sobre el cielo nocturno, y escuché la misma música árabe que había oído en la calle.

Percy entró en la cocina silbando. Levantó la tapa de una olla y sacó una langosta cocinada del agua. La trozó con todo el arte y la fuerza de un chef.

—Su amigo... —dijo siempre mirando la langosta—... ¿le parece que el golpe en la cabeza lo ha afectado?

—No, siempre es así —dije.

—Tipo raro... y no se puede quedar sentado ni un momento. —Se oyó el ruido de la puerta de entrada que se abría—. Es mi sirviente con la comida —dijo Percy.

Desde el otro cuarto Mann gritó:

—¡Eh, viejo! Aquí hay un mozo con una montaña de comida.

—Dios mío —suspiró Percy.

Para cuando volví al comedor, la mesa estaba cubierta con pequeñas fuentes que los árabes llaman *mezze*. Había kebabs miniatura, tomate cortado, brillantes aceitunas negras, hojas de parra rellenas y bocados de pasta suave y hojaldrada. El sirviente era muy joven. La lluvia le había mojado la chaqueta blanca almidonada, y adiviné que había ido a un restaurante local para buscar la comida y el fuerte café árabe que olíamos. Era un joven apuesto, muy delgado, con el pelo cuidadosamente peinado y grandes y tristes ojos castaños. Lo miraba a Percy todo el tiempo. En otra ocasión me hubiera sido indiferente que Percy eligiera empleados tan jóvenes y hasta hubiera sonreído; pero ahora me era difícil considerarlo tan sólo parte del fascinante espectro de la pasión humana.

—No quiero que las cosas salgan mal —dijo Mann. Se metió la servilleta en el cuello y se inclinó sobre la mesa, olfateando las *mezze* y apartando las fuentes hasta que llegó a la langosta caliente. Pinchó una porción grande.

—Nada saldrá mal —dijo Percy. Le dio la bandeja vacía al sirviente y le indicó que él mismo serviría el café. El muchacho se retiró—. Yo manejaré. Conozco los caminos. He pasado buena parte de estos veinte años viajando por el desierto. Pero los caminos de montaña son peligrosos y estrechos, con curvas cerradas, aldeas superpobladas y conductores de ómnibus que conocen sólo la bocina y el acelerador. Si un hombre es lo suficientemente joven y atrevido... —Percy hizo una pausa—... y no digamos si lo acosa el miedo, puede escurrirse de cualquier auto que lo siga.

—O matarse —dijo Mann, con una buena porción de langosta en la boca.

—O matarse —dijo Percy, mientras tomaba un tenedor y un cuchillo—. Hay cerveza local u ouzo, o pueden seguir con los Jack Daniels.

—¿Y cuando pasa las montañas? —preguntó Mann. Se echó atrás en la silla delicada, que crujió, y luego sostuvo en alto un trozo de langosta ensartado, arrancándole pedazos y aprobando el gusto.

—La meseta alta, y luego más montañas, los Oulednail, hasta llegar a Laghouat, donde empieza el verdadero desierto: unos cuatrocientos kilómetros en total.

—Pero entonces ya sabrán que los siguen —dijo Mann.

—Querido amigo —dijo Percy. Se rió—. Sabrán que los siguen antes de que usted llegue a las colinas, aun antes de que usted haya salido de la ciudad. Si esperaba pasar inadvertido, olvídalo. A esta altura del año casi no habrá autos particulares allá en el desierto. Verán la polvareda a cien kilómetros de distancia.

Mann removió unos trocitos de queso asado antes de meterse uno en la boca. Estaban muy calientes. Trató de no mostrar que se había quemado; pero le saltaron las lágrimas.

—Creo que Percy debería conducir —dije.

Mann llevó una servilleta a la boca, levantó la vista para ver si alguien lo miraba, y por fin tragó el queso caliente.

—Decidido, entonces —dijo Percy y se acercó al plato de quesitos asados. Se metió tres en la boca y los masticó impasible. Entonces comprendí que la similitud de su educación los enfrentaba. Si trocamos la escuela privada de Percy, por la academia militar del Medio Oriente, adonde los padres divorciados de Mann lo habían enviado, cada uno podía convertirse en el otro.

El *jet* argelino llegó a Argelia a la madrugada. La señora Bekuv debe haber sabido que la esperábamos al otro lado de la barrera. Cualquiera fuera el acuerdo con la Delegación Comercial Rusa, éste incluía la autorización para que ella saliera del aeropuerto por el otro extremo. Casi la perdemos definitivamente, pero el amigo de Percy, en Inmigración, nos pasó el dato y nos largamos tras ella.

Iban en un Land-Rover: los dos Bekuv, Red Bancroft y el conductor que había traído el vehículo. Era ese momento de oscuridad, antes del amanecer, del que hablan los libros, y el parabrisas estaba empapado con la lluvia, el auto que teníamos delante no era sino una borrosa sucesión de luces amarillas, con un par de puntos rojos cuando el conductor apretaba los frenos.

No hablamos mucho: el ruido del motor, la fuerte lluvia y el golpe de los limpiaparabrisas hacían que Percy tuviera que gritar.

—¡El tipo ese es muy bueno, y no necesito decirlo!

Íbamos subiendo. Los pueblitos estaban cerrados y silenciosos. Al atravesarlos, rugiendo, recibíamos el eco de nuestro ruido en respuesta. La lluvia seguía todo el tiempo. Los neumáticos mordían, inseguros, el camino empinado y con curvas. Percy se aferraba al volante al descubrir una curva cerrada tras otra; y, muy pronto, la cruda luz del amanecer brilló rosada a través del parabrisas.

—Nosotros les ganamos en velocidad —dijo Percy—, pero él tiene mayor tracción. ¡Maldición! —Hizo sonar la bocina cuando un hombre en una mula

apareció en nuestro camino—. Es como ese juego de chicos, piedritas, papel y tijeras, no se sabe qué es lo más importante.

—Sabén que los seguimos —dijo Mann.

—Un conductor como ése —dijo Percy sin disimular su admiración—, ya habrá calculado la presión de nuestros neumáticos y cuánto bebí anoche.

El sol se levantó muy rápido; las nubes negras que corrían por el cielo ocultaban su luz intermitentemente; los rayos solares, casi horizontales, nos atravesaban los ojos y se retorcían a cada movimiento del auto. Percy bajó la visera completamente, pero no sirvió de mucho.

Ahora comenzaron a forzar la marcha y el camino se volvió más difícil. A un lado había paredes empinadas, pinos y salientes verticales; en el otro un abismo a pico, con un borde sin señales, y no todo el camino estaba compacto. Más de una vez, inesperadamente, un tramo del pavimento suelto golpeaba la chapa inferior, haciendo patinar el auto y las ruedas giraban en el aire.

Percy miraba fijamente hacia adelante, concentrado en la línea del borde que corría a su lado, y apretaba el acelerador en cuanto veía que la curva no era demasiado cerrada. También utilizaba el lomo del camino, montándolo en ángulo con la dirección del camino para conseguir la tracción máxima y el golpe de aceleración que le daba la maniobra. Durante un sector de la ruta saltamos literalmente por el aire, subiendo y bajando el lomo.

—¡Cristo! —dijo Mann la primera vez que Percy lo hizo; pero el estruendo del auto, al aterrizar nuevamente sobre el camino, le hizo morderse la lengua y caerse de costado sobre el asiento de atrás.

—Téngase fuerte —dijo Percy, y se rió satisfecho. Mann masculló una maldición.

Delante de nosotros, el Land-Rover dio un salto y desapareció en una nube de espuma, al dar contra una cresta del camino que el agua de lluvia tapaba. Percy bombeó el freno, disminuyendo la presión del pedal cada vez que el auto se hundía en una depresión o bache.

Cuando llegamos a la cresta, habíamos reducido la velocidad a cuarenta. El otro auto había hecho saltar bastante agua, descubriendo una serie de baches. Percy se desvió para hacer pasar las ruedas del lado del abismo, con el mayor peso posible, por encima del bache más hondo.

Pese a tanto arte, aterrizamos con un terrible crujir de metal, y un golpe que sentimos hasta en la cabeza. Mann se tomó la cabeza con las manos como para evitar más dolor.

Pero el Land-Rover también tenía problemas. Adentro había cuatro personas amontonadas, y el fuerte golpe debía haberlas sacudido, porque habían aminorado la marcha lo suficiente como para que fuéramos mordiéndoles el polvo.

—Agárrale el traste —dijo Mann. Percy se acercó y alcanzamos a ver que conducía la señora Bekuv. Por un par de millas corrimos juntos.

—Cuando estemos en la arena blanda se van a reír de nosotros —dijo Percy—. Con tracción en cuatro ruedas pueden arrastrarse por el desierto y retomar el pavimento mientras nosotros todavía seguimos cavando arena.

—¿Trajo alfombras de arena? —dijo Mann, listo para una pelea.

—¿Qué son las alfombras de arena? —dijo Percy, ladeando la cabeza para ver la reacción de Mann por el espejo. Mann sonrió sin alegría y no dijo nada.

Aunque el sol había salido, la nube de lluvia lo ocultaba. Unas pocas luces amarillas que veíamos delante de nosotros se convirtieron rápidamente en un pueblo. La bocina del Land-Rover retumbó en las calles estrechas. Casi sin aminorar la marcha, los seguimos por callejuelas intrincadas. Un repentino ruido de frenos nos avisó que la señora Bekuv había visto un gran ómnibus del desierto estacionado en medio de la calle, pero siguió casi sin disminuir la velocidad. El Land-Rover apenas se salvó de un choque frontal, tambaleó al trepar la vereda y pasó ululando por el estrecho espacio. Percy lo siguió. Los hombres y las mujeres se desparramaron. Hubo una ráfaga blanca de plumas al escaparse las gallinas de una jaula en el techo del ómnibus; volaron por el aire, y se oyó un golpe angustioso cuando una de ellas dio contra el costado del auto. Y ya habíamos pasado y estábamos sobre el camino de montaña nuevamente. La superficie era de granza floja y Percy aminoró la marcha cuando empezó a golpear el parabrisas.

—Manténgalo así —dijo Mann y durante unos minutos lo hicimos. Luego, después del tramo recto en el que Percy llevó la aguja hasta bien pasados los cien, el camino dio una vuelta inesperada y se deshizo en un laberinto de curvas sobre un pequeño y fértil valle.

—¡Dios mío! —gritó Mann, y sentí que Percy se quedaba sin aliento. El Land-Rover había disminuido la velocidad. En este tramo de recta, eso quería decir que todavía iban a más de cincuenta; coleó y luego retomó velocidad al tiempo que dejaba caer un gran bulto. Percy me puso el brazo sobre el pecho y apretó fuertemente el freno. Nos detuvimos con un chirrido. Aun así tuvimos que retroceder para encontrar el bulto que habían tirado por la puerta.

Mann estuvo fuera del auto antes que yo. En el pasto alto, empapado por la lluvia, estaba el cuerpo retorcido de un hombre. Nos inclinamos sobre él y

Mann le levantó el brazo inerte y le buscó el pulso.

—El conductor de la Delegación Comercial parece ruso, ¿no?

—Pobre estúpido —dije. El hombre gimió al abrir la boca y vi que tenía los dientes manchados de sangre—. Lo largaron para aligerar el peso —dije. El muchacho vomitó, casi todo sangre.

—Así parece —dijo Mann. Al muchacho le dijo—: ¿Cuál de ellos lo hizo? —pero sólo obtuvo un gemido por respuesta.

—¿Con qué clase de gente nos la estamos viendo? —dije. Sequé la cara del muchacho con mi pañuelo.

—Tenemos que irnos —dijo Mann, levantándose.

—No podemos dejarlo aquí —protesté.

—No hay alternativa, Dios mío, lo sabes. Justamente cuentan con que seamos lo bastante blandos para quedarnos con el muchacho.

Me puse de pie.

—No —dije—. Creo que quisieron aminorar la marcha para dejarlo caer sin daño, pero calcularon mal.

—Está bien. Y también existe Papá Noel; a mover las piernas, niño.

El motor gruñó al pisar Percy el pedal del acelerador. El muchacho moribundo me miró suplicante, pero me volví y seguí a Mann de vuelta al auto. Percy arrancó antes de estar cerradas las puertas.

—¡Alcáncelos! —ordenó Mann.

—Ése no es el problema —dijo Percy—. El problema está en encontrarlos de nuevo si salen del camino y se esconden. —Me di cuenta entonces que estos dos hombres tenían la honestidad y la dedicación a su tarea que les permitía olvidarse del muchacho moribundo. No podía admirarlos por ello.

—¡Ahí! ¡Ahí! ¡Ahí! —dijo Mann.

El Land-Rover, verde oscuro, parecía más grande que un juguete y era difícil verlo entre los pinos, la maleza y la piedra salpicada de barro. Pero ahora que Mann lo señalaba, lo vi deslizándose detrás de los árboles y levantando la cola al saltar sobre el puente combado en el fondo del valle.

Ahora la cosa era diferente; en algunos lugares íbamos cuesta abajo, con más y más gente en el camino, y también caballos. En un lugar unos soldados trataron de pararnos. Percy hizo sonar la bocina y se hicieron a un lado de un salto.

—¿Estaban cerrándonos el camino? —preguntó Mann.

—Pedían que los lleváramos —dijo Percy.

—Ojalá tenga razón.

Ya no veíamos el Land-Rover. Debía haber entrado dos o tres kilómetros en el valle. Percy aceleró hasta que empezamos a patinar y resbalar en el barro y el pedregullo. Luego el camino volvió a subir. Subió unos trescientos metros; allí estaba más seco, salvo por el agua de lluvia que desbordaba de las zanjas en la carretera. Al llegar a la cresta de la colina siguiente nos enfrentamos a un cielo desolado, vidrioso como un espejo color de rosa. Percy frunció los ojos, para ver el camino que doblaba a lo largo de una estribación. Ya no veíamos al otro auto y Percy corría más y más. Por primera vez en mi vida me sentí mareado en un auto.

Percy mostraba una consumada habilidad para tomar las curvas cerradas; lo hacía a toda velocidad, y poco antes de doblar giraba hacia el lado contrario (para perder velocidad), y luego retomaba el otro lado del camino. El efecto pendular nos llevaba a través de la curva. Y Percy ya presionaba el acelerador, aun antes de que el auto se hubiera detenido lo suficiente para retomar la recta siguiente. Éramos lanzados hacia delante, tan ferozmente, que el respaldo del asiento me hacía doler la cintura. No había margen para errores. A la izquierda del camino había un acantilado rocoso y a la derecha un precipicio. Todas las ventanillas del auto estaban ahora recubiertas de barro líquido y solamente quedaba limpia la parte que cubrían los limpiaparabrisas.

Seguía cayendo una lluvia fina, pero no era suficiente para lavar el barro de las ventanillas laterales y apenas suficiente para la acción de los limpiaparabrisas. La próxima curva trajo una oleada de barro y pedregullo suelto. Percy bajó su ventanilla para ver mejor y yo hice lo mismo de mi lado. El viento, frío y húmedo, aulló a través del auto.

Íbamos a cien, sobre un lomo inesperado, cuando lo vimos.

La teoría dice que si se choca contra un rebaño de ovejas a esas velocidades, se pasa sobre ellas como un patinador en un matadero. No es cierto. «Ahí va», dijo Percy. No había posibilidad de eludirlas; cubrían todo el camino, debe haber habido cientos, balando, corriendo o mirándonos inmovilizadas por el miedo.

Percy hundió el pie en el acelerador y enfiló directamente contra la cara de la roca. Chocamos con un golpe que nos conmovió hasta la médula e hizo cantar el metal del auto como un diapasón. El primer impacto sólo rebanó una rueda delantera. Luego una barahúnda de trozos de amortiguadores y de chapa, saltaron del cuerpo del auto. El frente cayó y partió la superficie del camino, produciendo un torrente de piedritas que arrancaron el parabrisas como si fuera una ráfaga de ametralladora. La fricción contra el pavimento

nos hizo perder velocidad y, al irse deteniendo, el auto giró hasta que quedamos mirando hacia el lugar de donde veníamos.

Percy lo hizo todo de acuerdo a las reglas. Mantuvo el pie apretando el pedal, y las ruedas que giraban comenzaron a frenarnos un poco, destrozando las gomas y lanzando una nube de humo negro que nos ocultó el mundo. Pero no nos frenó bastante, y con el motor aún gritando en protesta, corrimos de vuelta a ciento diez kilómetros por hora.

Me lancé contra la puerta para abrirla, pero no pude encontrar la manija. Mi asiento se soltó y di con la cabeza en el techo, mientras nos hundíamos en el fin del mundo. El motor chirrió y la tierra se torció, y nos deslizamos por el precipicio, bajo un bombardeo atronador de partes del auto y una tormenta de nieve verde. Por dos veces, los árboles y la maleza casi detienen el auto, y las dos veces se abrió paso. Pero ahora, con la suspensión despedazada y sin una rueda, íbamos haciendo un surco en la ladera blanda. Fuimos más despacio, nos tambaleamos, nos tumbamos y por fin nos detuvimos en un ángulo agudo, en medio de una confusión de espinas, rocas y matorrales. Yo estaba tirado de espaldas en el asiento roto y oía el gorgoteo de los líquidos que se escapaban. El aire apestaba a combustible, y me hubiera sofocado a no ser por el cinturón de seguridad que no me dejaba respirar.

Percy tenía los ojos cerrados y la cara llena de sangre. No podía darme vuelta para ver donde estaba Mann. Traté de liberar mi pierna que había quedado atrapada por el metal retorcido, entre el panel de instrumentos destrozado y el volante. Tiré de la pierna. Alguien gritó «fuego»; pero la voz bajó muy pronto hasta ser un susurro, y se desvaneció en la oscuridad. Hacía frío, mucho, mucho frío.

Una luz enceguecedora me hirió los ojos, y al recobrar más el sentido, la vi oscilar sobre el cielo raso, de atrás adelante, sobre los textos islámicos de brillantes colores clavados en la pared. La cama de hierro crujió cuando me moví bajo la tosca frazada que me cubría las piernas. Enfoqué al hombre con dificultad. Estaba sentado inmóvil en el rincón; un hombre gordo, sin afeitar y con ojos encapotados.

Detrás de él había un reloj roto y una litografía en color, groseramente retocada, de un político uniformado.

El hombre gordo habló sin mover un músculo y casi sin mover la boca:

—El hombre del sombrero se despierta. —Su árabe era de más al Este; quizá de Egipto, donde el hombre que lleva sombrero (charwaja) es el no creyente, el infiel, el enemigo.

Una voz dijo desde el otro cuarto:

—Es la voluntad de Dios —sin aprobar la decisión de Dios con mucho entusiasmo.

—Tráigalo —dijo el hombre gordo.

Oí movimientos al lado y moví la cabeza, con dificultad, hasta ver la puerta. Por fin llegó Percy Dempsey. La luz enceguecedora me golpeó los ojos de nuevo y vi que venía de un pequeño espejo de pared que la corriente de aire movía.

—¿Cómo se siente? —dijo Percy. Tenía una taza de café en la mano.

—Pésimo —dije. Tomé el café que me ofrecía. Era fuerte, negro y muy dulce.

—Su amigo tiene otro agujero en la cabeza. Está consciente, pero ahora duerme. Será mejor que venga a verlo. ¡Cuidado!, atención con mi café.

Me levanté de la cama y vi que tenía toda la ropa puesta, salvo los zapatos. Me los puse, y al agacharme, sentí que me dolían una docena de músculos que jamás supe que tenía.

—Se portó, Percy —dije—. Gracias.

—Si hay que chocar, hágalo de espaldas. Mi viejo me lo enseñó y ganó el Montecarlo dos años seguidos.

—Bueno, pudo haber intentado manejar.

Percy sonrió cortésmente y me llevó a la habitación desnuda en la que habían ubicado al mayor Mann. Alguien le había sacado la corbata y las botas, y había doblado la chaqueta para ponérsela debajo de la cabeza. Estaba despeinado y sin afeitar, y el moretón de la herida de bala había convertido su cara en un arco iris de azules, rosados y púrpuras.

Me incliné sobre él y lo sacudí.

—¿Quéee? —dijo Mann.

—¿Café, té o yo? —dije.

—Fuera —dijo Mann sin abrir los ojos—. Fuera y déjame morir en paz.

—No seas aguafiestas. Queremos ver.

Mann gruñó de nuevo y miró su reloj pulsera. Movi6 el brazo hacia adelante y hacia atr6s como para enfocararlo.

Por fin dijo:

—Tenemos que ponernos en camino.

—¿En qué camino? —pregunté—. Nuestro auto est6 hecho trizas.

—¿Quieren comprar un auto? —dijo Percy—. Ochenta y cinco mil al contado; adem6s un solo due6o. Jam6s corri6 en pistas ni *rallies*.

—Bueno, alquile otro auto.

—Lo hice —dijo Percy—. Hace unas cinco horas, mientras usted dormía profundamente. Llegar6 en cualquier momento.

—Bueno, no se quede a esperar que lo aplaudan —dijo Mann—. Tome el tel6fono y apúrelos.

—No se ponga nervioso. Me he puesto en contacto con mi hombre de Ghardaia. El Land-Rover carg6 nafta all6. 6l los sigue y dejar6 mensajes a lo largo del camino.

—¿C6mo?

—No estamos en la calle Oxford —explic6 Percy—. Es la ruta Trans-Sahara. O se dirigen al Sur por In-Salah, o toman el otro camino, por Adrar, Reggane y finalmente a Tombuctú.

—Por donde vinimos la otra vez —dijo Mann. Se pas6 la mano por la cara y se toc6 el moret6n hinchado, en el ment6n y la mejilla. Luego se enderez6 y desdobl6 la chaqueta que ten6a debajo de la cabeza. Me mir6—. No tiene muy buen aspecto —me dijo.

—Y no me siento muy bien —confes6—; pero, por lo menos, mi mente sigue funcionando. ¿Ustedes dos pensaban que la se6ora Bekuv quer6a un

Land-Rover porque hace juego con el color de sus aros? ¿O porque esta semana estaban rebajados? Me inclino a pensar que radiografió a Argel desde el avión e indicó qué vehículo quería.

—¿Por qué? —dijo Mann.

—Sí. ¿Por qué? ¿Por qué elegir un auto que desde el Fiat del ama de casa hasta el ómnibus local pueden pasar? Hemos estado pisándoles los talones hasta ahora, así que, ¿por qué no pidió un auto preparado? Si uno sigue por el pavimento, se puede hacer el viaje en un Ferrari, con sólo gastar en un par de filtros de arena y una protección para el depósito de nafta.

—Pero no hubieran podido ir más allá del pavimento —dijo Percy—. El camino pavimentado termina en In-Salah, por una ruta, y al Sur de Adrar, por la otra. Después, sólo hay un sendero.

—Brillante —dije sarcástico—. No cree que sea lo bastante inteligente como para tener un auto preparado para el desierto, esperándola en el Sur. Nos dicen adiós y se salen con la suya.

—Hoy no estoy para adivinanzas —dijo Mann—. Dímelo.

—Van a dejar el camino. Sea lo que sea lo que van a hacer, no lo van a hacer en la piscina de un hotel oficial. Van a meterse en el desierto. Y si ella es tan inteligente como yo creo, dejarán el camino por la noche.

—Y es por eso que Bekuv vino al Norte, para encontrarnos, manejando el GAZ —dijo Mann—. Era un vehículo tan llamativo, el único GAZ que he visto en toda Argelia. Lo tomó para entrar en el desierto antes de encontrarse con nosotros, y poder enterrar leí que ahora vienen a recoger.

—Es demasiado grande para enterrar. Ya te lo dije.

—Si tiene razón —dijo Percy—, nosotros también vamos a necesitar un Land-Rover.

—Sí —contesté.

—O un camión grande —dijo Percy—. Un camión poco cargado es tan bueno en el desierto como un Land-Rover.

Mann se volvió hacia Percy y lo golpeó en el pecho con un índice manchado de nicotina.

—Quiero seguirlos a través del desierto, dondequiera que vayan —dijo Mann—. Arréglese como para que podamos viajar por la arena, wadis, rocas... lo que sea.

Algunos hombres quedan hipnotizados por el desierto, así como otros se obsesionan con el mar; no por un especial cariño por la arena o el agua, sino porque océanos y desiertos son los mejores lugares para observar el mágico efecto de los cambios de luz. Pequeñas crestas aplastadas por el sol alto, se convierten en montañas erizadas cuando las corta la luz del sol, y sus sombras, oro pálido al mediodía, se convierten en negros charcos sin fondo.

El sol estaba alto cuando llegamos al desierto. Si uno se animaba a desafiar el sol del mediodía se podía parar sobre su propia sombra. No muchos lo hacían. Ni las cabras, ni los camellos, ni siquiera las serpientes o escorpiones se mueven a esa hora. Sólo los perros locos, los ingleses y el mayor Mann de la CIA.

Por el ventilador del auto entraba una lluvia continua de arena fina. Cerré la entrada y abrí la ventanilla: el viento era caliente. La cerré de nuevo. Percy se secó la frente. Ante nosotros el camino resplandecía en el calor. El cielo no era azul, sino de un blanco brumoso, como la arena lejana. No se distinguía el horizonte. La luz, deslumbrante, creaba grandes lagos que desaparecían tan sólo un instante antes de sumergirnos en ellos.

Habían construido la ruta al Sur sobre la orilla de un mar de arena tan grande como Inglaterra. Los médanos son monstruos escamosos, marrones, prehistóricos que dormitan en el calor, y respiran ráfagas de arena que les mochan los picos. Y a través del camino se retorció más arena, como serpientes fantasmales que silbaban bajo el auto cuando pasábamos entre ellas. Todos llevábamos los cinturones de seguridad bien ajustados, pero ni ellos podían evitar que diéramos contra el techo, o la ventanilla, cuando chocábamos contra uno grande.

—Con una más, sólo un poco más grande que ésta —dije después de un choque particularmente violento con una de esas crestas de arena—, bastará para terminar con nosotros.

—En esta época del año las patrullas las limpian una vez por semana, más o menos —dijo Percy—. Vale la pena arriesgarse con este viento.

—¿Y el viento se mantendrá así?

Levantó una mano del volante el tiempo suficiente para mostrarme la nube de tormenta de tierra que había estado observando.

—Creo que viene hacia nosotros —dijo.

—Por Dios —dijo Mann—, es lo que me hace falta. —La observamos sin hablar, hasta que Mann dijo—: Lo que está al frente ¿es un pueblo o un oasis?

—Ni lo uno ni lo otro —dijo Percy.

—Deténgase de todos modos —dijo Mann—. Es tiempo de orinar.

Lo que había parecido árboles era una docena de arbustos espinosos, que por su disposición parecían señalar que si uno cavaba lo bastante profundo encontrada una corriente de agua subterránea. También había un viejo Renault despojado de todo, del que sólo quedaba la cáscara exterior. Estaba pulido por la arena que el viento hacía volar, y adentro estaba tiznado. Sería un buen lugar para que los viajeros hicieran fuego. Miré adentro y encontré unos trozos de neumáticos quemados (el combustible del nómada) y algunas botellas rotas en pedazos restregados y blanqueados. También había un paquete de cigarrillos, arrugado. Lo levanté y lo estiré... Kools largos con filtro, mentolados; los que fumaba Red Bancroft. Lo tiré de nuevo, pero me di cuenta de que todavía no la había olvidado.

—¡Dije orinar! No mierda: ducha, afeitada, shampoo y peinado. —Mann nos obsequiaba con una de sus muestras favoritas de chistes de cuartel mientras, de pie al lado de la puerta del auto, tamborileaba con impaciencia—. Y manejo yo —dijo cuando entré.

—Muy bien —dijo Percy—. No estamos apurados.

Me tendí atrás y dormí. De vez en cuando, un sacudón brusco me lanzaba contra el techo. El sol cayó y se puso amarillo y luego rojo. El cielo se tomó color malva, y los médanos parecieron arquear el lomo al desparramar su sombra. Ya no había sombras en el parabrisas y el aire era seco y la temperatura había bajado lo bastante como para que fuera gratificante abrir la ventanilla. La arena nos silbaba y nuestras chapas de patente eran tan sólo metal crudo, sin letras ni números visibles (la marca de los autos que se adentran en el desierto) y la gente de los pueblos nos miraba con atención.

Dormí a ratos, despertado a veces cuando los vehículos que marchaban en contra nos obligaban a salir de la huella y otras, al caer livianamente, en medio de sueños terribles. El sol se ocultó y sólo quedó el túnel que nuestras luces abrían en la noche sin fin.

—Mi hombre está esperando —dijo Percy. Su voz era fría y distante; el tono que asumen las voces de todos los hombres a la noche—. Tendrán

camellos... por si los necesitamos.

—Para mí no —dijo Mann—. Estoy tratando de dejar los Camels. —Se rió fuerte, pero Percy no. Casi enseguida debo haberme dormido.

—En el continente africano caben los Estados Unidos con China, y queda sitio para que se muevan —dijo Percy Dempsey. Estaba manejando.

—Conozco cierta gente de Vermont a la que eso no les gustaría —dijo Mann.

Percy se rió sin ganas. Delante de nosotros el camino seguía recto, en una bruma de calor. Sólo por las ocasionales ráfagas de arena Dempsey disminuía la velocidad.

—Un convoy... estacionado al parecer. —Los ojos de Percy parecían miopes y acuosos cuando leía el diario o uno de sus Simenon favoritos; pero aquí, en el desierto, su vista era aguda y era capaz de interpretar las manchas que aparecían en el horizonte mucho antes que Mann o yo las viéramos—. No son camiones, son ómnibus —agregó—. Demasiado temprano para un bocado.

Los gigantescos camiones con acoplado que rodaban hacia el Sur, rumbo a Tombuctú, en convoy, llevaban el número suficiente de conductores en cada grupo, como para comer y dormir por turno. Cuando se detenían era, generalmente, para hervir agua para la muy fuerte y muy dulce infusión de té de menta que los árabes necesitan aun más que el sueño. Pero, al acercarnos, vi que Percy estaba en lo cierto. Eran los mismos chasis gigantes, con ruedas altas como hombres, pero eran ómnibus, con guarniciones cromadas y vidrios oscuros en las ventanas. En el carrozado se leía el nombre y la dirección de una agencia de turismo alemana. Una pequeña carpa anaranjada, al lado del sendero, tenía un cartel, «Damen», pero no había igual comodidad para los hombres; la mayoría de éstos estaban formando un grupo para una fotografía.

—No se detenga —dijo Mann.

—Quizá tenga que hacerlo —dijo Percy—. Si están en dificultades y pasamos de largo sin ayudar, nos meteremos en un lío. —Disminuyó la velocidad al pasar al lado de los dos ómnibus, hasta que un hombre maduro, con guardapolvo blanco, nos hizo un gesto para indicar que todo andaba bien.

—Señal de los tiempos —dijo Percy—. Los chicos ingleses hacen estos caminos en los viejos camiones Bedford del ejército.

Pasó casi una hora antes de llegar al punto del mapa en el que el hombre de Percy nos esperaba. Hacía un calor bárbaro cuando salimos del auto para inspeccionar el lugar donde el Land-Rover de los Bekuv había salido del camino, en dirección Oeste, en pleno desierto. Las señales de los neumáticos

todavía se veían en la arena blanda; pero bajo ellas había un substrato calcinado y duro que, en algunas partes se había resquebrajado, formando ollas que a veces tenían casi un kilómetro.

Transbordamos al Land-Rover que nos esperaba, y el hombre de Percy siguió hacia el Sur con nuestro auto alquilado. Era mejor que pasara por la próxima estación de policía a tiempo. Los movimientos del árabe de Percy y de este desvencijado Land-Rover no serían comunicados tan cuidadosamente.

—Vaya despacio —ordenó Mann—, los neumáticos de ellos son exactamente iguales a los nuestros.

—Menos gastados —dijo Percy—. Y hay uno que parece enteramente nuevo.

—Bueno, no tengo ganas de arrastrarme al sol, examinando huellas de neumáticos con el microscopio de bolsillo —dijo Mann.

—¿Tiene un microscopio? —dijo Percy—. Algunas de las flores del desierto son dignas de observarse con lupa. —Era difícil saber cuánto había de verdad y cuánto de burla en sus palabras.

Dejamos el suelo liso y duro que los constructores del camino habían elegido, y viajamos por la superficie pedregosa del desierto y luego por la tosca «tabla de lavar» que hacía trepidar el auto. Percy aceleró hasta que encontró la velocidad a la que las rugosidades parecían alisarse, y corrimos así, durante más de una hora, hasta que encontramos los primeros parches de arena blanda. Al principio, Percy los pasó a toda velocidad y siempre encontró superficie dura antes de empantanarse; pero la suerte no nos iba a durar siempre, y por fin tuvo que conectar la tracción en las cuatro ruedas y arrastrarse para mayor seguridad.

El andar se hizo más y más blando, hasta que empezamos a movernos entre una sucesión de médanos. El paso bordeaba los médanos más altos; pero aun así, el Land-Rover resbalaba como si anduviéramos sobre patines. El viento dominante, del Este, hacía de cada subida una rampa suave; pero el otro lado del médano a veces era empinado. Sin embargo, no había otra posibilidad que acelerar en la cresta. Nadie hablaba, pero se iba haciendo evidente que por sólo un mínimo error de cálculo o en un momento de descuido de Percy nos encajaríamos, ya sea en la cima, o abajo, en los médanos. Habíamos subido uno de los declives más suaves, cuando sentí que la arena golpeaba al Land-Rover por debajo, y Percy dio un tirón al volante de modo que bajamos al valle del médano con un resbalón que nos envolvió en una nube de arena. Nos detuvimos en un ángulo muy marcado, mientras Mann lanzaba maldiciones y se masajeaba la cabeza resentida. A pesar del

remolino de polvareda marrón, vi lo que había hecho virar a Percy. Ahí, a menos de cincuenta metros, había otro Land-Rover, vacío y abandonado. Antes de que la arena se disipara, ya estaba Mann fuera del auto y seguía las visibles huellas que habían dejado los otros. Red Bancroft había abandonado los zapatos; y un hombre, el profesor Bekuv, había tropezado y se había caído, dejando una larga cicatriz sobre la arena lisa.

Seguimos sus huellas unos cincuenta metros; entonces se convirtieron en surcos anchos y profundos, bordeados por un dibujo de líneas iguales. Mann fue el primero en reconocer las extrañas marcas.

—¡Un buggy para médanos! —Corrió hacia adelante hasta encontrar el lugar donde los neumáticos blandos habían saltado sobre las crestas del médano siguiente—. No cabe duda: un buggy de médanos. —Los extraños autitos que los californianos utilizaban para recorrer la playa eran los únicos vehículos que podían ganar a un Land-Rover en un país como éste.

—¿Un buggy para médanos? —dijo Percy.

—Es un vehículo liviano, descubierto —dije—. Carrocería moldeada, cuatro ruedas, neumáticos blandos especiales, con banda de rodamiento muy ancha, y cubierta de lona para protegerse del sol... barra antivuelco para seguridad; puede llevar una ametralladora pesada...

—Qué estás diciendo... —dijo Mann, y luego levantó la vista a la cresta del próximo médano y los vio él también.

En el buggy había tres hombres. Los observé cuidadosamente, tratando de descubrir su origen o ideología. Tenían la piel muy oscura que se ve en el lejano Sur. Llevaban *howli*, para proteger la cabeza del sol alto, y los trajes estaban gastados y sucios; pero alguna vez habían tenido el estilo *boubou* de Mauritania, en el Oeste. Nos miraban impávidos; pero el hombre que ocupaba el asiento trasero agitó imperiosamente la pistola ametralladora AKMS que tenía en las manos. Obedientes, trepamos por la arena quemante.

Estaban patrullando; después de andar otra media hora, vimos de dónde habían venido: blanqueada casi al color de la arena pálida que la rodeaba, una gran fortaleza, con paredes almenadas y torres de guardia. Desde el tiempo de los romanos, los ejércitos habían construido esos campamentos fortificados, para dominar los caminos de caravanas, los pozos y los pasos en el desierto. Los franceses habían construido otros como guarniciones de la Legión Extranjera. Pero en el mástil de este fuerte no flameaba bandera alguna: sólo un bosque de antenas de onda corta; platos, varas, espirales, otros dispositivos, lazos y marcos; más antenas de las que vi nunca en un solo lugar.

A primera vista no me di cuenta del tamaño de la fortaleza; pero, casi una hora más tarde, cuando todavía no habíamos llegado a las pesadas puertas, vi que los terraplenes tenían la altura de un edificio de seis pisos. Finalmente llegamos, y los árabes nos hicieron pasar por la entrada principal.

Había dos líneas de puertas, y al mirar hacia arriba vi luz de día pasando a través de aberturas como las que se usaban para arrojar aceite hirviendo sobre los caballeros que sitiaban los fuertes. La segunda línea de puertas daba a un patio. Ahí había más buggys y, más atrás, un helicóptero. Se parecía al pequeño Kamov artillado, de dos asientos, que había perseguido a Bekuv por el camino el día que desertó, y que se tiró sobre el auto con el muchachito árabe. Le habían sacado las palas, y un par de mecánicos trabajaban en las conexiones del rotor. Pero la mayor parte del patio estaba ocupada por dos enormes radiotelescopios, con platos de unos veinte metros de diámetro. Allí estaba Bekuv recorriendo todo el equipo, y tocando los controles y los cables y el borde de los platos, con el asombro táctil que la mayoría de los hombres reserva para autos muy viejos o amantes muy nuevas.

—¡Dios mío! —dijo Mann, bajito, cuando vio los dos radiotelescopios y comprendió para qué los habían usado. Le gritó a Bekuv—. ¡Hola, profesor! ¿Está bien?

Bekuv nos miró largo rato antes de responder. Luego dijo:

—Vengan aquí. —Fue una orden. Fuimos.

—¿Por qué no nos dijo nada? —dijo Mann—. ¿Por qué no nos dijo que había instalado esta estación de rastreo para espiar los satélites de comunicaciones? ¿Fue idea suya?

Mann no pudo disimular su admiración, y Bekuv sonrió agradecido. Le alcanzó a Mann una cantimplora de agua que colgaba del respaldo de su asiento. Mann bebió un trago y se la pasó a Percy y luego a mí. El agua estaba tibia y clorada, pero fue un bien venido alivio después de nuestra larga caminata por la arena.

Bekuv lo observó a Mann todo el tiempo, estudiando la cabeza malherida y el vendaje, ahora muy sucio, que asomaba bajo el sombrero. Los ojos de Bekuv estaban bien abiertos y brillaban, o es que yo recién lo notaba.

—Creí que había muerto —le dijo a Mann—. Creí que lo habían matado en el aeropuerto.

—No, lo siento —dijo Mann. Se sentó en un cajón de embalaje, roto, y cerró los ojos. La caminata por la arena blanda lo había extenuado.

—Tuve razón en no confiar en usted —dijo Bekuv—. Mi mujer tuvo la sospecha de que la cátedra en la Universidad de Nueva York no existía...

sospechó que me mentían...

—... y arregló con Moscú para que usted pudiera volver aquí —dijo Mann—. Sí, sí, sí, ya lo sabemos. Pero ¿por qué quiso volver?

—Ella me dijo que tenía que desarmar toda la instalación y destruir todas mis notas —dijo Bekuv.

—Pero no va a hacer eso, supongo —dije yo.

—No —dijo Bekuv—. Voy a continuar con mi trabajo. Anoche recibí señales de Tau Ceti.

—Maravilloso —dije fingiendo entusiasmo.

—¿Qué es Tau Ceti? —dijo Mann.

—Una estrella —le dije—. El profesor Bekuv recibió señales de ella, el año pasado.

—No lo sabía.

—De modo que leyó los libros que le presté —dijo Bekuv—. Y sus conferencias y las notas. Leí todo.

Bekuv agitó una mano en el aire y masculló unas rápidas palabras en árabe. No lo pude seguir más allá de comprender que les decía a los árabes que se llevaran a Mann y a Percy a algún lado. Bekuv me tomó del brazo y me llevó al edificio principal de la fortaleza. Las paredes tenían un metro de espesor, y podían haber estado allí desde siglos.

—¿Cuántos años tiene este lugar? —pregunté, más para tenerlo contento que por deseos de saberlo. Sacó del bolsillo un puñado de puntas de flecha de piedra como las que los chicos nómadas venden en las aldeas del Sur.

—Romanas —me dijo—. Aquí debe haber habido un fuerte desde entonces. Como ve, tenemos agua. La ubicación deja mucho que desear, pero sólo aquí hay agua en ciento sesenta kilómetros a la redonda. —Abrió la enorme puerta tachonada con hierro. Adentro, el fuerte estaba oscuro y era aún más extraño. Haces de la fuerte luz del sol del Sahara se apoyaban como columnas contra las aberturas de las ventanas cerradas. Había una enorme escalera, moteada por la luz que entraba por unas roturas en el techo, a veinte metros encima de nuestras cabezas. Pero la habitación en la que me hizo entrar Bekuv estaba equipada como una oficina moderna: un escritorio bruñido, tres cómodas sillas, Lenin en la pared, y tantos libros como para hacer necesaria una pequeña escalera plegable. Había otra puerta. Bekuv cruzó la habitación para cerrarla, pero antes de que lo hiciera alcancé a ver las relucientes formas grises del equipo de radio que amplificaba las señales de los radiotelescopios.

Bekuv se sentó.

—De modo que lo leyó todo.

—En parte era demasiado técnico para mí.

—Anoche capté señales de Tau Ceti.

—¿Qué clase de señales?

Bekuv sonrió.

—Bueno, no se trata de noticiarios o información deportiva. La palabra contacto las describiría mejor. Siempre dije que el primer intercambio planetario sería alguna clara indicación de número y sistema, expresada en actividad eléctrica cerca de los 1420 megaciclos.

—Sí, lo recuerdo —dije—. El átomo de hidrógeno, al girar sobre su núcleo, vibra 1 420 405 752 veces por segundo. Esas inmensas nubes de hidrógeno flotando a través de la galaxia y silbando en la misma longitud de onda en el espectro electromagnético... capturaron mi imaginación, profesor. Si cuando era joven hubiera encontrado alguien como usted, quizá me hubiera dedicado a la ciencia.

Bekuv estaba contento conmigo.

—Y recuerde que dije cerca de 1420 megaciclos. En esa longitud de onda, exacta, no se puede oír sino un silbido.

—¿Y envió su respuesta?

—Una serie de dígitos binarios, pulsaciones y silencios para representar unos y ceros, que son representaciones esquemáticas de la forma atómica del carbono y el oxígeno. En el peor de los casos, lo interpretarán como señal de que acá hay alguna inteligencia. En el mejor, les dirá en qué ambiente vivimos.

—Genial.

Bekuv miró su reloj. La excitación lo había agitado.

—Nos estamos preparando para esta noche. Trabajaremos con los dos telescopios. Uno lo apuntaremos a Tau Ceti y el otro, cerca de ella, a cielo abierto. Los dos pasan lo que reciben a la computadora que tenemos en la otra habitación. Ahí se comparan las dos corrientes de material y se limpia todo lo que llega por ambos telescopios. Así es como me deshago de todo ese ruido de fondo y del barullo cósmico. Entran solamente las señales de Tau Ceti. —Tomó un largo rollo de papel de informes de la computadora. Era un laberinto de símbolos incomprensibles—. Esto fue procesado hace sólo tres horas. Digan lo que quieran, las pulsaciones de Tau Ceti tienen un esquema regular.

—Es todo una ilusión, profesor.

—No le niegue a nadie su ilusión, amigo.

—Usted merece una contestación sincera, profesor —le dije—. No parece comprender que está en una posición muy peligrosa. Es una molestia para el gobierno de los Estados Unidos, y una amenaza para una de las muestras más audaces de espionaje electrónico soviético que yo haya visto. Le ayudó a Moscú a instalar este lugar para interceptar los satélites de comunicación norteamericanos sobre el Atlántico. Así conseguían material de los satélites comerciales y oficiales y, a menos que me equivoque, también de FEDSAT, el que lleva todo el material diplomático secreto, y los informes prioritarios de la CIA, entre los Estados Unidos y Europa. Usted debe haber dado todo a Moscú; desde las conversaciones telefónicas del presidente, hasta los informes diarios que Langley envía a Londres, Bonn y París.

—Me comprometí a hacerlo —dijo Bekuv—. Todos los hombres de ciencia llegan a algún acuerdo con el poder... pregúntele a Leonardo da Vinci, pregúntele a Einstein. Yo quería el silencio electrónico del Sahara que es el lugar más «frío» del mundo, para usar la jerga electrónica. Y la única manera de venderle mi idea al gobierno fue diciéndoles que aquí estaríamos lo bastante al Oeste como para «ver» los satélites de occidente.

Fui a la ventana. El sol estaba rojo sangre y se hundía en la tierra, y se sentían las ráfagas de aire que a menudo acompañan la puesta del sol. Agitaban la arena y levantaba nubes de polvo que rodaban por el desierto.

—La fiesta terminó, profesor —dije—. El secuestro del avión, la muerte de un senador de los Estados Unidos, la traición y muerte de su ayudante, ¿qué prioridad cree que le asignan a todo esto en Washington...? Es sólo cuestión de tiempo que localicen este lugar. Entonces el triunfo de Moscú se convertirá, de pronto, en algo perjudicial; y Moscú querrá hacer desaparecer todo esto como por arte de magia. Y a usted también.

—Ni siquiera Moscú puede hacer desaparecer un lugar así, de la noche a la mañana.

—Yo no estaría tan seguro de eso, profesor Bekuv.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el científico.

Esperé un largo rato, observando cómo se hundía el sol en el horizonte. El cielo del desierto estaba claro como cristal y las estrellas, amontonadas como azúcar desparramada. Era natural que uno lo creyera. En una noche así, se podía creer cualquier cosa.

—Quiero decir que las señales del contacto eran falsas —dije brutalmente—. Los expertos (ellos también científicos), dispuestos a hacer su pequeño pacto como Leonardo da Vinci, pudieron idear una serie de señales como las que usted quería oír. Algún laboratorio electrónico aéreo, de la Fuerza Aérea

Soviética, pudo, probablemente, mantener la altura requerida y girar en el lugar que estaría en su línea directa de visión hacia Marte o Tau Ceti o Shangri-La.

—No.

—Y ahí afuera, en el desierto, profesor, hay un par de grandes ómnibus del desierto. Cuando se detienen, arman pequeñas carpas y las marcan como baños para señoras; pero no se ven señoras por ninguna parte. Los pasajeros son todos hombres aptos para la lucha, entre los veinte y los treinta años de edad. Y sobre un costado del ómnibus se lee la dirección de una agencia de viajes alemana, y si usted conoce el plano de las calles de Berlín, sabe que corresponde a ese lado del muro donde no hay carteles de publicidad ni elecciones. Podrían estar esperando para venir y barrer con todo.

—¿Qué quiere decir, exactamente?

—Le estoy diciendo que se vaya de aquí, profesor.

—¿Y que me vaya a América o Gran Bretaña, con usted?

—Por el momento, sólo que se vaya.

—Tiene buenas intenciones —dijo Bekuv—. Debo agradecerle ese... aviso.

—Y por amor de Dios, no transmita ninguna señal que un avión pueda captar.

Se sonó la nariz de nuevo. Tenía una afección viral, común en el desierto, en la que la mucosa se inflama con la arena y el polvo del aire y, una vez que empieza, es difícil sacársela de encima.

—Aquí es donde debo estar, y esto es lo que debo hacer —dijo. Ahora tenía la voz ronca y la nariz tapada—. He vivido sólo para este momento, ahora lo comprendo todo perfectamente.

—Tiene una vida de triunfos por delante —traté de persuadirlo.

—No tengo nada por delante. Mi propia gente quiere sólo esa parte de mi técnica que pueden usar los militares. A mí, sólo me interesa la ciencia pura; la política no me interesa, pero en mi país el apolítico es visto como quien está a mitad de camino hacia el fascismo. A ningún hombre, mujer o chico se le permite vivir sin ejercer actividad política... y eso es imposible para un verdadero hombre de ciencia. Su gente no fue mejor... Confié en ustedes, y me humillaron con papeles falsificados, en los que se me designaba en una cátedra inexistente en una universidad que jamás había oído hablar de mí. Mi hijo quiere ser cantor de *jazz*, y mi mujer me traiciona. —Estornudó—. Me traiciona con otra mujer. ¿Cómico, verdad? La verdadera tragedia de mi vida es que mis dramas son cómicos.

—La vida es una comedia para los que piensan... y una tragedia para los que sienten —dije.

—¿Quién dijo eso?

—No sé. Bob Hope, o Voltaire, o Eichman: ¿qué diferencia hace quién lo haya dicho?

—Debo enviar las señales esta noche. Aunque sólo hubiera una posibilidad en un millón de comunicarse con otros mundos, lo mismo sería un crimen, un crimen contra la ciencia, dejarla pasar.

—Los otros mundos han esperado un millón de millones de años —dije—. Pueden esperar otra noche. Los hombres que quieren matarlo, sintonizarán 1420 megaciclos esta noche.

—La suya es la voz de la ignorancia y la sospecha. Esos mismos pensamientos y miedos hacen retroceder la civilización hasta épocas oscuras. Ningún hombre de ciencia, que merezca que se le dé ese nombre, puede anteponer su seguridad personal a la conquista del saber.

—Yo no anteponía su seguridad personal a la conquista del saber —dije—. Estaba anteponiendo mi seguridad personal. Si quiere quedarse aquí y hablar con Tau Ceti, y demostrar que estoy equivocado, está bien... Pero ¿por qué no permitir que los demás vayamos al desierto?

—Porque tomarán la ruta Trans-Sahara, y de ahí se irán al Norte y se escaparán. No me diga que no será así.

—No puedo hablar por los otros —dije—. Pero en lo que a mí respecta, es lo que trataré de hacer.

Bekuv frunció el ceño, se puso de pie y simuló mirar sus estantes de libros. La luz del día se apagaba rápidamente, y las mortecinas luces amarillas del patio brillaron más cuando los generadores comenzaron a funcionar e hicieron vibrar el piso con un ruido sordo muy bajo.

—Su mujer maneja mejor que nadie que yo haya visto jamás, profesor —dije. Bekuv se volvió hacia mí, asintió y sacó un paquete de cigarrillos del cajón de su escritorio. Eran cigarrillos norteamericanos y aquí, en Argelia, eran una alhaja. Me ofreció uno y acepté agradecido.

—Nos han traicionado a los dos —dijo Bekuv—. Su mujer y la mía... nos han humillado.

Lo miré sin contestarle.

—Las voy a matar a las dos —dijo Bekuv.

—¿A su mujer y a Red Bancroft?

—Sí, las voy a matar a las dos. Es la única manera de vengar mi honor.

—¿Cómo se va a arreglar para hacerlo?

—Con mis propias manos —las levantó e hizo un gesto como si fueran tenazas—. Y será un placer —agregó.

—No se porta como un hombre de ciencia, profesor.

—Quiere decir que me porto como una criatura. —Se volvió hacia mí y me miró fijamente antes de sonarse la nariz.

—Peor: un chico al que le roban su juguete, corre y lo toma de vuelta; no lo rompe.

—Confieso que la amo. —Aspiró profundamente y luego dejó salir el humo de a poco.

—Su problema es la señorita Bancroft: elimínela y su mujer volverá.

—Sí, la mataré.

—Eso haría que su mujer lo odie durante toda su vida.

—Le ordenaré a uno de los árabes que mate a la chica.

—Su mujer adivinará que usted dio la orden.

—Sí. —Apagó el cigarrillo en el cenicero—. Debe parecer un accidente.

Moví la cabeza:

—Su mujer sospechará. Es una mujer muy inteligente, profesor Bekuv.

—Tengo que deshacerme de la Bancroft.

Ahora lo comprendo. Usted tiene razón. Ella es la malvada. La Bancroft llevó a mi mujer a esto; le enseñó a comportarse contra lo natural.

—¡Así es! —dije—. Y hay una sola manera de que la chica muera y sin embargo usted permanezca inocente a los ojos de su mujer.

—Quiere decir si la mata usted.

—Ahora habla verdaderamente como un científico.

Bekuv me miró fijamente.

—¿Por qué habría de confiar en usted?

—Si lo traiciono, bastaría con que me denunciara al mayor Mann, y sería juzgado por asesinato al volver a mi país.

—De modo que quiere que lo deje ir.

—Bueno, no creerá que quiero quedarme aquí.

—Supongo que no. —Sólo con esfuerzo podía él imaginar que alguien pudiera ser tan indiferente a sus preciosos radiotelescopios.

—Necesitaré un buggy, agua y comida.

—No puedo darle un buggy.

—Muy bien, caminaremos; pero tenemos que irnos esta noche. Mann está enfermo. No podría cruzar el desierto con el calor del día. El camino hasta la ruta es muy largo, y quién sabe cuánto tendremos que esperar allí. —Él

asintió—. Una cosa más, profesor —dije—. Hay que hacerlo de modo que el mayor Mann y el señor Dempsey, el viejo, no sepan que fui yo.

Los ojos de Bekuv brillaron cuando sonrió. La cautela, infaltable en un maniático, hizo que apreciara mis precauciones. Me ofreció la mano.

—Los dos hombres pueden irse —dijo—. Pero usted no saldrá de aquí hasta que la Bancroft haya muerto.

Lo sellamos con un apretón de manos.

Cuando llegué a las habitaciones donde estaban Mann, Percy y las dos mujeres, ya había oscurecido. Antes de su desertión, éstas habían sido las habitaciones de Bekuv. Los dos hombres estaban en la sala de estar. Era un lugar confortable. Un par de alfombras tapaban las grietas de la pared; el piso de madera era tan nuevo que todavía olía a aerosol antitermita, sillones tapizados en cuero, un viejo crucifijo, una colección de discos, y un amplificador y parlantes complejos. Un acondicionador de aire norteamericano ronroneaba suavemente desde la ventana tapiada.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Percy Dempsey. Estaba sentado en el sofá. Mann también estaba ahí, pero durmiendo. Percy continuó—: Su amigo está enfermo. Debió haber vuelto al Norte después del choque.

Me acerqué a Mann y lo miré. Parecía tener fiebre, pero el pulso era fuerte y la respiración regular.

—Va a andar bien —dije.

Percy no contestó, pero era evidente que no estaba de acuerdo. Cubrió a Mann con una frazada rojo brillante. Mann no se despertó. Dije:

—Tendrá que despertarlo y ayudarlo a ponerse de pie. Llévelo al patio y salga por la entrada principal. Diríjase al Oeste... tiene brújula, ¿no?

—¿Nos deja ir?

—Hice un trato con él. ¿Dónde están las mujeres?

—Pasando por la cocina, en otra habitación. Quizá necesite que me ayude con el mayor Mann —dijo Dempsey.

—Empújelo —dije—. Los alcanzaré después.

—¿Tiene brújula?

—Me fijé por dónde se ponía el sol. Me puedo arreglar. Espérenme en la ruta.

—Es bastante pesado —dijo Dempsey. Tomó a Mann por un brazo y lo sacudió bruscamente—. Vamos —dijo.

Crucé la cocina en busca de las mujeres.

Los terribles gritos de la señora Bekuv turbaron la calma de la noche del desierto. Se abrió paso entre los árabes que descansaban en la entrada, al pie de la escalera. Agitando los brazos con violencia, hizo perder el equilibrio a uno de los muchachos y le hizo sangre de la nariz a otro. Apenas pudieron demorarla mientras corría, histérica, gritando a través del mal iluminado patio de una luna menguante y mil estrellas. Sólo cuando la señora Bekuv llegó al lugar donde estaba su marido fueron inteligibles sus gritos entrecortados. Era ruso. Pesqué alguna frase aquí y allá: «la chica ha muerto... ¿quién lo iba a hacer sino tú?... ¿A quién se lo puedo decir?, ¿a quién?... Te odio... ¿por qué tenía que morir?... Si por lo menos hubiera sido yo...», repetidas, una y otra vez, en esa letanía de dolor con la que los humanos estimulan su angustia.

—No fui yo, ni fue ninguno de los árabes —dijo Bekuv; pero su voz no ayudó a calmarla, y pronto comenzó a contagiarse de la misma histeria que estaba tratando de curar.

Le gritó y le dio una cachetada, muy fuerte, como hacen en los viejos films de Hollywood; pero sólo logró empeorarla. Ahora luchaba, dándole golpes y puntapiés, de modo que él tenía que apretarla contra sí para contenerla. Era como intentar enjaular a un gato montés. Media docena de árabes habían salido a contemplar la lucha, y cuatro hombres que estaban en los controles del plato, técnicos rusos, dejaron de trabajar para ver lo que ocurría. Pero ninguno hizo nada para separar a la pareja.

Me alejé de la ventana y miré a Red Bancroft.

—Te ha dejado bien —dije—. Nadie puede pedir una actuación mejor.

—Me quiere —dijo Red Bancroft. Expresaba un hecho.

—¿Y tú?

—No quiero a nadie. Mi analista dice que soy bisexual. No me comprende. Soy neutra.

—No necesitas odiarte. No le has hecho daño.

—No —dijo desdeñosa—. La he separado del marido; jamás volverá a ver a su hijo. Si salimos con vida de esto, será una víctima de la KGB para

siempre. ¿Y qué le he dado a cambio?: nada más que un buen rato en la cama y un montón de promesas sin valor.

Miré hacia abajo, al patio central. Dos guardias árabes contenían a la señora Bekuv. Todavía le hablaba al marido, pero no alcancé a oír lo que decía.

Red Bancroft vino a la ventana y también miró abajo.

—Lo hará —dije.

—Sí, lo hará —dijo Red Bancroft—. Es increíblemente inteligente con todos... excepto conmigo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No puedo bajar por esa cuerda. Me asusta la altura... Me mareo con sólo mirar abajo, al patio.

—La ataré alrededor tuyo y te bajaré. Cierra los ojos y estarás bien.

—¿Subirá a buscar el cuerpo?

—Quizá... pero no antes de terminar la transmisión. Y eso llevará horas.

Fue a la otra ventana, y miró la arena a lo lejos. Percy Dempsey y Mann ya se habían ido y no se los veía.

—¿Y los centinelas?

—Deja de preocuparte —dije. Fui hacia ella y le pasé el brazo alrededor de la cintura. No fue más que un gesto fraternal, y no se apartó cómo había hecho antes.

—Lo siento —dijo—. Los dos perdimos; pero empiezo a creer que yo perdí más que tú.

—Ayúdame a pasarte la cuerda —dije—. No va a oscurecer más que esto.

El aire de la noche era fresco; pero la arena, caliente y blanda, hacía lenta y difícil la marcha. Aun con las estrellas para guiarnos, nos perdimos en cuanto desapareció la luna. Los médanos, como un gran océano tempestuoso fijado para siempre, brillaban a la luz polvorosa de las estrellas.

No se lo oyó en absoluto; debe haber volado muy alto. Hubo un destello como el de un relámpago y un gruñido como de trueno. En cualquier parte habríamos pensado en una tormenta eléctrica y hubiéramos esperado la lluvia. Pero estábamos a unos dos kilómetros en el interior del Sahara.

—Buena bomba —dijo Mann—. Se manda un rayo láser, del avión al blanco, y se deja que la bomba se deslice por el rayo.

—A menos que se logre persuadir al blanco para que le mande el rayo a uno —dije.

Red Bancroft no dijo nada. Desde que los habíamos alcanzado a Mann y a Dempsey, caminaba unos pasos detrás de nosotros. Varias veces vi que se

daba vuelta, con la esperanza de ver a la señora Bekuv.

El ruido de la explosión retumbó sobre el desierto vacío, y luego volvió hacia nosotros, buscando un lugar donde desvanecerse. Esperé que Red Bancroft nos alcanzara. Se había sacado los zapatos. Le tendí la mano para ayudarla, pero, sin una palabra, me pasó renqueando, resbalando a veces en el médano blando. Después de la explosión no volvió a mirar hacia atrás.